

DONNA LEON

Las aguas
de la eterna juventud



La ignorancia de la ley es la peor condena





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

El comisario Brunetti investiga el extraño caso de Manuela, una joven treintañera que, años atrás, a los quince años, estuvo a punto de morir ahogada. Su abuela, la condesa Demetrian Lando-Continui, desconfía de la versión policial, según la cual la joven se arrojó a las aguas de Venecia.

El punto de partida para la investigación de Brunetti es Pietro Cavanis, el único testigo, un borracho desmemoriado. La joven quedó seriamente perjudicada, atrapada en una eterna juventud por una lesión cerebral irreversible. El comisario buscará al verdadero culpable entre los archivos y rincones de una Venecia masificada por el turismo, recelosa de la nueva inmigración y sin expectativas para los jóvenes. Pero a veces basta con sacudir la historia para que resplandezca la verdad.

La ignorancia de la ley es la peor condena.

L≡LIBROS

Donna Leon

Las aguas de la eterna juventud

Comisario Brunetti - 25

Para Megan y Martin Meyer

*Ah, perché, oh Dio,
Perché non mi lasciasti
crudel, morir nell'acque, e mi salvasti?*

(¿Por qué, oh, Dios cruel,
no me dejaste morir en las aguas
y me salvaste?)

HÄNDEL,
Radamisto

Siempre había odiado las cenas de gala y aborrecía tener que acudir a aquella. A Brunetti le resultaba indiferente conocer de antemano a algunos de los asistentes sentados a la larga mesa, y el hecho de que el acontecimiento se celebrase en casa de sus suegros —y, en consecuencia, en uno de los *palazzi* más hermosos de toda la ciudad— tampoco disminuía su irritación. Su esposa y su suegra lo habían presionado para que aceptara, pues, según esta, su estatus en la ciudad daría cierto lustre a la velada.

Brunetti había insistido en que su «estatus» de *commissario di polizia* apenas añadiría un tenue resplandor a una cena celebrada en honor de unos extranjeros adinerados. No obstante, su suegra había empleado las tácticas de border collie que le había observado a lo largo del último cuarto de siglo: había correteado alrededor de sus pies aullando y ladrando hasta dirigirlo al lugar donde quería tenerlo. Una vez allí, consciente de haberlo debilitado, la *contessa* había añadido: «Además, Guido, Demetriania quiere verte, y si hablastes con ella, yo lo consideraría un gran favor».

Brunetti se había dado por vencido y así era como había ido a parar a una cena con la *contessa* Demetriania Lando-Continui, que estaba del todo a gusto a la cabeza de una larga mesa que no era la suya. Al otro extremo se sentaba su amiga del alma, la *contessa* Donatella Falier, cuya casa había pedido prestada para ofrecer aquella cena. Una cañería había reventado en la habitación de encima de su comedor y había hundido gran parte del techo; la sala había quedado inservible durante el futuro inmediato y había tenido que recurrir a su amiga. Aunque la *contessa* Falier no tenía ningún vínculo con la fundación en honor de la cual se celebraba aquella cena benéfica, no tuvo inconveniente en ayudar a su amiga, de modo que, como un par de sujetalibros, ambas señoras de la nobleza veneciana ocuparon los dos extremos de una mesa donde se sentaban ocho personas más.

La *contessa* Lando-Continui, que era una mujer menuda, estaba hablando en inglés con muy poco acento italiano y tenía que esforzarse para que la voz se oyese a lo largo de toda la mesa, pero no se la veía nerviosa por hablar en público. Su aspecto era muy cuidado: su cabello era una corona de rizos dorados, corto y con un peinado juvenil que parecía del todo natural en alguien de su

reducido tamaño. Llevaba un vestido de color verde oscuro y mangas largas que permitían prestar atención a las manos, finas y de dedos largos, sin una sola mácula típica de su edad. Tenía los ojos casi del mismo color que el vestido y se complementaban muy bien con el tono de pelo escogido. Mientras la observaba, Brunetti reforzó su convicción de que medio siglo antes debió de ser una mujer muy atractiva.

Volvió a prestar atención a la conversación y la oyó decir:

—Tuve la gran fortuna de crecer en una Venecia distinta, no en este decorado creado para evocar a los turistas una ciudad en la que, hasta cierto punto, no han estado. Brunetti asintió con la cabeza para expresar su conformidad y siguió comiendo *spaghetti* con marisco mientras pensaba en cuánto se parecían a los de Paola; quizá porque la cocinera que los había hecho era la misma mujer que inició a Paola en la cocina.

—Me causa gran tristeza que la Administración municipal haga todo lo que está en su mano para que vengan más turistas. Al mismo tiempo —empezó a decir la *contessa*, pero antes de continuar alzó la mirada y repasó los rostros que tenía delante—, las familias venecianas, sobre todo las más jóvenes, se marchan porque no pueden pagar los alquileres ni comprar una casa.

Su aflicción era tan palpable que Brunetti miró a su esposa. Paola estaba sentada frente a él, al otro lado de la mesa, y asintió.

A la izquierda de la *contessa* había un joven inglés de cabello claro a quien esta había presentado como lord No Sé Quién. A su lado estaba la famosa historiadora de Inglaterra cuyo libro sobre los Saboya Brunetti había leído y disfrutado. Era posible que la presencia de la doctora Moore fuese el resultado de no haber mencionado la participación de la familia del difunto esposo de la anfitriona, los Lando-Continui, con el régimen de Mussolini. A su izquierda se sentaba otro ciudadano inglés al que habían presentado como banquero; justo enfrente de Brunetti estaba Paola, a la derecha de su madre.

Así pues, Brunetti estaba junto a su suegra y delante de su esposa y, aunque sospechaba que aquella disposición debía de violar las normas de etiqueta, el alivio que le producía estar cerca de ellas era mayor que su preocupación por la *politesse*. A la izquierda de Paola estaba la compañera del banquero, una mujer que resultó ser catedrática de Derecho en Oxford; después, un hombre que a lo largo de los años Brunetti había visto por la calle y, por último, un periodista alemán que llevaba años en la ciudad y había adquirido tal punto de cinismo que ya casi era italiano.

Brunetti miró a ambas *contessas* y, como siempre que las veía juntas, pensó en los emparejamientos tan extraños que formaba la vida. La *contessa* Falier había heredado a la otra cuando esta enviudó. Aunque eran amigas desde hacía años, el vínculo entre ambas se reforzó con el fallecimiento del *conte* Lando-

Continui, y pasaron de ser buenas amigas a amigas de verdad, hecho que Brunetti sopesaba cada vez que coincidía con la segunda, por lo diferentes que eran una de la otra en cuanto a seriedad y sensatez. La *contessa* Lando-Continui siempre se había mostrado cortés con él, en ocasiones incluso afable, pero el *commissario* solía preguntarse si no lo estaría tratando como un apéndice de Paola y de su suegra. ¿Era así como se sentían la mayoría de las esposas?

—Repito que... —decía la *contessa* Lando-Continui, y Brunetti volvió a prestarle toda su atención.

Mientras tomaba aliento para cumplir esa promesa, la interrumpió una floritura que el segundo hombre de su derecha hizo con la mano. Era aquel que Brunetti creía haber reconocido. De pelo oscuro, rondaba los cuarenta y llevaba una barba y un bigote influenciados sin duda por el último zar ruso; el hombre terció en voz alta aprovechando la pausa que su gesto había provocado.

—Mi estimada *contessa* —empezó, y se levantó sin prisa—, todos somos culpables de animar a los turistas a venir, incluso usted.

La *contessa* se volvió hacia él, con aparente desconcierto por la conjunción de las palabras *culpables* y *usted*, y puede que incluso algo nerviosa por si aquel personaje sabía algo que pudiera unirlos con legitimidad. Colocó ambas manos a los lados del plato con las palmas hacia abajo y señales de tensión, como preparándose para tirar del mantel hacia el suelo si la conversación iba por esos derroteros.

Los comensales se sumieron en un mutismo desconcertado. El hombre sonrió a la anfitriona y se abrió paso por la grieta que había dejado su silencio. Habló en inglés, por deferencia hacia la mayoría de los presentes, a quienes miró uno a uno.

—Como ya saben, la bizarría de nuestra anfitriona a la hora de ayudar en la restauración de numerosos monumentos de la ciudad ha contribuido a preservar mucha de la belleza de Venecia y, por consiguiente, ha aumentado de forma incommensurable su atractivo como destino para aquellos que la aman y valoran sus maravillas.

Miró a su alrededor y sonrió al público.

Dado que estaba de pie cerca de ella y hablaba con claridad, era imposible que a la *contessa* se le hubiera escapado la palabra *bizarría*, pues después de que él la pronunciase se le había suavizado la expresión y había aflojado el puño alrededor del mantel. Alzó la mano con la palma hacia delante en dirección al caballero como si quisiera impedir más alabanzas. Sin embargo, reflexionó Brunetti, la voz de la verdad no podía ser refutada, así que el tipo tomó su copa y la levantó. El *commissario* se preguntó si se habría aprendido de memoria el parlamento, por la facilidad con la que lo había recitado.

Entonces Brunetti se inclinó hacia delante y, al ver que el hombre era

corpulento, recordó que los habían presentado hacía unos años, en una reunión del Circolo Italo-Britannico. Eso explicaba lo bien que se desenvolvía en inglés. Una foto pequeña de su rostro barbado había aparecido unas semanas antes en un artículo de *Il Gazzettino* que informaba de que la Comisión de Bellas Artes lo había nombrado para dirigir un estudio de las placas de mármol tallado de la ciudad. Brunetti había leído el artículo porque sobre el dintel del Palazzo Falier había cinco de ellas.

—Amigos míos y amigos de La Serenissima —prosiguió el tipo con una sonrisa aún más cálida—, me gustaría tomarme la libertad de brindar por nuestra anfitriona, la *contessa* Demetrian Lando-Continui. Además, me gustaría darle las gracias a título personal como veneciano y también a título profesional como alguien que trabaja para preservar la ciudad: gracias por todo lo que ha hecho por proteger el futuro de mi ciudad.

Miró a la *contessa*, sonrió y añadió:

—Nuestra ciudad.

Entonces levantó la otra mano e hizo un gesto que abarcaba al resto y corregía la menor sensación de que hubiese excluido a los no venecianos; para que no quedase duda, les ofreció una sonrisa más amplia incluso.

—Vuestra ciudad, pues lleváis a Venecia en el corazón y en vuestros sueños, y eso os convierte en *veneziani* como nosotros.

El aplauso que siguió duró tanto que al final tuvo que posar la copa para alzar ambas manos y de ese modo rehusar tan fervorosa reacción.

Brunetti hubiera preferido estar sentado junto a Paola, para poder preguntarle si corrían el riesgo de entrar en choque anafiláctico por exceso de encanto; sin embargo, le bastó una mirada rápida para comprender que ella compartía su preocupación.

Cuando se hizo el silencio, el hombre siguió hablando y esa vez se dirigió a la *contessa*.

—Quiero que sepa que los miembros de Salva Serenissima le están profundamente agradecidos por liderar los esfuerzos que invertimos en conseguir que el tejido de esta ciudad que tanto amamos continúe siendo una parte integral y ejemplar de nuestra vida y nuestras esperanzas.

De nuevo alzó la copa, pero esa vez dibujó con ella un círculo que los incluía a todos en el elogio.

El banquero y su compañera se pusieron en pie como al final de una conmovedora obra de teatro, pero al ver que los otros comensales permanecían en sus sillas, el banquero se alisó una arruga del pantalón y volvió a tomar asiento, y ella se colocó la camisa por debajo con mucho primor, como si ese fuera el motivo de haberse levantado.

«Salva Serenissima», pensó Brunetti. Ya comprendía la conexión de aquel tipo con la *contessa*. Antes de tener ocasión de preguntarse qué hacía el orador en

la organización, una voz grave atronó en inglés: «¡Eso! ¡Eso!», como si estuvieran en la Cámara de los Lores y su señoría quisiera expresar su aprobación. Brunetti se forzó a sonreír y brindó con el resto, aunque no bebió de la copa. Desvió la mirada en dirección a Paola, que estaba en posición de tres cuartos mirando hacia el otro extremo de la mesa, a la amiga de su madre. Como si se hubiera percatado de su atención, se volvió hacia él y se permitió cerrar los ojos y abrirlos poco a poco, igual que si acabasen de decirle que la crucifixión no había hecho más que empezar y aún le faltaban varios clavos.

El hombre que había hablado parecía haber agotado su reserva de halagos, así que se sentó y retomó la cena, que ya estaba fría. La *contessa* Lando-Continui hizo lo mismo. El resto intentó reanudar las diferentes conversaciones y en cuestión de minutos la velada continuó con un tintineo de voces elocuentes y de cubtería de plata.

Brunetti se volvió hacia su suegra y advirtió que el border collie había desaparecido para dar paso a un caniche somnoliento; muy decorativo pero aburrido y distraído. La *contessa* Falier, al ver que Paola charlaba con el banquero, dejó el tenedor y se recostó en la silla. El *commissario* comprobó que la mujer de su izquierda estaba hablando con el que había propuesto un brindis por la *contessa* Lando-Continui, así que volvió a dirigir su atención a su suegra, una mujer cuyas opiniones a menudo lo sorprendían tanto como las fuentes tan dispares que consultaba para formarlas.

Su charla acabó versando sobre las novedades de la semana en torno al gigantesco proyecto de ingeniería, el sistema MOSE, que debía proteger Venecia del riesgo de las mareas. Igual que muchos otros residentes, ambos pensaban desde el principio que el asunto olía muy mal y que todo lo que había ocurrido en las últimas tres décadas no había hecho más que acentuar el tufo. Brunetti había leído y oído demasiadas cosas para tener esperanza de que aquel sistema tan complicado y de coste faraónico cuyas enormes barreras metálicas debían impedir que el agua del mar entrase en la laguna funcionara algún día. La única certeza era que el importe del mantenimiento aumentaría año tras año. La investigación que se estaba llevando a cabo sobre los millones desaparecidos, pues se rumoreaba que el total tal vez ascendiese a una cifra astronómica, estaba en manos de la Guardia di Finanza, y la policía local sabía poco más de lo que se publicaba en la prensa.

Ante los primeros indicios de la magnitud del saqueo a los fondos europeos, las autoridades de la ciudad habían enrojecido de rabia; pero no pasó mucho tiempo antes de que esta se tornase en vergüenza, cuando uno de los altos funcionarios primero se declaró inocente y poco después concedió que tal vez una pequeña parte del dinero del proyecto MOSE se hubiera desviado a su campaña electoral. Aun así, insistió en que no había tocado ni un solo euro para uso personal; al parecer creía que comprar unas elecciones era menos

censurable que comprar un traje de la sastrería Brioni.

Tras un breve coqueteo con la indignación, el sentido común innato de Brunetti había ganado la batalla y había acabado por desechar el asco como respuesta adecuada. Era mejor pensar como un napolitano y considerarlo todo un teatro, una farsa en la que los líderes representan sus mejores papeles.

En cuanto los dos se cansaron del tema, Brunetti se dio cuenta de inmediato.

—La conoces de toda la vida, ¿verdad? —preguntó, y echó un breve vistazo a la cabeza de la mesa, donde la *contessa* Lando-Continui hablaba con el periodista alemán.

—Desde que llegué a Venecia. Hace años.

Brunetti no tenía claro si sonaba contenta por ello o no; en todos aquellos años apenas había revelado sus sentimientos por la ciudad por la que había abandonado su Florencia natal; había mostrado muy poco más allá de su amor por su familia.

—Sé que puede ser una sargento de la peor calaña, pero también es muy generosa y considerada. —La *contessa* Falier cabeceó para reafirmar lo que acababa de decir y añadió—: Aunque creo que la mayoría no se da cuenta. De todos modos, la pobre no se relaciona con mucha gente.

La *contessa* Falier miró a su alrededor antes de proseguir en voz baja.

—Esta velada es una excepción. Organiza cenas con potenciales patrocinadores, pero no le gusta hacerlo.

—¿Y por qué se molesta? Seguro que tienen un departamento de recaudación de fondos.

—Pues porque a nadie le amarga un lord —respondió en inglés.

—¿Y eso significa...?

—Es una *contessa*, así que siempre hay alguien que quiere presumir de haber comido a su mesa.

—En este caso —apuntó Brunetti mirando al conocido comedor—, ni siquiera es su mesa, ¿no?

La *contessa* se rio.

—O sea, ¿ella los invita a venir aquí, tú les das de comer y a cambio contribuyen a Salva Serenissima? —preguntó el *commissario*.

—Sí, más o menos es así —admitió la *contessa*—. Se entrega al trabajo que hacen y a medida que se ha ido haciendo mayor ha dedicado más esfuerzos a que los jóvenes de Venecia continúen viviendo y formando familias aquí. Nadie más se ocupa de eso. —Echó un vistazo a los comensales y al regresar a Brunetti dijo—: No estoy segura de que el trabajo que Salva Serenissima hizo con los mosaicos más pequeños de Torcello fuese gran cosa. En algunos sitios se distingue cuáles son las *tesserae* nuevas. Pero también han llevado a cabo mejoras estructurales, así que han hecho más bien que mal.

Como hacía años que no entraba en esa iglesia y tan sólo tenía vagos recuerdos de pecadores enviados al infierno y de mucha carne rosada, Brunetti se limitó a encogerse de hombros y suspirar, algo que en los últimos años acostumbraba a hacer a menudo.

Bajó la voz, dejó atrás la idea de los pecadores y yendo al infierno y preguntó:

—El hombre que ha hablado..., ¿quién es?

Antes de contestar, la *contessa* Falier cogió la servilleta, se limpió los labios, la dejó y bebió un trago de agua. Ambos miraron al hombre que estaba cerca del otro extremo y vieron que hablaba con la historiadora, que parecía estar tomando notas en un pedazo de papel mientras lo escuchaba. La *contessa* Lando-Continui y el lord inglés estaban enfrascados en una conversación amistosa y el hombre hablaba italiano en voz muy alta y con fuerte acento.

La suegra de Brunetti, que al parecer se sentía protegida por el vozarrón del lord, se inclinó hacia él:

—Sandro Vittori-Ricciardi. Un protegido de Demetriania.

—¿Y a qué se dedica?

—Es diseñador de interiores y restaurador de piedra y mármol. Trabaja en su fundación.

—¿Así que está involucrado en las cosas que ella hace para la ciudad?

—Que no se te olvide, Guido —repuso ella con un tono algo más duro—, que gracias a estas «cosas» la ciudad se ahorra millones de euros al año. Por no mencionar el dinero para restaurar los apartamentos que se alquilan a las familias jóvenes.

Entonces, para enfatizar la importancia, añadió:

—Todo eso sustituye las cantidades que el Gobierno ya no nos da.

Brunetti sintió una presencia a su espalda y se irguió para permitir que el camarero le retirase el plato. Esperó a que hubiese recogido también el de la *contessa* y respondió con tono conciliador:

—Por supuesto, tienes razón.

Sabía que el propósito de aquella cena era juntar potenciales donantes extranjeros con nativos de Venecia, y que él estaba en oferta como uno de estos últimos. Venga al zoo y conozca en su hábitat natural a los animales a los que ayuda a sobrevivir con sus donaciones. Venga a la hora de comer. A Brunetti no le gustaba demasiado la parte de sí mismo a la que se le ocurrían esas ideas, pero estaba al tanto de demasiados asuntos como para reprimirse.

Sabía que la *contessa* Lando-Continui llevaba años tratando de meter la mano en el bolsillo del *conte* Falier. Él había esquivado todas las intenciones con elegancia, pero también con rotundidad. «Si no robasen tanto, Demetriania, la ciudad podría pagar las restauraciones. Y si las familias de los políticos no accediesen a las viviendas sociales, no tendrías que pedirle a la gente que te ayudase a reformar los apartamentos», Brunetti había oído al *conte* decirle en

una ocasión.

Lejos de darse por vencida ante los comentarios del *conte* Falier, continuó invitándolo a las cenas que organizaba —lo había emplazado a asistir incluso a esta que estaban celebrando en su propia casa—, pero todas las veces él se acordaba de una reunión de última hora en El Cairo o de una cena en Milán. En una ocasión se había excusado mencionando al primer ministro, y esa noche tal vez hubiese alegado una cita con un traficante de armas ruso. Brunetti opinaba que al *conte* no le importaba mucho si sus excusas eran creíbles o no, siempre que él se divirtiese inventando historias que inquietasen a la *contessa*.

Así que ahí estaban Paola, su suegra y él, en su ausencia: una concesión a la insistencia de la *contessa*, y puede incluso que como premio para los asistentes, que conseguían una velada no sólo con la *contessa* Lando-Continui sino también con la *contessa* Falier. Dos auténticas aristócratas por el precio de una. Y la generación siguiente, de propina.

Llegó el postre. Una *ciambella con zucca e uvette* que Brunetti disfrutó muchísimo, igual que el vino dulce que sirvieron con ella. Cuando la camarera se acercó con una segunda porción, Paola y él intercambiaron una mirada. Brunetti sonrió y rehusó el ofrecimiento indicando que no con la cabeza, como si ese fuera el plan desde el principio y hubiera fracasado a la hora de persuadir a su mujer pero se hubiera convencido a sí mismo.

A continuación, se sintió con pleno derecho a aceptar una copita de *grappa*. Retiró la silla un poco, estiró las piernas y levantó la copa.

La *contessa* Falier volvió al tema como si no los hubiesen interrumpido y le preguntó:

—¿Tu curiosidad se debe a que el caballero trabaja para ella?

Movió a un lado la copita que el camarero le había dejado delante.

—Tengo curiosidad por saber por qué cree que tiene que adularla de esa manera.

Era la mejor respuesta que se le ocurrió.

—¿La sospecha constante de los motivos humanos te viene por ser policía? —preguntó ella con una sonrisa.

Hablaba con naturalidad, ahora que la conversación era más general y las voces se tapaban entre sí.

Antes de que Brunetti pudiera responder, la *contessa* Lando-Continui dejó su cuchara, y mirando a su amiga como para pedirle permiso anunció:

—Creo que el café se servirá en el *salone*.

Sandro Vittori-Ricciardi se levantó de inmediato y pasó por detrás de ella para apartarle la silla. La *contessa* se puso en pie, le dio las gracias con una inclinación de cabeza, permitió que la cogiera del brazo y se dirigió al *salone*. Atravesó la puerta que llevaba del comedor a la parte delantera del *palazzo* y los invitados la

siguieron en una fila desordenada.

El Palazzo Falier tenía vistas a lo que en Venecia se consideraba los *palazzi* menos agraciados de la otra orilla del Gran Canal. Sin embargo, algunos de los invitados, que desconocían su mediocridad, exclamaron ante su belleza.

Brunetti tomó a su suegra del brazo de camino a la sala contigua, donde se situaron junto a Paola. El café estaba servido en una mesa con incrustaciones de ónix, y vio que había azúcar pero no leche, lo que podría explicar por qué sólo lo tomaban los italianos.

Al ver que Vittori-Ricciardi estaba enfrascado en una conversación con el banquero y su compañera, el *commissario* se acercó lentamente a una de las ventanas desde donde se oía la charla.

—Es una parte más de nuestro patrimonio que se está destruyendo con el paso del tiempo —decía el veneciano.

—Si la isla es tan pequeña, ¿por qué es tan importante? —preguntó el banquero.

—Porque es uno de los primeros lugares donde se vivió y se construyó: las ruinas más antiguas son del siglo VII. La iglesia, la de los mosaicos, es más antigua que la mayoría de las de Venecia.

A juzgar por la pasión con la que hablaba Vittori-Ricciardi, podría haber estado comentando hechos del año anterior o de la semana pasada.

—¿Y eso es lo que quieren que restauremos?

El banquero no parecía, ni mucho menos, del todo convencido de que fuese una gran idea.

—Ayudar a restaurar, sí.

El veneciano se apartó un momento para dejar la tacita y enseguida regresó.

—Hay un mosaico del Juicio Final y creemos que tiene alguna filtración de agua por detrás. Debemos encontrar la fuente de la humedad e impedir que continúe sucediendo.

—¿Qué tiene de especial? —inquirió el inglés.

La respuesta tardó unos instantes en llegar y Brunetti interpretó la pausa como señal de la exasperación que la pregunta provocaba a Vittori-Ricciardi. No obstante, cuando respondió no hubo el menor indicio de ella.

—Si no intervenimos, la humedad podría destruirlo.

—Pero no están seguros.

Brunetti se alejó de ellos un paso, dejó la tacita y el plato en una mesa y regresó a la ventana a dedicar toda su atención al estudio de las fachadas de enfrente.

—Sí, estamos seguros. Pero para probarlo hay que ir detrás del mosaico, entrar en la estructura de la pared. Y el permiso para algo así tarda muchísimo tiempo. Tienen que concedérselo desde Roma —oyó que decía Vittori-Ricciardi con un matiz de resignación y aflicción que no pudo evitar—. Llevamos cinco

años esperando una respuesta.

—¿Por qué hace falta tanto tiempo? —preguntó el banquero, y Brunetti se preguntó si esa sería su primera visita a Italia.

—Hay una comisión, la de Bellas Artes, que tiene que aprobar las restauraciones. Antes de tocar algo tan valioso como esto, hay que contar con su permiso.

Brunetti debía admitir que la explicación de Vittori-Ricciardi lo hacía parecer un sistema cuerdo.

—Pero no van a causar daños, eso deberían saberlo —insistió el banquero.

Su tono demostraba que le costaba comprender la situación.

—Ellos se encargan de que ninguna persona sin autorización pueda dañar objetos artísticos —aclaró Vittori-Ricciardi.

—O robarlos, ¿no? —preguntó la mujer.

Brunetti dedujo que ella había pasado más tiempo en Italia que su compañero.

El *commissario* miró justo a tiempo de ver las puntas del fino bigote del veneciano elevarse en una sonrisa tensa.

—Sería muy difícil robar un mosaico.

—Entonces, ¿cuándo podremos echarle un vistazo? —intervino el banquero.

—Si me dice cuándo están disponibles, podemos ir esta semana.

—¿Cuándo empezarán a trabajar? —preguntó el inglés sin hacer caso de la respuesta anterior.

Brunetti tenía curiosidad por ver la expresión con la que la catedrática recibía la pregunta de su pareja, pero siguió prestando atención al otro lado del canal, casi como si aquellos tres estuvieran hablando en un idioma que él no comprendiese.

—En cuanto tengamos el permiso. Esperamos tenerlo dentro de unos meses —respondió Vittori-Ricciardi.

Brunetti supuso que el inglés se quedaría con «unos meses» y no con «esperamos», y no tendría la menor idea de cuánto más se acercaba a la verdad lo primero que lo segundo.

Se hizo el silencio. Vittori-Ricciardi tomó a su compañero de charla del brazo en un intento fallido de hacerlo parecer un gesto espontáneo, pero sólo consiguió que el otro se sobresaltase y tratara de soltarse. Desaparecieron, seguidos con parsimonia por la mujer, por la puerta que conducía al *salone* donde se encontraban las vigas pintadas, uno de los elementos arquitectónicos por los que era conocido el Palazzo Falier.

Paola y su madre lo sorprendieron al aparecer casi de inmediato por la misma puerta, su esposa con la promesa de su huida. Acercándose a él, extendió la mano derecha en un gesto cargado de súplica.

—Guido, por favor, sácanos de aquí. Dile a Demetrianas que tienes que ir a

arrestar a alguien.

—Vivo para servir —respondió un modesto Brunetti.

Las acompañó a la otra sala para despedirse de la *contessa* Lando-Continui, a quien encontraron sola en mitad del *salone* de su amiga, tan cómoda como si fuese el suyo. Se dieron los correspondientes besos y Paola y su madre salieron y dejaron a Brunetti a solas con la *contessa*.

Antes de que pudiera agradecerle la invitación, ella le puso la mano en el brazo.

—¿Ha hablado con Donatella?

—Sí.

—Me gustaría hablar con usted como policía y miembro de su familia —dijo con lentitud, como si estuviera transmitiendo un mensaje de especial relevancia.

—Haré lo que pueda —ofreció Brunetti.

Pensaba que le iba a preguntar cuál de los dos papeles era más importante, pero se limitó a apretarle el brazo y preguntar:

—¿Puede venir a verme mañana?

Porque una *contessa* no cogía un *vaporetto* para después ir a pie hasta la *questura*.

—¿Le va bien por la tarde?

—Estaré en casa.

—¿Sobre las cinco?

Ella asintió, le estrechó la mano y se volvió hacia el lord, que se había acercado para despedirse.

Unos minutos más tarde, Brunetti y Paola estaban a un lado del puente, delante de la universidad.

—Sienta bien dar un paseo después de una comida —dijo él tratando de evitar hablar de la velada.

No mencionó la última conversación. Hicieron una breve pausa en mitad del puente para ver qué hacían los bomberos. Pero no estaban haciendo nada.

El verano había dado paso al otoño apenas unos días antes y las bandadas de turistas habían comenzado su migración otoñal. En Campo San Polo no había nadie y los bares ya estaban cerrados; ni siquiera la pizzería del fondo estaba abierta.

—¿Qué te contaba el banquero? —preguntó Brunetti.

—Muchas cosas —respondió Paola—. Después de un rato he dejado de escuchar y he pasado a asentir con la cabeza cuando me parecía necesario.

—¿Se ha dado cuenta?

—No, no —dijo ella como si tal cosa—. Nunca se enteran.

—¿«Enteran», en plural?

—Los hombres que lo saben todo: hay un montón. La mujer a la que no le queda más remedio que escuchar sólo tiene que poner cara de interés y

cabecear de vez en cuando. Yo aprovecho para recordar poemas.

—¿Yo soy uno de esos?

Paola le estudió el rostro.

—¿Me conoces desde hace tantos años y aun así tienes que preguntarme eso?

—Al ver que Brunetti no respondía, continuó—: No, no lo eres. Sabes muchísimo, pero no vas presumiendo por ahí.

—¿Y si lo hiciera?

—Ay —dijo ella, y siguió caminando—, el divorcio es una lata. Supongo que pondría cara de interés y asentaría todo el rato.

—¿Y pensarías en poemas?

—Exacto.

Llegaron a la calle que conducía hasta su casa. Por algún motivo, Brunetti se acordó de cómo era Venecia cuando eran niños, cuando eran muy pocos los que cerraban la puerta con llave. Desde luego, su familia no lo hacía; aunque pensó que, por otro lado, tampoco había nada que robar. Al llegar a la puerta sacó las llaves, pero antes de abrir rodeó a Paola con un brazo y se inclinó para darle un beso en la cabeza.

La mañana siguiente, cuando Brunetti y Vianello bajaron al bar del Ponte dei Greci a tomar café, el *commissario* se sorprendió a sí mismo hablándole al inspector de algunos de los presentes en la cena; la primera de ellos, la *contessa* Lando-Continui. Le refirió sus comentarios sobre los desafortunados cambios que la ciudad había sufrido y que los halagos de uno de sus invitados la habían dejado sin palabras.

—Nadie le pone pegas a una persona que te está diciendo lo maravilloso que eres —observó Vianello.

Opinión que Bambola secundó con un lento movimiento de cabeza. Después de reflexionar un instante, el inspector preguntó:

—¿Qué relación hay entre ellos? ¿Es pariente suyo? ¿Un empleado?

Ya se había terminado el *brioche* un rato antes, así que le dio un sorbo al café y continuó:

—Sólo alguien que quiere algo se atrevería con esa clase de adulación. Pero, de todos modos, tendría que conocerla bien.

Brunetti ya lo había pensado: sólo alguien que nos conoce bien sabe cómo halagarnos, qué virtudes nos gusta que nos atribuyan y cuáles no. Paola, por ejemplo, no reaccionaba ante cumplidos sobre su aspecto, pero se ponía tonta cuando alguien la felicitaba por su rápido ingenio. Y sabía que él era inmune a los comentarios sobre la calidad de su trabajo, mientras que aquellos que alababan su comprensión de la historia y su buen gusto literario le causaban gran placer.

—La alabó por su generosidad —explicó Brunetti—. Su «bizarría» —añadió poniendo la palabra entre comillas audibles.

El *commissario* no tenía ni idea de si lo que se había dicho de la mujer era cierto, pues apenas estaba al tanto de las actividades de la *contessa* más allá de lo que había oído la noche anterior. De hecho, sabía muy poco de ella en general. Sin embargo, la bizarria era una cualidad que rara vez se aplicaba a los venecianos, ya fueran nobles o plebeyos.

—¿Sabes algo de ella o de su familia? —le preguntó a Vianello.

—Lando-Continui... —repitió el inspector.

Se apoyó en la barra a estudiar a los viandantes que pasaban hacia el puente que llevaba a la iglesia ortodoxa.

—En Mestre hay un notario; un primo mío fue a su notaría cuando vendió el piso.

La gente cruzaba el puente y desaparecía en las profundidades de Castello o se dirigía a la otra dirección, hacia el *bacino* o San Marco.

—Hay algo más, pero ahora no me viene a la cabeza —añadió Vianello, decepcionado por no recordar el pasado—. Si es importante, se lo puedes preguntar a la *signorina* Elettra.

El inspector estaba seguro de que las aptitudes de la muchacha superaban su memoria.

—Se trata de algo desagradable que sucedió hace años, pero no me acuerdo de qué era.

—Hace mucho que la conozco —afirmó Brunetti—, pero nunca he tenido una verdadera conversación con ella. Anoche fue la primera vez que me formé una impresión de la señora. No es tan estirada como pensaba. Aunque sí un poco quejica —añadió al instante.

—¿De qué se quejaba?

—De que nuestra bella ciudad se ha convertido en un mercado ambulante. «Ya no es la ciudad en la que jugaba de niña» —canturreó Brunetti—. Cosas así —añadió con su voz normal.

—Tampoco difiere tanto de lo que decimos nosotros, ¿no? —sugirió Vianello.

Bambola dio media vuelta, pero no antes de que Brunetti lo viese sonreír.

Tras sofocar el resentimiento inicial que le provocó el comentario, el *commissario* dijo:

—Puede ser.

¿Era el reconocimiento inconsciente de sus propios lamentos el motivo de que los de la *contessa* lo irritasen de esa forma?

Metió la mano en el bolsillo y dejó dos euros en la barra. Sergio, jefe de Bambola y propietario del bar, había subido el precio del café a un euro con diez, pero no para los trabajadores de la *questura*. Ellos seguirían pagando sólo uno, como él solía decir, «hasta que retiren el euro y volvamos a la lira y las cosas cuesten menos». Nadie en la *questura* se atrevía a rebatírsele y estaban encantados de pagar menos por el café.

De regreso en el despacho, encontró un sobre cerrado sobre la mesa con la firma de su compañera Claudia Griffoni garabateada en la solapa.

Lo abrió y de dentro sacó seis fundas de plástico que contenían los informes más recientes de los agentes autorizados a contratar y pagar a informantes. Brunetti era consciente de que otros agentes tenían relaciones informales y quizá no del todo lícitas con criminales y de que a veces pagaban a sus contactos con favores o tabaco, o incluso —mucho se temía él— con drogas confiscadas, si es que llegaban a almacenarse cuando caían en manos de la policía. En cambio, los seis agentes —cinco hombres y una mujer— cuyos informes leía cada dos

meses pasaban a sus contactos dinero procedente del Ministerio de Interior y la documentación iba acompañada de facturas y recibos. Quedaba constancia hasta del último euro, aunque no hubiera modo de verificar las cantidades.

Por ejemplo, en el primer caso había un recibo de un restaurante por la cantidad de sesenta y tres euros con cuarenta céntimos; en la parte inferior decía en bolígrafo: « Seis euros con cuarenta: propina ». Setenta euros era el precio de averiguar, según lo que decía el informe, que se estaban introduciendo refugiados afganos en el país en camiones que venían de Grecia; información que se podía conseguir en cualquier esquina de Mestre sin pagar o, a decir verdad, se podía leer al menos una vez a la semana en las páginas de *Il Gazzettino*. El mismo agente informaba de que un amigo que tenía un estanco en Mogliano le había dicho que un cliente, cuyo nombre se especificaba, le había ofrecido venderle joyas; la única condición era que no dijese de dónde las había sacado. Eso le había costado veinte euros.

El resto de los agentes no tenía mucho más que ofrecer, aunque pocos habían gastado más de cincuenta euros. A Brunetti le incomodó la idea de que la traición tuviera un precio tan bajo.

Bajó al despacho diminuto de la *signorina* Elettra. La encontró con las manos inmóviles y suspendidas sobre el teclado del ordenador: una pianista a punto de empezar el movimiento final de una sonata. La pausa mientras ella decidía el ataque exacto se prolongó mientras él la observaba. Leyó lo que ponía en la pantalla y entonces lo miró a la cara un largo instante sin dar señales de haberlo reconocido. Al final bajó las manos, se recostó en la silla y cruzó los brazos.

Brunetti se acercó a su mesa.

—¿Hay algún problema? —preguntó al ver que seguía sin hacerle caso.

Ella levantó la vista, pero no sonrió. Alzó la mano derecha para posarse en índice contemplativo en los labios y después la devolvió al teclado y pulsó algunas teclas. Esperó, introdujo más información, se apoyó en el respaldo y estudió el contenido de la pantalla.

Permaneció inmóvil durante tanto tiempo que Brunetti no tuvo más remedio que subir el tono y preguntar:

—¿Es muy grave?

Ella contemplaba la pantalla con un recelo inusitado, como si le acabase de lanzar un gruñido amenazador. Entonces apoyó los codos en el escritorio y la barbilla en las manos.

—Puede —respondió al fin.

—¿Y eso qué significa?

—Esta mañana he leído los mensajes del *vicequestore* y había un correo con un archivo adjunto. El nombre del remitente me sonaba, pero la dirección no. Así que no he abierto el fichero.

Lo dejó ahí. Como Brunetti no tenía ni idea de qué significaba todo eso, se

limitó a decir:

—Qué extraño.

Que era lo que pensaba que ella querría que dijese.

—Pues sí.

—¿Y qué ha hecho?

—Lo que haría cualquiera —respondió, sin resolver la duda. Después de una pausa, añadió—: Lo he marcado como leído y sanseacabó.

Miró a Brunetti como si tuviera intención de comprobar cuánto había comprendido y su expresión debió de revelar al menos parte de la verdad, porque la secretaria prosiguió:

—Así es como entran en el sistema: cuando abres un documento adjunto.

—¿De dónde lo han enviado?

—Según lo que he podido rastrear, lo han mandado desde una dirección del Ministerio de Interior.

La respuesta dejó a Brunetti sin palabras. Por Dios, ellos trabajaban para ese ministerio, ¿para qué iba el remitente a meterse en su sistema si era el mismo? Además, este contaba con un registro interno de todos los correos electrónicos y mensajes de texto que se enviaban y se recibían.

La *signorina* Elettra se sumió de nuevo en la contemplación de su pantalla de ordenador y Brunetti en la contemplación de las diferentes posibilidades. Que hubiese una vigilancia oficial de la correspondencia y las conversaciones telefónicas no lo sorprendía en absoluto: había acabado creyendo que a todo el mundo lo escuchaba alguien sin permiso. Tal vez el hecho de que tanta gente estuviera ocupada espionando a los demás en lugar de hacer su trabajo explicase por qué hoy en día era tan complicado conseguir que se hiciesen las cosas. Brunetti era consciente del Oyente Invisible siempre que hablaba por teléfono y del Lector Invisible cuando enviaba un correo electrónico, y no le cabía duda de que la necesidad constante de tener en cuenta a los participantes que se colaban en cada conversación de correo electrónico o teléfono no hacía más que ralentizar los procesos.

No obstante, ese nivel de espionaje se lo encargarían a los expertos, ¿no? Una secretaria en el despacho del *vicequestore di polizia* de una pequeña ciudad como Venecia no debería ser capaz de detectar con tanta facilidad un intento de detección, pensó. Un espía con tablas no sería tan torpe.

—¿Sabe de qué oficina viene?

La *signorina* Elettra miró por la ventana que Brunetti tenía detrás. Al final desestimó la pregunta y dijo:

—Era una dirección falsa.

—¿Y la de verdad?

—Ni idea —confesó—. Se lo he enviado todo a un amigo para que le eche un vistazo.

Como no quería conocer la identidad de esa persona, que a buen seguro no tenía autorización, a quien ella había pedido que investigase el intento de *hackear* un correo electrónico del Ministerio de Interior desde otra dirección fraudulenta del mismo organismo y el mero proceso de ordenar todas esas ideas ya lo dejaba exhausto, prefirió no preguntar a quién se lo había enviado.

Tenía que pensar bien cómo hacer preguntas que no desvelasen su ignorancia del tema.

—¿Qué cree que buscan?

—Lo primero que he pensado es que podría ser alguien que espera que usemos los ordenadores del trabajo para leer y escribir correos personales. En cuanto entran, pueden verlo todo.

¿La había visto estremecerse?

—Yo no tengo dirección personal —admitió Brunetti.

—¿No tiene dirección personal? —repitió ella como si le hubiese dicho que no sabía utilizar unos cubiertos.

—No —respondió él con la misma expresión de inocencia con la que antes decía a la gente que no tenía *telefonino*—. Uso la de mi esposa, pero para cualquier cosa oficial utilizo la que tengo aquí —dijo, e hizo un gesto que englobaba toda la *questura*—. Le prometí a Paola que nunca usaría uno de los ordenadores de la oficina para consultar su cuenta.

—Ah, vaya.

—En cualquier caso, prefiero llamar por teléfono —añadió.

—Claro —respondió ella.

La idea de que hubiera alguien que aún creyera que los teléfonos eran seguros la hizo alzar la vista al cielo sin querer.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el *commissario*.

La pregunta pareció revitalizarla, como si la necesidad de una respuesta le diese la oportunidad de pensar y entrar en acción.

—Si mi amigo sabe decirme de dónde viene el mensaje, eso me dará idea de cómo tratarlo. Puede que se trate de un simple intento inofensivo, algún chaval jugando a ser poli. Espero que sea sólo eso.

Brunetti prefirió no preguntar por las otras opciones.

—Quiero pedirle un favor —anunció para cambiar de tema. Interpretó su mirada como de conformidad y continuó—: ¿Podría echar un vistazo a la *contessa* Lando-Continui, Demetria?

Para que la solicitud no llevase a equívocos, señaló el ordenador con la barbilla mientras hablaba.

El rostro de la secretaria se llenó de curiosidad.

—Si estamos pensando en la misma, tiene por lo menos ochenta años.

—Sí —respondió Brunetti—. Es amiga íntima de la madre de Paola, así que tengo que ir con pies de plomo. Quiere hablar conmigo.

Una vez más, el rostro de la *signorina* Elettra se iluminó con curiosidad.

—Me suena que en su familia pasó algo malo.

Hizo una pausa mientras esperaba que le viniese a la cabeza y en cuanto se acordó dijo:

—Fue a su nieta. Hace muchos años. Se ahogó o algo así.

—No sabía nada —repuso Brunetti, sorprendido—. Vianello recordaba que había algo desagradable, pero no el qué.

—Ahogarse lo es, sin duda.

—Ya —convino el *commissario*. Pensó en su familia y de inmediato trató de no hacerlo—. ¿Podría echar un vistazo a ver qué encuentra?

—Claro que sí. ¿Le corre prisa?

—Puede esperar hasta que su persecución por los despachos del Ministerio de Interior le deje algo de tiempo —respondió él.

Ella asintió y volvió a apoyar la barbilla en las manos. Brunetti, al verla sumirse en un trance, decidió regresar a su despacho.

El *commissario* no le dijo a nadie adónde iba. Cogió el número 1 a San Stae y después caminó hasta el Palazzo Bonaiuti, donde vivía la *contessa* Lando-Continui. Una empleada del hogar abrió la puerta de la calle y lo acompañó hasta el otro lado del patio con suelos en espiga, donde los crisantemos aún crecían en la pared del este.

La escalera exterior que llevaba al primer piso debía de ser un elemento original del *palazzo*, y las cabezas de león estaban pulidas por el paso de los años y el efecto de la lluvia y de cientos de años de caricias. La empleada se adentró en el enorme vestíbulo y le sostuvo la puerta.

—La *contessa* lo recibirá en la sala pequeña de lectura —anunció.

Tomó el pasillo, se detuvo frente a la tercera puerta de la izquierda y entró sin molestarse en llamar. Brunetti la siguió.

En las décadas anteriores, el *commissario* había visto incontables estancias similares. Se fijó en las mesas de caoba y patas anchas que estaban cubiertas de libros y flores, en los retratos que el tiempo había oscurecido, en las librerías altas que a buen seguro llevaban sin usar desde tiempos de aquellos antepasados, y unos sillones hundidos que prometían un rato muy incómodo.

La luz entraba por las tres ventanas de la pared del fondo, pero Brunetti no tenía ni idea de hacia dónde daban. A cierta distancia, vio el lateral de un *palazzo* alto cuya fachada de ladrillo relucía con la luz untuosa del atardecer. Un cómputo instantáneo —el mismo instinto que se atribuye a las palomas— permitió a Brunetti calcular que las vistas eran las del patio del Fondaco del Megio. Se acercó a una de las ventanas para cerciorarse y observó que los árboles habían empezado a mudar las hojas. Colocó el rostro tan cerca del cristal como pudo y miró a la izquierda para ver lo que, según recordaba, era un campo de deportes rodeado de una tapia.

A su espalda, la voz de una mujer dijo:

—*Commissario*?

Él se volvió de inmediato y vio a la *contessa* Lando-Continui a la entrada. Su presencia era menos imponente que la noche anterior, ahora desprovista del testimonio de siglos de buen gusto que había montado guardia a su alrededor en el salón prestado. La miró de nuevo y vio a una anciana menuda con un sobrio

vestido azul.

—Buenas tardes, *contessa* —saludó, y después señaló la ventana—. Creo que yo antes jugaba al fútbol en el parque que hay ahí.

Ella miró la ventana, pero no hizo ademán de acercarse.

—Hace mucho tiempo de eso —añadió Brunetti, y sonrió.

Fue hasta donde estaba ella y la señora le ofreció la mano. A pesar de que la del *commissario* ganaba en tamaño, ella se la estrechó con firmeza.

En un rostro algo menos tenso, la expresión hubiese parecido amistosa y cordial, pero lo que Brunetti estaba viendo era una sonrisa pro forma.

—Gracias por venir a verme.

—Es un placer —respondió él de forma automática—. Si está en mis manos, me encantará ayudarla —añadió de inmediato, tal vez oyendo el eco de los halagos que había presenciado el día anterior.

—Donatella ha sido muy amable por dejar que llevase a mis invitados a su casa; en esta ciudad son muy pocos los que harían eso. Y fue aún más gentil por invitarlos a Paola y a usted.

Cuando Brunetti intentó protestar, levantó la mano para silenciarlo.

—Las dos nos alegramos de que viniesen —dijo comprendiendo sus reticencias—. Yo quería que los demás, los que no son venecianos, tuvieran la oportunidad de conocer a algunas personas cuyas vidas mejorarían gracias a su generosidad.

Antes de que él pudiese decir algo, la señora le señaló uno de los dos sillones desde donde se apreciaban las vistas de la ventana. Una vez sentados, Brunetti preguntó:

—¿A qué se refiere con «mejorar», *contessa*?

—Habrá otros hijos y nietos de venecianos que irán a la escuela con los suyos y quizá así la ciudad no se caiga a pedazos tan pronto.

—Si me lo permite, no me parece que muestre demasiado optimismo.

Se oyó un golpecito discreto en la puerta. Cuando se abrió, la misma doncella de antes entró y preguntó:

—¿Querrá té su invitado, *contessa*?

La anciana miró a Brunetti.

—Preferiría café.

La empleada asintió y desapareció.

—Claro que se lo permito, *commissario* —contestó la *contessa*, y de inmediato retomó la conversación—. Mi punto de vista no es optimista. Creo que esa es la única forma de ver las cosas.

—Aun así, se toma la molestia de dar de cenar a extranjeros ricos con la esperanza de que contribuyan a su fundación.

—Donatella me dijo que es usted directo. Eso me gusta: no tengo tiempo que perder.

—¿Anoche perdió el tiempo? —preguntó el *commissario*, aunque no era asunto suyo.

—No, en absoluto. El banquero está ansioso por participar y se ha ofrecido para financiar un proyecto de restauración.

—¿El de los mosaicos?

La *contessa* se quedó boquiabierta.

—¿Cómo se ha enterado de eso? —inquirió.

—Prestando atención a lo que dice la gente.

—Por supuesto —susurró, y cerró los ojos un momento—. Los oyó hablar después de la cena, durante el café, ¿verdad?

—Hubiese sido difícil no oír nada, *contessa* —respondió Brunetti, reacio a que aquella mujer se llevase la impresión de que era un fisgón.

Ella se rio con ganas.

—También me dijo que no era tonto.

—No me conviene serlo si quiero sobrevivir en mi propia casa.

—¿Por Paola?

Brunetti indicó que sí con la cabeza.

—De niña era muy inteligente —repuso la *contessa*—. Y se ha convertido en una mujer muy inteligente.

Dejaron de hablar en cuanto entró la asistenta, que posó la bandeja sobre una mesita auxiliar, después colocó otra más baja entre los dos, movió la bandeja y se marchó. Esta contenía un único café, un azucarero de plata, una cucharilla, dos vasos bajos de grueso cristal tallado y una botella de *whisky* de cuya etiqueta Brunetti no podía apartar la mirada.

La *contessa* se echó hacia delante y le acercó la tacita y el azucarero. A continuación cogió la botella, rompió el timbre fiscal y la abrió. Sirvió unos dos centímetros en uno de los vasos y sin decir nada, inclinó la botella en dirección a Brunetti. Este aceptó con un gesto de la cabeza y la *contessa* sirvió la misma cantidad en el otro.

El *commissario* apartó el café a un lado de la bandeja y tomó su vaso. El líquido era demasiado valioso para decir algo tan banal como « chin, chin », así que alzó el *whisky* y dijo:

—*Alla sua salute*.

—A su salud —respondió ella, y bebió un sorbo.

Brunetti hizo lo mismo y pensó en venderlo todo y mudarse a Escocia. Paola podía dar clases y los hijos ya encontrarían algo que hacer. Pedir limosna, por ejemplo.

—¿De qué quería hablar conmigo, *contessa*? —preguntó, y dejó el vaso en la bandeja.

—¿Sabe algo sobre mi nieta?

—Sólo que sufrió un accidente hace años, pero lo sé a través de alguien de la *questura*, no de mi familia.

Prefirió omitir que ese alguien seguía buscando información.

La *contessa* sostuvo el vaso con ambas manos.

—No hace falta que defienda a su familia, pero me alegro de que lo haya hecho. —Tomó un trago pequeño y prosiguió—: Conozco a Donatella desde hace más de cuarenta años y he confiado en ella la mayor parte de ese tiempo.

—¿La mayor parte? —preguntó Brunetti.

—Me parece precipitado regalar mi confianza a personas a las que no conozco bien.

Brunetti tomó el vaso y lo levantó a la luz para admirar el color.

—La parte de mí que es policía me dice que probablemente tenga razón, *contessa*. —Dio un sorbito—. Esto es la gloria —comentó, y posó el vaso—. Pero asumo que va a confiar en mí. Eso si quiere hablar conmigo.

—Bebe usted muy poco a poco —dijo ella, y colocó su vaso junto al de él para mostrar cuánto más grandes eran sus tragos.

—Lo que usted va a contarme merece más atención que este *whisky*, por muy bueno que sea.

La *contessa* se recostó y se agarró a los brazos del sillón. Cerró los ojos.

—Mi nieta sufrió... lesiones hace quince años.

Brunetti oyó que le costaba respirar y se preguntó si estaría a punto de desvanecerse o de sufrir un colapso. Qué manera tan extraña de decirlo: lesiones.

Pasó un rato. Se le acompañó la respiración y soltó los brazos del asiento. No fue hasta entonces que Brunetti se dio cuenta de que, en lugar de en italiano, habían estado hablando en veneciano. La había tratado de usted con el «*lei*» formal, pero se había dirigido a ella usando el dialecto local desde el principio, sin pensarlo siquiera. Y eso implicaba una intimidad mucho mayor que el trato informal.

Ella abrió los ojos.

—Tenía quince años, casi dieciséis.

—¿Cómo ocurrió?

—La sacaron de un canal cerca de su casa, pero llevaba bajo el agua demasiado tiempo. Nadie sabe cuánto, pero lo suficiente para provocarle lesiones.

Hablaba con tono neutro e imparcial, pero le estaba costando mucho esfuerzo. Se le adivinaba el dolor en los ojos y era incapaz de levantar la vista.

Brunetti estaba convencido de que los venecianos de quince años eran como peces o, por lo menos, mitad pez mitad persona, pues se bañaban desde niños, pasaban el verano en la playa, en el mar, zambulléndose desde las rocas de Alberoni, haciendo carreras en la laguna con las barcas de sus amigos.

—¿Se cayó dentro? —preguntó.

—Eso es lo que dijo la policía, pero ya no lo tengo tan claro —confesó, aunque enseguida matizó—. Que fuese un accidente, quiero decir.

—¿Por qué motivo?

—Manuela tenía pánico al agua.

Brunetti enarcó las cejas. De un veneciano a otra: ¿pánico al agua?

—Cuando era muy pequeña estuvo a punto de ahogarse —explicó la *contessa*—. Mi nuera la llevó a la playa del Lido y la niña se alejó y se metió en el agua. Debía de tener cuatro años, no más. Un hombre que había en la arena vio que le pasaba una ola por encima y corrió al agua y la sacó. Le hizo el boca a boca y estoy bastante segura de que le salvó la vida. A partir de entonces, el agua la asustaba.

—Eso dificulta mucho las cosas a cualquiera que viva aquí —dijo Brunetti.

Hablaba con la voz cargada de empatía y ni rastro de sarcasmo.

—Lo sé. No podía ir sola en *vaporetto*; alguien tenía que cogerla de la mano y llevarla adentro, justo al lado de la puerta. Si no la podía acompañar nadie, iba andando.

—¿Y se las arreglaba?

Se preguntaba cuánto se le complicaría la vida si él tuviese que dejar de ir en barco.

—Sí, podía ir andando a la escuela y a casa de sus amigos, pero siempre trataba de no bordear los canales. Mientras estuviese a unos metros del agua, no pasaba nada.

—¿Y en los puentes?

—Al parecer no le daban problemas —dijo, y notó la sorpresa del *commissario*—. Parece raro, ya lo sé, pero ella decía que mientras se concentrase en los escalones y no tuviera que mirar a los lados, podía cruzar. Lo que le daba miedo era eso, ver el agua.

—¿Y tenía que vivir aquí?

—No, nadie la obligaba, pero ella quería. Sus padres estaban divorciados y mi hijo se había vuelto a casar. —Lo miró a los ojos y añadió—: Los hombres suelen hacerlo.

Al ver que Brunetti no picaba, continuó:

—Cuando Manuela cayó en el canal, mi hijo ya tenía otros dos críos, así que mudarse con ellos hubiese resultado difícil.

—Entonces vivía con la madre, ¿verdad?

—Sí, en Campo Santa Maria Mater Domini. Todavía viven allí.

—¿Es la misma dirección donde vivía... cuando ocurrió esto?

—Sí. Es mejor que esté con la madre —respondió, pero no parecía del todo convencida.

Brunetti no sabía qué más preguntar. Le costaba creer que la muchacha hubiera conseguido convivir tan bien con su fobia. ¿Cómo debía de ser ver la

causa de tus miedos día tras día y estar rodeado de ella cada vez que salieses de casa?

—Ese miedo debe de afectarla a todas horas —aventuró.

—Ama la ciudad —respondió la *contessa* como si se estuviera sacando un as de la manga—. Creció aquí, todos sus amigos siguen aquí y ... yo vivo aquí.

—¿Estudió en Venecia?

—Sí —respondió, y nombró un colegio del barrio de Santa Croce.

—¿Se lleva bien con su madre?

Tardó un instante en ofrecer la respuesta.

—Siempre he asumido que sí.

Como respuesta no servía de mucho, pero Brunetti dejó el tema en paz por el momento.

—No estoy seguro de qué quiere que haga, *contessa* —dijo el *commissario*.

—Me gustaría que investigase si pudo haber pasado algo que... —respondió ella, e hizo un gesto con la mano antes de taparse los ojos.

Brunetti le concedió un buen rato antes de preguntar:

—¿Sabe si por aquel entonces tenía algún problema? ¿Si evitaba a alguien?

—No —respondió ella de inmediato con vehemencia.

Brunetti prefirió no insistir en aquel momento.

—*Contessa* —dijo en un tono muy parecido al que empleaba cuando sus hijos le venían con evasivas—, han pasado quince años. No puedo retroceder e investigar este asunto a menos que tenga un motivo o un lugar por donde empezar.

También necesitaría alguna clase de justificación legal para hacerlo, pero pensó que era mejor no compartir eso con ella.

Cogió el vaso, al que hacía demasiado rato que no prestaba atención, y lo hizo rodar entre las palmas de las manos.

—Siento decirle que las sospechas que pueda tener no son razón suficiente para justificar una investigación —le advirtió.

Se había forzado a decir « sospechas » en lugar de « sospechas vagas ».

—No se cayó al agua —insistió la *contessa* con el mal genio de la edad avanzada y la sensación de certeza propia de los adinerados.

Brunetti bebió un trago y después otro, y mantuvo el vaso en la mano, pues creyó que podría hacerle falta.

—*Contessa*, existen ciertas posibilidades que no ha tenido en cuenta —empezó con timidez.

Se estaba preparando para insinuar a aquella mujer que ni su amor ni su fortuna habían bastado para evitar que su nieta acabase en el agua borracha o drogada. Pero ¿cómo decir algo así? ¿Qué palabras podía usar?

—Manuela no intentó quitarse la vida y tampoco iba bebida ni drogada.

¿Acaso le había leído el pensamiento?

—Parece muy segura de ello.

El *commissario* era padre de dos hijos que hasta hacía poco estaban en esa edad tan imprevisible. Eran chavales felices para quienes el suicidio era un concepto de otro planeta y las drogas, según pensaba él, algo improbable; pero esas creencias eran comunes a la mayoría de los padres. No estaba seguro de lo bien que la abuela de Manuela comprendía a una muchacha dos generaciones más joven que ella. La juventud y la tercera edad habitaban mundos diferentes, con sus respectivos problemas.

—Manuela no habría saltado al agua por nada del mundo. Da igual lo que le ocurriese: si se hubiera acercado a dos metros de la *riva*, hubiese acabado en el suelo, vomitando del miedo. Yo misma lo he visto dos veces. La primera fue en un *vaporetto*; de repente todo el pasaje se aglomeró en uno de los costados y el barco se inclinó un poco. Se puso a chillar, se agarró a la mujer que tenía al lado y le vomitó en la espalda.

Brunetti trató de decir algo, pero ella lo interrumpió al erguirse en la silla.

—En otra ocasión, cuando tenía unos once años, uno de los niños de su clase la esperó después del colegio. El sádico asqueroso sabía que le daba miedo el agua, y cuando estaba cruzando Campo Santa Marina, la cogieron entre él y un amigo y la acercaron al canal diciéndole que la iban a tirar.

Brunetti aguardó.

—Tuvo una especie de ataque epiléptico. Por suerte, estaban cerca del hospital y dos hombres la llevaron hasta allí en brazos. Estuvo ingresada dos días.

El *commissario* se dio cuenta de que, ante aquella anécdota horrible y la rabia de la señora veinte años después de los hechos, se había quedado sin palabras.

—¿Sabe qué fue lo peor, *signor* Brunetti?

Él negó con la cabeza y posó el vaso en la mesita. De pronto ya no le interesaba el contenido.

—Cómo llevarla hasta casa. —Vio la expresión del *commissario* y continuó—: ¿En taxi?

La mera idea le provocó una carcajada de desdén.

—Piense en los *vaporetti* y en adónde van: ¿cómo se puede llegar a Campo Santa Maria Mater Domini desde el hospital? Pues se coge el barco para rodear la isla por la parte de atrás hasta la estación de trenes y luego se camina por la *riva* para cambiar de barco, ¿no? Con toda esa agua delante.

Calló, y Brunetti pensó que estaba esperando a que él sugiriese una solución a aquella pregunta con trampa.

—¿Qué hicieron?

—La colocaron en una de esas sillas que Sanitrans usa para subir y bajar a gente por las escaleras, y entre dos, bueno, entre cuatro porque tenían que ir turnándose, cargaron con ella hasta casa.

Brunetti empujó el vaso con el dedo hacia un lado de la bandeja. No se le ocurría qué decir.

—Piense en lo que tiene que haber sido para una niña de once años con los ojos cerrados que la llevaran por toda la ciudad en una silla como a una vieja impedida o a un majadero de camino a Palazzo Boldù, mientras todo aquel con quien se cruzaba se estaría preguntando qué le pasaba.

Le concedió unos instantes para que se hiciera a la idea de lo que acababa de decir.

—Por eso sé que Manuela no saltó al agua, *commissario*.

Brunetti no quiso decir que eso no eliminaba la posibilidad de que hubiera caído al agua borracha o drogada.

La *contessa* lo miró desde el otro lado de la mesa. Su rostro no mostraba ninguna expresión y Brunetti lo vio como una estructura compuesta de ojos, nariz, boca, mandíbula, barbilla. La cantidad de años que habían pasado entre la época de su vida en que aún era una mujer bella y el presente lo sorprendió: él aún debía de ser un niño y ella una mujer con hijos como él o incluso algo mayores.

—No es sólo ese miedo, o fobia, si lo prefiere, lo que hace imposible que se cayera —prosiguió.

—¿Qué quiere decir?

—El hombre que la sacó...

Brunetti oyó campanas muy muy lejanas. Le sonaba algo de un hombre que se había zambullido a rescatar a una niña. Sí..., algo había. Algo..., pero ¿qué?

—El tipo que la salvó dijo que había visto que alguien la empujaba o la tiraba al agua.

—¿A quién se lo dijo?

—A ustedes —afirmó sin disimular el tono acusatorio.

—Con todos los respetos, creo que se equivoca, *contessa* —repuso Brunetti.

—No, no a usted en persona, sino a los agentes de policía que se presentaron allí. La sacó del agua, pero estaba tan borracho que lo único que pudo hacer fue gritar pidiendo ayuda. Otro joven le hizo la respiración artificial a mi nieta, pero el daño ya estaba hecho.

El relato la estaba alterando de tal manera que apretó los puños y los hizo chocar.

—Fue ese otro, el joven, quien llamó a la policía. Y cuando llegaron, el primero estaba tendido en el pavimento, dormido. Los agentes ya lo conocían; era el borracho del barrio, y cuando lo despertaron estaba tan alcoholizado que no recordaba ni cómo se llamaba y tampoco encontraba la cartera. Le dijo a la policía que había visto a un hombre con la chica y que le parecía que la había empujado o tirado al agua.

—¿Qué hizo la policía?

La *contessa* estiró las manos y se las llevó al regazo.

—Se los llevaron a los dos al hospital: a él y a Manuela. Cuando se despertó por la mañana, ya sabía cómo se llamaba.

Brunetti pensó que la señora había acabado, pero entonces añadió con gran tristeza:

—Pero Manuela no.

Dio un profundo suspiro, tan profundo que Brunetti vio cómo se le hinchaba el pecho.

—Pero era todo lo que el hombre recordaba. Cuando le preguntaron por el otro, dijo que sabía que había alguien más, pero eso era todo. La policía supuso que se refería al joven que había ayudado a mi nieta.

—¿Qué más dijo?

—Que había visto algo en el agua que parecía una persona y se había lanzado para sacarla.

—Muy valiente por su parte —opinó Brunetti, pero luego se acordó de la valentía espuria de los ebrios.

—Sí—convino la *contessa*, pero vacilante y aún menos convencida que él—. Cuando llegué al hospital seguía allí, así que fui a decirle que yo era la abuela y a darle las gracias.

El *commissario* la contempló mientras la señora revivía la escena.

—Me pidió dinero.

—¿Se lo dio?

—Por supuesto.

—¿Cuánto?

—Tenía unos cientos de euros en el bolso y se los di. —Antes de que Brunetti pudiera intervenir, continuó—: Un tiempo después, supongo que ya habían pasado unas semanas, cuando ya nos habían dicho que las lesiones que Manuela sufría eran muy graves, pregunté por él a la policía.

Dejó la frase en el aire. Se pasó los dedos de la mano derecha por la frente y lo miró.

—Disculpe, ¿qué estaba diciendo?

—Me estaba contando que le pidió dinero y que usted se lo dio.

—La policía me contó que estuvo borracho todo un mes. Que era alcohólico y que no debía creer nada de lo que me dijese, porque sólo intentaría sacarme más dinero.

A Brunetti le sorprendió que se encogiera de hombros, un gesto que no guardaba relación con nada de lo que había dicho.

—Pero no fue hasta más tarde que me enteré de lo del otro hombre.

—¿Lo supo por la policía?

La respuesta tardó un buen rato en llegar.

—En cierto modo, sí.

—¿Qué quiere decir?

—El *questore*, que era un buen amigo de mi marido, me confió lo que ponía en el informe policial original; y también que, cuando se despertó, el hombre no recordaba nada de ello. Me explicó que los agentes estaban convencidos de que se trataba de un delirio de borracho y que no era verdad.

—¿Y usted le creyó?

—No tenía motivos para no hacerlo.

—¿Y ahora?

La *contessa* acarició el terciopelo de los brazos del sillón.

—Ahora me gustaría estar segura.

En los últimos tiempos se habían descubierto tantos casos de brutalidad policial y ocultación de pruebas que prefirió evitarles a ambos el apuro de pedirle que explicase por qué había cambiado de opinión.

—¿Le dijo el *questore* algo más sobre el tipo?

—Sólo que le salvó la vida a mi nieta y que era alcohólico. Lo que ya me había dicho la policía.

Brunetti se inclinó hacia delante y levantó la mano.

—Permítame que le pregunte, *contessa*, qué es exactamente lo que quiere que haga.

La mujer tenía las manos en el regazo. Entrelazó los dedos y se los observó.

Brunetti cogió el vaso. Estudió la superficie del líquido y se dijo a sí mismo que permanecería así hasta que ella hablase. Daba igual cuánto durase el silencio: iba a obligarla a decirle lo que quería que hiciese.

Al otro lado de la puerta cerrada se oyeron pasos. Por un momento, Brunetti pensó que oía el tictac de su reloj, pero desestimó la idea por fantasiosa.

La oyó revolverse nerviosa en su asiento, pero se negó a mirarla.

—Quiero recuperar a mi nieta —dijo con una voz que había pasado de la pena a la agonía.

Cuando la miró, Brunetti se sorprendió al ver que parecía haberse encogido: el respaldo del sillón parecía más alto y ancho, y no le llegaban los pies al suelo.

—Siento decirle que no puedo hacer eso, *contessa*. Saber qué pasó no cambiará las cosas.

—Durante quince años, nada me ha sido de ayuda —se lamentó la *contessa* con la voz rasgada.

Como una niña obstinada, rehusaba mirarlo; tal vez pensase que si evitaba dirigirse al *commissario*, podría seguir pensando que lo que le pedía era posible.

—Lo siento —respondió Brunetti.

No se le ocurría nada mejor que decir.

Cuando por fin levantó la vista, la señora había envejecido aún más: tenía la boca más pequeña y los ojos apenas le brillaban; se había encorvado, como si ya no tuviera suficiente fuerza en la espalda para sostenerse erguida. Había hablado con la insistencia ciega de los ancianos, que antes de morir quieren conseguir ciertas cosas y están convencidos de que los ayudarán a despedirse de este mundo. Quizá estuviera en lo cierto, y él estaba dispuesto a admitirlo, pero también cabía la posibilidad, añadió para sus adentros, de que la señora se equivocase.

No le parecía que la *contessa* buscase venganza. Tal vez creyera que el mero hecho de averiguar qué le había ocurrido a su nieta le aliviaría la pena. Sin embargo, Brunetti sabía que esa idea era ilusoria: en cuanto alguien sabía lo que había sucedido, querían saber el porqué y después el quién.

Casi sin darse cuenta, Brunetti había pasado de tener curiosidad por la joven y su extraño destino a tener el deseo de saber más sobre las circunstancias y, a ser posible, también sobre las causas. La relación entre la importancia de la decisión que había tomado y la rapidez con que lo había hecho era desproporcionada, pero prefirió no hacer caso de ese detalle. No se paró a considerar el asunto con detenimiento ni pensó en qué le llevaría a hacer: una anciana necesitaba ayuda y él había reaccionado con el mismo instinto que lo haría extender un brazo para evitar que se cayese por las escaleras. El amor que Brunetti sentía por su madre era irreflexivo, fiero y protector, igual que el que sentía por su esposa e hijos. No le quedaba más remedio, ¿verdad?

La *contessa* alcanzó la botella y Brunetti sintió que su determinación flaqueaba, que se debilitaba un instante. No se había comprometido a nada y aún estaba a tiempo de cambiar de parecer y decirle que no podía ayudarla, pero entonces ella cogió el tapón, lo enroscó en la botella y la puso en la parte de atrás de la bandeja.

Parecía haber recobrado algo de fuerza y ya se asemejaba más a la anfitriona segura de sí misma del día anterior, como si haber confesado un deseo tan fútil la hubiera purgado de aquella ilusión vana.

—Tengo ochenta y seis años. No sé cuántos me quedan.

Indicó que no le importaba encogiéndose de hombros y prosiguió:

—Antes de morir, quiero saber qué sucedió. Sé que a Manuela no le servirá de nada y tampoco le dará la oportunidad de convertirse en la persona que podría haber sido. Pero yo quiero morir en paz.

Brunetti permaneció inmóvil y en silencio, tratando de no demostrar nada más que atención. Quería y necesitaba comprender.

—Le he dicho que es imposible que quisiera suicidarse. —Respiró hondo dos veces—. Pero no estoy convencida del todo; nunca lo he estado. Manuela se había convertido en una chica con problemas, había perdido la alegría de vivir. No quiero morir pensando que soy responsable, aunque sólo sea en parte, de lo que ella es hoy en día. Necesito saber —añadió sin el menor rastro de dramatismo, sino con tranquilidad y certeza.

Cuando Brunetti tuvo claro que la anciana había terminado, preguntó:

—¿Tiene idea de cuáles eran esos problemas?

Ella se miró las manos y él pensó en sus hijos, que solían agachar la cabeza siempre que él los regañaba.

—Algo le había salido mal en la vida, pero no sé el qué.

Sacó un pañuelo blanco del bolsillo del vestido y se limpió la nariz sin levantar la mirada.

—Su madre se había dado cuenta de que estaba triste y malhumorada, pero pensaba que a esa edad era normal. —Miró a un lado y después al *commissario*—. Supongo que yo quise creerlo.

—¿Y no dijo nada más? —preguntó Brunetti.

—Me pidió dinero para pagar un psicólogo para Manuela.

La *contessa* carraspeó y a continuación habló con la rabia del recuerdo.

—Le dije que emplease el dinero de las clases de equitación en el psicólogo. O que vendiese el caballo.

Como si sus propias palabras la asustasen, respiró hondo, cerró los ojos y esperó a que la borrasca de emociones amainase.

Brunetti aguardó. A ella y con ella.

—Hace años les di el apartamento de Campo Santa Maria Mater Domini, cuando mi hijo todavía estaba casado con ella. Tras el divorcio, se lo quedó. —

Hablaba en voz baja pero con tensión—. Le daba una asignación mensual, y pagaba las facturas de ambas. Pagué el caballo, las clases, el establo y hasta el forraje. Pero cuando su madre me pidió aún más, esa fue la gota que colmó el vaso y me negué.

Miró a Brunetti y esperó una respuesta.

—Vaya —contestó él.

—Después del suceso, me dijo que Manuela había empeorado por no haber acudido a ningún profesional.

Hizo una pausa y enseguida continuó:

—Más tarde, me enteré de que mi hijo le había dado el dinero, pero aun así ella no había llevado a mi nieta al psicólogo.

Brunetti se percató de que no iba a decir nada más, así que le hizo una pregunta:

—¿La vio poco antes del incidente?

—No. Siempre que llamaba, la madre me decía que no estaba en casa.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Más o menos hasta una semana antes, cuando por fin me dejó hablar con ella por teléfono.

La *contessa* cruzó los brazos, como si la temperatura de la sala de lectura hubiera bajado de pronto.

—Le pregunté cómo estaba y me dijo que bien. Luego ella me lo preguntó a mí y le di la misma respuesta. Pero no me pareció que estuviera bien. Parecía todo lo contrario.

—¿Y entonces?

—Una semana más tarde, mi hijo me llamó en mitad de la noche para avisarme de lo que había pasado.

Miró hacia arriba y empezó a cabecear repetidas veces, como asintiendo a algo que Brunetti no alcanzaba a comprender.

—Entonces no volvió a verla antes de que ocurriese.

—No.

El *commissario* sacó la libreta y la abrió.

—Me gustaría que me diese el número de teléfono de su nuera, y también el suyo.

La anciana le dictó ambos de memoria y él los anotó.

—¿Sabe el nombre de alguna amiga de su nieta, gente que conociese en aquella época o compañeros de instituto? Algún novio, si lo tenía.

Mientras él pensaba qué otros datos le podía proporcionar, la *contessa* dijo:

—Todo eso se lo tendrá que preguntar a su madre. Creo que Manuela ha perdido el contacto con sus amigos. Bueno, mejor dicho, ellos con Manuela —se corrigió al instante.

Hubo un tiempo en que Brunetti estaba convencido de que las personas,

madres y padres en particular, sabían distinguir un comportamiento inusual en los niños y jóvenes; sin embargo, con el paso de los años se había dado cuenta de que a menudo no era así. La mayoría eran observadores sólo *a posteriori*.

—¿Qué relación tienen ustedes dos?

—¿Se refiere a mi nuera? —preguntó la *contessa*, pero se corrigió al instante —. Bueno, mi exnuera.

Se paró a pensar un momento y después contestó:

—Depende del día.

Brunetti estuvo a punto de soltar una risa, pues la respuesta no se correspondía con la tensión de la conversación. No obstante, la anciana hablaba con total y absoluta seriedad.

—¿A qué se debe?

—Eso también depende del día —repuso con lo que parecía una absoluta falta de interés—. Un día puede ser una depresión o las pastillas que toma para remediarla, o podría ser la bebida. Me da lo mismo: yo sólo la llamo cuando quiero ver a Manuela y salir a pasear con ella o que venga a pasar la tarde conmigo.

Hizo una pausa y Brunetti se imaginó que estaría calibrando cuánto le podía revelar.

—Hay una mujer que vive con ellas, Alina. Una señora ucraniana que antes trabajaba para mí. Ella cuida de mi nieta. —Enseguida añadió—: Para ella es mejor estar allí. Vivía con su madre tras el divorcio y estar otra vez con ella parecía calmarla. Igual que estar en una casa conocida.

—¿Ella se acuerda de lo que pasó?

—Al parecer, sí. Pero a ratos se olvida de quiénes son las personas. Luego se acuerda otra vez, porque es muy afectuosa con ellos.

El rostro de la *contessa* se tiñó de una emoción que Brunetti no supo reconocer.

—Es como si recordase el sentimiento, aunque no se acuerde de la persona.

—Lo siento.

Una vez más, era lo único que Brunetti era capaz de decir.

—Gracias —lo sorprendió ella al responder con naturalidad.

El *commissario* pensó que a esas alturas no tenía sentido hablar con la chica. Al menos, no hasta que supiese más sobre ella o sobre cómo era antes de..., antes de las lesiones. Sin embargo, de pronto le cayó un jarro de agua encima: se dio cuenta de que no sabía hasta qué punto la joven sería capaz de entender lo que le decía.

Pasó página en la libreta.

—¿Cómo se llamaba el hombre que la sacó del agua?

—Pietro Cavanis —respondió la *contessa*—. Estoy segura de que sus compañeros podrán proporcionarle información sobre él.

Brunetti le dio las gracias con una sonrisa.

—Mañana hablaré con ellos. ¿Aún vive en Santa Croce?

—No lo sé. No volví a saber de él.

A Brunetti le resultó extraño, pero no comentó nada. No tenía más preguntas o, por lo menos, ninguna que quisiera hacerle en ese momento.

—¿Y si quiero volver a hablar con usted...?

—Siempre estoy en casa —respondió la *contessa*—. A menos que salga a visitar a Manuela. —Se quedó callada un momento, pero enseguida añadió—: En realidad, suele venir ella.

Una sonrisa cuya calidez lo sorprendió tanto que se vio obligado a apartar la mirada transformó el rostro de la mujer.

—¿Llega hasta aquí ella sola? —inquirió, algo avergonzado por la pregunta.

—Gala va a buscarla. Trabaja para mí desde hace años y conoce a Manuela desde que era un bebé.

El *commissario* cerró la libreta y la guardó en el bolsillo.

—Creo que ya tengo por dónde empezar.

Se puso en pie. Su costumbre después de una entrevista era darle las gracias a la persona que le había proporcionado la información, pero en este caso le pareció inapropiado.

Se agachó para besarle la mano cuando ella se la ofreció, salió de la sala y encontró a la doncella sentada en una silla al otro extremo del pasillo. Lo acompañó hasta la salida del *palazzo*.

Esa misma noche, justo en el momento en que Paola dejaba una fuente de *paccheri con tonno* en la mesa, Chiara le dijo a su padre:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Mientras esperaba una respuesta de su padre, cogió el cucharón, se sirvió una ración modesta y lo miró.

—Tú sabrás: ¿te ves capaz? —contestó él.

A lo largo de los años, esa respuesta se había convertido en parte del ritual oral de la familia, una trampa que sus hijos parecían incapaces de sortear. Era la venganza de Brunetti por la persecución a la que ellos lo sometían con su mentalidad ecológica, cuando se ponían a aporrear la puerta del baño con violencia tan pronto como estaba en la ducha más de un minuto. Ellos podían encargarse del medio ambiente y él se ocuparía de la lógica, gracias.

Chiara miró hacia arriba con exasperación.

—¿Qué quieres preguntar?

—Una cosa sobre la ley.

—Un tema muy extenso, diría yo —intervino Raffi desde el otro lado de la mesa.

Sin hacer caso de su hermano, Chiara agachó la cabeza y se concentró en la pasta. Paola lanzó al chico una mirada gélida.

—¿Qué quieres saber sobre la ley? —preguntó Raffi. Al ver que su hermana no levantaba la cabeza, añadió—: En concreto.

Sonrió a Paola para mostrar que sus intenciones eran puras.

Chiara echó un breve vistazo a su madre, que se estaba sirviendo pasta, y después a su hermano, como para comprobar si la pregunta era sincera.

—Quería saber si pedir dinero en la calle va contra la ley.

Brunetti dejó el tenedor.

—Depende.

—¿De qué? —preguntó ella.

—De quién te ha mandado hacerlo —respondió después de reflexionar un poco.

—Ponme un ejemplo.

—Si trabajas para Médicos Sin Fronteras y tienes un permiso en regla, puedes

pedir dinero a la gente. O si eres de AVAPO, vendes naranjas y utilizas el dinero para ofrecer asistencia domiciliaria a los enfermos de cáncer y tienes un puesto autorizado en Campo San Bortolo, entonces también puedes.

—¿Y si no? —preguntó Chiara, que ya se había olvidado de la cena.

Brunetti tuvo que pararse a pensar.

—Entonces supongo que se podría considerar que estás mendigando.

—¿Y qué pasa en ese caso? —interrumpió Paola, con un interés repentino en el tema.

—Que estás haciendo algo que la ley, dicho de modo sencillo, no aprueba. Pero tampoco estás infringiéndola.

No fue hasta después de decirlo que Brunetti se dio cuenta de lo absurdo que sonaba.

—¿Es una ley de verdad o una de mentirijillas? —siguió Chiara.

Aunque sabía muy bien a qué se refería, el padre se sintió obligado a preguntar:

—¿A qué te refieres con «ley de mentirijillas»?

—Venga, *papà*, no te pongas oficial ahora. Ya sabes a qué me refiero: a una ley que es una ley, pero de la que nadie hace caso.

Cuando Paola intentó servirle más pasta, la joven indicó que no con la cabeza.

Brunetti caviló sobre la habilidad de los hijos para pronunciar verdades que los padres tenían el deber de negar. Hacía mucho tiempo que sus colegas y él se habían acostumbrado a que algunas normativas fuesen más para hacer bonito que obligatorias. Por ejemplo, en el caso de la gente a la que arrestaban por robo o violencia: los llevaban a la *questura*, los acusaban del delito correspondiente, avisaban a aquellos que fuesen extranjeros de que debían abandonar el país antes de un número determinado de días y después los soltaban. Una semana más tarde, los aprehendían por el mismo delito y volvían al carrusel de siempre, con los mismos caballitos subiendo y bajando a cada vuelta.

Vio venir el momento en que Paola cedía a su impulso de meter cizaña siempre que se le presentaba la ocasión.

—Como la ley sobre...

—Como le estaba explicando a Chiara —interrumpió Brunetti—, está a medio camino entre la legalidad y la ilegalidad. Si paras a alguien por la calle y le pides dinero, no estás cometiendo un crimen, pero sí una infracción. En cambio, si mandas a menores a pedir limosna, entonces sí es delito.

Brunetti había dicho todo eso con el tono que empleaba para las explicaciones profesionales y esperaba que con eso bastase.

Sin embargo, Chiara seguía preocupada.

—¿Qué te puede pasar si pides dinero?

—Es una *contravvenzione* —respondió su padre tratando de dar importancia a la palabra.

No era un delito, sino una infracción, se dijo. Pero ¿entendía ella la diferencia? ¿Y él?

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que si lo haces no te pasa nada?

Brunetti se permitió acabar el último bocado de pasta y miró a Paola.

—¿Qué más hay? —preguntó con la esperanza de distraer a Chiara hablando de comida.

—¿Sí o no, *papà*? —insistió ella.

—Bueno —respondió en tono salomónico—, suelen aplicar una sanción administrativa.

—Eso es un término, nada más —repuso Chiara al instante—. No significa nada.

—Con eso te abren una ficha policial —contestó Brunetti.

—Pero no te pasa nada —persistió ella.

A lo largo de toda la conversación, Raffi había ido moviendo la cabeza de un lado a otro entre su padre y su hermana como si no le quitase ojo a un volante de bádminton. Paola apartó la silla, recogió los platos y los llevó al fregadero, al fondo de la cocina. Brunetti bebió un trago de vino y al final preguntó:

—¿Por qué tienes tanta curiosidad por este tema, Chiara?

—A lo mejor está buscando la forma de ganar un poco de dinero extra después de clase —sugirió Raffi—, y quiere saber si se arriesga a que la metan en el calabozo.

Su hermana agarró la servilleta y le dio un latigazo con ella. Paola se giró al oír un ruido, pero para entonces Chiara ya la tenía de nuevo en el regazo y estaba bebiendo agua.

La joven miró a su padre, después a su madre y por último el plato. Brunetti esperó, y Paola, de pie junto a la encimera, sirvió las verduras en dos cuencos de cerámica.

—Hay uno de esos africanos nuevos... —empezó Chiara por fin, pero hizo una larga pausa antes de continuar—. Nos para por la calle y nos pide dinero. Todos los días. Siempre está delante del instituto cuando salimos de clase.

—¿Qué quieres decir con «africanos nuevos»? —preguntó Paola en voz alta desde la otra punta.

—Que no es un *vu cumprà* —explicó Raffi.

Brunetti pensó que Chiara protestaría, pero se limitó a asentir. Con el paso de los años, Brunetti, igual que la mayoría de los venecianos, se había acostumbrado a la presencia de inmigrantes senegaleses a los que todo el mundo llamaba *vu cumprà* a pesar de que la corrección política exigía denominarlos *venditori ambulanti*. Había intentado usar el término adecuado, pero a menudo se le olvidaba y al final acabó refiriéndose a ellos, como todos los demás, por su nombre original.

—Sigo sin entender —dijo Paola.

Chiara y Raffi se miraron un buen rato, como si estuvieran preguntándose si sus padres vivían en la misma ciudad que ellos.

—Los que yo digo están aquí desde hace sólo un año, más o menos —explicó Chiara—. Y son distintos.

—¿En qué sentido? —preguntó Paola.

—Son agresivos —dijo Raffi, y miró a Chiara buscando confirmación—. Al menos los que yo he visto.

Chiara convino con un cabeceo.

—Los *vu cumprà* llevan aquí mucho tiempo y todos hablan italiano. Además, algunos nos conocen. Bromeamos con ellos y no se molestan si no les compramos nada; siguen siendo simpáticos —explicó.

Todo eso confirmaba la impresión que tenía Brunetti de los vendedores ambulantes de Senegal.

—¿Y los nuevos? —preguntó Paola, y se agachó para sacar una fuente del horno.

Chiara apoyó la barbilla en una mano, algo que tenía prohibido hacer en la mesa. Brunetti fingió que no lo había visto, y Paola no lo vio.

—Me da escalofríos —dijo al final, como si confesara un crimen—. Sé que no debería decir cosas así de los inmigrantes, pero este es diferente. Es un poco amenazador y a veces te toca el brazo. Los *vu cumprà* no harían eso nunca —dijo en tono más seguro, como si se estuviera defendiendo—. Jamás.

Brunetti, cuya silla estaba orientada a los fogones, intercambió una mirada con Paola. La madre se había quedado inmóvil y prestaba toda su atención a la conversación. A Brunetti no le gustaba la idea de que un hombre le tocara el brazo a su hija sin que ella le diese permiso, y aunque se daba cuenta de lo atávico de su reacción, no le importaba lo más mínimo.

—¿Hace eso cuando os pide dinero? —preguntó con su tono más tranquilo.

—Sí.

Cogió el tenedor para tener algo en las manos mientras rumiaba el tema. Bajó la mirada y se sorprendió al ver que el plato había desaparecido. Mientras contemplaba el espacio vacío, de pronto este se llenó con la ración de pimientos amarillos rellenos de carne y *ricotta* que Paola le acababa de servir.

Cuando todos tuvieron su plato y Paola se había sentado de nuevo, Brunetti tomó un bocado para probar. Comió un poco más, y cuando estaba a punto de hablar Raffi intervino:

—Y también tenemos los de las drogas, pero esos pasan de nosotros —dijo, como si le hiciera gracia y lo exasperase a la vez—. Sólo quieren a los turistas.

—¿Cómo que «los de las drogas»? —preguntó Paola con voz ronca y miedo mal disimulado.

Raffi se volvió hacia ella y alzó la mano.

—Tranquila, *mamma*. Lo he dicho mal: los antidrogas.

Brunetti miró a Paola y vio cómo forzaba una expresión de curiosidad afable que acompañó con la voz:

—¿Cuál de las dos, Raffi, anti o pro?

Aquella voz tan calmada no podía pertenecer a la madre de un adolescente al que acababa de oír hablar de drogas con tanta naturalidad.

—Bueno, ellos dicen que están en contra —aclaró Chiara—, pero sólo hay que verlos.

—A ellos o a sus dientes —añadió Raffi.

Brunetti se acordó de las muecas de algunos adictos que pasaban por la *questura* de camino a prisión y de lo que se veía en las fotos que les tomaban al ficharlos.

Chiara parecía alegrarse de que la crítica que había hecho de un africano ya no fuese el tema de conversación. Al fin y al cabo, pertenecía a una generación que había absorbido el evangelio de la tolerancia y creía en la naturaleza pecaminosa de la censura de una persona menos afortunada que ella.

Brunetti creía conocer a la gente de la que sus hijos estaban hablando, pues había visto diferentes grupos en la ciudad, siempre en lugares donde el tráfico de turistas llegaba a cotas más altas. De ambos sexos y edad indeterminada, llevaban alguna clase de identificación oficial alrededor del cuello que él suponía que les daba derecho a ocupar el espacio público y pedir dinero igual que los de AVAPO o los de Médicos Sin Fronteras. Sin embargo, oírse a sí mismo metiéndolos en el mismo saco que esas dos organizaciones lo incomodó, como si hubiera mezclado la sal con el azúcar y la miel. Aunque le causaban cierta curiosidad, ellos nunca le habían llamado la atención; siempre había pasado de largo y los había dejado en manos de los turistas o, para ser más concreto, a los turistas en las suyas.

Paola les ofreció otro pimiento y, cuando todos dijeron que no, les preguntó:

—¿Me podéis contar de qué va esto?

Hablaba con naturalidad y algo intrigada, sin dejar entrever ni rastro de sospecha.

Chiara y Raffi volvieron a intercambiar miradas para ver quién hablaba primero. Chiara meneó la cabeza, así que empezó Raffi.

—De vez en cuando me los encuentro delante de Frari. Paran a la gente y les preguntan si quieren hacer algo por acabar con las drogas. Cuando responden que sí —y, por cierto, sólo les hacen caso los turistas—, les piden que firmen una hoja de papel, una petición o algo así. Y luego siguen dándoles coba.

—¿Y ya está? —preguntó Brunetti respondiendo a su costumbre de requerir precisión.

Raffi reflexionó y añadió:

—Mis amigos dicen que piden dinero.

—¿Y es verdad?

La sorpresa del joven era evidente.

—¿Para qué iban a pedirles que firmasen, si no? Firmar no sirve de nada: a nadie le importan las peticiones, así que ¿de qué sirve recoger firmas?

No por primera vez, Brunetti cayó en la cuenta de lo diferentes que eran esos chavales de los de su generación. Tenían tan poco en lo que creer, tan pocas esperanzas. Echó la vista atrás, al entusiasmo político de su juventud, y no le quedó más remedio que admitir que esas esperanzas no se habían convertido en nada. Pero al menos su generación lo había intentado.

—Entonces es una excusa para sacar cuartos, ¿no? —preguntó Paola.

Había usado la expresión veneciana « *ciapar schei* », tal vez para mostrar su desprecio mediante la aliteración.

—Si llevan identificación, digo y o que tendrán algún permiso —afirmó Raffi.

La respuesta recordó a sus padres que la época en que podían silenciarlo con el mero tono de su voz ya formaba parte de un pasado lejano, lejanísimo. Desaparecido para siempre. Brunetti se dirigió a Paola: esta era su guerra, no la de él.

—A lo mejor es la única forma que tienen de ganarse la vida. Sabe Dios que el Estado los ha abandonado.

—El Estado nos ha abandonado a todos —soltó Raffi algo acalorado—. A mí también.

Trataba de hacérselo entender a todos con la rabia que permeaba su voz, y Brunetti se sobresaltó.

—Da igual el tiempo que pasemos en la universidad o qué carreras estudiemos: mis amigos y yo jamás conseguiremos trabajo. —Vio que su madre estaba a punto de decir algo y la cortó—. Yo sí, gracias a *nonno*, los negocios que tiene y la gente que conoce. Pero mis amigos no, a menos que también tengan contactos. Para tener un empleo decente tendrán que irse a Inglaterra o a Francia.

Después de pensárselo un momento, añadió con aspereza:

—O sea, un puesto decente, o cualquier puesto.

Enfrente de él, su hermana tenía la punta del índice derecho en el centro de la palma izquierda, como los árbitros de baloncesto para indicar tiempo muerto. Raffi calló, Paola se abstuvo de contestar y Brunetti prestó atención a su hija.

—Si no os importa, la conversación la he empezado yo y aún no tengo una respuesta —dijo Chiara con ademán impaciente.

Sonaba tan adulta que el efecto fue extraño.

—Os he contado lo del africano porque quiero saber qué puedo hacer al respecto. Con él.

Brunetti esperó a ver si decía que no quería ofender al hombre ni asustarlo; dos cosas que, sin duda, imaginaba que diría.

—Quiero que me deje tranquila —añadió sin alterarse.

Paola se levantó y empezó a recoger la mesa. Raffi ayudó a su madre y dejó que Brunetti hablase con Chiara.

El padre pensó que Vianello era la persona ideal para ocuparse del tema, aunque no tenía ni idea de qué pedirle a su amigo. ¿Qué era lo que decía ese inspector jefe británico, aquel que conoció en el congreso de Birmingham? ¿«Meterles el miedo en el cuerpo»? Por muy desagradable que le pareciese en la realidad, en su momento la frase le había hecho gracia; sin embargo, era justo lo que quería que hiciese Vianello, su amigo de cuello grueso y puños como jamones, para ayudarlo: ahuyentar a la persona que asustaba a su hija.

—Veré qué puedo hacer —dijo.

Paola y Raffi regresaron, cada uno con dos platos con porciones grandes de tarta de castaña.

La mañana siguiente, Brunetti se detuvo en la oficina de los agentes antes de ir a su despacho y Vianello lo recibió con una sonrisa afable. Quería hablar con él sobre el africano antes de relatarle la conversación con la *contessa* Lando-Continui, así que le preguntó si había oído quejas de gente a la que hubieran pedido dinero por la calle.

—¿Te refieres a alguien que se haya molestado en acudir a nosotros?

La pregunta de Vianello carecía de sarcasmo y reflejaba tan sólo desconcierto: ¿acudir a la policía para protestar por los mendigos? El inspector movió una pila de documentos a un lado del escritorio, miró con orgullo el espacio vacío que había creado y preguntó:

—¿Por qué lo dices?

No fue hasta entonces, cuando tuvo que explicárselo a su compañero, que Brunetti se dio cuenta de que apenas tenía detalles.

—Hay un hombre que siempre está pidiendo dinero a Chiara y a alguno de sus amigos. Cerca del instituto. Dice que es muy insistente.

—¿Cómo de insistente? —preguntó Vianello.

—Al parecer les toca el brazo. Y cuando me lo contaba parecía... preocupada.

—¿Es uno de los africanos nuevos?

—Pero ¿qué pasa, que soy el último en saber de ellos?

Como si quisiera prepararse para una conversación más larga y al mismo tiempo evitar que su superior siguiera de pie mientras él estaba sentado a su mesa, Vianello se levantó.

—Bueno, cuesta no verlos por ahí.

Se apoyó en la mesa y se sentó en una de las esquinas.

—¿Qué es eso de que son nuevos? —preguntó Brunetti.

—No son de Senegal, así que los *vu cumprà* no quieren saber nada de ellos.

No parece que tengan trabajo, saben poco italiano y además son muy insistentes cuando piden dinero. La mafia ha formado a los *vu cumprà* porque trabajan para ellos; han aprendido a no ser pesados y desde luego no tocan a nadie. No se meten en líos. —Vianello asintió para mostrar que valoraba su comportamiento y añadió—: Los nuevos también tienen un aspecto diferente. Los senegaleses son

altos y delgados, pero estos son más bajos y corpulentos. Con peor pinta. Nunca he tenido problemas con los *vu cumprà* —concluyó.

Al *commissario* le preocupó no haberse percatado de los nuevos africanos o haberlos visto y no haber prestado atención. Supuso que no se acercarían a pedirle limosna a un tipo con traje, sino que los principales objetivos serían mujeres y turistas. Las primeras eran generosas por simpatía, y los segundos, tal vez por vergüenza. ¿O era por miedo?

—¿Se puede hacer algo con él? —preguntó Brunetti.

Era consciente de que, a falta de una opción legal, lo único que podían hacer era ir por la vía de la persuasión. Los dos permanecieron en silencio un buen rato, sopesando las posibilidades.

—Dios mío —soltó Brunetti de pronto—, así es como se siente la gente normal.

—¿Perdona?

—Sin poder oficial. Cuando alguien te molesta, no puedes hacer nada. Chiara puede pedirme ayuda, pero como padre no puedo hacer nada para impedir que el africano los agobie si quiere seguir haciéndolo.

Vianello tuvo una idea.

—Podemos decirle que tiene que pagar una multa —propuso, y le vino una risa macabra—. O amenazarlo con expulsarlo del país si lo vuelve a hacer.

Se levantó y movió la pila de documentos a otro escritorio. Cuando regresó, Brunetti tenía las manos en los bolsillos y se estaba observando los zapatos.

—No podemos hacer nada... Y eso que somos la policía, por el amor de Dios.

Vianello se encogió de hombros, como para insinuar que le estaban dando vueltas a algo evidente.

—Luego te preguntas por qué la gente vota a la Liga... —dijo.

Se acercó otro montón de expedientes más pequeño, miró a Brunetti y añadió:

—Esta tarde pasaré por el instituto y hablaré con él.

El inspector abrió el siguiente archivador.

Brunetti le dio las gracias y se dirigió con parsimonia a su despacho. Se había olvidado de la *contessa*. Su autoridad le permitía enviar a un agente de policía a hablar con el tipo y sugerirle que dejase de molestar a las chicas del instituto. Si la cosa funcionaba, se iría a molestar a otros: a un grupo distinto de alumnas, a mujeres haciendo la compra, gente intentando comprar pescado en Rialto.

No importaba cómo hubiese entrado en el país: la prensa hacía tiempo que no reparaba en la distinción entre inmigración legal e ilegal, y en el término *clandestina* tampoco. El *comissario* creía que la mayoría de aquellos hombres quería trabajar, del mismo modo que estaba bastante seguro de que no encontrarían nada. El Estado les daba un lugar donde vivir y una suma diaria

mínima suficiente para sobrevivir, pero no podía proporcionarles una ocupación.

Apeló a sus principios mejor intencionados sobre justicia social, igualdad y derechos humanos, pero aun así lo único que prevalecía era la rabia por que un hombre tocara a su hija en contra de su voluntad. «Qué cerca estamos aún de la caverna», pensó, pero el enfado no se disipó.

Con intención de deshacerse de aquellos pensamientos, encendió el ordenador y, a falta de mensajes de la *signorina* Elettra, escribió el nombre de la *contessa* Demetrian Lando-Continui y pulsó ENTER con atrevimiento y envió su petición a los ciberdioses.

Esta fue respondida con una larga lista de resultados que contenían el nombre, aunque pronto se dio cuenta de que la mayoría eran páginas que ofrecían la dirección y el número de teléfono de la *contessa*, pero poco más. Había una serie de artículos sobre cenas y fiestas organizadas por Salva Serenissima donde aparecía su foto. Estudió las imágenes y creyó distinguirla en dos de ellas, abrigada por pequeños grupos de mujeres de su edad y, por lo que podía ver, de su mismo estatus social y fortuna.

Después de tres artículos iguales y repetidas referencias a la señora en Facebook, abandonó el intento y se puso a leer la prensa del día. La experiencia no resultó ser mucho más informativa.

—Vamos a ver qué hay de Salva Serenissima —se dijo en voz alta, y empezó a indagar sobre la organización.

La lista de artículos era larga. No había entrada en Wikipedia, pero sí una página de Facebook y una cuenta de Twitter que podrían servir como fuentes de información. No obstante, no se dejó enredar y no consultó ninguna de las dos. Vio una lista de miembros de la junta directiva y estuvo un rato estudiándola. En ella figuraba la cantidad usual de nombres de la nobleza, los títulos brillando en la pantalla. Le gustó sobre todo leer los apellidos compuestos que se amontonaban uno sobre otro con un guion en medio como nutrias en una poza poco profunda. En la sombra que arrojaban los títulos nobles se apiñaban los plebeyos, alguno de los cuales reconocía. Hacia el final de la lista le llamó la atención un nombre, porque él mismo estaba en la *questura* cuando, más de una vez, traían a la esposa del caballero, acusada de robar en tiendas.

—¡Mira tú por dónde! —exclamó al ver otro nombre.

Paola le había pegado la expresión, que usaba para proclamar sorpresa y deleite. Ahí estaba su viejo amigo Leonardo, *marchese* di Gamma Fede, que había ido a la universidad con él y después había desaparecido en el negocio textil que la familia tenía en Asia, aunque a lo largo de los años habían mantenido un contacto intermitente. Brunetti recordaba las cartas y tarjetas que Lolo enviaba cuando a sus hijos aún les interesaba el coleccionismo de sellos: enormes sobres de color marrón cubiertos con decenas de sellos de muchos colores. Cada uno tenía un valor ínfimo, pero siempre había más de los que hacían falta para

que el sobre llegara hasta Italia, si bien sin prisa alguna. Una manada de elefantes de la India, pájaros de Indonesia de colores casi fluorescentes y un grupo de canguros de Australia. Todavía se acordaba de todos, igual que sus hijos.

Brunetti no sabía nada de Lolo desde hacía más de un año, a pesar de que ahora se comunicaban por correo electrónico. Lo de los sellos, ¡ay!, se había terminado. Le causó gran placer ver su nombre en la lista, pues significaba que debía estar pasando temporadas en Venecia. Entonces se le ocurrió que también tenía motivos profesionales para alegrarse de ello: Lolo no era ningún tonto y el *commissario* siempre lo había considerado una persona honesta. Hizo una nota mental para contactar con él.

Volvió a concentrarse en la lista. Uno de los nobles que aparecía era el propietario de un apartamento que había alquilado un amigo de Brunetti. Después de la mudanza, su amigo había descubierto que el hueco del ascensor servía también como conducto para los olores del restaurante chino del bajo. Los efluvios se acumulaban en el rellano, delante de su puerta, pero lo peor venía de la tubería del extractor de humos, que pasaba junto a la habitación y la inundaba del mismo tufo. Al final, cedieron a las amenazas del casero aristócrata de iniciar un proceso legal si incumplían el contrato de alquiler y no les quedó más remedio que pagar tres mil euros para librarse del piso y de él. Ver el nombre del noble en la junta honorífica le provocó una sonrisa y le recordó lo justo que era el mundo.

Alessandro Vittori-Ricciardi se hallaba entre los miembros de la junta administrativa, lo que quiera que fuese una junta de esas características. Estaba acompañado de un vizconde y de tres meros mortales.

No fue hasta que leyó la lista por segunda vez que se dio cuenta de que apenas la mitad de los nombres eran italianos. Después, de que algunos aparecían dos veces. Se maravilló ante las diversas categorías en las que estaban divididos, cada grupo con su título. Le vino a la mente la ocasión en que asistió a una representación especialmente tediosa de algo de Verdi en la Metropolitan Opera de Nueva York; habían pasado tantos años que no recordaba de qué ópera se trataba. Durante uno de los descansos, abrió el programa y encontró lo que parecía una lista interminable de patrocinadores; al menos los estadounidenses tenían el coraje de la vulgaridad y los habían ordenado de acuerdo al importe de las donaciones.

Su suegro le había contado en una ocasión que sólo participaba en juntas o consejos de empresas con ánimo de lucro: «No hacen el tonto ni te hacen perder el tiempo invitándote a fiestas —le había dicho—, y tampoco esperan que pagues por el privilegio de asistir».

La *contessa* Lando-Continui estaba en la junta internacional, la tercera en una lista que no estaba en orden alfabético. El *commissario* se quedó con las ganas de averiguar cuál era el criterio de clasificación, y las rencillas y malos humores que habrían surgido en consecuencia.

Recordó también un comentario que había hecho la hija del *conte* Falier, su querida esposa, no sobre juntas, sino sobre la reacción de Brunetti ante los que formaban parte de ellas: «Tenía la esperanza de que aprendieses a dejar tu pasado atrás, Guido, y olvidases los prejuicios de clase», le había dicho ella en esa ocasión, años atrás, después de escucharlo criticar el nombramiento del nuevo rector de la universidad, apellidado como dos dux. «Si se apellidase Scarpa, la elección no te merecería ningún comentario».

Brunetti había estado muerto de vergüenza durante una semana, sensación que revivía siempre que se sorprendía reprobando a los ricos y personas de alta alcurnia. No podía decirse que su resentimiento fuese el del hijo de obreros de jornal protestando porque sus esfuerzos no se hubiesen visto recompensados: su padre había regresado de la guerra convertido en un haragán empedernido que no veía motivo para trabajar siempre que pudiese evitarlo.

Como si alguien le hubiera dado un buen azote en el espíritu con un periódico enrollado, el *commissario* repasó la lista una vez más y se dijo que él, como el resto de los venecianos, debería estar agradecido de que la *contessa* cediese su fortuna para ayudar a la juventud y salvar los monumentos de la ciudad.

Pensó en Pucetti, el más prometedor de los agentes jóvenes, que unas semanas antes le había comunicado que tal vez se mudase a Marghera, si trasladaban allí a su novia para dar clases de matemáticas. Nacido en Castello, Pucetti parecía conocer a todo el mundo en el *sestiere*, y una vez le había contado que su abuelo fue la primera persona de su familia en aprender italiano y que, además, para su padre esa seguía siendo su segunda lengua. Su bisabuela no había salido de Castello ni una sola vez en la vida.

¿Por qué no había más fundaciones que emulasen a la *contessa* e hicieran algo por los venecianos en lugar de por Venecia? Pese a todo lo que prometía, el Ayuntamiento no tenía visos de empezar a ayudar. La última vez que un gran edificio público se había dividido en apartamentos y puesto a la venta a precios asequibles, una cantidad sospechosa de las viviendas había acabado en manos de políticos y sus esposas. Brunetti se obligó a dejar de pensar en eso: de ahí sólo podían salir problemas.

Mientras bajaba pensó en Mahoma y la montaña. Al entrar en el despacho de la *signorina* Elettra, la encontró a su mesa y su expresión lo alertó al instante de algún peligro. La sonrisa plana era letal, los labios negaban al adversario la vista de la dentadura, tal vez para suavizar la idea de que fuesen un arma.

Brunetti le siguió la mirada y vio al teniente Scarpa delante de la ventana más cercana a la puerta, oculto ante cualquiera que pasase por el pasillo. El teniente, su uniforme un estudio de perfección sartorial, estaba apoyado en el alféizar desde donde el *commissario* solía hablar con la *signorina* Elettra y que, como era comprensible, este consideraba su lugar.

—Lo último que haría, teniente, es cuestionar su integridad —oyó decir a la secretaria al entrar en el despacho—. Si me viese en situación de pensar que usted no es del todo fiel al cuerpo al que sirve como embellecimiento, no podría vivir con ello.

El tono plano —el de una actriz mala leyendo una pésima traducción hecha a partir de un guion aún peor— discrepaba tanto de las palabras que convertía la escena en alucinógena. Movi6 los labios en una línea horizontal que Brunetti supuso que pretendía ser una sonrisa, pero no lo parecía.

—Eso me reconforta, *signorina* —repuso el teniente con devoción empalagosa.

Miró hacia Brunetti, pero no reflejó ser consciente de su presencia de ningún otro modo. Volvió a la *signorina* Elettra y prosiguió:

—En ese caso, tendré que seguir buscando a la persona que ha intentado *hackear* mi ordenador.

Después de tantos cumplidos de cortesía, había pronunciado esa frase como el azote de un látigo.

« ¡Ajá! —pensó Brunetti—, eso es lo que ha estado haciendo ella ». Sabía que tenía acceso al ordenador del *vicequestore*, y seguramente conociese su contenido mejor que el propio Patta. La joven sabía la contraseña del teniente Scarpa desde hacía una eternidad, pero tal vez él la hubiese cambiado y la hubiera forzado así a conseguir otra forma de entrar. ¿Acaso había dejado el equivalente de un rastro de perfume o un pañuelo olvidado mientras echaba un vistazo allí dentro?

Brunetti se irguió y se llevó una mano a la oreja al tiempo que se adentraba en el despacho, un gesto que el teniente Scarpa podía interpretar como un saludo y, dado el caso, lo obligaría a cuadrarse para devolvérselo. La costumbre de la obediencia hizo que diese un paso adelante, se pusiera bien recto y levantase la mano derecha hasta la frente con una sonrisita que daba fe de lo bien que comprendía la intención de Brunetti de imponer su poder y que le parecía, si no inútil, bastante simpática.

—*Commissario* —dijo como si acabase de verlo.

—¿Quería algo más, teniente? —preguntó la *signorina* Elettra, esta vez sin malgastar energía en una sonrisa.

—De momento no, *signorina* —respondió este, y se marchó.

Cuando estuvo seguro de que Scarpa ya enfilaba las escaleras, Brunetti preguntó:

—¿La ha pillado leyendo su correo?

—Dios santo, no —exclamó ella con la voz empapada en asombro por la mera sugerencia—. Pero alguien ha entrado a echar un vistazo.

—¿Quién? —quiso saber el *commissario*.

Ella desestimó la pregunta.

—A lo mejor es el mismo que ha curioseado en el del *vicequestore* —respondió la *signorina* Elettra.

—¿Alguien del ministerio?

Se preguntaba qué podía estar ocurriendo en el ministerio para que espieran su propia correspondencia interna.

—¿Y él sabe lo suficiente —empezó, e inclinó la cabeza hacia la puerta por la que había salido Scarpa— como para detectar eso?

—Puede que sí.

A Brunetti le pareció algo reacia a aceptarlo.

—¿Tiene idea de qué pueden estar buscando?

Ella alzó la barbilla, como si quisiera tener una mejor visión del techo. O de las estrellas. La única señal de que no se había sumido en un coma profundo era la boca: frunció los labios como si fuera a beber de un estanque alpino, después hizo una mueca de exasperación y por fin se relajó por completo mientras continuaba su comunión con algo que Brunetti no alcanzaría a saber jamás.

Sin previo aviso, aquel Poder Superior la liberó y la secretaria miró al *commissario* y dijo:

—Giorgio lo averiguará.

«Giorgio —pensó Brunetti—, el equivalente cibernético del *deus ex machina*».

—¿Necesita su ayuda en este asunto?

Ella apoyó la barbilla en la palma de la mano izquierda y tocó algunas teclas con ociosidad: una pianista en busca de una melodía mejor, un pajarito picoteando su comida.

—Sí, *commissario* —contestó ella, y lo miró—. Tiene la importancia necesaria para pedirle ayuda a él. Lo que ha pasado con el correo electrónico del *vicequestore* no ha sido algo amistoso. Ha sido un intento de robo. Así que, si podemos averiguar quién es el responsable, tal vez tengamos una idea más clara de lo que buscan. Siempre está bien saber qué quieren los enemigos de tus enemigos.

—¿Cree que el *vicequestore* y el teniente tienen enemigos?

La pregunta sobresaltó a la *signorina* Elettra. Al ver que se negaba a responder, añadió:

—¿Hay algún motivo por el cual podrían tenerlos?

Ella sonrió.

—Deje que cuente...

—¿Y la *contessa* Lando-Continui? —preguntó.

En lugar de contestar, la *signorina* Elettra se volvió y tceleó con la mirada fija en la pantalla.

—Lea esto —propuso con entusiasmo, y le hizo un gesto para que diese la vuelta y se pusiera detrás de ella.

Lo que Brunetti vio parecía la primera plana de *Il Gazzettino*, aunque la maquetación era la que habían abandonado hacía una eternidad, y la fecha, de quince años antes.

—« Joven noble herida en accidente —leyó Brunetti—. Anoche, alrededor de las doce, Manuela Lando-Continui, hija de Teodoro Lando-Continui y Barbara Magello-Ronchi, y nieta del fallecido *conte* Marcello Lando-Continui y de la *contessa* Demetriania Lando-Continui, fue rescatada de las aguas de Rio San Boldo. Un transeúnte que la vio agitarse en el agua se zambulló en el oscuro canal y la puso a salvo antes de sufrir un colapso.

» Otro hombre acudió en su ayuda. Practicó la respiración artificial a la joven y a continuación la llevaron al Ospedale Civile. Según el hospital, el pronóstico es crítico. La policía, que llegó a la escena de los hechos, está tratando el incidente como un accidente» .

Justo cuando Brunetti terminó de leer, la *signorina* Elettra, que había ocupado el puesto del *commissario* en la ventana, dijo:

—En los dos artículos siguientes la historia continúa.

Brunetti desplazó el texto y vio la foto de una chica vestida con una camisa blanca, quizá de caballero, cuya parte inferior llegaba casi hasta las rodillas de los vaqueros descoloridos. Tenía el brazo izquierdo en el costado, con un extremo de unas riendas enredado entre los dedos, mientras que con el derecho le rodeaba el cuello a un caballo oscuro. El animal tenía la cabeza gacha, apoyada en el vientre de la joven, y sólo se le veía un ojo. Con la boca abierta, parecía estar mordisqueando uno de los botones de la camisa.

La chica llevaba la larga y oscura cabellera cepillada hacia atrás desde la frente ancha. Sonreía feliz a la cámara, con el rostro fresco, justo en el momento de la vida en que iba a empezar a mudar de niña guapa a mujer hermosa. Con esa expresión, parecía preguntar a quienquiera que estuviera haciendo la foto si

aquel no era el día más maravilloso de sus vidas. Calzaba botas de montar, y estaba de puntillas para abrazar mejor al caballo.

—Muy guapa —comentó Brunetti.

Cayó en la cuenta de que era la primera foto que veía de ella.

—Sí, era muy guapa, ¿verdad? —dijo la *signorina* Elettra.

—¿«Era»? —se extrañó Brunetti.

—Fue hace mucho, tal vez haya cambiado —repuso la secretaria—. Lea los artículos.

El primero, cuya fecha era dos días posterior al otro, citaba el nombre de Pietro Cavanis, veneciano, como el hombre que le había salvado la vida a la chica. También nombraba a los padres, de quienes decía que estaban esperando junto a la cama a que emergiese del coma en el que estaba sumida desde que la habían sacado del agua.

El siguiente había aparecido ese mismo día en otro diario local y describía a la chica como una prometidora amazona, lo que explicaba la foto del caballo. Manuela era muy conocida en el club ecuestre cercano a Treviso del que era miembro, pero llevaba un tiempo sin participar en competiciones.

—¿Eso es todo? —preguntó Brunetti al tiempo que apartaba la mirada de la pantalla.

—Sí —respondió la *signorina* Elettra—. ¿Qué le parece?

No podía dejar que aquello se alargase más.

—He hablado con su abuela.

—¿Qué?

—Coincidimos en una cena, porque es amiga de mi suegra, y me dijo que quería hablar conmigo. —Señaló la pantalla—. De ella.

—¿Y cuándo se han visto?

—Ayer. Vine a contárselo.

A Brunetti le resultaba raro estar sentado frente al ordenador de la *signorina* Elettra mientras ella estaba en su lugar habitual, pero no quería arruinar la situación pidiéndole que se cambiaran el sitio.

—¿Qué le contó?

—Lo del accidente —respondió, y señaló la pantalla, que ofrecía un resumen de la historia—. La chica no ha vuelto a ser la misma. Estuvo bajo el agua tanto tiempo que el flujo de oxígeno al cerebro se interrumpió. —Brunetti dejó que sopesase las consecuencias y añadió—. La expresión que usó ella es que había «sufrido lesiones».

—Pobre chica —suspiró la *signorina* Elettra.

—Pobres todos —añadió Brunetti, y continuó—. El hombre que se tiró al canal y la sacó estaba borracho. Ni se lo pensó siquiera; fue a por ella, sin más.

Entonces recordó lo que le había dicho la *contessa* y prosiguió:

—Por lo que dicen, es el borracho del barrio.

—El artículo no menciona que estuviera bebido —dijo ella—, pero supongo que no tendría por qué.

—Me ha explicado que a ella se lo contó la policía. También que él había dicho a los agentes cuando llegaron que había visto a un hombre arrojarla al agua, pero estaba tan borracho que no se lo tomaron en serio. Y puede que hiciesen bien, porque a la mañana siguiente, cuando se despertó, ya no se acordaba.

La *signorina* Elettra se bajó del alféizar de un salto y se acercó a la mesa. Cogió una libreta y un lápiz, regresó a la ventana de inmediato y preguntó:

—¿Cómo se llama el tipo? Lo he visto en el artículo, pero no me acuerdo.

—Pietro Cavanis.

Ella inclinó la cabeza y lo anotó.

—¿Le dijo algo más sobre él?

—Sólo que le dio algo de dinero y que él se lo gastó en una borrachera que le duró un mes.

—Vaya —respondió ella mientras escribía—. ¿Qué cree que hicimos nosotros?

—¿Nosotros?

—La policía.

Se daba cuenta de que las posibilidades abarcaban cualquier cosa, pero lo más probable era que no hubiesen hecho nada. Se trataba de las declaraciones sin corroborar de un hombre con fama de ser el borracho del barrio, hechas en un momento de gran estrés y de las que se retractó al día siguiente: nadie hubiera prestado atención a algo así. Brunetti se encogió de hombros.

Ella señaló la pantalla con la goma del lápiz.

—Ahí pone la fecha. Voy a ver si el incidente está archivado.

Escribió algunas palabras más y paró para mirarlo.

—¿Qué le parece todo esto? —preguntó al *commissario*.

Brunetti llevaba dándole vueltas desde la conversación que había mantenido con la *contessa*. ¿Un testigo borracho que no se acordaba de su propia versión de la historia?

—No lo sé. Si a la mañana siguiente no se acordaba de nada, ¿qué iban a hacer?

Ella esperó para forzarlo a admitir que no había respondido a su pregunta.

—Lo más probable es que la chica se cayese al agua —continuó—. O debería, de no ser por su fobia.

La mirada de la secretaria era un interrogante, así que prosiguió:

—Su abuela me contó que estuvo a punto de ahogarse cuando era pequeña. A partir de entonces, el agua le daba pavor y nunca se acercaba a ella. Eso significa que lo más probable es que no estuviera paseando por la *riva*, sobre todo sola y a oscuras. —Sin dar tiempo para preguntas, siguió—: La abuela dice que

sobrevivía en la ciudad a base de saber qué *calli* no discurrían junto a un canal. Y cuando cruzaba un puente, miraba el pavimento.

La expresión de la *signorina* Elettra delataba que, como a todo veneciano, eso le parecía improbable, por no decir imposible.

—Lo importante es que me contó que en los meses anteriores al incidente, la joven se había vuelto reservada y parecía infeliz, así que cabe la posibilidad de que tomase drogas o bebiese. Teniendo en cuenta esto, tal vez sí estuviera caminando por la *riva*.

—Hmmm —respondió la *signorina* Elettra mientras continuaba anotando cosas—. ¿Y lo de que no participara en competiciones desde hacía unos meses?

¿Era ese un matiz inquisitorial en la voz de la secretaria?

—Aún tenía el caballo —contestó él—. Lo pagaba la abuela.

Era consciente de que como respuesta no le resultaba adecuada ni siquiera a él.

La *signorina* Elettra alzó la mano en un gesto que podía significar cualquier cosa.

—No sé —dijo mirándose los pies. Los apartó de la pared uno después del otro y se fijó en Brunetti—. Esta historia le llama la atención, ¿verdad?

El *commissario* no lo negaba; en cambio, no tenía ni idea de qué atractivo podía tener aquella triste historia para ella: ¿la juventud perdida, las oportunidades malogradas, la mala suerte? Podría ser sólo curiosidad por el destino infausto de los apellidos nobles de su ciudad natal, aunque también una mayor sensibilidad por el destino de las mujeres. Volvió a abrir la página donde aparecía la foto de la joven y la estudió un rato.

—Tal vez lo de no competir fuese por una caída —sugirió—. O quizá, ya que no sabemos cuántos años tenía cuando le tomaron esta foto, hiciera como muchas chicas y se olvidase de los caballos en cuanto descubrió a los chicos.

Lanzó una mirada breve a la secretaria para ver su respuesta, pero parecía ocupada con descubrir hasta qué altura podía llegar con los pies.

—A lo mejor el caballo se lesionó —añadió Brunetti.

Hacía mucho tiempo que Paola había declarado la familia una zona libre de animales y, en consecuencia, no tenía información de primera mano sobre la relación entre las chicas y sus caballos. No obstante, había leído que podía ser muy fuerte.

La *signorina* Elettra saltó del alféizar y aterrizó sin hacer ruido. Brunetti se levantó cuando ella se acercaba a la mesa y le cedió la silla y el ordenador. Creía conocerla lo suficiente como para preguntar:

—Entonces, ¿a usted también la atrapa esta historia?

Ella se volvió hacia él.

—Por supuesto.

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, se sentó y pulsó algunas teclas con un dedo.

—Diría que hay gato encerrado. Deje que eche un vistazo a ver si encuentro los informes originales con la declaración de los testigos, por ejemplo.

—¿Cuántos años tendrá ahora, más de treinta?

—Sí, algo más —respondió la *signorina* Elettra—. Pero si lo que dice la abuela es verdad, para ella los últimos quince años no han transcurrido como para nosotros.

—La señora no fue muy precisa —explicó Brunetti—, pero hablaba de Manuela como si fuese una niña.

Vio como seguía pulsando teclas sin molestarse en mirar la pantalla: debía de ser un tic nervioso, igual que los fumadores le dan vueltas a un lápiz para no perder la agilidad de los dedos.

Se quedó allí plantado un buen rato, pero la secretaria no decía nada.

—¿Qué va a hacer? —preguntó al final, como si ella fuese otro *commissario* y estuvieran preparando una estrategia juntos.

—Voy a empezar por los establos, para ver si se acuerdan de ella. Y luego, el instituto.

—¿Y cuando haya hecho eso?

—Le diré lo que he averiguado.

—¿Y después?

—Después ya veremos.

Esa tarde Brunetti pasó unas horas redactando informes de evaluación del rendimiento de seis miembros del cuerpo uniformado. Cuando acabó, se permitió el lujo de salir de la *questura*, cogió el número 1 al Lido y fue a dar un largo paseo por la playa. El otoño se respiraba en el aire y se veía en la cresta de las olas. Al llegar a casa estaba cansado, famélico, y tenía frío.

Después de cenar, Paola y él fueron al salón y él le relató la conversación con la *contessa* Lando-Continui y su petición —o ruego, más bien— de que averiguase qué le había ocurrido a su nieta.

—¿A pesar de que pasó hace quince años? —preguntó Paola.

—La *contessa* dice que necesita saberlo. Antes de morir.

Paola reflexionó.

—Sí, supongo que lo necesita. Cualquiera lo necesitaría, ¿no?

—¿El qué?

—Saber que no fueron responsables, por lo menos eso.

Ella había escogido uno de los sillones que miraban al sofá y él había aprovechado para tumbarse. Estaban tomando una tisana de verbena: Brunetti porque había optado por no beberse una copita de *grappa* y Paola porque

intentaba remediar la irritación de garganta.

—¿Por qué motivo iba a ser ella responsable? —preguntó mientras se removía hasta que tuvo la cabeza y los hombros en la posición perfecta para el reposabrazos del sofá—. La chica vivía con su nuera y los meses anteriores al incidente apenas la vio.

—Es probable que piense que debería haberla visto más.

—Es su abuela, no su ángel de la guarda.

—Guido —protestó Paola.

Había puesto mayor énfasis en la última sílaba, igual que hacía cuando estaba pidiendo cuentas a sus hijos.

—¿Qué?

—No seas tan cruel. La chica era su nieta —lo riñó, y bebió un sorbo de tisana.

Brunetti se percató de que tenía la voz más ronca que a mediodía. Al parecer, la verbena no había ayudado a mejorarle la garganta: el remedio centenario de los Falier vencido por la teoría de los gérmenes.

Le cogió la taza vacía, la llevó a la cocina y la metió en el fregadero. Cuando regresó, Paola estaba sentada con la cabeza apoyada en el reposacabezas, los ojos cerrados y sin libro en las manos.

—Creo que es hora de irse a la cama —dijo Brunetti.

Paola no respondió. Le observó la cara y vio que tenía la punta de la larga nariz enrojecida. Eso y los círculos colorados, grandes como monedas de dos euros, de las mejillas le daban aspecto de payaso. Uno muy cansado. Se agachó y le tocó el hombro.

—Ya está bien por hoy —afirmó, y la ayudó a levantarse.

Esa noche Brunetti no descansó. Paola, como de costumbre, ya fuese sana o enferma, dormía a su lado como si estuviera sedada. A las tres lo había despertado un miedo repentino y de pronto se encontró de pie junto a la cama. Desvelado del todo y tembloroso, intentó recordar el sueño que tanto lo había impactado, pero se le escapaba; recordaba sólo el miedo y la preocupación por la seguridad de Chiara.

Cruzó el pasillo hasta la cocina, bebió un vaso de agua, después otro, y trató de recuperar algún detalle, por pequeño que fuese, que lo ayudara a comprender por qué se le había helado la sangre de tal modo. Dejó la luz del pasillo encendida, se dijo que no se estaba comportando como un bobo supersticioso, fue hasta la habitación de su hija y abrió la puerta. Después de haberlo hecho infinidad de veces cuando ella era niña, Brunetti sabía hasta dónde podía empujar la puerta sin arrojar luz sobre la almohada. Asomó la cabeza por el hueco. Cuando se le acostumbró la vista a la oscuridad, vio la cabeza despeinada justo donde debía estar, los vaqueros tirados donde no debían estar y el resto de la ropa en un alegre montón sobre la silla que había a los pies de la cama.

Salíó y cerró sin hacer ruido, contento de haberla visto a ella y el escritorio, lleno de hojas de papel y libros abandonados. «Ay, gracias a Dios por el desorden de mis hijos. Alabado sea el hecho de que no limpien lo que tiran por ahí, sino que demuestren su juventud y energía dejando un rastro de objetos a su paso, ropa, libros, zapatos, vídeos, absolutamente todo, mientras le gritan al mundo que están vivos».

Regresó a la cocina y se inclinó sobre el fregadero, con las manos apoyadas en el borde. Se quedó allí un tiempo, hasta que se le pasó la euforia; y cuando esta amainó, permaneció donde estaba y como estaba, pensando en lo que era tener hijos y el coste que suponía. Ya calmado, se apartó de la encimera, apagó la luz y volvió al dormitorio. Se arropó en la cama sin hacer ruido, si bien sabía que ya podría ir acompañado de una banda y de tamborileros que Paola continuaría durmiendo. Se volvió hacia ella, la rodeó con el brazo izquierdo y le vino a la cabeza la foto de la chica con el brazo alrededor del caballo. Sin embargo, el sueño ya lo había atrapado y la joven y el caballo cabalgaron hacia la noche oscura.

Cuando llegó a la *questura* la mañana siguiente, el efecto de la pesadilla y su reacción a ella se habían desvanecido, así que fue de buen humor, en parte porque había cedido a su debilidad y había parado a tomar café y un *brioche* en Ballarin y otro en Rosa Salva. Fue a ver a Vianello a su oficina con la intención de preguntarle si había podido ir al instituto de Chiara para comprobar qué estaba pasando.

El inspector se encontraba a su mesa, leyendo la edición del día de *Il Gazzettino*.

—Debería venir en un envoltorio de esos con advertencias —aseveró Brunetti señalando el periódico con la barbilla.

—¿Advirtiéndolo de qué?

—De que puede ser perjudicial para la salud —respondió el *commissario*.

Se tocó la cabeza y agitó los dedos delante de la cara para indicar locura.

—Llevo treinta años leyéndolo —repuso Vianello—, así que, o estoy loco, o soy inmune.

Brunetti se negaba a pagar por la edición impresa y casi nunca tenía tiempo de leerlo en línea, así que su vida estaba, hasta cierto punto, bastante libre del influjo de *Il Gazzettino*. Si alguien se lo hubiera preguntado, hubiese contestado que le sabía mal: no cabía duda de que, junto con el otro diario local, *La Nuova di Venezia*, era básico para llevar una vida bien informada. Aunque dicha información concerniese a qué farmacias estaban de guardia en domingo y por las noches, la predicción meteorológica y la del nivel del *acqua alta*, y la muerte de los residentes. De vez en cuando, de pasada, también mencionaban el resto del mundo.

—Mi amigo Bobo Ferruzzi siempre me decía: «*Per diventar cretin', leggi Il Gazzettin'*» —comentó Brunetti.

Hizo una pausa para recordar a su amigo fallecido.

—Pero no debe de funcionar, porque Bobo lo leía a diario y no se volvió un cretino.

Vianello, cuyo interés en la prensa al parecer se había agotado, dijo como si nada:

—Ayer fui al instituto de Chiara. Me paré a tomar café en un bar y esperé a que los chavales saliesen de clase. —Entonces sonrió y añadió—: Fue como una visita a mis días de estudiante: esperando a que las chicas pasaran a mi lado.

Brunetti sonrió, pero no dijo nada.

—Cuando llevaba allí unos diez minutos, apareció un africano que venía de la calle que está a la izquierda del edificio. Unos cinco minutos después, empezaron a salir los alumnos y él se puso a pedir dinero, pero sólo a las chicas. Al menos eso me pareció.

—¿Cómo reaccionaban?

—La mayoría no le hacía caso y pasaba de largo, como si no estuviera allí. Pero algunas no podían esquivarlo.

—¿Y eso?

—Se acercaba mucho, se les ponía delante. A una chica le tocó el brazo, pero ella lo apartó —contó Vianello—. Me dio la sensación de que sólo intentaba llamarle la atención.

—¿Hubo alguna que le diese dinero?

—No, ninguna.

—¿Cuánto rato estuvo allí?

—Unos diez minutos. Yo me quedé en el bar, vigilando. Quería ver qué hacía. Un par de chicos le dijeron algo y él contestó, pero no hubo violencia ni ningún problema. Al final, cuando ya no salían más estudiantes, dio media vuelta, se metió por la calle y se marchó en dirección a la Accademia.

—¿Qué hiciste tú?

—Lo seguí.

—Cuenta.

—Cuando salimos al *campo*, lo alcancé, le enseñé la placa y le pedí la documentación —empezó a relatar el inspector—. Me di cuenta de que estaba pensando en salir corriendo, pero entonces me dijo que se la había dejado en la habitación y que todo estaba correcto. Sólo sabía unas palabras de italiano, pero eso me lo dejó claro.

—¿Y después?

—Le pregunté de dónde era y me dijo que de la República Centroafricana. Intentó cautivarme con una gran sonrisa y me llamó *amico*.

Sin embargo, Vianello no parecía cautivado y Brunetti no hizo ningún comentario al respecto.

—Le dije que no era su *amico*, sino *la polizia*. Y que no se acercase al instituto.

—¿Te entendió?

—Creo que se lo dejé bien claro.

—Diría que no tienes mucha empatía —observó Brunetti.

—¿Por qué debería tenerla? Está aquí sin trabajo, así que lo estoy manteniendo con mis impuestos. El Estado le proporciona alojamiento y cincuenta euros al día...

Antes de que Vianello pudiera continuar, el *commissario* preguntó:

—¿Cómo sabes que son cincuenta?

—Todo el mundo lo sabe —contestó Vianello.

—A lo mejor todo el mundo lo dice —admitió Brunetti—, pero de lo que no estoy tan seguro es de que todo el mundo lo sepa a ciencia cierta. ¿Has multiplicado cincuenta por treinta?

—¿Qué dices? —respondió el inspector a la defensiva.

—Que si alguna vez has multiplicado cincuenta por treinta.

Antes de que Vianello pudiera contestar, Brunetti dijo:

—Es la cantidad de días que hay en un mes, multiplicada por cincuenta.

Miró a su compañero mientras este hacía las cuentas.

—Son mil quinientos euros —dijo Vianello sin intentar siquiera disimular la sorpresa.

—¿Crees que el Gobierno puede dar esa cantidad a cada uno? —preguntó Brunetti—. ¿Además del alojamiento?

Vianello se pasó las manos por el pelo.

—Pero... —empezó a decir—. Pero es lo que dicen todos. —Al cabo de un momento, añadió—: También dicen que son libres de impuestos. —Miró a Brunetti—. En ese caso, es lo que se lleva a casa alguien con un sueldo de unos tres mil euros al mes —calculó.

Plegó el diario por la mitad y lo deslizó por el borde de la mesa. Miró a Brunetti y le preguntó:

—No puede ser, ¿verdad? No les pueden dar tanto.

—Lo dudo —respondió Brunetti—. He oído muchas variantes de la misma historia: que disponen de apartamentos enteros, no sólo de una habitación; que arriba de todo de la lista de vivienda social están sus nombres y por eso los italianos no tienen dónde vivir.

Una de las circulares que le habían enviado del Ministerio de Interior estimaba una cifra de cincuenta euros, pero era lo que gastaba el Gobierno al día en tener a cada uno de ellos en albergues o viviendas. De esa cantidad, muy poca acababa en sus manos.

—Puede que el Gobierno se gaste cincuenta euros al día en ellos, pero no se los dan —concluyó.

—*Mamma mia* —explotó Vianello—. Antes de que te des cuenta habré votado a la Liga Norte.

Como si quisiera justificar su postura crítica, Brunetti dijo:

—La lógica era mi asignatura favorita. Me gustaba porque es el modo de ver de qué manera lo que alguien dice no tiene sentido.

—¿Como por ejemplo?

—Como en el caso de los inmigrantes y el argumento de que empobrecen el país y se quedan con nuestro dinero. Y con los trabajos y las mujeres.

Hizo una pausa, pero Vianello no lo instigó con más preguntas, así que continuó.

—En lógica, eso se llama apelar al miedo: conseguir que la gente tenga miedo de algo para que hagan lo que tú quieras.

Vianello, que acababa de bromear sobre afiliarse a la Liga, añadió:

—Cuando multiplicas los cincuenta euros al día por un par de meses, queda

claro que es imposible.

Brunetti se encogió de hombros.

—Exacto. Eso es apelar al miedo.

—Debe de estar de moda, ¿no te parece?

Esa vez Brunetti cabeceó en silencio. Estaba a punto de preguntarle a su compañero si la *signorina* Elettra le había hablado del intento de pirateo de la cuenta de correo del *vicequestore*, cuando el inspector dijo:

—Aun así, aunque no vaya directo a los inmigrantes, se están gastando cincuenta al día, ¿no?

Lanzó una breve mirada a su superior.

—¿Dieciocho mil al año?

Esa vez le tocó esperar a Vianello. Cuando lo hubo calculado, Brunetti asintió.

—Eso es más de lo que yo ingreso al año. —Vianello hizo números y tuvo que matizar—. Después de impuestos, claro.

¿Qué hacía el inspector? ¿Era eso una sonrisa?

Brunetti decidió que era hora de subir a su despacho.

No se cruzó con nadie por la escalera. Entró en su despacho, resistió la tentación de cerrar la puerta, se acercó a la ventana y miró la fachada de San Lorenzo. El equipo de restauración se había marchado mucho tiempo atrás sin dejar ni rastro de su presencia, pero lo peor era que la casita para los gatos que llevaba allí tantos años se había esfumado y, por mal que le supiese, con ella también los felinos.

Con el paso del tiempo, la mayoría de los gatos callejeros habían ido desapareciendo de la zona y ahora, su último hogar, aquella construcción extravagante de varios pisos, había dejado de existir. Brunetti se daba cuenta de que ese hecho le importaba más por las personas que por ellos, eran astutos y encontrarían otro lugar donde esconderse y vivir. Sin embargo, ¿qué iba a ser de los ancianos del geriátrico a los que tanto deleitaba la presencia de los animales y su capacidad de supervivencia pese a tener tanto en contra? ¿Y Vianello, con quien había sido tan condescendiente durante la charla sobre las maravillas de la lógica?

Oyó un ruido a la entrada, dijo «*Avanti*» en voz alta y dio media vuelta para recibir al visitante.

Era la *signorina* Elettra, que ese día iba vestida con un atuendo que cualquiera podría haber confundido con un uniforme militar de campaña. La tela jaspeada de la chaqueta era de un color entre gris y verde, y en la pechera tenía un par de bolsillos cerrados con sendos botones. El asunto de los pantalones resultaba algo más confuso, pues eran gris oscuro y muy estrechos: quizá no fuesen la prenda más indicada para una batalla. No obstante, las botas recuperaban la temática: suela gruesa, cuero negro y reluciente; las llevaba atadas hasta media espinilla con unos cordones blancos de coreografía perfecta. En la mano, en lugar de un arma, una carpeta.

—¿Se dispone a neutralizar una invasión? —le preguntó.

—Tengo información sobre la nieta de la *contessa* Lando-Continui —ofreció ella a modo de respuesta.

Quizá Brunetti sólo había imaginado que hablaba.

—Cuénteme, por favor.

El *commissario* señaló una de las sillas que había frente al escritorio.

Ella se sentó, cruzó las piernas y abrió la carpeta.

—Manuela —empezó— tiene un certificado de discapacidad mental del ochenta por ciento y su madre recibe una pensión de seiscientos doce euros al mes para ayudar con los cuidados.

La *signorina* Elettra miró a Brunetti, que inclinó la cabeza para indicarle que prosiguiera.

—Durante un tiempo determinado dejó de recibir flujo de oxígeno al cerebro. El informe oficial señala este hecho como motivo de su minusvalía y la consiguiente pensión, y añade que los daños se manifiestan en un comportamiento infantil continuado. Estiman que su edad mental es de siete años, aunque para algunas cosas calculan que tiene una capacidad mayor.

Lo miró de nuevo, pero él negó con la cabeza: con eso tenía más que suficiente.

—He averiguado a qué instituto iba y he hablado con el director. Según la ficha de la alumna, que se puede consultar en internet, durante los tres últimos meses que estudió allí faltó a gran parte de las clases. Sólo queda uno de sus profesores; daba clases de italiano, pero más allá de que era guapa, no recuerda mucho de ella.

Brunetti era consciente de que, aunque los hechos continuaban arremolinándose a su alrededor como la subida de la marea, no había descubierto nada que pudiese indicar ninguna clase de delito. Si quería avanzar, no le quedaba más remedio que conseguir una orden.

La *signorina* Elettra vio que el *commissario* había dejado de prestarle atención y preguntó:

—¿Qué pasa?

—El *vicequestore* no sabe nada de este tema. No he tenido tiempo de comentárselo.

Al oírse a sí mismo, reconoció que la excusa era penosa.

—Ah —respondió ella.

La secretaria apartó la mirada, como si la solución estuviera escrita en la pared del fondo y tan sólo necesitase leerla para averiguar de qué se trataba.

—Lo mejor sería... —empezó a decir, pero hizo una pausa para consultar la pared de nuevo y leer el resto del mensaje—. Lo mejor sería hacerle creer que poner en marcha esta investigación podría favorecer su carrera.

Brunetti se volvió hacia la pared que ella había estudiado con tanto éxito. Los rayos de sus miradas se combinaron en un haz doble, igual que sus posturas, ambos contemplando la pared en espera de alguna revelación.

—¿Le han presentado a la esposa del *dottor* Patta? —preguntó Brunetti, y rompió el silencio.

—Una vez, en una recepción que se celebró en honor del *praetore*. Ella buscaba su atención, no la mía.

Esa última frase sorprendió a Brunetti, igual que la idea de que alguien buscara llamar la atención.

—Así es como lo conseguiremos —dijo él al final.

—¿Cómo?

—Ofreciendo la atención de la *contessa* como cebo para su esposa.

Miró a la *signorina* Elettra mientras ella repasaba el plan y la sonrisa resultante fue suficiente recompensa.

En el cajón del escritorio, Brunetti guardaba un Nokia de hacía diez años que había comprado de rebajas para Raffi por diecinueve euros. Su hijo había usado el *telefonino* durante cuatro años. Después lo había heredado Chiara, hasta que la vergüenza de tener un teléfono tan pasado de moda y que sin embargo se negaba a morir fue tan grande que usó la paga para comprarse uno nuevo. El móvil, maltrecho y agrietado, había ido a parar al maletín de Brunetti y por último a su mesa. Funcionaba con una tarjeta SIM que uno de sus contactos le había comprado con dinero en metálico y una *carta d'identità* falsa y, por lo tanto, era imposible de rastrear. Lo tenía en el cajón, convencido de que nadie se molestaría en robárselo.

Sólo lo utilizaba cuando quería hacer una llamada sin dejar pistas que llevaran hasta él.

La *contessa* le había dado su número de teléfono y le había dicho que la llamase siempre que fuese necesario, y también que haría lo posible por ayudarlo. Contestó la llamada con un simple «*Sì*», sin duda porque no reconocía el número.

—Soy yo, *contessa*. Me dio permiso para ponerme en contacto con usted.

—Ah —susurró ella.

—¿Estaría dispuesta a invitar a una pareja a cenar y, si fuese necesario, convidar a la esposa a la junta de Salva Serenissima?

—Si usted me lo pide, lo haré —respondió de inmediato.

—Gracias.

Brunetti colgó.

Miró a la *signorina* Elettra desde el otro lado de la mesa y levantó el índice y el corazón formando una uve triunfal a juego con el atuendo de la secretaria.

Veinte minutos más tarde estaba sentado frente a su superior, haciendo lo posible por parecer incómodo, casi avergonzado, a resultas de haber sido escogido —él, un mero mortal— para pactar una conjunción de estrellas.

—No, *vicequestore*, debo admitir que yo no saqué el tema. Fue la *contessa*.

Se cuidó de no mirar a Patta a los ojos y concentrarse en la mesa.

—Como ya le he dicho, cenamos con ella hace unos días y estaba hablando

de su fundación, Salva Serenissima. Hay una vacante en la junta, pero quiere nombrar a una mujer. Tiene que ser mujer, eso es innegociable. Una señora que sea objetiva en relación con el resto de los miembros. Comentó que estaba cansada de arribistas y que buscaba a una persona seria y muy comprometida con los intereses de la ciudad.

Brunetti levantó la vista y miró a Patta a los ojos.

—Entonces a Paola se le ocurrió mencionar a su esposa.

Con cada frase, Patta se había ido acercando más al *commissario*, e insistía en que repitiese con exactitud lo que había pasado, casi como si quisiera estar bien seguro, como si quisiera ser capaz de relatar el asunto con precisión, si se le presentaba la oportunidad.

—Siga —lo instó con voz amable—, por favor.

—Faltaría más, *dottore*. Como decía, Paola ha oído tantas cosas buenas sobre su esposa que le propuso a la *contessa* que hablara con ella sobre la posibilidad de ingresar en la junta.

—¿Le pidió la *contessa* su opinión?

Patta trataba de parecer afable, pero la pregunta resultó amenazadora.

—Sí, y contesté que, a mi parecer, Paola tenía razón.

—Bien —afirmó Patta con tono más agradable—. ¿Y qué más?

—Me tomé la libertad de darle su número de teléfono, señor. Espero que no le importe, pero no tengo el de su señora.

—¿Y? —quiso saber Patta.

—Dijo que lo llamaría esta semana para ver si... —Estaba a punto de decir «si su esposa estaría dispuesta a hablar con ella», pero se dio cuenta a tiempo de que la frase era demasiado obsequiosa, incluso tratándose de Patta, así que cambió de estrategia—:... si a su esposa le interesaría el puesto.

Brunetti cruzó las piernas y aguardó a que su superior hablase.

—Esta noche se lo comentaré —dijo Patta.

Se estaba esforzando por actuar como si nada, como si esa fuese la clase de ofrecimiento con el que su esposa y él lidiaban a diario.

—¿Le importaría hablarme un poco más de la familia Lando-Continui?

—Es una de las más antiguas de la ciudad —mintió el *commissario*—, y la fundación de la *contessa* es muy conocida.

Dejó que Patta rumiase esa idea.

—El *palazzo* es impresionante.

Su suegro opinaba que era de segunda categoría, pero Brunetti no tenía intención de airear ese detalle.

—No obstante, hay una cosa... —apuntó el *commissario*.

—¿El qué? —interrumpió Patta.

—La nieta.

—No sé a qué se refiere.

—Bueno, pocos se acuerdan del incidente, pero a la *contessa*, y esto lo sé a través de mi suegra, le preocupa mucho un asunto del que nos considera responsables.

—¿A su esposa y a usted?

—No, señor —dijo Brunetti con una sonrisa que fingió nerviosa—. A la policía.

—¿Cómo puede ser que una mujer de su importancia haya tenido trato con la policía? —exigió saber Patta.

Ahora que había mordido el anzuelo, Brunetti dio un fuerte tirón al sedal aprovechando el título de la madre de Paola.

—Nos lo contó la *contessa* Falier en la cena del otro día. Hace años, la *contessa* Lando-Continui, que es su mejor amiga, le confesó lo descontenta que estaba respecto a cómo habíamos investigado un incidente que ella siente como un ataque a su nieta.

—No estoy al tanto del tema —aseveró Patta, tal como Brunetti había previsto.

El *commissario* se sorprendió de que no hiciese sonar una campanilla para que el teniente Scarpa le trajera un cuenco de agua caliente para lavarse las manos y renunciar a toda responsabilidad en el asunto.

—Fue antes de que llegase usted, *dottore*, es comprensible que no sepa nada. No obstante, ella parece convencida de que se cometió algún error.

Brunetti alzó las manos y se encogió de hombros, como para sugerir que la esposa de su superior ya tendría otra oportunidad para abrirse paso entre la nobleza veneciana.

—¿Ha estudiado el caso? —preguntó Patta.

—Lo recuerdo de hace tiempo, señor.

Esa mentira le salió con mayor facilidad. Hizo oscilar la cabeza de lado a lado, bien para imitar a un actor indio que había visto en una película de Bollywood unas semanas antes, o para expresar incertidumbre.

—¿Qué pasa? —preguntó Patta con la voz algo más puntillosa.

—Cabe la posibilidad de que la investigación original pasase por alto algunos detalles —respondió Brunetti con vaguedad.

—¿Se puede reabrir?

—Si usted se lo ordena al juez, estoy seguro de que sí, *dottore*.

Brunetti no podría haber sido más complaciente ni de más ayuda.

—De acuerdo —concluyó Patta con la voz que reservaba para las órdenes—. Envíeme un correo electrónico con toda la información: número de caso, fechas, personas involucradas, y yo me ocupo de buscar a alguien que lo autorice. —Hizo una breve pausa y después añadió—: Gottardi es ideal. Es nuevo y no pondrá pegats.

Brunetti sabía cuándo desaparecer, así que se levantó.

—Es usted muy amable, señor. Estoy seguro de que la *contessa* Lando-Continui se alegrará.

La mera idea de contentar a un miembro de la aristocracia provocó una sonrisa al *vicequestore*. El *commissario* aprovechó para marcharse.

Una vez fuera del despacho de Patta, como no tenía claro si su superior iba a llamar a su esposa de inmediato o si esperaba a sorprenderla con las noticias a la hora de cenar, Brunetti era reacio a quedarse a charlar con la *signorina* Elettra. Sin embargo, ella lo mandó acercarse con un gesto de la mano y le anunció:

—He hablado con Giorgio. Lo acaban de ascender y está muy ocupado, pero dice que lo investigará en cuanto pueda.

El *commissario* estaba tan encantado con la conversación que acababa de mantener con Patta que tardó un momento en darse cuenta de que la joven se refería al intento de entrar en las cuentas de correo electrónico del *vicequestore* y del teniente.

—¿Y qué hace ahora? —preguntó Brunetti.

Con una mirada, la *signorina* Elettra evaluó el derecho que tenía el *commissario* a saberlo y si podía confiarle la información. Debió de superar ambas pruebas, pues bajó la voz y dijo:

—Está trabajando en el modo de borrar todo rastro de los números que se han marcado desde un teléfono, además de cualquier constancia que haya quedado de esas conversaciones en forma de grabación.

—¿Debo entender que todo eso se puede hacer desde su ordenador?

—Bueno —respondió ella con vacilación fingida—, desde el suyo no, pero desde un ordenador sí.

—¿Desde uno de los de Telecom? —preguntó Brunetti, asombrado por la noticia de que Giorgio no sólo se hubiera rebelado contra la empresa que lo contrataba, sino que además se arriesgase a usar sus propios ordenadores para conspirar contra ellos.

—Pensaba que ya se lo había dicho, *dottore*. Ya no trabaja para Telecom. Hace ya un tiempo que cambió de empleo. —Parecía que se hubiera colocado un cartel luminoso que dijera PROHIBIDO PASAR en la frente y lo hubiera encendido.

—¡Ahhh! —exclamó Brunetti, que de pronto comprendía la situación—. Espero que esté dispuesto a... —empezó a decir, pero no fue capaz de acabar la frase ni de encontrar el término correcto para lo que quiera que Giorgio llevase años haciendo para la *signorina* Elettra. La mayoría de las palabras que le venían a la cabeza implicaban una acción penal.

—Sí, está dispuesto.

Era evidente que eso era lo último que ella pensaba decir al respecto, así que

Brunetti se despidió con una inclinación de cabeza y regresó a su despacho.

Media hora después seguía en su puesto, dudando de qué hacer. Ya había leído gran parte de los documentos que tenía acumulados en la mesa y había necesitado tanto empeño para concentrarse que casi se los había aprendido de memoria. Pero ninguno de los casos precisaba su atención. El del maletero de Bangladesh que había apuñalado a otro maletero en una violenta discusión sobre territorio en la estación de trenes se había resuelto a las pocas horas de la muerte de la víctima. El cadáver que habían encontrado cuatro días después flotando en la laguna había sido reconocido sin dilación como un electricista jubilado que había salido a pescar y se había caído de la barca a causa de un ataque al corazón. Al cartero del Lido que había prendido fuego a la furgoneta camper del nuevo novio de su exmujer lo habían localizado y arrestado.

Brunetti sabía que aprovecharía la rápida solución de esos casos para justificar la investigación de un accidente de hacía quince años que bien podría no tratarse siquiera de un caso criminal.

Se preguntó si la jubilación sería así: meter las narices en los asuntos de los demás cada vez que tuviera la sensación de que los detalles de una historia no cuadraban. ¿Tenían las muertes que venir bien envueltas en un paquetito para que el *excommissario* Brunetti dejase las cosas estar y a la gente seguir con su vida?

Marcó el número del despacho de Rizzardi en el depósito de cadáveres. El forense contestó diciendo su nombre.

—Ettore, soy yo —dijo Brunetti—. Tengo que pedirte un favor.

—Bien, gracias —repuso Rizzardi con amabilidad—. ¿Y tú?

—Se trata de los historiales de los pacientes del hospital. Creo que tú sabes cómo va.

Rizzardi permaneció en silencio, así que Brunetti continuó.

—Necesito uno de hace unos quince años. Voy a conseguir una orden judicial para echar un vistazo, pero imagino que tardará unos días. Así que de momento no tengo autorización para hacer preguntas ni consultar los archivos. ¿Hay alguien en el registro que pueda ayudarme?

—¿Estás hablando de uno de mis pacientes, si es que se los puede llamar así? —empezó a decir el forense—. ¿O es un paciente de planta?

Rizzardi hablaba con tono aún más afable, como si estuviera disfrutando de la conversación.

—Alguien a quien llevaron al hospital —respondió Brunetti— y que después recibió el alta.

—¿Por qué no le pides a la secretaria del *vicequestore* que entre en el sistema? —preguntó Rizzardi como si tal cosa—. A menos que hayas aprendido a hacerlo tú mismo.

—Ettore, se supone que tú no tienes ni idea de eso. Al menos no deberías mencionarlo.

—Ah, perdón —se disculpó—. No sabía que fuese un secreto tan bien guardado.

El forense se quedó callado tanto tiempo que Brunetti pensó que había colgado, hasta que de pronto dijo:

—Siento decepcionarte, Guido. La única persona que conozco en el registro, o sea, la única a la que conozco lo suficiente como para pedirle esta clase de favores, se jubiló el año pasado. Ahora mismo no hay nadie que pudiera estar dispuesto a saltarse las normas.

—Gracias de todos modos, Ettore —dijo Brunetti, y enseguida añadió—: Pronto esto será como trabajar en Suecia.

—Ya —contestó Rizzardi—. Menudo escándalo.

Brunetti sopesó la posibilidad de buscar el número de teléfono en internet, pero al final revirtió a su costumbre ludita y sacó el listín de teléfonos del cajón del fondo. El único «Cavanis, Pietro» que aparecía vivía en Santa Croce.

Un contestador automático le dijo en un veneciano ronco que dejase su nombre, número de teléfono y el motivo de la llamada, y que ya le contestaría.

Enunció su nombre y el número de su *telefonino* e indicó que quería hablar con el señor Cavanis en relación con un incidente que había tenido lugar unos años antes cerca de Campo San Boldo.

De pronto la inquietud se adueñó de él. Se acordó de una frase que Paola había aprendido de una amiga estadounidense y que usaba para reprender a los niños desde que eran pequeños: «Tienes hormigas en los pantalones», una expresión que les había hecho muchísima gracia desde el principio. Brunetti se levantó y se acercó a la ventana, según se dijo a sí mismo, para ver qué tiempo hacía. Las vistas lo sorprendieron: una masa de nubes oscuras había sustituido al cielo limpio de la mañana y la promesa que ofrecía no era agradable. Miró la hora y pensó que si salía en ese momento y caminaba deprisa, llegaría a casa antes de que empezase a caer la lluvia con la que amenazaban los nubarrones.

Sin embargo, el chaparrón comenzó justo cuando él llegaba a la cima del puente de Rialto, así que una vez abajo se desvió a la izquierda y entró en el pasadizo cubierto. A través de los arcos de la derecha vio que la lluvia se intensificaba.

En cuestión de unos minutos, apenas alcanzaba a ver las tiendas del otro lado. No debería llover tanto en esa época del año y, no obstante, aquello era como un monzón, como el fin del mundo. Continuó hasta la esquina, donde había una panorámica más amplia del pequeño *campo*. A duras penas veía a los comerciantes, que se apresuraban a resguardar los percheros llenos de fulares y las mesas cubiertas de carteras que tenían frente a las tiendas.

Abrió el paraguas y, tratando de convencerse de que estaba amainando, salió a la calle, que para entonces estaba casi vacía, y echó a andar hacia casa a buen paso. Antes de llegar al puente ya tenía los zapatos empapados y las mangas de la chaqueta no habían sido capaces de mantenerlo seco más allá del radio del paraguas.

Se dijo que podría haber esperado, que se había mojado por impaciente. Aun así, siguió caminando. La siguiente calle era tan estrecha que las paredes lo protegían del agua. Salió a San Aponal, dobló una esquina, metió la mano en el bolsillo para sacar las llaves, se acercó a la entrada, metió la llave en la cerradura, empujó la puerta y entró en el enorme vestíbulo.

Empapado. Los zapatos iban soltando agua a cada paso y era probable que los hubiera estropeado para siempre; el pelo le chorreaba en el cuello de la camisa y de la chaqueta. No pares. Arriba. Subió las escaleras con el paraguas en una mano y las llaves en la otra. Arriba. En el último rellano, miró escaleras abajo y vio que había ido dejando un rastro de agua. Paró delante de su puerta, dejó el paraguas de pie en una esquina y abrió.

Levantó los brazos hacia los lados y al hacerlo oyó cómo la camisa se le despegaba del cuerpo. Paola lo llamó desde la cocina y enseguida apareció en la entrada, a su derecha.

—¡Menos mal! —exclamó al verlo.

Brunetti buscó el tono de sarcasmo en sus palabras, pero no lo encontró.

—Ven a la cocina.

Se detuvo el tiempo justo para quitarse los zapatos y la siguió con los pies mojados.

El calor de la cocina lo hizo sentir mejor; hasta ese momento no se había dado cuenta del frío que hacía. Miró a su alrededor, cogió un trapo de cocina y se secó el agua de la cara y del pelo.

—Mira —dijo ella señalando la ventana desde donde se veían las montañas del norte.

La cordillera estaba detrás de una cortina de lluvia; no, tras una cascada que se vertía a una distancia de diez centímetros del cristal.

—¿Qué es eso? —preguntó agitando el trapo hacia allí.

—Creo que la bajante se ha atascado.

Paola se puso a su lado y lo agarró del brazo sin importarle lo mojado que estaba ni que chorrease sobre las baldosas. Le hizo dar un paso atrás y señaló la pared de encima de la ventana por la que estaban contemplando el diluvio. Justo arriba del todo, la pintura blanca empezaba a tornarse en un gris claro, a medida que la humedad permeaba el ladrillo.

—La cañería no traga y el agua está cayendo por la fachada —explicó.

Brunetti estaba de acuerdo. Se acercó y echó un vistazo. Se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de una de las sillas. Con la mirada fija en la que estaba cayendo fuera, le dijo a su esposa:

—Búscame un paraguas con la empuñadura de gancho.

Ella desapareció, y mientras tanto Brunetti apartó todo lo que había en la encimera, acercó una silla y la usó para subirse. Como de pie estaba demasiado alto, se arrodilló delante del cristal.

Paola regresó con el paraguas. Brunetti abrió la ventana y se echó a un lado para evitar una corriente de aire pasajera que entró de pronto y le arrojó un montón de agua encima. Sin inmutarse, cogió el paraguas. Sacó el extremo curvo por la ventana y se agarró al marco con la otra mano. Se inclinó hacia fuera, atravesó la cortina de agua con el brazo y hurgó en el canalón que quedaba sobre su cabeza. Se puso a mover la empuñadura a un lado y a otro, y cuando encontró resistencia hizo fuerza sin olvidar aferrarse mejor al marco de la ventana, consciente de que estaba a cuatro pisos de un pavimento de piedra.

Atrás y adelante, atrás y adelante, fue empujando cada vez con más fuerza hacia la cañería que bajaba por la esquina del edificio. Se asomó un poco más y sintió que algo cedía. De pronto tenía a Paola detrás de él, en la encimera, con los brazos alrededor de su pecho.

En un abrir y cerrar de ojos, la resistencia cedió y el mango se deslizó sin ningún impedimento hacia la bajante. Con la misma rapidez, la cortina de agua dejó de caer, tan pronto como el agua que estaba atrapada empezó a fluir hacia la tubería. Sacó el paraguas del canalón, se metió en casa y se apartó de la ventana para cerrarla.

Paola se bajó de la encimera, lo miró y se echó ambas manos a la cabeza.

—Estamos locos. Y si pierdes el equilibrio, ¿qué?

—Creo que la ventana es demasiado pequeña —repuso él, y se volvió para evaluar el tamaño—. Sobre todo teniéndote a ti como ancla; no hubiese cabido.

Cuando la miró de nuevo, se dio cuenta de que no había conseguido apaciguar el miedo residual.

—Mira —dijo dándose palmaditas en la barriga, que la camisa mojada hacía más evidente—, creo que tus dotes culinarias me han salvado la vida.

De regreso a la *questura*, reconfortado gracias al almuerzo y a una larga ducha con agua muy caliente, Brunetti se sorprendió pensando en Patta y en lo fácil que había sido engañarlo. No había necesitado más que sugerir la manera de que su esposa subiera un peldaño en el escalafón social y él había caído como un higo maduro. ¿Qué quería la señora, ser presidenta del Lions Club? ¿Dama de honor y devoción de la Orden de Malta? Llevaba años en Venecia y, que Brunetti supiera, no había conseguido entrar en ninguna de las órdenes religiosas y sociales que tanto prestigio otorgaban a aquellos a quienes se concedía membresía. Sin embargo, él, por arte de magia de los contactos de su familia, iba a convertir el sueño de *signora* Patta en realidad. Lo cierto era que no lo sentía como un triunfo.

Cuando llegó a la *questura* ya eran más de las cuatro y en el rellano de la segunda planta se cruzó con la *signorina* Elettra, que bajaba las escaleras. Ella se detuvo unos escalones por encima de él y este le preguntó:

—¿Se lo ha dicho?

—¿A mí? No. Nada —respondió ella con evidente curiosidad.

—Va a solicitar una orden para abrir una investigación.

La secretaria se apoyó en la barandilla. Brunetti, que aún se estaba recuperando de haber tenido que asomarse a una ventana, le puso la mano en el brazo de forma inconsciente.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella, incapaz de disimular la sorpresa.

No llegó a apartar el brazo, pero sí le impidió que la agarrase.

—Perdone, es que me pongo nervioso cuando alguien se apoya en una barandilla.

Se asió con ambas manos y miró hacia el abismo para calcular la distancia: ¿once o doce metros? Más que suficientes.

La *signorina* Elettra se apartó y subió un escalón. Se desplazó hacia el otro lado y se apoyó en la pared.

—¿Mejor así?

—Sí, mucho mejor. Gracias.

—No debe de ser muy agradable cuando se trabaja en la tercera planta.

Brunetti se encogió de hombros.

—Siempre bajo pegado a la pared y así no me molesta tanto.

Ella asintió con la cabeza para señalar que aprobaba esa muestra de sensatez.

—¿Qué me decía? —preguntó ya con normalidad.

—El *vicequestore* opina que deberíamos indagar los hechos algo mejor.

—¿Y será usted quien haga las indagaciones?

Oír a la *signorina* Elettra meter el dedo en la llaga lo incomodaba.

—Hay ciertas ventajas sociales derivadas de este asunto.

—Es una suerte que la *contessa* Lando-Continui sea tan conocida. ¿Quiere que participe en la investigación? —le ofreció ella pasando por alto que ya lo estaba haciendo.

—Sí, claro.

¿Qué la habría llevado a preguntar semejante cosa?

—Ya sabe cómo ocuparse del *vicequestore* si empieza a perder el entusiasmo o si ofrece algún tipo de...

—¿Resistencia?

—Una vez más, parece que me lea el pensamiento, *signorina*.

—Es nuestro deber como mujeres, *dottore*.

Él sonrió, contento de que hubieran vuelto a su rutina de bromas con tanta facilidad. Continuó escaleras arriba y de pronto se dio cuenta de que lo que había dicho era cierto: iba pegado a la pared.

Sobre la mesa no había nada que requiriese su atención, así que sacó el móvil y marcó el número que tenía de Leonardo Gamma Fedé.

—¿Cómo sabías que he vuelto a casa? —preguntó Lolo al contestar.

—No olvides que soy *commissario di polizia* —respondió Brunetti, y añadió una carcajada que pretendía sonar malévola—. Nunca estáis a salvo de nosotros.

—Eso no lo digas ni en broma —repuso Lolo, y no bromeaba.

—¿Pasa algo?

—Nada a lo que no esté acostumbrado —respondió con ambigüedad—. ¿Tienes tiempo para tomar algo antes de cenar?

—Te llamo justo para eso.

—Bien. ¿Estás en el trabajo?

—Sí.

En silencio, compartieron un cálculo geográfico en el que ambos trataban de encontrar un bar cuya ubicación estuviera a medio camino entre los dos y en el que se pudieran sentar a tomar algo en paz.

—Hay un sitio en Campo San Filippo e Giacomo —dijo Brunetti.

—¿El de la esquina?

—Ese. Quedamos allí dentro de media hora.

—Muy bien —convino Lolo, y colgó.

Con intención de pasar el rato, el *commissario* leyó unos cuantos informes, hasta que el tedio lo condujo a la ventana para estudiar el tráfico del canal que

discurría allá abajo. Una barcaza de transporte pasó poco a poco y obligó a una *caorlina* a rozar la pared del estrecho canal hasta que pasó de largo; también vio un taxi cuyos pasajeros iban escondidos en la cabina y a dos hombres de blanco que remaban en un *sándolo* en dirección a la entrada del *bacino*.

Hubo un momento de su vida en que Brunetti tenía las manos cubiertas de callos, de tantos meses que pasaba remando en la laguna. Era lo único que su padre le había enseñado, cuando con siete años lo llevaba en el *puparin*. Todavía recordaba lo mucho que le gustaba sentir el cuerpo de su padre inclinado sobre el suyo, las manos ásperas encima de las suyas mientras le enseñaba dónde colocarlas en el remo.

Su padre era un hombre irascible e impulsivo, incapaz de mantener las amistades y los empleos a lo largo del tiempo. Siempre tenía que tener la razón y no soportaba que le llevasen la contraria. Era peor aún su falta de paciencia con la incompetencia de los demás y criticaba al fontanero por usar la herramienta incorrecta, al carnicero por cortar mal las chuletas y al cartero porque las cartas llegasen tarde, aunque el retraso de las facturas nunca lo preocupaba. Para el joven Brunetti, ir con él por la calle era a la vez un placer y una tortura, pues nunca sabía cuándo su padre iba a montar en cólera con la persona que caminaba demasiado despacio delante de él o demasiado cerca.

En cambio, cuando salían al agua, podía convertirse en un monumento a la paciencia y se olvidaba del tiempo y de la eficacia del movimiento. Pasaba horas con su hijo, colocándole las manos en el mejor sitio, aunque al cabo de unos minutos tuviese que detener la barca y acercarse para recolocárselas con cuidado. « Justo ahí, Guido », lo recordaba diciendo; y cuando lograba mantener las manos en el sitio correcto y remar cinco metros, le daba palmaditas en el hombro o en la cabeza.

También se acordaba de un día, debía de tener catorce años, que su padre le propuso, como si nada, que probase a remar detrás de él, en la parte de atrás de la barca. Aún se le aceleraba el pulso con el recuerdo: primero por el miedo que sintió ante la posibilidad de no saber dirigir la embarcación y después por la alegría desmedida de que su padre le dijera: « Muy bien, *capitano* ».

Volvió a la realidad y miró la hora: tenía apenas diez minutos para caminar hasta el lugar donde había quedado con Lolo. Al final llegó tarde, pero su amigo también y ambos entraron en el *campo* a la misma hora, desde extremos opuestos.

Hacía más de un año que no se veían, y cuando apareció, Brunetti se sorprendió de lo contento que estaba de reencontrarse con él y lo mucho que quería a su viejo amigo.

—¡Lolo! —lo llamó.

El *marchese*, que iba directo al bar de la esquina, cambió de dirección, apretó el paso hacia Brunetti y se dieron un cálido abrazo. Se sostuvieron el uno al otro

como un par de osos, y cuando se soltaron fue sólo para volver a abrazarse con más fuerza.

Tal como hacían siempre que se veían, pues siempre ocurría después de largos intervalos, hicieron turnos para decirse «Estás igual» y a continuación se dieron unas enérgicas palmadas en los hombros y se estrecharon una vez más.

—¿Dónde has estado? —preguntó Brunetti mientras miraba a su amigo de arriba abajo.

Entonces se percató de lo pálido que estaba Lolo, sin el menor rastro del intenso moreno que acostumbraba a traer de sus aventuras internacionales. También estaba más flaco, los pómulos le sobresalían bajo los ojos oscuros.

—En Argentina —respondió, y le propinó otra palmada en el hombro como si las palabras no bastasen para expresar lo contento que estaba de volver a verlo—. Por mis pecados —añadió con la sonrisa algo mustia, aunque enseguida continuó con tono más alegre—: y para echar un ojo a mis inversiones.

A pesar de la curiosidad que le había despertado, Brunetti pensó que sería mejor seguir con la conversación delante de un par de copas de vino, así que le pasó el brazo por el hombro y lo guio hasta el bar.

Desde la última visita del *commissario*, habían renovado el local: la barra de madera con la superficie desgastada de linóleo rosa había desaparecido y la habían sustituido por una pieza de mármol blanco que podrían haber robado de una tumba etrusca. Los clientes ya no se colocaban allí para tomarse un café rápido o una copa de vino, sino que se los animaba a tomar asiento en unos taburetes altos de aspecto precario, con asientos de plástico de color naranja chillón. Las botellas dispuestas a lo largo del limpiísimo espejo lucían etiquetas de diseños muy sofisticados que ni siquiera procuraban indicar el contenido.

Las seis mesas viejas de madera, señaladas, rayadas y quemadas por generaciones de clientes, habían acompañado a la barra a la jubilación. Brunetti y Lolo vacilaron al llegar a la entrada, pero por medio de un acuerdo al que llegaron en silencio fueron hasta el fondo y se sentaron a una de las mesas de tres patas que había junto a la pared. Como eran tan largos, la superficie de espejo de la mesa quedaba muy abajo.

Brunetti vio ante sí a un hombre alto y musculoso de unos cincuenta años y rostro delgado; las diminutas arrugas que le rodeaban los ojos, producto de pasar demasiadas horas al sol, parecían fuera de lugar en una cara tan pálida como la suya.

Se les acercó el camarero y Brunetti pidió un vino blanco.

—*Due* —añadió Lolo.

Al parecer, la larga lista de posibilidades que el camarero había empezado a recitar le interesaba tan poco como a su amigo. Cualquier vino blanco que estuviera frío.

—Así que Argentina —incitó el *commissario* cuando el camarero se alejó.

Lolo agachó la cabeza y se frotó el pelo con ambas manos. Brunetti se había dado cuenta de que lo tenía espeso y oscuro, y, de hecho, al rascarse emitió un ruido sordo y suave. Cuando acabó, lo miró y dijo:

—Uno de mis hermanos tiene una granja de ganado allí. Me pidió que fuese y lo ayudase a solucionar un asunto peliagudo.

—¿Cuánto tiempo has estado?

—Tres meses.

—¿En la granja?

—Sobre todo en el despacho de la finca —respondió Lolo.

Levantó la mirada para recibir al camarero, que les sirvió las copas y regresó detrás de la barra.

—Haciendo lo que podía para salvar la situación.

Brunetti supuso, mientras tomaba la copa y brindaba con su amigo, que eso explicaba la ausencia de bronceado. Pero ¿qué podía llevarle tres meses?

—¿Y tu familia? —preguntó.

Confundido, Lolo contestó:

—Mi hermano es familia. Ahora están todos allí.

Probó el vino con un sorbo largo y posó la copa.

—Argentina es mejor.

—¿Por el vino?

—Sí, y por la ternera. Y ya está.

Lolo bebió otro trago, agitó el vino en la copa y continuó:

—En la vida volveré a criticar la burocracia de este maravilloso país.

—¿La de aquí? —preguntó Brunetti, incapaz de disimular el asombro.

El camarero se acercó, dejó un cuenco de cacahuets salados entre los dos y se marchó.

—Guido —empezó Lolo, y después cogió un puñado de frutos secos y echó la cabeza hacia atrás para metérselos en la boca de uno en uno—, en comparación con Argentina, esto es como vivir en Suiza.

Masticó, tragó y comió unos cuantos cacahuets más.

—Suiza. Noruega.

Más cacahuets.

—Finlandia.

Cogió otro puñado y se los metió en la boca con el resto.

—Ni te lo imaginas.

—Cuesta creerlo —repuso Brunetti tratando de parecer tranquilo.

—Ya lo sé, pero confía en mí.

Dejó la copa y apartó la silla lo suficiente para cruzar las piernas sin hacerse daño ni tirar la mesa.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó.

Brunetti recordó que aquel hombre odiaba perder el tiempo.

—Me gustaría conseguir información sobre Salva Serenissima. He visto tu nombre en la junta directiva. Pero antes que nada, quería verte y saber qué tal estás —dijo Brunetti sin dudar de que esa era la verdad.

Lolo se echó a reír.

—No me digas que Demetrianiana te está metiendo la mano en el bolsillo a ti también.

Meneó la cabeza con una mezcla de exasperación y simpatía por ella.

—Es una mujer artera, pero me cae bien: no lo puedo evitar.

—¿La conoces mucho?

—Diría que mis padres me la dejaron en herencia —contestó el marqués, y le dio un sorbo al vino—. La conocían a ella y a su difunto marido desde que tengo memoria. Es casi mi tía adoptiva.

—¿Y Salva Serenissima?

Lolo se recostó en la silla y levantó las patas delanteras del suelo. Se cruzó de brazos y miró al infinito mientras reflexionaba.

—Creo que es como un hijo.

—¿Disculpa?

Lolo apoyó las patas de golpe.

—Dejémoslo en que es lo que más satisfacciones le da.

—Pero ella tiene un hijo, ¿verdad? —preguntó Brunetti.

—Sí, un tipo muy espabilado: Teo. Se ocupa de la mitad de los negocios de la familia y está acumulando su propia fortuna. La mayoría de ellos están fuera del país y pasa casi todo el tiempo en el extranjero. En Tailandia, Indonesia, India. — Antes de que Brunetti pudiera preguntárselo, aclaró—: Demetrianiana y él nunca se han entendido.

—¿Conocías a su primera esposa?

—Ah, sí —contestó Lolo, y tomó la copa para vaciarla de un trago—. Barbara.

Buscó al camarero con la mirada, le llamó la atención, levantó la copa y miró a Brunetti, que asintió con la cabeza.

—*Due* —pidió al camarero.

Apoyó los codos en la mesa y dio unas cuantas palmadas suaves.

—¿Sabes lo de la hija? —preguntó.

—Sí, de eso te quería hablar —respondió Brunetti.

A su amigo le cambió la expresión y se quedó mirando al *commissario* durante un buen rato como si quisiera averiguar algo más.

—Anda, y yo pensando que me llamabas por lo encantador que soy.

—Sin duda —respondió Brunetti con el mismo tono de broma, pero enseguida continuó, más serio—: He pedido al *vicequestore* que abra una investigación para ahondar en lo que le ocurrió.

—¿Te parece necesario?

Los interrumpió el camarero, que les sirvió dos copas de vino blanco y substituyó el cuenco medio vacío por uno lleno.

Brunetti contó a su amigo lo que sabía, y hasta que no acabó con el relato del borracho que había salvado a Manuela no hizo caso de la copa.

Lolo tomó la suya por el pie y dio unas vueltas al vino antes de posarla de nuevo sin haberlo probado.

—Bueno, ni sí ni no —dijo Lolo al cabo de un momento, y enseguida añadió —: Me refiero a lo de salvar a la chica.

No apartaba la vista del vino, pero Brunetti se percató de la expresión funesta que le había aparecido en el rostro.

—¿La has visto desde entonces?

—Sí.

—¿Cómo está?

Lolo se bebió media copa de golpe y la posó con torpeza y un fuerte chasquido.

—Es una mujer encantadora de rostro ausente que a menudo se confunde con las cosas. Es una delicia, pero al cabo de un rato te das cuenta de que le pasa algo.

Con la misma seriedad que le permeaba la voz al describir a la mujer, Lolo preguntó:

—¿Por qué estás perdiendo el tiempo con esto? Lo hecho, hecho está.

—Me lo ha pedido su abuela. No quiere morir sin saber lo que ocurrió.

—¿De qué le va a servir eso?

Brunetti respondió encogiéndose de hombros.

—No cambiará nada —sentenció Lolo con aire fiero.

—Cambiará lo que ella sabe ahora.

No se le ocurría qué más decir.

Lolo cruzó los brazos y se quedó así, en silencio, con la mirada fija en la pared del fondo, hasta que al final dijo:

—Entonces no quieres hablar de Salva Serenissima.

—Sí, sí quiero. He conocido a unas personas que están involucradas en la fundación o, mejor dicho, lo estarán, y supongo que siento curiosidad por los motivos que puedan tener.

El propio Brunetti se hacía cruces ante la imprecisión de su respuesta y meneó la cabeza.

—Ella, la *contessa*, quiere dejar la ciudad mejor de lo que la encontró. Creo que de eso no cabe duda.

—¿Pero? —preguntó Lolo.

—Pero algunos de los que la rodean... No alcanzo a comprender qué quieren.

—¿De quién me hablas?

—Pues de un banquero inglés y de su compañera. Él me parece un bobo,

pero ella no. Por lo visto, el tipo quiere ayudar, a condición de que se haga de prisa.

De pronto se acordó del vino y le dio un trago.

—¿Y los méritos se los lleva él? —preguntó Lolo.

—¿Sabes de quién hablo?

—Él es bajo, poca cosa. Ella tiene los ojos grandes, marrones, y no dice mucho, ¿no?

El *commissario* asintió.

—Has acertado con los dos —convino Lolo, pero enseguida continuó—: Pero ¿qué más da, mientras donen los fondos y el proyecto se lleve a cabo?

Brunetti se echó a reír y después respondió:

—Ya veo los efectos de esos tres meses en Argentina.

Al principio Lolo se sorprendió, después trató de parecer ofendido y al final sonrió.

—El efecto de toda una vida en Venecia es más potente.

Brunetti soltó una carcajada y no hizo falta que Lolo se explicase.

—¿Alguien más? —le preguntó este.

—Entre los extranjeros, no.

—Pues ¿quién? —Lolo cogió la copa.

—En la cena había un veneciano que estuvo haciéndole la pelota a la *contessa*. Algo más joven que nosotros, con una barba como la del último zar.

Entonces, a regañadientes, porque la *contessa* no le caía mal, añadió decepcionado:

—Parece que a ella le gustaba escuchar los halagos.

—Ah, Vittori —dijo Lolo, sin más.

—¿No tiene uno de esos apellidos dobles? —preguntó el *commissario*.

Lolo se echó a reír con la copa aún en los labios. Cuando recobró la compostura, sorprendió a Brunetti con una petición.

—Dime cómo se llamaba cualquier patrón para el que trabajase tu padre.

—¿Perdón?

—El apellido de alguien que le diera trabajo a tu padre, de lo que sea. Dime cómo se llamaba.

Brunetti pensó en el tendero que, en una época de relativa calma de su padre, le había dado un empleo como repartidor de fruta y verdura a los restaurantes.

—Camuffo.

—Pues tú tendrías el mismo derecho que él a llamarte Guido Brunetti-Camuffo.

—¿Quieres decir que es inventado?

Lolo cruzó los brazos y se recostó en la silla. Entró en modo contemplativo y sin quitar la vista del techo dijo:

—Siempre he querido saber una cosa: si la gente como él es capaz de

añadirse un apellido, ¿qué añadirán a las facturas?

Dejó que las patas de la silla diesen contra el suelo y continuó hablando.

—Decir que tomó el apellido prestado está más cerca de la realidad —afirmó sin esconder su desprecio—. Su padre trabajaba para los Ricciardi de jardinero o algo así. Todo el mundo lo sabe.

Brunetti, que no tenía ni idea y todavía le estaba dando vueltas a la posibilidad de haber ido por la vida como Guido Brunetti-Camuffo, preguntó:

—Pero ¿para qué ha hecho semejante cosa?

Lolo se inclinó hacia delante y le alborotó el pelo a su amigo con cariño.

—Eres maravilloso, Guido. De verdad, una maravilla. Por las venas de tu mujer corre la sangre más azul de la ciudad y tú sigues sin enterarte.

—¿A la gente le importan esas cosas? —preguntó Brunetti, indignado.

Lolo echó la silla hacia atrás hasta que chocó con la de la mesa contigua. Lo miró, y al final dijo:

—Es uno de los motivos por los que te quiero, Guido, y por los que eres tan buen amigo mío.

—¿Porque no lo pillo?

—No, porque no te importa. Te da igual cómo se apellide la gente. Cómo me llame y o —añadió un instante después.

Brunetti posó la vista en los cacahuetses y, como necesitaba hacer algo, metió el dedo en el cuenco, revolvió los frutos secos y los movió de un lado a otro. Cuando ya los tenía colocados de forma satisfactoria, miró a Lolo.

—¿Qué más me puedes decir sobre él?

—Sólo que Demetrianiana no es la única anciana con la que se deshace en halagos.

—¿Qué pretende conseguir de ellas? —preguntó Brunetti, que conocía bien la raza humana.

—Trabajo, cenas, invitaciones, viajes. Cualquier cosa que le caiga, o que pueda desplazar un poquito hacia el borde de la mesa para que aterrice a sus pies.

—Vaya. ¿Qué crees que quiere de la *contessa*?

—Supongo que trabajo —respondió Lolo.

Por el tono, quedaba claro que el tema no le interesaba demasiado.

—¿Me puedes contar algo más sobre la nieta?

Lolo cerró los ojos, apretó los labios, y cuando volvió a mirarlo le advirtió:

—Guido, ya sabes que no me gusta el desperdicio. Me da igual de qué, pero odio que las cosas se echen a perder o se estropeen.

Brunetti le indicó que siguiera con un cabeceo.

—Eso es lo que le sucedió a Manuela: era una chica encantadora, muy dulce. No es que la viese muy a menudo, debí de coincidir con ella seis o siete veces en casa de Demetrianiana. Y de pronto, cuando tenía catorce o quince años, ya no supe más de ella, sólo lo que la *contessa* me contaba. Que tenía problemas, pero no

llegó a especificar de qué tipo. —Hizo un gesto vago con la mano—. Ya sabes cómo son las cosas cuando alguien usa esa palabra para referirse a sus seres queridos; puede tratarse de drogas, anorexia, malas amistades...

Brunetti escuchó con estoicidad la larga lista de sus peores miedos que su amigo estaba recitando.

—Y de repente pasó eso y la ingresaron, y cuando le dieron el alta ya no era la misma.

Apareció el camarero y Lolo pagó, no sin antes rechazar con un ademán la contribución de Brunetti.

—Demetrianana y yo no hablamos de ella. Nada va a cambiar, jamás. Esa es la gran pérdida: alguien le estropeó la vida y no cambiaremos nada. Así que no hay nada que decir.

—¿Y si a la madre le ocurriese algo? —preguntó Brunetti.

Lolo reflexionó un buen rato, tal vez intentando evaluar cuánto debía contar a su amigo.

—Tendría que irse a vivir con su abuela o con su padre. Demetrianana tiene más de ochenta años, y Teo otra esposa, e hijos. Así que imagino que tendrían que llevarla a alguna parte. A alguna institución.

Se levantó y el *commissario* hizo lo mismo.

Una vez fuera, en el *campo*, se dieron otro abrazo de oso, y Lolo regresó en dirección a San Marco y Brunetti salió a San Zaccaria para tomar el *vaporetto*.

La cena transcurrió como cualquier otro día. Raffi había salido a cenar *pizza* con Sara Paganuzzi, que había regresado después de un año de estudios en París, y tanto a Brunetti como a Paola les daba la sensación de que su hijo hablaba de ella con menos entusiasmo del acostumbrado. Quizá sólo fuese que estaba nervioso porque empezaba el nuevo año académico con tres profesores nuevos y por la necesaria adecuación a sus costumbres. Aunque también podía deberse a que la embriaguez del primer amor se estuviera desvaneciendo, y ni Paola ni él podían hacer nada más que echarse a un lado y esperar.

Chiara llenó el hueco que había dejado su hermano preguntando a sus padres si el verano siguiente la dejarían ir a Londres con una amiga de clase, a trabajar de camarera en el restaurante de su tío.

—¿Qué sabes tú de ser camarera? —preguntó Paola, que tomaba parte en la conversación desde los fogones.

—Sé que se supone que tienes que servir desde la izquierda —explicó, y se recostó en la silla—, aunque tú siempre lo haces por la derecha.

Paola acababa de darse la vuelta con los platos de *farfalle con radicchio e gorgonzola* en las manos. Se detuvo, dejó los platos en la encimera y alzó la cabeza para encomendarse a los espíritus de la Maternidad Ofendida.

—Que le sirvo por la derecha... —comentó con absoluta normalidad—. ¿Has oído? Por la derecha, cuando las camareras deben hacerlo por la izquierda.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la superficie de mármol.

—Espero que eso signifique que se da cuenta de que no soy camarera, sino su madre: una señora que esta mañana ha dado una clase de tres horas sobre *El rizo robado* y después ha pasado dos horas más en una reunión del comité, discutiendo cambios en el sistema de pensiones para los profesores de la universidad.

Sabiendo que había captado su atención, miró a su familia y después volvió a los espíritus que surcaban el aire por encima de sus cabezas.

—Las universidades en las que he sido alumna han fracasado de forma estrepitosa a la hora de prepararme para ser camarera y por esa razón llevo toda la vida sirviendo desde la derecha. Quizá lo haga porque así evito tener que rodear a mi hija, que está sentada a la mesa esperando a que le sirva el plato, y

después volver hasta mi marido. Que, si me lo permitís, está igual de ocupado que ella.

Entonces, para que a ninguno de los dos —y tampoco a los espíritus— les cupiese duda sobre lo que hacía Brunetti allí sentado, aclaró:

—Esperando a que le sirvan.

Dicho lo cual, Paola dio media vuelta, cogió ambos platos y se acercó a la mesa. A Chiara le puso el plato delante desde la derecha, igual que a Brunetti, y después volvió hasta los fogones para servirse una ración de pasta.

Chiara miró a su padre, que se llevó un dedo a los labios para recomendarle encarecidamente que guardase silencio. Se señaló la cara para que le dejase a él ocuparse de aquel asunto.

Paola regresó a la mesa con su plato en la mano y se sentó. Miró a su hija y le preguntó con tono alegre:

—¿Qué tal el día en el instituto, querida? ¿Ha estado bien?

El resto de la cena fue algo tenso, a pesar de que Chiara hizo lo posible por ayudar a recoger la mesa e incluso secó y guardó la vajilla antes de irse a su cuarto a hacer los deberes, sin rechistar. Brunetti había dejado que se arreglasen entre ellas y se había ido al salón a continuar leyendo las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, un libro que tenía apartado desde que en el último año del *liceo* le costase demasiado esfuerzo leer algunas partes del texto en griego. Pero hacía unas semanas había encontrado una traducción al italiano y tenía ganas de leerlo con menos dificultades de las que se le habían presentado décadas antes.

En aquella época, Lolo era el alumno estrella de la clase de griego y lo leía con la misma facilidad que el italiano. Nadie, ni siquiera él, comprendía el porqué ni en qué parte de su cerebro guardaba el secreto de los idiomas, pero tenía un don que Brunetti no había visto en nadie más. Sólo necesitaba un mes para sentirse cómodo con un idioma y ser capaz de leerlo, y cuando acabaron el instituto hablaba inglés y francés con fluidez y leía latín y griego sin problemas. Desde entonces había pillado por ahí —así lo describía él— el alemán, el español y el catalán. En una ocasión confesó a Brunetti que después de cierto tiempo sentía que ya no estaba traduciendo los demás idiomas al italiano, sino que los leía como si fueran el suyo propio.

Cuando Paola llegó con dos tacitas de café y sendas cucharitas dentro, le dijo:

—Esta tarde he visto a Lolo.

Enseguida se dio cuenta de que ella se alegraba de la noticia y eso sirvió para hacerle olvidar la escena que había montado durante la cena.

—No sabía que estuviese aquí. ¿Dónde lo has visto?

—Hemos quedado para tomar algo. Ha estado en Argentina, arreglando no sé qué desastre en el que se había metido su hermano.

—¿El de las vacas?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Del instituto. Solíamos hacer los deberes de química juntos.

Removió el café con la cucharilla, la sacó de la tacita y bebió un sorbo.

—No teníamos ni idea; éramos un par de inútiles de remate. No sé ni cómo aprobamos el examen. Estoy segura de que convenció a la profesora con su encanto para que le pusiese mejor nota, porque en realidad comprendía todavía menos que yo.

—¿Así es como aprobaste tú, con tu encanto? —preguntó Brunetti.

Le costaba imaginar que su esposa aprobase un examen de química por cualquier otro medio.

—No, yo me limité a memorizar el libro de texto, aunque no tenía ni idea de qué significaba nada.

Bebió otro sorbo de café.

Brunetti había tardado años en conocer la extraordinaria capacidad de su esposa para almacenar datos y aún le costaba creer que consiguiera aprender cosas de memoria a base de leerlas con especial atención y decirse que debía recordar lo que leía.

—Es lo que hacíamos todos. Desde entonces no me fío de los científicos.

—Ya lo sé —respondió Brunetti, y se acabó el café.

—Cuéntame qué tal está Lolo —pidió ella, y se sentó a su lado.

—Dice que Argentina hace que Italia parezca Suiza.

—Madre mía. ¿Cuánto tiempo va a estar por aquí?

—No lo sé.

Ella se volvió hacia él.

—¿No lo ves desde hace más de un año y cuando viene no le preguntas cuánto tiempo se queda?

—Hemos hablado de otras cosas.

—¿De qué?

—De Manuela Lando-Continui —confesó, aunque su intención no había sido usar el nombre completo.

Se dio cuenta de que lo había hecho para darle entidad, convertirla en un individuo aunque fuese durante el tiempo que tardaba en pronunciar las tres palabras.

—Ah, claro —dijo Paola, y se recostó para apoyar la cabeza en los cojines —. Los conoce de toda la vida. Creo que él y Barbara, la madre...

—¿Él y Barbara, qué? —preguntó Brunetti.

—Puede que tuvieran algo, hace muchos años, cuando él estaba en la universidad.

—¿Y ella?

—Bueno, ella ya estaba echando su vida a perder.

—Yo no la conozco, ¿tú sí?

—No. Nos llevamos seis años, así que no tenemos amigos en común ni coincidimos en el instituto. La conozco sólo de nombre, aunque en aquella época la veía de vez en cuando.

—¿Cómo es? —preguntó Brunetti.

Antes de que Paola contestase, se levantó, fue a la cocina y regresó enseguida con dos vasos y una botella casi vacía de un licor de ciruela casero que un amigo le regalaba todas las Navidades. Sirvió dos chupitos y se sentó.

Ella le dio las gracias y bebió un trago muy pequeño, como si apenas quisiera probarlo, que era como siempre bebía ese licor: una transferencia de las sospechas que albergaba respecto al hombre que se lo había dado a su marido.

—Era muy guapa: alta, con los ojos claros y una melena larga, lisa y rubia. Era tan diferente de nosotros que hubiera pasado por una estudiante de intercambio escandinava.

El comentario, viniendo de una rubia de ojos claros, extrañó a Brunetti.

Paola se despistó. Se puso a mirar el cielo nocturno; el *campanile*, que aún estaba iluminado y se veía desde aquella esquina del salón.

—No podríamos vivir en ninguna otra parte, ¿verdad?

—Diría que no.

—Estas cosas me hacen entender por qué Demetria quiere salvar este patrimonio. O, al menos, intentarlo.

—Le deseo buena suerte en el intento —dijo Brunetti, y volvió al trabajo—: ¿Cómo desperdició Barbara su vida?

—Igual que tantas otras chicas ricas que no son muy listas: hombres, algunas drogas, más hombres, muchas fiestas y viajes, todavía más drogas... Cuando cumplió veinticinco años tuvo la suerte de conocer a Teo, que es un tipo muy majo. Se casaron, tuvieron un bebé y ella se estabilizó un poco.

—¿Un poco?

—Sí, un poco —repitió Paola—. Al final a Teo se le acabó la paciencia y, por desgracia para Barbara, por aquella época él conoció a otra mujer y a ella se le acabó el chollo.

—Tal y como lo cuentas, parece todo muy fácil.

—Creo que para los hombres lo es, y más cuando hay suficiente dinero y otra mujer esperando.

—¿Y la hija? —preguntó Brunetti tratando de parecer neutral.

—¿Qué juez le daría la custodia al padre, Guido? ¿En Italia, donde se adora a la *mamma*?

—¿Las dejó, sin más?

—Sí, las dejó, pero Barbara también tenía a alguien esperándola.

Brunetti vio cómo su esposa decidía si decir algo más al respecto o no, y al final lo hizo.

—Pero no duró mucho.

—¿Y Manuela?

—Según Demetrian, ella estaba enamorada del caballo, y parece que eso le hacía la vida más fácil con la madre.

Brunetti no detectó ni rastro de la ironía ni del sarcasmo que esperaba oír en la voz de Paola.

—Manuela vivía con ella, pasaba mucho tiempo con el caballo, y luego se cayó al agua y se acabó.

—¿Tu madre habla de Manuela?

Paola estuvo mirando el *campanile* un buen rato antes de responder.

—Sólo cuando la ve en casa de Demetrian. Es una niña muy agradable. Mujer, vaya.

Hizo una pausa para entretenerse con el vaso y añadió:

—No solemos hablar mucho de ella.

—¿No te parece extraño? —preguntó él.

—Guido —respondió ella con tono muy suave—, a veces no te entiendo.

Brunetti pensó que era porque se le olvidaba que era policía, pero prefirió no decir nada.

—Claro que hablamos de ella, porque la vemos. Pero nunca hemos hablado de lo que le ocurrió.

Paola posó el vasito en la mesa.

—No hay otra manera decente de llevar el asunto, ¿no te parece?

—No, es cierto —respondió Brunetti, y se levantó para llevar la botella a la cocina.

De camino a la *questura* la mañana siguiente, Brunetti reflexionó sobre las diferencias que había entre ese caso y el resto de los que había investigado a lo largo de su carrera: había una persona con secuelas físicas y, sin embargo, ningún indicio de que fuese la víctima de un crimen. No hacía falta acelerar la investigación, pues, a falta tanto de víctima como de sospechoso, ¿qué prisa había a la hora de encontrar un culpable?

Todo el asunto había adquirido un matiz de ejercicio académico cuyo único propósito era permitir que la esposa del *vicequestore* subiese unos cuantos peldaños en el escalafón de la sociedad veneciana y que una anciana muriese en paz. Aun así, el *commissario* no parecía capaz de sacudirse la preocupación por el destino de la joven.

Justo cuando entraba en la *questura*, su compañera Claudia Griffoni empezaba a subir las escaleras. Al oír su nombre, se volvió y se detuvo a esperarlo en el tercer escalón.

—¿Estás con algo importante? —preguntó Brunetti según se acercaba.

—Anoche atracaron a un turista —respondió ella—, en calle degli Avvocati.

Brunetti se sorprendió: la calle era la sede de un pequeño hotel y allí estaba el domicilio de una serie de residentes con recursos más que suficientes. Cerró los ojos y rebuscó en la memoria: era un callejón estrecho que salía de Campo Sant'Angelo y culminaba en la puerta de un edificio, un lugar donde los más incautos podían quedar atrapados.

—¿Qué pasó?

Griffoni sacó una libreta del bolsillo de la chaqueta y la abrió.

—La víctima es un irlandés de veintitrés años. He ido al hospital a verlo, a las ocho. Anoche estuvo en un bar, ligando con una chica. La invitó a unas copas, se tomó otras tantas y después ella le dijo que fueran a su casa. Antes de llegar al final de la calle, dos hombres se le echaron encima por la espalda. No se acuerda de nada más.

—¿A qué hora fue?

Ella consultó la libreta.

—A la una y media, más o menos. La llamada es de la una y treinta y siete.

—¿Quién llamó?

—Un vecino del callejón: el ruido despertó a su perro y los ladridos a él. Cuando vio a un hombre tendido en el suelo, llamó a los *carabinieri*; pero cuando llegaron, el tipo ya no estaba. Lo encontraron en el *campo*, sentado en el suelo, apoyado en uno de los edificios. Llamaron a una ambulancia y lo llevaron al hospital.

Por muy común que fuese aquello en cualquier otra ciudad, el ataque dejó a Brunetti pasmado. Allí no se daba esa clase de delito. O mejor dicho —se corrigió a sí mismo—, no ocurría muy a menudo.

—¿Has hablado con él?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué te ha dicho?

—Que estaba demasiado borracho para defenderse, sobre todo porque los otros eran dos.

—¿Está malherido?

—Le han dado un par de puntos en la cabeza y tiene magulladuras, pero nada roto. Supongo —añadió al cabo de un momento— que podría haber sido mucho peor.

—¿Y la chica?

—Ni rastro. No recordaba casi nada de ella, sólo que apenas hablaba inglés y que al parecer sabía adónde iban. No tiene idea de qué ha sido de ella.

—O sea, que podría haberlo llevado hasta allí —sugirió Brunetti.

—O a lo mejor actuó con sentido común y en cuanto empezaron a darse de puñetazos echó a correr —repuso Griffoni.

—Sí, también —concedió Brunetti para ganar algo de tiempo—. ¿Le has pedido una descripción física?

—Todavía estaba algo confuso —contestó Griffoni—. No sé si por las copas, por el susto o por lo que le han dado para coserle la cabeza. Dice que a ellos no los reconocería, pero a la chica sí.

—¿Crees que vale la pena indagar un poco? —preguntó él.

Griffoni describió un círculo indefinido con la libreta.

—Lo dudo. Por allí no hay cámaras. No se acuerda de en qué bar estaba ni de cómo llegaron al lugar de los hechos: todas las calles le parecían iguales. Aunque cree que cruzaron tres o cuatro puentes.

—Podría ser cualquier parte —observó Brunetti.

—Exacto.

Subieron algunos peldaños, pero en el segundo rellano ella se detuvo y le preguntó:

—¿Me permites que te diga algo que te va a sonar raro?

—Claro que sí.

—En el último sitio donde trabajé, este tipo de cosas pasaban diez veces todas las noches, veinte incluso. Todos los días, y los fines de semana aún más. Había

un flujo constante de gente entrando y saliendo del hospital.

—Nápoles —afirmó él.

Sabía que era su ciudad natal, además de su puesto anterior.

—*Casa mia* —añadió ella, y se echó a reír.

—¿Y?

—Un atraco: el tercero desde que estoy aquí y ya estoy escandalizada. Cuando me doy cuenta de cosas así, me da por pensar que me han destinado a un planeta distinto.

Meneó la cabeza con asombro.

Brunetti se dispuso a subir el último tramo de escalera antes de llegar a su despacho, pero se detuvo y se volvió hacia ella.

—Somos unos privilegiados, ¿verdad?

Ella apretó los labios como haría una alumna al enfrentarse a un profesor que le plantea una pregunta difícil, tal vez una con trampa, y el *commissario* la observó mientras formulaba la respuesta.

—Quizá sea más acertado decir que tenéis suerte —afirmó al final.

—¿Qué has pensado hacer? —preguntó señalando la libreta que Griffoni aún tenía en la mano.

Ella ladeó la cabeza y levantó un hombro en un gesto de resignación.

—A menos que de pronto aparezca la chica y nos proporcione una descripción de los dos asaltantes, no hay nada que hacer.

—Aparte de sentarnos a esperar a que ellos mismos vengán a confesar, ¿no? —propuso Brunetti.

—No se me había ocurrido —comentó ella con sequedad.

—Pues si no tienes nada que hacer, ven a mi despacho y deja que te hable de otro caso donde tampoco parece que haya mucho que hacer.

Brunetti tardó un rato en relatar la historia de la *contessa* Lando-Continui y su nieta, pues Griffoni lo interrumpía a menudo para pedir aclaraciones y anotar las respuestas en la libreta.

Cuando hubo acabado, a pesar de que los hechos no tenían más sentido que antes de que los narrara, Brunetti era más consciente de lo categóricas que eran las opiniones que se había formado de aquellas personas a las que ni siquiera conocía. Sentía lástima por Manuela, a la que veía como a una niña pese a sus treinta años, y desprecio por la madre, a quien definía según la frase de Paola como alguien que había echado su vida a perder. Por desgracia, era posible que ella misma hubiese creado las circunstancias en las que la vida de su hija también se pudo ir al garete. El padre era poco más que una sombra con un apellido doble; un Schettino emocional que había permanecido a bordo de su *Costa Concordia* hasta que las aguas del matrimonio se habían picado, y había

abandonado el barco para alejarse del naufragio con una tripulación nueva. Además, se dio cuenta de que también se compadecía de la *contessa* Lando. Continué por aquella necesidad tan dolorosa de averiguar qué le había sucedido a su nieta antes de dejar de saber cualquier otra cosa.

—¿De verdad has convencido a Patta para que le pida a un juez que abra el caso? —preguntó Griffoni con admiración indisimulada.

—Ya te he dicho qué consigue él a cambio.

—Haces que parezca algo tan sencillo...

Brunetti se rio.

—Lo conozco desde hace tanto que empiezo a tenerle una especie de afecto —confesó el *commissario*. Al ver su sorpresa, añadió—: Pero sólo de vez en cuando.

Griffoni cerró la libreta y se recostó en la silla.

—Si me lo permites, y o no me fio de ningún siciliano.

Al principio, la confesión le hizo gracia, pensando que hablaba en broma; pero al comprobar que no era así, consiguió disimular su sobresalto llevándose la mano a la cara y frotándose la mandíbula como si se hallara en estado contemplativo. « ¿Es así —se preguntó— como suena cuando yo digo lo poco que me fio de los napolitanos? ¿Por qué los prejuicios de los demás nos parecen tan extraños mientras que los nuestros son razonables y fruto de la reflexión? ».

Para dejar el tema atrás lo antes posible, Brunetti le pidió:

—¿Tienes tiempo para echarme una mano con esto?

—Sí, claro —contestó ella—. Si no, a lo mejor cedo a la tentación de volver a echar un vistazo a lo de los de manipulación de equipajes.

—Claudia, querida —dijo con su ademán más paciente y filosófico—, tú y yo tendremos un montón de nietos y los del aeropuerto seguirán abriendo las maletas y quedándose con lo que les apetezca y al final hará falta un almacén entero para guardar todos los vídeos que tenemos de ellos mientras lo hacen. Pero serán nuestros nietos quienes lleven a cabo la investigación y no nosotros, y esta continuará hasta la cuarta generación.

Griffoni cambió de tema.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Sabes algo sobre caballos? —preguntó Brunetti a modo de respuesta.

—¿Quién te lo ha dicho? —respondió ella, y enarcó las cejas.

—¿El qué?

—Lo de los caballos.

El *commissario* alzó las manos como si fingiera derrota.

—Nadie me ha dicho nada sobre caballos ni sobre ti y caballos. Era una pregunta, nada más.

Ella permaneció en silencio.

—¿Por qué te ha sorprendido?

—Porque no lo he comentado con nadie de aquí.

Él negó con la cabeza, pues cada nuevo comentario lo confundía más.

—Hago equitación. Doma.

—¿Lo de los caballos que bailan o algo así? —preguntó Brunetti, que sabía tan poco de equitación como de colombofilia—. Lo he visto alguna vez en la televisión. Los jinetes llevan sombrero de copa, ¿no?

—Sí.

—¿Aquí también lo haces?

—No —respondió ella con evidente desilusión.

—¿Y eso?

—Guido, ¿me puedes decir qué quieres averiguar y dejar este tema tranquilo? —pidió ella, tensa.

—Sí, por supuesto —dijo con tono de disculpa.

Se daba cuenta de que la conversación —aunque en realidad había sido algo más parecido a un interrogatorio— la había disgustado.

—La nieta tenía un caballo en unos establos cerca de Treviso. Quiero hablar con ellos y me gustaría ir con alguien que sepa algo de equitación —explicó, y como si no estuviera seguro de que ella fuese a atar cabos, añadió—: Por eso te lo he preguntado.

—Me has dicho que todo esto sucedió hace quince años —comentó Griffoni—. ¿Esperas que tengan el mismo personal?

—Puede, y puede que no. Haya quien haya, quiero ser capaz de comprender las respuestas que me ofrezcan.

—Ni que te fueran a obligar a montar y no quisieran contestarte a menos que lo hicieses bien...

—No son las preguntas lo que me preocupa —afirmó Brunetti—, sino las respuestas. Si hablan de ella y de equitación o de ella y caballos, necesito entender qué me están diciendo.

Griffoni parecía del todo confundida.

—Cualquiera diría que son extranjeros.

Brunetti sonrió.

—No, allí el extranjero soy yo. No sé lo suficiente sobre la relación entre un jinete y su caballo, sobre todo tratándose de una joven.

Al ver que ella no decía nada, Brunetti, a la defensiva, se vio forzado a añadir un comentario:

—Por favor, no me digas que estoy loco ni que es psicología popular.

Griffoni lo interrumpió antes de que pudiera seguir hablando.

—Si ella estaba preocupada por algo, el caballo lo sabía, eso está claro. Lo malo es —añadió con una sonrisa de oreja a oreja— que no se dejan entrevistar.

La idea hizo sonreír a Brunetti.

—Espero que aún haya alguien que se acuerde de ella. En aquel momento, el

asunto se calificó de accidente, así que estoy convencido de que nadie se molestó en interrogar a nadie del personal.

—¿Has leído el informe?

—La *signorina* Elettra ya lo debe de tener.

—¿Vamos a averiguarlo? —preguntó Griffoni, y se levantó.

Al parecer, la *signorina* Elettra se había concedido a sí misma un ascenso, pues ese día llevaba una chaqueta cruzada de color azul con charreteras y cordón dorado en los puños. La mirada que le dedicó Griffoni era una mezcla de envidia y admiración que no intentó disimular.

Dado que él era el que había hecho la solicitud, Brunetti dio un paso adelante.

—¿Ha encontrado el informe del accidente? —preguntó.

—¿Está seguro de la fecha, *commissario*? —afirmó más que preguntó la *signorina* Elettra.

Como él, la secretaria había encontrado los artículos de prensa sobre el incidente, así que no había dudas sobre la fecha. Ambos lo sabían y, por lo tanto, aquel comentario era un anuncio en código de que... Brunetti repasó las opciones en un instante y descartó de inmediato que no lo hubiera encontrado pero aún estuviese buscando y también que no se hallara en los archivos. Al final concluyó que ella sospechaba que se había perdido.

—Todos esos archivos se digitalizaron, ¿verdad? —quiso saber Brunetti.

—Sí, en su momento. Todo lo que había en papel se transcribió y se introdujo en el sistema.

—¿Y las copias en papel? —preguntó Griffoni, que se había acercado para apoyarse en el sitio del *commissario*, junto al alféizar.

—Las destruyeron, claro —contestó la *signorina* Elettra y, como esperando a que comprendiesen, relajó la espalda y se acomodó en el asiento.

Los dos se volvieron hacia ella a la vez y los rostros de ambos mostraron a un tiempo que comprendían; sin embargo, Brunetti dejó que fuese Griffoni quien mencionase la obviedad.

—Entonces, si el informe no está en el sistema informático, no está en ninguna parte.

Nunca a Brunetti una frase tan sencilla le había parecido tan definitiva.

La *signorina* Elettra concurrió inclinando la cabeza.

—Pero antes de que empiecen a sospechar algún tipo de conspiración, deben saber que falta al menos una tercera parte de los informes que se introdujeron en el sistema. Al menos de ese año. Había un problema en el programa, y antes de que lo descubriesen siguieron metiendo materiales y destruyendo los originales.

—¿Cuánto tardaron en darse cuenta de lo que estaba pasando? —preguntó

Griffoni.

—Ya lo habían introducido casi todo.

Brunetti y Griffoni intercambiaron miradas. Cuando ella se encogió de hombros, él lo interpretó como irritación ante la incompetencia y los errores cometidos.

—¿Y el hospital? —sugirió Claudia—. Si la ingresaron, debe de haber un informe médico.

« Ah —pensó Brunetti—, así es como nos ven los del sur: criaturas rutinarias, ordenadas y metódicas» . La última vez que había ido al hospital fue a visitar a su cuñada, la noche antes de que la operasen de varices. Al llegar encontró a su hermano pegándole a la pierna una funda de plástico con cinta adhesiva; dentro había una hoja de papel con la leyenda: « Operar ESTA pierna» , y prefirió no abrir la boca al respecto.

—Vamos a ver qué averiguo —dijo, y cogió el teléfono de la *signorina* Elettra.

Como era veneciano y ostentaba el rango de *commissario*, enseguida le pasaron con la oficina de registro. Allí explicó lo que quería a un hombre cuya voz parecía venir de una máquina y que le recitó el proceso para pedir una copia del historial de un paciente: mediante una solicitud formal del juez, el hospital proporcionaría una copia de los informes relativos a los servicios prestados en una fecha concreta a la persona cuyo nombre figurase en la orden.

Antes de que pudiera comunicar esa información a sus compañeras para que entre todos expresasen su júbilo, el tipo añadió que los historiales de hacía quince años existían tan sólo en papel y que tendría que buscarlos alguien que conociese el sistema de archivo del hospital.

—¿Tiene idea de cuánto tiempo podría llevar?

La verdadera respuesta se la dio la larga pausa que hubo antes de que el hombre le ofreciese la contestación oficial:

—No debería tardar más de unos días.

«Bueno —pensó Brunetti—, tampoco debería costar más de treinta años construir los diques que tenían que proteger la ciudad del *acqua alta*».

—Si le pido a mi amigo el *dottor* Rizzardi que llame y le haga la misma pregunta, ¿qué le contestaría? —preguntó con toda la amabilidad que fue capaz de reunir.

—¿Es un buen amigo?

—Desde hace más de treinta años.

Estaba exagerando, pero por una buena causa.

—Le diría que no se molestase en esperar —contestó el del registro con una voz que por fin reconocía como humana.

A Brunetti le gustó que no intentase justificar ni poner excusas para lo que acababa de decir. Le dio las gracias y colgó.

Miró a las dos mujeres y negó con la cabeza.

—Imposible —consiguió decir.

Griffoni, que se había subido al alféizar mientras Brunetti hablaba por teléfono, saltó al suelo y se dirigió a la puerta.

—Estaré en mi despacho, que tengo que escribir el informe sobre el atraco —anunció, y se marchó.

Brunetti se despidió diciendo que tenía que hacer unas llamadas y subió al suyo.

La *signorina* Elettra había encontrado el nombre de la escuela de equitación y averiguado que estaba cerca de Preganziol, a poca distancia de Treviso. Usando internet como un experto, Brunetti buscó el número de teléfono. Después, pensando aún en caballos, escribió «doma» y leyó una descripción general de la disciplina, aunque le costaba considerarlo un deporte. La gracia y elegancia de los caballos y sus jinetes le recordaban a un ballet, y sin embargo: ¿el arte no pertenecía a los humanos en lugar de a los animales?

Leyó deprisa, con interés creciente a medida que iba aprendiendo más cosas. Sombreros de copa, sudaderos blancos, botas, chaquetas, crines trenzadas, muserolas con cierrabocas: una lista interminable de parafernalia para el hombre y la bestia. Estudió una tabla de las diferentes pruebas que se imponían al caballo y su jinete, vio cómo se movían en diagonal mientras aparentaban caminar hacia delante, y fotos y láminas de *capriole* y *levade*. Cuando leyó que Jenofonte, uno de sus escritores favoritos, había escrito sobre el entrenamiento sistemático de caballos, supo que el interés que acababa de descubrir no era un error.

Volvió a Google por curiosidad y añadió «Claudia Griffoni» a la búsqueda de «doma». Resultó que la *commissario* tenía una medalla de plata que había ganado para el equipo olímpico italiano dieciocho años antes. En todo el tiempo que llevaban trabajando juntos, ella no había mencionado gran cosa sobre su pasado y desde luego no había dicho nada sobre caballos; y, no obstante, era medalla de plata. Lo primero que pensó fue que era primordial que Patta no se enterase, pues no cabía duda de que él se lo contaría a Scarpa y esa posibilidad lo enervó.

Como a muchos otros hombres del cuerpo, a Scarpa no le gustaban las mujeres; aunque en su caso sería más acertado decir que les tenía aversión. Se esforzaba en mostrar su falta de respeto por la *signorina* Elettra, cosa que ella contrarrestaba haciendo como si no estuviera, a menos que se dirigiese a ella directamente. Dado el caso, la dulzura de algunas de las respuestas de la secretaria que el *commissario* había presenciado le había provocado picos de insulina.

En especial, al teniente le desagradaban las mujeres con autoridad. Hacía lo que estuviera en su mano por reaccionar con la mayor lentitud posible a cualquier orden de Griffoni, pero al fin y al cabo no le quedaba más remedio que obedecer. A las órdenes y a ella. Por otro lado, la *signorina* Elettra era secretaria y él un teniente del cuerpo de policía, de modo que, para él, tener que hacer lo que ella dijese era como enfrentarse al apocalipsis. Además, se negaba a aceptar que su jefe, el *vicequestore* Giuseppe Patta, estuviera sometido al poder y capacidad de la *signorina* y que, si tuviera que elegir entre ambos, no dudaría en

hacer al teniente pedacitos y usarlo como cebo, si eso era lo que hacía falta para mantener su relación con la secretaria.

Era preferible que un hombre con opiniones de esa clase flotando en el interior de la cabeza no se enterase de que la *commissario* Griffoni no sólo sabía montar a caballo, sino que hacía algo tan frívolo como doma y, aun peor, había ganado una medalla olímpica en esa disciplina. Brunetti tenía miedo de que algo así acabase por desquiciarlo al teniente.

Marcó el número de la escuela de equitación, se presentó y explicó que llamaba en relación con una persona que había tenido un caballo allí hacía quince años, y que quería hablar con algún empleado de aquella época.

La señora que había contestado dijo:

—Tiene que hablar con la *signora* Enrichetta.

—¿Quién es? —preguntó Brunetti.

—La propietaria. La actual propietaria. Ella se encarga de la escuela desde que falleció su marido y es la única que podría ayudarlo.

—¿Está allí ahora?

—Puede que haya salido a la pista, ¿le importaría llamar dentro de diez minutos? —pidió la señora.

—Si no le importa, prefiero esperar.

Su dilatada experiencia le decía que cuando volvía a llamar al cabo de esos diez minutos, demasiado a menudo no había nadie para contestar el teléfono.

—De acuerdo —respondió ella, y dejó el auricular.

Brunetti colocó el suyo sobre la mesa y cogió un montón de documentos. La mayoría estaban relacionados con la nueva normativa del ministerio; uno de ellos especificaba de qué manera debían los agentes guardar las armas en su casa: la pistola dentro de una caja cerrada con llave y las municiones en otra. El arma debía estar descargada durante toda la estancia en el hogar.

Le daba la sensación de que llevaba décadas leyendo el mismo tipo de normativa y, aun así, a menudo veía noticias en la prensa sobre hijos de agentes que se las habían apañado para hacerse con la pistola de su padre o de su madre y pegarle un tiro a otro miembro de la familia, cuando no a sí mismos. No había nada más terrible ni más cierto.

El siguiente documento hablaba de la normativa para aparcar un coche del cuerpo mientras el agente que lo conduce no está de servicio. Lo hojeó por curiosidad, no para echar un vistazo al texto, sino para saber cuántas páginas tenía. Cuatro. Lo apartó.

De pronto oyó una voz que venía del auricular.

—Sí? —respondió él.

—¿Es usted el policía? —preguntó una mujer.

—Así es. ¿Y usted la *signora* Enrichetta?

—Sí. El mensaje de mi ayudante no ha sido muy claro, ¿me podría explicar

quién es y qué desea?

—Me llamo Brunetti y son un *commissario* de Venecia. Llamo para pedir información sobre una chica que tenía un caballo en sus establos, hace unos quince años.

—¿Y espera que me acuerde? —preguntó la señora, pero más bien con sorpresa que con la certeza de que no pudiera recordarlo.

—Eso espero, sí —respondió Brunetti haciendo gala de toda su amabilidad—. La chica se llama Manuela Lando-Continui; bueno, ahora ya es más mayor.

—Ah, Manuela. Pobrecita. Ya sé qué le pasó. Mi marido le tenía mucho cariño.

—¿Sería posible que me acercase a hablar con usted?

—Sí, por supuesto —accedió ella—, pero no puede ser hasta el lunes, lo siento. Este fin de semana tenemos una competición en Desenzano. Ha tenido suerte, porque nos vamos dentro de una hora con dos caballos.

—En ese caso, me gustaría ir el lunes —afirmó Brunetti.

—Perfecto. Estaremos de vuelta el domingo por la noche, así que me va bien a cualquier hora de la tarde.

El *commissario* estaba a punto de decir algo cuando la mujer le preguntó:

—¿Cómo está Manuela?

—Todavía no he hablado con ella, pero, según su abuela, está tranquila.

No se le ocurría nada mejor que decir.

—Bueno, algo es algo —contestó la señora, aunque no parecía convencida—. Nos vemos el lunes por la tarde. —Y colgó.

Brunetti se acordó de que Pietro Cavanis no le había devuelto la llamada, así que sacó el *telefonino* y buscó el número.

La voz que respondió después del séptimo tono parecía la de un hombre que se acabara de despertar.

—¿Signor Cavanis? —preguntó Brunetti.

—Creo que sí —contestó el tipo—. Dígame qué quiere y mientras tanto yo me voy acordando de quién soy.

—Me gustaría hablar con usted sobre Manuela Lando-Continui.

—¿Es de la policía? Lo digo porque lo parece.

—Sí, soy el *commissario* Guido Brunetti. Me han pedido que investigue el incidente que tuvo lugar cerca de Campo San Boldo.

—Sí, el incidente —repitió Cavanis, que aún sonaba medio dormido—. ¿Qué quiere saber?

—Me gustaría hablar sobre lo sucedido.

—¿Y si le digo que no me acuerdo?

Antes de que el *commissario* pudiera responder, el hombre dijo:

—Espere un momento.

Brunetti oyó que dejaba el teléfono, removía unos papeles, encendía una

cerilla y, por último, daba un largo suspiro de satisfacción. Cuando cogió el auricular de nuevo, hubo un ruido sordo.

—¿Qué decía? —preguntó el tipo.

—Que me gustaría hablar con usted de lo que sucedió.

—¿Han tardado quince años en ocuparse del asunto? —preguntó el hombre con afabilidad fingida, más como curiosidad que a modo de reproche.

Brunetti oyó un tintineo seguido de un borboteo y tardó un momento en identificarlos. Ah, el primer sorbo del día. No estaba seguro de si le había oído tragar o si sólo se lo había imaginado.

—En efecto, es mucho tiempo, pero esta es una investigación nueva. ¿Podríamos hablar?

El *commissario* había optado por pasar por alto la provocación.

—Por supuesto, pero será en vano. Ya se lo he dicho: no me acuerdo de nada, y cuanto más tiempo pasa, menos recuerdo.

A Brunetti le pareció que hablaba con demasiada insistencia.

—Aun así, me gustaría intentarlo —respondió Brunetti con su voz más agradable.

—Este fin de semana no puedo. ¿Le va bien el lunes?

—Tengo una cita por la tarde.

—¿El martes? —propuso Cavanis con la tranquilidad de alguien que no tiene que ir al trabajo y el rigor de alguien que no considera las mañanas el mejor momento para una reunión.

—De acuerdo. Dígame dónde puedo encontrarlo.

Cavanis le dio el nombre de un bar que Brunetti no conocía y le explicó que estaba en Rio Marin, un poco más abajo de la oficina del gas, en dirección opuesta a la estación. Le propuso que se vieran a media tarde, pero el *commissario* contestó que a él le convenía más a mediodía y que quizá el *signor* Cavanis quisiera comer con él. Eso pareció convencerlo y dijo que estaría allí a las doce. Como Brunetti había oído el vaso chocar contra el teléfono más de una vez, le repitió que se verían el martes.

—Si no estoy allí, pídale las llaves al dueño del bar, cruce el canal, porque vivo justo enfrente, y despiérteme, ¿de acuerdo? Es la puerta verde, el segundo piso. Entre y deme una sacudida.

Brunetti, pensando que la invitación a comer había despertado el buen humor y tal vez la amabilidad de Cavanis, accedió. Después de eso, Cavanis colgó sin decir nada más y así acabó la conversación.

Como era viernes por la tarde y también porque estaba aburrido e inquieto y sentía que estaba engordando de cara al invierno, Brunetti llamó a Lolo para ver si aún tenía el *sàndolo* y si todavía estaba en el agua. Cuando su amigo respondió

que sí a ambas preguntas, le propuso escaparse al día siguiente y salir a la laguna a pasar el día remando.

—Y si nos gusta, podemos repetir el domingo —contestó Lolo sin dudar.

El sábado por la tarde, Brunetti regresó a casa y le mostró a Paola las cuatro vendas que llevaba en las manos y la ampolla del talón izquierdo, donde las zapatillas de deporte le habían rozado la piel mientras él se concentraba en volver a aprender el movimiento y el equilibrio, el gesto de hundir y tirar que imponía el remo. Después de cenar se apoltronó delante del televisor y estuvo dormitando durante las noticias locales: un incendio en un apartamento de Santa Croce, huelga no autorizada de los vendedores de billetes de los *vaporetti* y una entrevista breve en el canal local con Sandro Vittori-Ricciardi, el de la cena de la *contessa* Lando-Continui, en la que explicaba su nuevo proyecto. El sol de finales de otoño, el viento frío del agua y las horas que había pasado remando habían dejado a Brunetti tan agotado que lo único que se le quedó de esos tres segmentos era que el hombre se había afeitado la barba y por eso parecía años más joven.

Cuando Paola cambió de canal para ver una reposición de la primera temporada de *Downton Abbey*, Brunetti se levantó como pudo y consiguió llegar hasta la cama antes de deshacerse en un montón de músculos exhaustos. Apenas se movió hasta que, a la mañana siguiente, se levantó a las ocho para hacer crujir las articulaciones, ir a buscar a Lolo y volver a meterse en el *sándolo*.

La noche anterior, el *acqua alta* había pillado a la ciudad desprevenida, pero el único indicio que permanecía de ella era el pavimento del canal donde Lolo amarraba la barca, que seguía húmedo. Mientras salían hacia la laguna, los dos amigos casi no se dijeron nada, conscientes de que las palabras eran una intromisión. De vez en cuando, Brunetti advertía de algún madero que flotaba en el agua, para que ajustasen el rumbo. Vio dos aves de pico largo posadas sobre una mata que había en el cieno, dándose un baño de sol con las alas extendidas, pero ya no se acordaba de cómo se llamaban.

—¿No va siendo hora de que se vayan al sur? —preguntó a Lolo, que remaba en la parte de atrás.

Pasaron de largo y los pájaros no les hicieron ni caso.

—Ahora pasan el invierno aquí —respondió Lolo.

Bogar, hundir el remo, inclinarlo, sacarlo del agua, llevarlo al frente y volver a empezar. Una y otra vez, en silencio, sin apenas pensar en el movimiento. A su alrededor, una extensión plana, el cielo de un gris metálico. Y el viento, demasiado frío para justificar jugar de aquella manera con sus cuerpos sudorosos.

A las dos decidieron descansar un rato y se detuvieron a un lado de un pequeño canal que atravesaba una serie de afloramientos de tierra cubiertos de hierba. De pie en la parte delantera, Brunetti se volvió primero hacia un costado y después hacia el otro y a su alrededor estaba el vacío de la laguna: hierba,

agua, juncos; ningún sonido más allá de su respiración, aún laboriosa, y el graznido lejano de un ave. Aunque la luz del día era más intensa y, apartados de la brisa, consiguieron entrar en calor, el sol seguía escondido tras las nubes.

—Guido —llamó Lolo desde atrás.

Cuando se volvió, le lanzó un sándwich envuelto en papel. De pronto, a Brunetti le entró un hambre tan feroz que no se molestó en comprobar de qué era. Se lo acabó en seis bocados, de pie en la barca. Miró a Lolo y dijo:

—Es lo mejor que he comido en la vida. Y no tengo ni idea de qué era.

La mañana del lunes le trajo una parálisis, o algo muy parecido. Brunetti se había acostado siendo un hombre feliz, uno que había ofrecido a su resistencia seis horas de remo y, a su regreso a casa, con el pecho henchido de orgullo por su proeza, había comido dos platos de *polpette* con patatas y *porcini*, y cuatro rodajas de *merluzzo* con espinacas, y aún había encontrado sitio para un pedazo grande de *torta della providenza* antes de retirarse al dormitorio con las *Argonáuticas* y de quedarse dormido antes de terminar la segunda página.

Sin embargo, se despertó siendo un hombre distinto, un anciano lisiado que a duras penas era capaz de levantarse de la cama y cuyo cuerpo, de camino a la ducha, protestaba con vehemencia a cada paso desde una variedad de sitios. Incapaz de doblar las piernas para quitarse los pantalones del pijama, los dejó caer al suelo, los abandonó allí; con mucho cuidado hizo lo mismo con la parte de arriba y metió el brazo en la ducha para abrir el grifo del agua caliente. Esta llegó por fin desde cinco pisos más abajo y Brunetti se zambulló en el calor sanador del chorro. Giró la alcachofa a la derecha y apoyó la frente en los azulejos para dejar que el agua le azotase, corriese y fluyese por la espalda.

Al cabo de cinco minutos, sintió que algunos de los nudos que tenía a lo largo de la columna aflojaban, y el calor del agua y el vapor que poco a poco iba llenando el baño sustituyeron a la quemazón de los músculos de los hombros. Unos minutos después, la posibilidad de llegar hasta la oficina esa misma mañana le pareció cada vez más plausible, por maravilloso que fuese pensar en la posibilidad de llamar a Sanitrans para que dos jóvenes fuertes lo recogieran, lo sentasen en una silla y bajasen los cuatro pisos con él a cuestas para no tener que hacerlo con aquellos muñones que en su día habían sido piernas.

Como si en efecto hubiera invocado a uno de esos jóvenes, oyó que alguien decía su nombre desde el otro lado de la puerta del baño; sólo que era una voz aguda y tal vez algo inquieta. Se hubiera quedado más tiempo debajo de la ducha, pero decidió que ya estaba listo para acometer el esfuerzo de vestirse, así que cerró el agua y esperó en mitad del silencio.

—¿Guido? —dijo una voz conocida—. ¿Estás bien?

A través de la mampara mojada vio una silueta en el quicio de la puerta y pensó que era Paola.

—Sí, claro que sí —respondió.

Se estaba preparando para algún comentario sobre el abuso del agua caliente.

—Ah, vale —respondió ella, y se marchó.

Brunetti salió poco a poco de la ducha, cogió una toalla y se secó casi todo el cuerpo, pero dejó las pantorrillas y los pies en manos del destino. Con la toalla enrollada alrededor de la cintura fue al dormitorio, donde Paola estaba tumbada en la cama, leyendo.

—¿Has ido hasta allí para ver cómo estaba?

Ella lo miró por encima de las gafas.

—Estabas tardando mucho. Me he preocupado.

Dicho eso, volvió a concentrarse en el libro.

—¿Por qué?

—Por si habías resbalado —respondió, de nuevo por encima de las gafas.

—Ah.

Brunetti fue a abrir el cajón donde guardaba la ropa interior —pese a las enérgicas protestas de la espalda y del hombro, de las que no hizo caso— y empezó a vestirse con mucha parsimonia. Sacó un par de calcetines y se sentó en la cama. Aún tenía el empeine mojado, pero se los puso de todos modos.

Pantalones: no tan fácil como parecía; camisa: coser y cantar; los zapatos con puntera reforzada que Griffoni le había recomendado llevar: difícil. Por último, corbata y chaqueta. Una vez vestido, se acercó a la cama, se inclinó y le dio un beso a Paola en la cabeza.

—Hoy comeré por ahí. Tengo que ir a tierra firme a hablar con una gente.

Paola musitó algo en respuesta y él se acercó un poco más para ver mejor el título impreso en la parte superior de la página que estaba leyendo. Alcanzó a leer las últimas palabras, y al ver que eran «la paloma» supo que no merecía la pena intentar hablar con ella. Al principio la escalera fue un suplicio, pero se le hizo más llevadera cuantos más escalones descendía y, al llegar a la planta baja, ya se sentía con el control de sus extremidades inferiores. Abrió la puerta y salió a la luz de la mañana. De pronto se dio cuenta de que Paola había dejado a Henry James para ir al baño a ver si él estaba bien y la idea lo alegró de forma incommensurable.

A primera hora de la tarde ya había aprendido a utilizar el cuerpo y era capaz de caminar con bastante facilidad, además de inclinarse a recoger objetos que estuviesen sobre la mesa, que no en el suelo, y sentarse y levantarse. Ninguna de esas acciones la llevaba a cabo sin dolor, pero podía tolerarlas. A las dos, y después de haber comido tan sólo un par de sándwiches para no perder más tiempo, Brunetti y Griffoni subieron a un coche patrulla en Piazzale Roma, y el chófer emprendió la marcha hacia la autovía que los llevaría a Preganziol, en

cuyas afueras estaba la escuela de equitación.

Griffoni vestía una chaqueta corta de lana, vaqueros y botas; atuendo que en un principio hizo sospechar a Brunetti que se había vestido para lo que los ingleses llaman «sacar la porquería» y que, según él, era ni más ni menos lo que Hércules había hecho en el establo de Augías. Sin embargo, cuando se fijó mejor, vio que aquellos pantalones no estaban pensados precisamente para ese tipo de labores, y que las botas, por muy desgastadas que estuvieran, tenían la misma fina correa doble y la hebilla de metal de otro par similar que un día Paola le había señalado en una zapatería.

Llevaba la cabellera rubia en una coleta que se había hecho con una cinta negra y él se preguntó si quizá tenía un casco negro de montar en el bolso.

Para Brunetti, viajar en coche siempre era una experiencia extraña. Se había acostumbrado a ese tipo de transporte durante los periodos en los que lo habían destinado a diferentes ciudades del país, pero no había crecido entre ellos, y por ese motivo los coches eran algo que le resultaba ajeno, peligroso y demasiado rápido.

Griffoni, que tal vez lo había notado nervioso, llevó el peso de todas las conversaciones y al final acabó hablando de su carrera como amazona.

—Lo que dice la gente sobre los caballos, que saben cómo te sientes, es cierto. Pero yo creo que eso pasa con la mayoría de los animales.

Hablaba mirando por la ventana, contemplando los campos lejanos, la tierra seca y yerma; entre ellos y la carretera, la interminable hilera de tiendas, restaurantes y fábricas que flanqueaba ambos lados de la autovía.

—Supongo que en su día todo esto eran campos de cultivo —comentó.

El chófer, que debía de tener diez años más que ella, respondió desde el asiento de delante.

—Así es, *commissario*. Yo crecí en esta zona, mis padres tenían una granja.

Pasaron frente a una enorme aglomeración de edificios a mano derecha: supermercado, taller mecánico, un almacén de paquetería y luego otro más, una tienda de muebles, camiones enormes aparcados marcha atrás frente a las puertas metálicas que había en la parte trasera de una nave baja.

—¿Para qué necesitamos tanta cosa? —preguntó Brunetti, y se volvió para ver los edificios del otro lado, del mismo tipo, variedad y tamaño.

Nadie contestó. Tal vez porque mucha gente tenía segundas residencias, reflexionó, y había más espacio que llenar con cosas. O quizá fuese porque la gente tenía más de eso que se llamaba «ingresos disponibles», mientras que sus padres apenas habían tenido ingresos.

—Ya casi estamos: un par de kilómetros más —informó el chófer.

—¿Conoce el sitio?

El hombre se echó a reír.

—Sí, de oídas. Pero no he ido nunca.

Se concentró en adelantar a un coche y después continuó:

—El único caballo que he tocado en la vida fue el de mi padre, y ese no hacía más que tirar de un carro y comer mucha hierba.

—¿Usted ha llegado a ver eso? —preguntó Brunetti sin poder evitarlo—. ¿Ha visto un carro?

—Bueno, era para nosotros, para los críos. En realidad mis padres no lo usaban, pero de vez en cuando lo enganchaban al caballo y nos llevaban de paseo. Nos encantaba. Yo era un renacuajo, pero todavía me acuerdo.

—¿Qué fue del caballo? —se interesó Griffoni.

—Ay, el caballo murió.

—¿Qué hicieron sus padres? —preguntó Brunetti, curioso por saber qué se hacía con un caballo muerto.

El chófer tardó un buen rato en responder.

—¿Les cuento la verdad?

—Claro —respondieron ambos.

—Mi padre cavó un agujero en el campo con la retroexcavadora, lo cogió con la pala, lo metió dentro, y nosotros le echamos flores encima. Y luego lo tapó y nos pidió que no se lo contásemos a nadie.

Durante el relato, el chófer había disminuido la velocidad, y primero un vehículo y después otro los adelantaron sin que él pareciese darse cuenta.

Nadie dijo nada más hasta que apareció una larga valla de madera a mano derecha.

—Es aquí —afirmó el chófer, y se inclinó hacia delante para dar unos golpecitos en la pantalla del GPS.

A poca distancia, vieron una verja a unos diez metros de la carretera. El chófer se acercó y detuvo el vehículo. Había un cartel hecho a mano que pedía que cerrasen la valla después de entrar, así que salió, metió el coche y después volvió a bajarse para cerrarla. Brunetti se percató de que a la izquierda había un telefonillo, pero el auricular estaba roto y colgaba del cable.

Una vez volvió a sentarse detrás del volante, el chófer enfiló la estrecha carretera que discurría entre dos campos cercados con barreras de madera.

—Como en Texas —dijo.

Ninguno de los dos respondió. Continuaron por una carretera cuyo asfalto no estaba en su mejor momento y, aunque las hojas de los plátanos que la bordeaban formaban un espeso manto, no amortiguaban los agujeros en los que se metían las ruedas, así que los *commissari* iban dando botes en el asiento de atrás. Después de una curva, se detuvieron frente a un edificio bajo de piedra con ventanas arqueadas y una cubierta de tejas.

Por una esquina del edificio apareció un perro viejo y marrón de ascendencia indeterminada que se acercó al coche. Sin hacer caso de ellos ni molestarse en ladrar, fue hasta la puerta del conductor y se dejó caer al suelo. El

chófer la abrió con cuidado, pasó por encima de él mientras este lo miraba y después bajaba la cabeza y, al parecer, se echaba a dormir.

Brunetti y Griffoni salieron del coche. Los tres cerraron las puertas sin hacer ruido. Una señora de pelo corto, canoso y despeinado salió por la puerta de la casa con cara de preocupación.

—Hector no los habrá asustado, ¿verdad? —preguntó con verdadero interés.

Tenía los ojos de color miel y, en contraste con el bronceado permanente de la piel de aquellos que pasan el día al aire libre, parecían aún más claros. Menuda, de cuerpo enjuto y movimientos ágiles, aparentaba más de sesenta años, y llevaba vaqueros, botas de montar y un grueso jersey de caballero que le quedaba grande.

—Ustedes deben de ser los policías —dijo con verdadera alegría, como si las tarjetas de la mesa dijeran «Policía» y ahora que ya habían llegado pudiera empezar la cena.

Sonrió de nuevo y durante un instante se le borraron las arrugas del labio superior.

—Sí —respondió Brunetti, y le estrechó la mano que ella le ofrecía—. Soy el *commissario* Brunetti.

Con la fuerza de su apretón de manos, la señora le reventó dos de las ampollas de la mano derecha, y de haber estado hecho de otra pasta más débil habría pedido clemencia de rodillas. Pero como no era así, Brunetti inspiró y se volvió hacia su compañera.

—Esta es la *commissario* Griffoni.

La señora lo soltó y tomó la mano de Claudia.

—Yo soy Enrichetta degli Specchi. Gracias por venir.

Griffoni se alegró y preguntó:

—¿Es usted prima de Giovanni?

La señora dio un paso atrás y la miró de arriba abajo.

—Eso es. ¿Lo conoce?

El rostro de Griffoni irradiaba felicidad.

—Hace años montábamos a caballo juntos —explicó, y tras unos segundos que dedicó a contar el tiempo, concretó—: Casi veinte. Hablaba de usted a menudo —añadió casi de inmediato.

—Dígame su nombre otra vez, por favor —pidió la señora, y ladeó la cabeza para mirarla con gran interés.

—Griffoni, Claudia.

De pronto a la mujer le cambió la cara y esbozó una sonrisa que se deshizo de un montón de años y les permitió vislumbrar lo bella que había sido antes de que el sol la maltratase.

—¡Claudia! —repitió, contenta con el descubrimiento.

Como Marcelina al descubrir a Figaro, su hijo perdido. Incapaz de aguantar la

emoción y aunque tuvo que ponerse de puntillas para hacerlo, Enrichetta le echó los brazos al cuello.

—Ay, ¡gracias! ¡Gracias! Le salvaste la vida a Giovanni.

Brunetti se dio cuenta de que, de forma inconsciente, la señora había empezado a tutear a Claudia.

Cuando la soltó del abrazo, Claudia dijo:

—Creo que exagera un poco.

—Pero si no hubieras hablado con él, no habría montado y se hubiese muerto —dijo la señora poniendo énfasis en la última palabra.

—No, no, no —insistió Griffoni—. Necesitaba que alguien le dijese que era el mejor jinete del equipo, nada más.

Y entonces, apoyándose en la fuerza de la verdad, añadió:

—Y lo era.

—De todos modos... —empezó a decir la señora, que no estaba del todo convencida. Se volvió hacia Brunetti y le contó—: Mi primo siempre ha sufrido ataques de pánico terroríficos antes de las competiciones.

El *commissario* asintió, como si conociese de primera mano las excentricidades del carácter de los atletas.

—Imagínese lo que ocurría durante las olimpiadas. Con los saltos. Se quedaba como agarrotado. Unos amigos que lo presenciaron me dijeron que casi no podía ni caminar.

Miró a Griffoni buscando confirmación y ella convino con un gesto de cabeza.

—No podía competir —continuó la señora, hablando a Brunetti—. El caballo estaba ensillado, pero Giovanni estaba paralizado. Y ella —dijo, e hizo una pausa cargada de dramatismo para señalar a su compañera— se lo llevó y habló con él. Cuando volvieron, él se subió al caballo como si no tuviera ni una sola preocupación.

Griffoni se agachó y se entretuvo sacándose una piedra de la suela de la bota izquierda.

—¡Oro! Ganó la medalla de oro —exclamó la mujer dando palmas de alegría—. Y todo gracias a ti.

Cogió a la *commissario* del brazo derecho y le estrechó la mano en señal de agradecimiento antes de dirigirse a Brunetti:

—Es todo verdad. Si ella no hubiese hablado con él, no lo habría conseguido.

—¿Cómo está Giovanni? —preguntó Griffoni sin hacer caso de nada de lo que ella decía.

—Bien, bien. Tiene tres hijos y cultiva aceitunas en la Toscana. Dios sabe por qué, pero...

Dejó el tema y meneó la cabeza.

—Bueno, han venido por lo de la chica, ¿verdad?

—Manuela Lando-Continui —convino Brunetti—. ¿La conocía bien?

—No, entonces la escuela la llevaba mi marido. Yo vine hace doce años, cuando nos casamos.

—Entonces su esposo sí la conocería.

—Sí, él sí. Me contó lo que le pasó.

Levantó las manos en un gesto que indicaba desesperación ante las vicisitudes de la vida.

—¿Le contó algo más?

—No, sólo que tenía un don para los caballos.

Miró a Griffoni, que asintió para indicar que comprendía.

—¿Tiene algún trabajador que tal vez estuviera aquí en aquella época? —preguntó la *commissario*.

—Deja que piense.

Brunetti la vio contar: llegó hasta siete, a dedo extendido por empleado, y los fue cerrando a medida que iba eliminando gente. Al final lo miró:

—No, ya no hay ninguno.

Se le fue la vista hacia un campo que había detrás de la casa, donde unos cuantos caballos pastaban la poca hierba que quedaba.

—La pena es que ya casi no tenemos ni caballos.

A Brunetti le pareció que esa era la parte que más le dolía.

—¿Ha mantenido el contacto con algún trabajador de los de entonces?

Esa vez no se molestó en usar los dedos para contar las posibilidades.

—No. —Y a modo de explicación y disculpa, añadió—: En este tipo de trabajos, la gente no dura mucho tiempo.

Brunetti vio que el chófer estaba junto a la valla, acariciándole la cabeza a uno de los caballos. Mientras lo miraba, el hombre se agachó a arrancar unas briznas de hierba y se las ofreció al animal, que las comió de su mano. Cuando se las hubo comido, le dio un golpecito en la mano con la cabeza y él obedeció y se agachó a por más hierba.

—Son muy listos —afirmó Griffoni, y caminó hasta la valla.

Brunetti la siguió y la señora, a él. Con los tres humanos en fila, los caballos acudieron uno a uno y en cuestión de cinco minutos los cuatro estaban ocupados arrancando hierba para dársela de comer.

Cuando Claudia se subió al primer travesaño de la valla y se inclinó hacia ellos, dos de los caballos se acercaron a ella y le frotaron el hocico contra las manos, el cuello y la cara. Ella los abarcó con ambos brazos extendidos y una mano en el cuello, y les rascó debajo de las orejas, sin prisa. Los tres parecían estar en trance, y no fue hasta que llegó un tercero y le mordisqueó el costado a uno de los otros, que se apartaron de Griffoni, dejaron de interesarse por ella, dieron media vuelta y se alejaron.

La *commissario* se volvió hacia Brunetti, sonrió y él descubrió a una persona

nueva escondida tras la sonrisa.

La *signora* Degli Specchi les habló desde atrás.

—Vengan y tomen algo, por lo menos.

Griffoni echó a caminar hacia la casa y Brunetti la siguió, pero el chófer se agachó a por más hierba.

La anfitriona los llevó hasta la parte de atrás, pasando por habitaciones cuyo mobiliario parecía servir de cama a *Hector* y a cualquier otro perro que lo hubiera precedido. En la cocina, donde había una chimenea encendida para combatir el frío que venía del suelo de piedra, dos de las sillas estaban ocupadas por otras de montar. Las llamas habían conseguido subir la temperatura respecto del exterior, pero no mucho.

Ambos aceptaron un café y la señora los sorprendió al acercarse a una pequeña Gaggia. Con la destreza que da la costumbre, preparó tres cafés en un periquete y los llevó a la mesa donde les había dicho que se sentaran.

Cuando se estaban poniendo el azúcar, el *commissario* preguntó:

—Si no sabía nada de Manuela, ¿por qué nos ha dicho que vengamos?

Sin apartar la mirada de las manos mientras removía el café, la propietaria dijo:

—Me había hecho a la idea de que vendrían con ella.

—¿Con ella?

—Con Manuela —respondió sin mirar a Brunetti.

—Pero ¿qué sentido tendría, si usted no la conoce y no queda nadie de entonces?

A media frase, Brunetti se había dado cuenta de que parecía muy molesto, y moderó el tono hasta convertirla en una simple pregunta.

No se oyó más que el tintineo de la cucharilla hasta que la mujer la posó en el platito. Dio un sorbo, dejó la tacita y usó la cucharilla para tintinear un poco más. Al final, se cansó de perder el tiempo.

—Su caballo aún está aquí.

Brunetti posó la taza y Griffoni preguntó:

—¿Cuántos años tiene esa yegua?

—Veintiuno.

—Y pensaba... —empezó a decir Griffoni, pero se quedó sin ideas.

—Pensé que se acordaría de ella.

Brunetti no alcanzaba a comprender el sentido de los pronombres.

—¿Que la yegua se acordaría de Manuela? —preguntó.

—No. Mi marido me contó lo que le ocurrió a la chica. Lo del agua.

El *commissario* seguía sin entender, así que esperó.

—Tenía la esperanza de que la chica se acordase de su caballo.

—Mi marido me dijo antes de fallecer que Manuela había sufrido lesiones cerebrales. A él se lo había comentado alguien de la ciudad, pero no sabía si era muy grave o no. Y como él le tenía tanto cariño, pensé que..., bueno, tenía la esperanza de que... De que no estuviera tan mal como para no acordarse de la yegua. Si la reconociese, eso podría... ser de ayuda. Supongo.

Mientras hablaba, se tiraba de un pellejo de los dedos y a Brunetti le trajo a la memoria a Chiara, cuando era mucho más pequeña y tenía que confesar alguna tontería o equivocación.

Sin saber qué decir, Brunetti miró a Griffoni, que alzó la mano para que no hablase.

—¿Le dijo su marido algo más sobre ella? —preguntó la *commissario*.

El silencio se prolongó tanto que Brunetti pensó que la señora no contestaría. Se recostó en la silla y miró a su alrededor. La cocina estaba mucho más limpia que el resto de las estancias; las encimeras no estaban abarrotadas, sino que los platos y vasos estaban bien ordenados en alhacenas abiertas, a ambos lados del fregadero. El suelo de piedra no tenía ni una sola mancha y en las paredes había multitud de fotos de humanos posando con caballos. Desde la distancia a la que estaba de ellas apreciaba que en algunas salían personas con peinados y atuendos de décadas anteriores. Había jóvenes con gafas de montura cuadrada de plástico grueso, una moda tan antigua que ya estaba volviendo. En otras, la ropa era más parecida a la actual, pero los caballos siempre tenían el mismo aspecto.

La señora se levantó y salió de la cocina sin decir nada. Brunetti se puso en pie y se acercó a los retratos, algunos en color, y otros, los más viejos, en blanco y negro; tenía curiosidad por saber si Manuela aparecía en alguna de las imágenes, aunque tuvo que admitir que aunque hubiera sido así, tal vez no la reconociese. La probabilidad dependía de su capacidad para datar vestimenta y peinados. ¿Qué llevaban los jóvenes quince años antes? La mayoría de los retratados eran adolescentes. ¿Qué cortes de pelo se hacían? En la foto que él había visto, Manuela llevaba vaqueros y el pelo largo, pero esa descripción encajaba con la mayoría de la gente que salía en aquellas imágenes.

En una foto que debía de ser más reciente, reconoció al joven periodista que daba las noticias de las ocho y media de la mañana en el canal de televisión

local. Lo habitual era verlo con traje y corbata, pero allí aparecía con unos pocos años menos, sudadera y vaqueros, el pelo alborotado y rodeando con los brazos al chico y la chica que lo acompañaban en la foto. Brunetti se fijó detenidamente en las demás. Vio una muy descolorida de una chica de pelo claro que se parecía mucho a Paola, pero con la nariz más pequeña. Estaba junto a un joven de pelo largo que no era mucho más alto que ella, pero sí igual de sonriente y rubicundo. Le sonaba, pero no conseguía averiguar de qué. Tal vez aquel se hubiera convertido en el hombre del tiempo.

Oyó pasos a su espalda y cuando dio media vuelta vio que la señora había regresado con unos papeles. Los puso sobre la mesa. Eran sólo dos. Dos fotografías.

—Esta es Manuela —afirmó—. Lo único que mi marido dijo de ella fue que era tan buena amazona como hermosa, y que lo que le ocurrió fue horrible.

Tras una larga pausa, añadió:

—Una vez incluso se echó a llorar. Se pueden imaginar por qué —dijo señalando las fotos.

Brunetti y Griffoni se acercaron a su lado de la mesa y miraron las fotografías: una en blanco y negro, y otra a color. Era la misma chica que había visto en la foto del periódico y parecía igual de joven, o de mayor. Sólo que en esta estaba sentada en la misma valla donde ellos habían estado media hora antes, con los ojos cerrados y la cara girada hacia el sol, sin advertir la presencia de la cámara.

En la segunda iba a lomos de un caballo, con las botas altas y el casco, unos vaqueros estrechos, un jersey y una bufanda. Se la veía radiante y tan guapa como en la anterior, su rostro una colección de rasgos perfectos.

El caballo era de color castaño oscuro y tan hermoso —al menos para el ojo ignorante de Brunetti— como la joven. El pelo del costado izquierdo brillaba y la luz creaba sombras entre los músculos y tendones de la pata. Por debajo de la silla asomaba un sudadero. La chica tenía aspecto serio y el caballo parecía feliz.

—¿Esta es su yegua? —preguntó Brunetti.

—Es preciosa —comentó Griffoni.

El *commissario* sabía que se refería al caballo.

—Sí. A mi marido le gustaba mucho por su temperamento, es muy dulce. Así que cuando Manuela no volvió y la familia notificó que ya no la querían, se la quedó él y se convirtió en el caballo para principiantes. Ya estaba aquí cuando llegué yo —añadió con aire pensativo—, y es la única que queda de esa época, entre humanos y caballos. Ahora casi nadie la monta.

En respuesta a la curiosidad evidente de los policías, continuó hablando.

—Hoy en día no tengo mucha faena. Cuido de un par de caballos, pero los días en que la gente se podía permitir clases de equitación para sus hijos o mantener un caballo ya han pasado.

—¿Y, sin embargo, aún se ocupa de ella? —preguntó Griffoni.

La señora sonrió.

—Porque conocía a mi marido.

Claudia asintió.

—Claro. ¿Le importaría si la saco un rato?

—¿Ahora? —preguntó la señora, sorprendida.

—No, en otro momento, si vengo hasta aquí.

—Por supuesto. Seguro que le encantará tener compañía. Ya está un poco lenta —comentó después de un momento de reflexión—, pero salir con ella es una delicia. Ya no es lo que era.

—Ninguno lo somos —afirmó Griffoni, y se echó a reír.

Después se puso en pie.

—Tenemos su número de teléfono, así que ya la llamaré, ¿de acuerdo?

—Sí. Se pondrá muy contenta.

—Yo también —respondió la *commissario*, y dio media vuelta para regresar al coche patrulla.

Cuando emergieron a la luz del sol, vieron al chófer subido a la valla y rascándole la frente a un caballo.

—¡Vamos! —le gritó Brunetti.

El chófer bajó de un salto y fue hasta el vehículo. *Hector* seguía durmiendo, y cuando pasó por encima de él, ni se inmutó. Brunetti y Griffoni le dieron las gracias a la mujer y se despidieron, y cuando estaban subiendo al coche, la *signora* Degli Specchi le dijo a Griffoni:

—Volverás, ¿verdad?

—¿Es ella? —preguntó Claudia señalando al caballo que el chófer estaba acariciando.

Brunetti la miró, y la yegua a ellos. Estaba más flaca que en la foto y el pelaje le lucía menos; supuso que eso hacía que los caballos parecieran más viejos, pero no estaba seguro.

—Sí. *Petunia*. —Como para demostrarlo, la llamó—: *Petunia*, ¿quién es la más guapa?

La yegua respondió con un relincho.

—Sí, volveré —prometió Griffoni, y entró en el coche.

Durante el viaje de regreso a Venecia, todos estaban algo menos animados, pero la atmósfera de satisfacción y complicidad convertía la conversación en algo superfluo. Cuando llegaron al puente que lleva a Piazzale Roma, el chófer dijo «*Petunia*», y como el recuerdo le hizo gracia se rio. Los pasajeros del asiento trasero no dijeron ni palabra, y enseguida se detuvo frente al *imbarcadero* donde

ya había pedido que una lancha acudiese a recoger a los *commissari*.

Dejó atrás la libertad de haber pasado un día en el campo y volviendo a su rutina abrió la puerta de Claudia. Cuando esta salió, levantó la mano en un gesto que tanto podía contar como saludo formal o como el saludo amistoso entre dos compañeros.

La *commissario* bajó los escalones detrás de Brunetti y embarcaron en la lancha policial. Una vez sentados en la cabina, él preguntó:

—¿Merece la pena que nos molestemos en buscar a los empleados de hace quince años?

Ella respondió de inmediato.

—Que no le hayas pedido una lista de los nombres quiere decir, en mi opinión, que no te parece buena idea —contestó con una sonrisa—. ¿Qué más podemos hacer?

—Hablar con la madre.

Antes de acabar la frase, ya estaba marcando el número que le había proporcionado la *contessa*.

—*Pronto* —respondió una mujer tras el séptimo tono, aunque parecía cualquier cosa menos «*pronta*».

—¿La *signora* Magello-Ronchi?

—*Sì*... —respondió ella, como si la pregunta le hubiera resultado interesante y quisiera hablar del asunto.

—Soy el *commissario* Guido Brunetti —se presentó—. Supongo que no estará al corriente, pero un juez me ha pedido que examine las circunstancias del accidente de su hija, para averiguar si pasamos algo por alto en la investigación original.

Brunetti concluyó que, de tan confuso, su parlamento sonaba convincente.

—Me preguntaba si sería tan amable de hablar conmigo.

Se acordó de cuando de pequeño tiraba piedras a los pozos de la ciudad, que entonces aún estaban sin cubrir, y esperaba a oír el ruido del agua. A veces el eco tardaba mucho en llegar. Al cabo de un momento obtuvo respuesta.

—Ah, sí, el accidente.

La última palabra dio lugar a una larga pausa, hasta que le hizo una pregunta:

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Brunetti.

—¿Y dice que se lo ha ordenado el juez?

—*Sì, signora*.

—Entonces, supongo que debo hablar con usted, ¿no?

—Sería muy amable por su parte.

La señora se tomó un tiempo para sopesar la situación.

—Supongo que no me queda más remedio.

- ¿Por casualidad le va bien que vayamos a verla ahora? —preguntó Brunetti
- Me acompaña mi colega, la *commissario* Claudia Griffoni.
- ¿Una mujer?
- Así es.
- ¿En la policía?
- Sí.
- Qué interesante. ¿Dónde dice que están?
- Miró por la ventana de la lancha y vio una fachada conocida.
- En Ca’ d’Oro.
- ¿Pueden llegar a Campo Santa Maria Mater Domini desde allí? —preguntó ella.
- Sin saber cómo responder a eso, Brunetti se decidió por un simple « sí ».
- Entonces, ¿qué tal si vienen aquí? Nunca recibo visitas.
- Tardaremos quince minutos —informó él.
- Aunque sabía que podían llegar en menos tiempo, no quería asustarla dando la impresión de que estaban demasiado impacientes por verla.
- De acuerdo, los espero aquí. Es a la izquierda de la iglesia, en el último piso.
- Al terminar la llamada, el *commissario* se volvió hacia Griffoni.
- Me ha preguntado si podíamos llegar hasta Campo Santa Maria Mater Domini desde aquí.
- ¿Es veneciana?
- Sí.
- Se dijo a sí mismo, aunque no en voz alta, que tal vez Manuela no fuese la única con lesiones cerebrales.

Cuando Brunetti le explicó que tenían quince minutos para llegar, el patrón se lo tomó con calma y recorrieron el Gran Canal sin prisa; los taxis los adelantaban y una barca cargada con lavadoras los dejó atrás, hasta que el piloto dio media vuelta y volvió a Rio delle Due Torri y siguieron poco a poco hasta el *campo*. Mientras avanzaban, Brunetti usó Google Earth para localizar la casa, que reconoció al verla a la izquierda de la iglesia. ¿Cómo se las arreglaban los turistas para encontrar los distintos lugares guiándose sólo con las direcciones? La nueva era no le gustaba y prefería mil veces que alguien le confirmase que el número que buscaba era la casa con los postigos nuevos que estaba a la derecha de la frutería, delante de la floristería de los cactus en el escaparate. Cualquier veneciano estaría de acuerdo.

El *campo* les ofreció todas sus ventanas, como siempre: una *quadrifora* bizantina y otra gótica competían entre sí, mientras que, justo enfrente, dos *pentafore*, una encima de la otra, luchaban por conseguir la admiración del

público. La más baja, la gótica, siempre había contado con el voto del *commissario* a pesar de que ambas estaban tapiadas.

Justo al otro lado de la casa se encontraba la iglesia. Pobrecita, pensaba siempre Brunetti, pues aquella fachada tan bonita no lucía lo suficiente en una calle tan estrecha. Uno no podía alejarse lo suficiente para verla desde la perspectiva adecuada, pero los constructores del pasado no tenían ni idea de las leyes de la zonificación y, en consecuencia, la iglesia sólo se podía contemplar de cerca.

En el timbre de arriba del todo a la derecha encontró las iniciales « B. M. R. » y lo pulsó. Al cabo de un minuto entero, insistió, y esa vez la puerta se abrió con un zumbido.

La grandiosidad de la escalera era sorprendente para un edificio con una fachada tan modesta: escalones bajos de mármol erosionados por siglos de pies que subían y bajaban. La balastrada de mármol, desgastada por las manos que habían buscado su apoyo. Las paredes eran de ladrillo visto, privado de adornos y decoración. Lo que estaba contemplando era la Venecia antigua y desnuda de los mercaderes que no tenían necesidad de ostentar su riqueza más allá de su hogar.

Siguieron hasta la última planta, donde vieron una puerta abierta. Brunetti se detuvo delante y llamó varias veces con los nudillos.

—*Signora? Signora?*

Una mujer alta y joven salió de una habitación que había a la derecha del pasillo, se volvió y fue hacia ellos. Tenía una melena oscura que le llegaba a los hombros, sujeta a ambos lados con horquillas de color rosa. Llevaba un jersey gris, vaqueros de color azul oscuro y unas zapatillas de deporte rojas de las que asomaban unos calcetines rosas.

Brunetti le estudió el rostro mientras se acercaba y descubrió los mismos rasgos perfectos que había visto en las fotos, congelados en el tiempo como si estuvieran esculpidos en la cara de una estatua. Manuela, pues tenía que ser ella, alcanzó la puerta dando muestras de confusión con todo su cuerpo, aunque Brunetti no sabía por qué tenía esa sensación.

—¿Son la policía? —preguntó Manuela con timidez.

Logró mover los labios e intentó esbozar una sonrisa.

—Eso es —contestó Brunetti con toda su simpatía.

—Pero no llevan uniforme. Y ella no es un hombre —denunció señalando a Griffoni con el dedo y cierta inquietud.

—No hace falta ser hombre —explicó Claudia con calma—. Las mujeres también podemos ser agentes de policía; y no tenemos que llevar uniforme. —Le regaló una sonrisa tan cálida y amplia que uno podría haberse zambullido dentro.

Manuela asintió, pero Brunetti no tenía claro que su capacidad mental abarcara una categoría para mujeres policía.

La chica señaló al *commissario*, pero se dirigió a Griffoni.

—Él tampoco lleva uniforme.

—Es que no le hace falta —explicó Griffoni con amabilidad—. Somos jefes y los jefes no llevan.

—¿Y si quieren?

—Si quieren sí. ¿Crees que sería mejor que los lleváramos puestos? —le preguntó un momento después con verdadero interés.

Manuela se paró a pensar y Brunetti la observó mientras la joven intentaba tomar una decisión. Primero apretó los labios y después los ojos. Se llevó la mano derecha a la cabeza, igual que haría un actor malo para mostrar incertidumbre. Entonces se le enrojeció la cara y empezó a respirar más deprisa y a hacer un ruido vacilante con la boca.

En cuanto lo oyó, Claudia intervino.

—Bueno, ¿qué más da, Manuela? Lo que importa es que estamos aquí y que hablemos con tu madre. Nos ha dicho que tú abrirías la puerta y nos acompañarías hasta donde está ella. ¿Nos llevas?

Manuela dio un paso adelante y cogió a Claudia del brazo. Su rostro volvió a la normalidad y dejó de jadear.

—Ah, sí. Está en el salón y me ha dicho que los lleve. —Sonrió, pero perdió la sonrisa cuando dijo—: Pero se me había olvidado.

—Bueno, a mí también se me olvida todo —la tranquilizó Griffoni. Puso la mano encima de la suya para ir más cómodas del brazo y propuso a su nueva mejor amiga—: Venga, vamos a ver a tu madre.

—Sí, por favor —respondió Manuela.

Brunetti era testigo de la escena maravillado de su belleza. No llevaba maquillaje y tenía el pelo liso recogido con horquillas, pero en la calle llamaría la atención de cualquiera. Mientras caminaba del brazo con Griffoni, Brunetti se percató de que no levantaba el pie izquierdo tanto como el derecho. No lo arrastraba, pero era evidente que no tenía la misma movilidad que el otro.

Las siguió por un pasillo que conducía a la parte trasera de la vivienda. Manuela se detuvo en seco frente a una puerta, como si hubiera topado con algo sólido; entonces se volvió a la izquierda y dijo:

—Es aquí.

Dejó que Griffoni abriera la puerta y entraron sin soltarse del brazo. Brunetti lo hizo apenas un instante después.

Una mujer algo más alta que su hija miraba por una de las ventanas. Su pose, tan estudiada y artificial que Brunetti tuvo que morderse la lengua para no echarse a reír en cuanto la vio.

—¿Signora Magello-Ronchi? —preguntó en tono formal, como si no estuviera seguro de quién era aquella mujer.

La señora se volvió hacia ellos con parsimonia, pero no dijo nada. El *commissario* aprovechó aquella pausa cargada de dramatismo intencionado para

estudiarle el rostro. En él vio los ojos que había heredado su hija: almendrados y de color azul claro. La nariz de Barbara se había estrechado mediante la intervención humana, mientras que la naturaleza o los genes paternos habían hecho lo mismo para su hija. Llevaba unas mechas rubias perfectas y ponía mucho cuidado en mantener la espalda erguida y echar los hombros hacia atrás, como si la hubieran amenazado con castigarla si el pelo le tocaba los hombros.

La boca, de un color entre rosa fuerte y rojo delicado, estaba colocada en una media sonrisa mientras decidía cuál era el saludo más adecuado.

—*Buon giorno* —les dijo al dar con la mejor opción.

Miró a Brunetti y tuvo la amabilidad de sonreírle. Después inclinó la cabeza mirando más o menos hacia Griffoni y dejó que fuera Claudia quien decidiese si el gesto iba dirigido a ella o a su hija. La *commissario* respondió con el mismo ademán.

—*Mamma* —anunció Manuela—, son los policías, pero no tienen que llevar uniforme ni tienen que ser hombres.

Miró a Griffoni buscando confirmación y ella sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo como si la estuviese premiando por haber aprendido tanto en tan poco tiempo.

Manuela se rio, un tintineo cristalino que llenó la sala de júbilo y que hizo que Brunetti apretase los puños. Se observó los zapatos hasta que pasó un momento y después miró de nuevo a la madre.

—Muy interesante, Manuela —dijo esta con el suficiente interés para que pareciese que estaba convencida—. ¿No estabas ayudando a Alina en la cocina?

Antes de que la joven pudiera contestar, su madre continuó hablando:

—¿Qué tal si vas y le pides que prepare café para los invitados? A los dos les apetece un café, ¿verdad? —preguntó a Brunetti.

—Nos encantaría —respondió él.

Griffoni soltó a Manuela del brazo.

—Sí, a mí me apetece mucho. —Miró el reloj y añadió—: Siempre tomo uno a esta hora.

Después de intercambiar miradas con Brunetti, preguntó:

—Manuela, ¿te parece bien si vamos las dos a ayudar a Alina?

Al ver que tardaba en contestar, dijo:

—Tendrás que enseñarme dónde están las tacitas y los platos. Necesito ayuda.

A Manuela se le iluminó la cara de alegría. Cogió a Claudia del brazo y tiró de ella con cuidado.

—Vale, vamos a la cocina y te enseño. Yo te ayudo.

Como se daba cuenta de que la madre de Manuela no sabía cómo comportarse, Brunetti prefirió tomar la iniciativa.

—¿Nos sentamos, *signora*? Quiero hacerle varias preguntas.

Ella se acomodó en una silla que había frente a la ventana. A la de delante de esta le daba la luz de lleno, así que Brunetti la movió a un lado y se sentó donde no le alcanzaba el sol.

—Gracias por acceder a hablar con nosotros, *signora*.

Ahora que estaba más cerca, Brunetti vio que se había aplicado una capa de maquillaje color carne en la cara, pero que no había conseguido extenderla bien debajo de la barbilla, de modo que la película acababa de pronto y creaba un cambio de color tan evidente como el del pelaje de un jack russell.

—No entiendo qué está pasando —admitió ella.

—Un juez ha puesto en marcha una nueva investigación en torno a las circunstancias del accidente que sufrió Manuela —explicó, y omitió cualquier referencia a sus intereses personales en el tema, era mejor que pensase que se trataba nada más que de un policía al que habían enviado a realizar una tarea de poca importancia.

—Ah —contestó, alargando el sonido de la vocal.

Brunetti no dijo nada, así que habló ella.

—No sabía que la hubiese habido en su momento.

El tono obligó a Brunetti a reevaluar la situación deprisa. Tal vez no estuviera drogada, sino despistándolos. El *commissario* esbozó una sonrisa relajada.

—Quizá sea más correcto decir que se redactó un informe policial del incidente, como se acostumbra. Eso es a lo que el juez quiere que echemos otro vistazo.

—¿Después de quince años? —preguntó con cara de póquer.

—Sí —contestó Brunetti, pero sin ofrecer ninguna explicación.

—¿Mi suegra tiene algo que ver con esto?

Brunetti entornó los ojos, confundido, como si fuese la primera vez que oía que la señora tenía suegra.

—Siento decirle que eso sólo lo sabe el juez, *signora*. A mí me han pedido que venga a hablar con usted. —Entonces, con el interés que había despertado su pregunta, continuó: ¿Es posible que ella sepa algo que pueda interesarnos?

La respuesta fue inmediata.

—Que yo sepa, no.

Brunetti indicó que aceptaba el comentario y prosiguió en un tono mucho más serio.

—*Signora*, discúlpeme por la pregunta, pero puede decirme cuán graves... —Hizo una pausa para reformular la frase con una palabra que no fuese tan salvaje como *daños*—. ¿Podría decirme qué consecuencias sufre Manuela?

—Ya la ha visto —respondió ella, que de pronto hablaba con la ira de aquellos que no tienen nada que perder—. ¿A usted qué le parece?

—Me parece que tiene un carácter muy agradable —repuso Brunetti en defensa de la joven.

—Sí, los niños acostumbran a ser así —apuntó la madre con amargura antes de taparse la boca con la mano, como si se hubiera sorprendido a sí misma con aquel comentario.

Apoyó las palmas en las rodillas y se echó adelante para respirar hondo. Mientras el *commissario* la observaba, se balanceó adelante y atrás unas cuantas veces con los ojos cerrados. Al final, prosiguió con más calma, pero no tranquila:

—Según los médicos, tiene una edad mental de seis o siete años y siempre va a ser así.

Brunetti se acordó de cómo era Chiara a esa edad: dulce, afectuosa, capaz de leer en voz alta cualquier texto que le dieran y comprender parte de lo que leía; confiaba en los adultos; estaba enamorada del perro del vecino. Qué edad tan maravillosa, pero qué horrible verla prolongada año tras año.

A partir de ahí, miró a la madre de Manuela de otro modo y ella le devolvió la mirada con un destello de inteligencia del que él había escogido no percatarse hasta ese momento.

—No puedo expresar lo mucho que lo siento, *signora*.

Ella asintió.

—Gracias. No me sirve de nada, pero agradezco su empatía —admitió como una actriz que acababa de salirse del papel.

Pasó un instante en el que Brunetti dejó de lado al padre y volvió a ser tan sólo un policía.

—¿Eso lo supo por el informe del hospital, *signora*?

Ella lo pensó un poco.

—Creo que no llegué a leerlo.

—¿Disculpe?

—Digo que creo que no lo leí —repitió—. Cuando le dieron el alta a Manuela, yo ya tenía claro qué le pasaba. ¿De qué me iba a servir el informe? ¿Para saber que me pasaría la vida cuidando de ella? Eso ya lo había visto yo solita: no me hacía falta que me lo dijese con jerga médica.

Al parecer, estaba cogiendo carrerilla, porque enseguida continuó.

—Usted la ha visto. ¿Cree que habrá algún día en que no tenga que cuidar de ella? —Entonces, viendo la sorpresa del *commissario*, añadió—: Su padre la llevó a distintos doctores por toda Italia, todos especialistas. Le hicieron pruebas y todos nos repitieron lo que ya estaba a la vista de cualquiera: lo mismo que yo ya sabía cuando la trajimos a casa.

Brunetti guardó silencio.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó ella.

Él afirmó con la cabeza, incapaz de hallar palabras. Por primera vez desde que había entrado allí, echó un vistazo a la sala. Era normal, todo normal: sofás, sillas, una mesa, una librería, alfombras, ventanas. No había nada fuera de lugar, nada roto ni descompuesto: normalidad absoluta, excepto en las vidas que

entraban y salían de aquella habitación.

—Lo que me concierne es el informe original, *signora*, el del hospital de aquí. ¿Recuerda si le dieron una copia? —preguntó con la intención de ceñirse al pasado y así evitar el presente y, por el amor de Dios, también el futuro.

—Supongo que sí.

Con tranquilidad, como si fuese lo más natural del mundo, Brunetti preguntó:

—¿Es posible que lo conserve?

—¿Por qué lo pregunta?

—Me gustaría leerlo.

—Hubo muchos médicos, muchos informes.

—¿Sería tan amable de buscarlo? —insistió él.

Ella se levantó.

—Voy a echar un vistazo —dijo con repentino entusiasmo, y salió de la sala.

El *commissario* se acercó a la ventana, que daba a la parte trasera del edificio y ofrecía amplias vistas de Marghera y Mestre. Pero prefería no tener que mirar eso. Desde el último piso no se veía la laguna, pero sí las chimeneas de las fábricas de Marghera, enfrascadas en su tarea diaria: matarlo. A lo largo de los últimos años, Brunetti había llegado a la misma conclusión respecto a la mayoría de las industrias: que su deseo no era fabricar productos químicos, refinar petróleo ni hacer placas de yeso, joyas o, como era el caso de las fábricas del interior, cualquier cosa, sino todo lo contrario. El deseo más ferviente de los grandes negocios era arrebatarle la vida a Guido Brunetti y a todos los miembros de su familia. Las inquietudes medioambientales de sus hijos lo habían impulsado a leer y eso lo había llevado a prestar atención y a leer aún más; a su vez, eso lo había conducido a la inevitable conclusión. Que de momento no había compartido con sus hijos. Sin embargo, asentado en la distancia había un recordatorio diario: un amplio complejo petroquímico que llevaba décadas vertiendo lo que le venía en gana a la laguna, a los peces que después él se comía, a las almejas que tanto gustaban a sus hijos, a la achicoria que crecía en la granja que algún pariente de su esposa tenía en la isla de Sant'Erasmo, por no mencionar lo que también llevaban años echando al aire, sin ningún miramiento, junto con las enormes nubes de humo que salían de las chimeneas.

El ruido de la puerta al abrirse lo sacó de su ensoñación. Se volvió y vio entrar a Manuela, que iba empujando un carrito con ruedas cubierto con un mantel de lino blanco. Encima había tres cafés, una tarta de chocolate del diámetro de una *pizza*, platos y tenedores y un gran cuenco de nata montada. La joven irradiaba excitación y deleite, y parecía estar dando saltos por la sala diciendo que había tarta y nata para todos. Detrás de ella entró Claudia y, por último, con un sobre grande en la mano, la madre.

Manuela aparcó el carrito delante del sofá.

—Alina ha hecho tarta de chocolate, *mamma*. Alina ha hecho tarta.

—Qué maravilla, *tesoro*. Además es tu favorita.

—Y la mía —comentó Griffoni.

Brunetti se limitó a sonreír, pero Manuela, que se había dado la vuelta para ver qué opinaba, parecía contenta de que a él también le gustase. Les hizo una señal con la mano para que se sentasen y todos respondieron a la llamada de la tarta y de la nata, y se sentaron alrededor del carro mientras Brunetti le apartaba la silla a la madre y después a su compañera.

Manuela cogió el cuchillo y miró a su madre con indecisión, pero ella asintió. Con mucho cuidado y ayudándose también con la mano izquierda, colocó la punta del cuchillo en el centro y cortó, y después hizo otro corte que resultó en un pedazo enorme: al menos el doble de una ración normal.

—Qué bien, ese es para mí, ¿verdad, Manuela? —dijo Brunetti, que sabía que Griffoni desdeñaba los dulces.

Ella iba a consultar a su madre para ver si daba su aprobación, pero no podía esperar y respondió:

—Sí, claro.

Intentó levantar la porción de tarta pero tuvo que ayudarse con los dedos de la mano izquierda para llevarla hasta el plato que después entregó a Brunetti. Él se lo agradeció con efusividad y se acercó al carrito para ponerle un buen montón de nata encima. Habiendo decidido por iniciativa propia echar una mano, repartió un café a Griffoni y otro a la madre de Manuela; y, asumiendo que era para ella, dejó un vaso de algo que parecía Coca-Cola delante de la silla vacía de la joven.

Hubo tres momentos más de inquietud compartida entre los presentes mientras Manuela cortaba los otros tres pedazos de tarta, pero consiguió hacerlo sin ensuciar demasiado. Para su madre cortó un trozo pequeño y para Claudia, uno tan grande como el de Brunetti. Después dejó el cuchillo el tiempo suficiente para entregarle el plato con una sonrisa.

Por último, se sirvió una porción normal y se sentó.

La madre se puso un poquito de nata y le pasó el cuenco a Griffoni, que se sirvió tres cucharadas grandes. Brunetti sabía que hubiese preferido no hacerlo, pero también que se lo comería todo y tal vez incluso pidiera otro pedazo. En el pasado, la había visto comer pasteles y dulces con intención de aplacar a posibles testigos o de ganarse la confianza de gente que no debería habérsela tenido. Sin embargo, en ese caso no guardaba relación con su trabajo: comer es amar, creía él, y Manuela necesitaba amor.

Griffoni le preguntó si quería nata, y cuando ella contestó que sí le puso una buena cucharada encima de la tarta.

—*Buon appetito* —les deseó la madre, y todos cogieron los tenedores.

«Ay —pensó Brunetti mientras untaba nata en el segundo bocado—, ¿quién dice que las buenas acciones no son recompensadas?» .

De forma automática, el nivel de la conversación se adecuó al de la joven: lo bueno que estaba el pastel; lo exquisita que era también la tarta de manzana de Alina y cómo Manuela ayudaba a pelar la fruta; por qué la nata le sentaba tan bien a la tarta de chocolate, de dónde salía y si era posible montar en vaca.

Cuando Manuela planteó esa pregunta, su madre se comió el último bocado y preguntó si podía tomar otra ración, aunque Brunetti sospechaba que lo estaba disfrutando tan poco como Claudia.

—¿Quiere otro trozo, *signora*? —preguntó Manuela a la *commissario*.

Ella se llevó las manos al estómago y respondió:

—Si como más, haré ¡pum! y lo oirán por toda la ciudad.

Manuela rompió a reír y se olvidó de la idea de montar en vaca. De montar en general.

Cuando todos hubieron rechazado más café y tarta una vez y después otra, Brunetti y Griffoni se levantaron y arguyeron que debían regresar al trabajo. La idea resultó emocionante a Manuela, que preguntó:

—¿Alguna vez persiguen a los malos?

—No, *signorina* Manuela —respondió Brunetti—. Nosotros acostumbramos a estar todo el día en el despacho leyendo papeles. Es muy aburrido. Es mucho mejor venir aquí a comer tarta.

Ella se rio como si fuera lo más gracioso que hubiera escuchado en la vida y, de nuevo, el sonido cristalino de su risa fue como una punzada en el corazón de Brunetti.

Los acompañó hasta la puerta, caminando casi abrazada a Griffoni. Justo al llegar a la entrada, Brunetti oyó que la *signora* Magello-Ronchi lo llamaba.

—*Commissario* —dijo acercándose a ellos—. Se olvida esto.

Le mostró el sobre que le había traído de otra habitación.

Él lo cogió y le dio las gracias. Llevaba escrito el nombre de Manuela. Le dio la vuelta y miró la solapa.

—¿No lo ha abierto?

—Ya se lo he dicho: no hacía falta —respondió con un tono que empezaba a ser menos amable.

Griffoni, tal vez en respuesta a la tensión que se había adueñado de pronto del ambiente, le hizo una pregunta a Manuela y se alejó de ellos para escucharla.

La madre cerró los ojos un instante y se concentró en respirar hondo. Cuando los abrió, continuó:

—Usted puede leerlo si quiere. A mí no me interesa.

Miró hacia la puerta, donde Claudia y Manuela charlaban alegremente en confidencia.

—Sólo me interesa ella —confesó con voz cansada—. Sólo mi niña.

Brunetti tendió el brazo y le tomó la mano.

—Muchas gracias por recibirnos, *signora*.

—Espero que les haya gustado la tarta —canturreó recuperado ya su papel de anfitriona perfecta, y les ofreció una sonrisa relajada que recordaba mucho a la de su hija.

Griffoni y Brunetti se despidieron, pero no sin antes prometer que regresarian a visitar a Manuela otro día.

El camino más rápido hasta la *questura* era tomar el número 1 desde San Silvestro. Mientras esperaban en el *imbarcadero* a que llegase el *vaporetto*, Brunetti empezó una conversación:

—Qué niña tan dulce, ¿verdad?

Se dio cuenta demasiado tarde de que había llamado niña a Manuela.

Griffoni asintió, pero no contestó nada más.

—Diría que os habéis caído muy bien.

—Ha sido como estar con mis sobrinas.

—¿Cuántos años tienen?

—Una tiene seis y la otra ocho. Le he dicho las mismas cosas que les digo a ellas.

La *commissario* salió del *imbarcadero* y se apoyó en la barandilla con los brazos cruzados, mirando hacia Rialto para ver si venía el barco.

Brunetti, sin ni siquiera comprobar la hora, anunció:

—Cuatro minutos.

—¿En serio? —preguntó ella con sorpresa—. ¿Qué pasa, tenéis microchips en las orejas con los horarios del transporte?

—Es mi parada, no me hace falta el chip.

Ella se volvió y miró al otro lado del canal.

—Es raro. A veces todo esto empieza a parecerme normal. Vivo en esta ciudad y me muevo por ahí en barco, las direcciones no significan nada, es más rápido ir al trabajo a pie y hasta estoy acostumbrándome al sonido del veneciano.

Dejó la frase en el aire.

—¿Y otras veces?

—Otras veces me doy cuenta de lo chocante que es todo. Cuando me cruzo con mis vecinos en la escalera, todos son muy amables, pero nadie me ha invitado a su casa; ni siquiera a tomar café, a pesar de que vivo allí desde hace años. Los jóvenes me tratan de tú, pero los mayores no lo harán nunca. La comida me parece insípida. Casi me muero con cada una de las *pizzas* que he probado aquí. Y en cuestión de un par de meses desaparecerá el sol y no volverá a asomar hasta marzo. Con la excepción de una semana de descanso en enero,

más o menos a finales de la primera del año.

Brunetti se echó a reír, tal como sospechaba que ella pretendía.

—Sin embargo, en casa irías siempre con jersey y comerías *pizza* tres veces al día, ¿no?

—No, la verdad es que no. Lo más probable es que estuviera buscando la manera de esquivar a los jueces que trabajan para la mafia, y lo mismo digo de mis compañeros. Y me habría acostumbrado a llevar la pistola. Aquí la mayoría de las veces la olvido en casa —explicó, y se abrió la chaqueta para mostrar que no iba armada.

Brunetti, que hacía lo mismo, no comentó nada.

—¿Qué hay dentro del sobre? —preguntó ella señalándolo.

—Es lo que le entregaron en el hospital a la madre cuando se llevó a Manuela a casa.

Le dio la vuelta y le enseñó la solapa sin abrir.

—Y no se atrevió a abrirlo —afirmó, y su voz delataba que comprendía las reticencias—. Debe de ser horrible para ella.

Apartó la mirada y se fijó en los edificios de la otra orilla, pero estos no le ofrecieron ningún consuelo.

—¿Por qué lo dices?

Esa preocupación por la madre, cuando ella había pasado casi todo el rato con la hija, le provocó curiosidad.

—Porque ella comprende, y la chica no.

Brunetti dio media vuelta, fue al *imbarcadero* y Claudia lo siguió.

—Lo has oído venir, ¿verdad? —inquirió ella al ver que se acercaba el barco.

Cuando amarró, embarcaron y fueron a las filas del fondo, donde había algunos asientos vacíos.

—Supongo que sí. Llevo toda la vida oyéndolos, así que puede que mi cuerpo sienta las vibraciones antes de que yo los oiga. Nunca se me había ocurrido.

Se apartó y la dejó pasar a ella primero para que tomase asiento junto a la ventana. Cuando se dio la vuelta para decirle algo, no le veía más que la parte de atrás de la cabeza: Griffoni estaba pegada al cristal, como una turista viendo los *palazzi* por vez primera.

Metió el dedo por debajo de la solapa del sobre y la despegó. Esta se abrió con facilidad y sin ruido. Introdujo la mano y de dentro sacó otro sobre de color azul oscuro. Al oír el ruido, Griffoni se volvió y lo observó mientras leía.

Le concedió suficiente tiempo, y cuando él giró la página para leer la segunda, preguntó:

—¿Y bien?

—Es una descripción general del estado en el que se hallaba cuando la llevaron a urgencias: estaba inconsciente, pero respiraba; la placa de rayos X mostraba agua en los pulmones; tenía una herida a un lado de la cabeza.

A medida que iba leyendo, Brunetti había ido estirando el brazo con el que sostenía los documentos, hasta que al final sacó las gafas de lectura del bolsillo interior de la chaqueta.

En un momento leyó la segunda página e informó a Griffoni.

—Además de la lesión en la cabeza, sobre cuya causa no especulan, tenía magulladuras en los brazos y en el cuello.

Volvió a la primera página.

—Estas notas las escribieron cuando la ingresaron. Parece que lo que más les preocupaba era el agua de los pulmones.

Volvió al apartado anterior y siguió leyendo deprisa, haciendo una lectura diagonal buscando el punto en el que los médicos habían comenzado a comprender el alcance de las lesiones.

Apartó la vista de la hoja y miró al frente, sin ver a las personas que estaban sentadas delante de ellos ni la magnificencia que se apreciaba desde ambos costados de la embarcación.

—¿Qué pasa? —preguntó Griffoni.

Le señaló el tercer párrafo y le pasó la documentación.

—Échale un vistazo al segundo día.

Griffoni leyó y, tal como había hecho Brunetti, apartó la mirada de la página que tenía delante.

—«Examen pélvico provocado por las manchas de sangre aparecidas en las sábanas de la paciente. El examen se lleva a cabo mientras la paciente sigue inconsciente. Señales de actividad sexual reciente de naturaleza violenta, probablemente violación».

Griffoni continuó leyendo hasta el final del informe.

—Estuvo inconsciente una semana —dijo—. Y después se despertó de forma natural pero no recordaba nada, nada, de lo que había ocurrido antes de que cayese al agua. ¡De que cayese!

Le pasó los papeles.

—Lee el resto.

Brunetti obedeció y, apenas hubo terminado, el *vaporetto* llegó a la parada de San Zaccaria. Desembarcó detrás de su compañera y ambos caminaron hacia la *questura* por la *riva* con el piloto automático puesto. En un momento dado, Brunetti no estaba seguro de recordar bien lo que habían leído y se detuvo a echar otro vistazo al informe.

—Cuando se despertó, tardaron sólo un día en darse cuenta de que algo no iba bien —relató a su compañera, y leyó en voz alta—: «La paciente no recuerda el incidente y muestra gran dificultad para describir los hechos previos. Su lenguaje es infantil y no parece comprender su estado».

Continuó leyendo las pruebas que los doctores iban presentando a diario: el estado de la joven era mucho peor del que habían creído al principio. Al final

esos indicios eran incontrovertibles: una adolescente había caído al agua, pero habían rescatado a una niña.

—Cuando la trajeron no se molestaron en hacerle un examen completo —dijo, y cerró los ojos—. Sacan a alguien del agua con una herida en la cabeza y el cuerpo lleno de magulladuras y ¡no se les ocurre hacer un examen exhaustivo!

—Y entonces —apuntó Griffoni con una voz que apenas podía contener—, supongo que pensaron que lo mejor era esperar a que despertase antes de contárselo a la madre o a la policía.

Brunetti pensó que la rabia de su compañera se convertiría en algo más, pero no fue así. Miró hacia la *questura* y se preguntó si la madre estaba al tanto. Era imposible que no se lo hubieran dicho: se trataba de una menor. Pero tal vez creyesen que entregándole el informe ya estaban cumpliendo con sus obligaciones.

Griffoni lo siguió hasta su despacho y se sentó delante de él; el sol que entraba por las ventanas convirtió su cabellera en una corona dorada.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella.

—Todavía tengo que hablar con el que la sacó del agua —anunció Brunetti—. He quedado con él mañana a mediodía. Hizo falta que lo invitase a comer para que accediese a hablar conmigo.

—¿Crees que sabe algo?

Brunetti agitó la mano en el aire para indicar su incertidumbre.

—Es alcohólico. Todos los que me han hablado de él dicen lo mismo. Y cuando lo llamé, oía el vaso chocando contra el teléfono.

—Los borrachos no son de fiar —ratificó Griffoni.

—Y si lleva quince años con el cerebro macerando en alcohol, es aún menos probable que se acuerde de algo.

—¿Y por qué te molestas en ir?

—Porque no tengo nada más —admitió Brunetti.

Guardaron silencio hasta que el *commissario* dijo:

—El informe médico lo cambia todo, ¿verdad?

—Sí —convino ella.

Griffoni miró por la ventana mientras ambos escuchaban un barco pasar de izquierda a derecha.

—Sí, puede que sí. ¿Estás insinuando que lo más probable es que la caída fuese... involuntaria?

—Tal vez —aventuró Brunetti—. La abuela me contó que en los meses previos al incidente, Manuela se había vuelto muy reservada.

—¿Cómo lo sabía?

—Se lo había dicho la madre.

Griffoni asintió:

—Supongo que se habría dado cuenta.

Cruzó las piernas y se recostó en el asiento, abatida. Después cruzó los brazos y miró por la ventana.

—¿Sabes? Si me paro a pensar, me dan ganas de llorar.

Se llevó las manos a la cara y se estiró el cutis hacia atrás.

—Podría ser mi hermana pequeña.

Meneó la cabeza y continuó hablando:

—Da igual: es una joven cuyo futuro ya no existe. Podría seguir así otros cincuenta años. Dios mío, no quiero ni pensarlo.

Le temblaba la voz y se le apagaba al final de las frases.

—Creo que es hora de irse a casa —propuso Brunetti, pues no se le ocurría nada mejor que decir.

Y eso hicieron.

La mañana siguiente, Brunetti se despertó con dolor, salvo que esa vez era en la mente, no en las articulaciones. Había empleado gran parte de la semana anterior en un asunto que no conducía a ninguna parte y, no obstante, se las había arreglado para involucrar no sólo a otra *commissario*, sino también a un juez, a su superior el *vicequestore* Patta y a la secretaria de este, la *signorina* Elettra. La atención de esas cinco personas no había resultado en ningún descubrimiento, al menos nada más allá de información imposible de verificar sobre una violación perpetrada quince años antes, sin posibilidad alguna de que la víctima recordase los hechos.

Permaneció tumbado en la cama con la mirada fija en el techo y después volvió la cabeza y contempló los tejados de la ciudad, relucientes con la lluvia otoñal.

Miró la hora y vio que eran casi las nueve: Paola lo había dejado dormir. Se tumbó de costado prometiéndose que era para planear el día entero, y se quedó dormido.

Media hora más tarde, Paola lo despertó. Lo llamó por el nombre y dejó una tacita y un platito a su lado. El sonido primero y el olor después perforaron la superficie del lugar en el que estaba y lo liberaron. Se dio la vuelta para ponerse boca arriba, se incorporó, se recostó en el cabecero y se frotó los ojos.

—Toma —dijo Paola, y le dio el café—. Ya le he puesto azúcar.

Se sentó en la cama al lado de Brunetti y lo contempló mientras tomaba el primer sorbo, cerraba los ojos y apoyaba la cabeza en la almohada.

—El paciente saldrá de esta —pronosticó él.

Acabó el café y dejó la tacita y el plato en la mesita de noche.

—¿No tendrías que estar dando clase? —preguntó a Paola.

—Sí, a las diez.

—Pues yo no voy a hacer nada hasta las doce —presumió.

—¿Y eso?

—Porque no me apetece.

—Un motivo muy convincente —convino ella.

—¿Cuándo fue la última vez que no fui al trabajo, aunque fuese sólo medio día? —inquirió él—. ¿Cuántos días he estado de baja en todos estos años?

—Estuviste en el hospital casi una semana entera.

—Pero eso fue hace mucho.

—Sí —admitió Paola.

—Hoy no puedo con el trabajo.

La noche anterior le había relatado el contenido del informe médico.

—No sé por qué, pero es así. Aunque sea una mañana nada más, quiero no tener que pensar en trabajo ni ir a trabajar.

—¿No será una crisis de esas que te cambian la vida?

Brunetti se paró a pensar.

—Es probable que no.

Ella se inclinó sobre él, se apoyó en su hombro y se levantó.

—¿Por qué te has quedado? —preguntó él.

—Para traerte el café.

—Será mejor que tus amigas feministas no se enteren.

—El amor vence a los principios —afirmó ella, y se marchó.

Brunetti pasó una hora leyendo a Apolonio. A menudo era así: el amor vencía a los principios, y Paola decía esas cosas como si nada. ¿Se las inventaba mientras viajaba en *vaporetto* o le venían de pronto a la mente?

Dejó el libro, se dio una ducha y se preparó para salir de casa. Mientras él estaba sumido en el sueño de los puercos o leyendo, el sol había salido y se había puesto manos a la obra sin dilación: las calles ya estaban secas y la temperatura permitía ir con jersey y chaqueta.

Una vez fuera, decidió ir a pie: era más rápido que tomar el *vaporetto* y hacer la larga ese hasta Riva di Biasio. Además, el aire lo animaba a caminar. Empezó un camino que en una ciudad normal recorrería en línea recta, en dirección al noroeste; no obstante, Venecia lo obligaba a girar a izquierda y derecha, cruzar puentes y doblar esquinas de las que no era consciente ni planeaba doblar. Transcurridos quince minutos, recorría la orilla del Río Marín hacia la oficina del gas. Un poco antes, vio el escaparate y la puerta de un bar; se detuvo y echó un vistazo al interior, buscando a un hombre a quien no iba a reconocer.

En una mesa había dos tipos, cada uno con su café. En otra había tres turistas jóvenes, dos chicas y un chico, estudiando el plano que tenían desplegado sobre la mesa, con una cerveza en la mano.

Entró y fue directo a la barra. El camarero lo miró y lo recibió con un gesto de cabeza. Brunetti aún estaba en ayunas, así que no quería un vino ni un *spritz*. Tampoco quería tomar café cuando faltaba tan poco para la hora de comer, así que pidió un vaso de agua mineral y dijo:

—He quedado con Pietro Cavanis, pero creo que no está.

—No —respondió el camarero, y le sirvió el vaso—. Hace un par de días que no viene. Por lo menos, yo no lo he visto. Quizá haya venido por la mañana

cuando estaba mi hijo, pero Pietro no es muy mañanero.

—Lo sé —concurrió Brunetti con una sonrisa afable—. Él mismo me lo ha dicho.

Bebió un poco de agua y posó el vaso en la barra.

—También me dijo que si no estaba aquí, le pidiera las llaves a usted.

El camarero sonrió, fue a la caja registradora y de detrás sacó un sobre muy sobado. De ahí sacó un juego de llaves que entregó a Brunetti.

—Es la puerta verde que hay al otro lado del canal. El último piso.

—Sí, eso también lo sabía —respondió el *commissario*.

Le dio las gracias y cogió las llaves. Sin preguntar cuánto debía, dejó una moneda de dos euros en la barra y fue hacia la puerta. Al llegar a la entrada, levantó las llaves y aseguró:

—Luego se las traigo.

El camarero, que ya había recogido el vaso y estaba pasando la bayeta por el sitio, agitó el trapo a modo de despedida.

El puente de la izquierda estaba más cerca, así que cruzó por ese y recorrió la *riva* hasta la puerta verde. Dio unos pasos atrás y contempló la fachada del edificio: los postigos de la primera planta estaban cerrados y el sol los había desteñido, lo mismo que los cuatro de la izquierda del segundo piso. Dos de las contraventanas de la derecha estaban abiertas, pero la cara interior estaba descolorida y el gris verdoso de la pintura indicaba que nunca las cerraban. El edificio parecía enfermo, moribundo. En el lado izquierdo de las dos hileras de timbres había dos rectángulos vacíos y el único nombre que figuraba era el de Cavanis: arriba del todo a la derecha.

Metió la llave más grande en la cerradura y la puerta se abrió con facilidad. Cruzó el pequeño portal y empezó a subir las escaleras. Hizo una pausa en el segundo rellano, algo que había empezado a hacer en su propia casa.

En la puerta de la derecha, vio el nombre de Cavanis escrito en elegante letra inglesa sobre un pedazo de cartulina sujeto a la pared con una chincheta, a la izquierda de la entrada. La buena educación, o su instinto territorial, le hizo llamar al timbre, esperar e intentarlo de nuevo, aunque con más insistencia. Como ya conocía el sueño de los alcohólicos, al final abrió con la llave. El cerrojo no estaba echado.

—*Signor Cavanis* —llamó desde la entrada—. *Signor Cavanis*.

Esperó, y su instinto le avisó de con qué se iba a encontrar. Podría haber salido al rellano y llamar a la Brigada de Investigación Criminal, pero prefirió dejar las llaves colgando de la cerradura, meter las manos en los bolsillos y entrar en la vivienda.

Olía a tabaco; a décadas, a una eternidad de la presencia de un fumador empedernido. Era una habitación pequeña: un sofá y una mesita baja frente al televisor, un santuario al dios de la cara plana. El aparato era tan grande como

viejo y tan largo como ancho, y a pesar de que el volumen estaba bajo, se oían las voces. En la pantalla, una joven rubia con un jersey de angora de color rosa miraba con admiración a un anciano vestido con un traje caro que la sermoneaba sin que ella perdiera la sonrisa.

Brunetti buscó el mando, pero no lo encontró por ninguna parte. No estaba en el sofá ni en la mesa, y en la sala no había ninguna otra superficie plana. El televisor tampoco tenía botones. Lo que veía era todo lo que tenía que ofrecer: el canal local a un volumen fijo. ¿Cuántos noticiarios locales y programas de entretenimiento podía soportar una persona antes de volverse loca?

Allí no había cuadros ni ningún tipo de lectura, ni tampoco alfombras, elementos decorativos ni más muebles que el sofá y la mesita. Los platos, vasos, tazas y platitos que había encima de la mesa los había ido apilando y apartando a medida que pasaban los días. En cambio, en el plato que estaba en la línea de visión entre la pantalla y el telespectador, encontró un pedazo de queso seco, una loncha de *prosciutto* con los bordes rizados y, a un lado, unas rebanadas de una barra de pan blanco. El vaso que había a continuación estaba medio lleno de vino tinto, pero el nivel había ido bajando a medida que se evaporaba en aquel salón de ambiente sofocante y había dejado una franja rojiza por encima del líquido que quedaba.

Brunetti entró en la pequeña cocina, que estaba a mano derecha. Sobre la mesa descansaba una botella de vino de dos litros casi vacía. No se molestó en abrir los armarios ni el frigorífico, sino que salió y se dirigió a la puerta donde había visto el pie.

Era un pie grande, calzado con un zapato de caballero, y estaba en el suelo. Por encima se veía un calcetín gris que en su día tal vez fuese blanco. Brunetti se asomó a la habitación. Un hombre de pelo cano estaba tendido sobre el costado izquierdo, con la cabeza apoyada en el brazo, que tenía doblado. Podría haber estado echando la siesta, con una pierna estirada y la otra debajo, ligeramente recogida. Podría haber estado dormido de no ser por el mango del cuchillo de cocina que le sobresalía de la cara derecha del cuello y por el charco de sangre seca en el que yacía. Y el olor. Ni siquiera los años de humo que habían teñido la puerta blanca de la nevera y oscurecido los azulejos de la cocina podrían haber disimulado el característico olor férreo ni sofocar el olor a podredumbre que Brunetti sintió y que le iba penetrando la ropa poco a poco.

Se apartó del cadáver, salió del apartamento y se quedó en el rellano. Marcó el número de *telefonino* de Bocchese y explicó al jefe del equipo forense para qué debían prepararse. Le dio la dirección para que enviase a una unidad tan rápido como fuese posible y le pidió que acudiese con un médico forense, si había alguno disponible.

—Sé que no hace falta que lo pregunte —dijo Bocchese—, pero ¿has tocado algo?

—No —respondió Brunetti, y colgó.

Esperó en el rellano, fuera del apartamento, y mientras tanto intentó trazar una línea que conectase lo que acababa de ver con algo más. Aquel hombre asesinado había salvado a Manuela de la muerte y la policía lo sabía. Cavanis estuvo en el lugar de los hechos y siempre negó —a pesar de haber descrito lo que sucedió— haber visto a alguien tratando de hacer daño a la chica. No hacía falta ningún vínculo; no había nada que probase una relación de causa y efecto. No había línea recta que llevase de Río San Boldo a Río Marin.

Cabía la posibilidad de que Cavanis hubiera sorprendido a un ladrón, aunque un vistazo a la pobreza que reinaba en la casa le hizo desechar la idea. Podría haber sido un enemigo, pero aquel que los tiene no deja las llaves en el bar para que se las entreguen a cualquiera que las pida. Quizá fuese un caso de violencia aleatoria, pero ¿en Venecia? La idea no le duró lo suficiente como para tener que desestimarla.

El *commissario* bajó a la calle y salió a la luz del sol, a esperar a la lancha.

El equipo tardó un cuarto de hora más en llegar, pero cuando llegaron lo hicieron en tropel: además del patrón y de Bocchese, había dos fotógrafos y dos técnicos. La lancha se deslizó hasta la orilla del canal y Brunetti cogió el cabo, lo enrolló en un noray y ayudó al primero a subir al pavimento.

Bocchese salió a cubierta y dio instrucciones al piloto para que moviese la embarcación cincuenta metros hacia delante, hasta una escalinata de madera que bajaba al agua, desde donde desembarcó. Fue hasta donde lo esperaba el *commissario* mientras los demás descargaban el equipo.

—¿Es asesinato? —preguntó Bocchese. Ante la afirmación de Brunetti, el técnico añadió—: Rizzardi está de camino.

—¿Dónde estaba?

—En casa —respondió Bocchese—. Cuando le dije que el aviso lo habías dado tú se ofreció a venir él, aunque el que estuviera de guardia fuese el idiota ese.

Brunetti pensó que lo prudente era no hacer caso de lo que Rizzardi había dicho de su compañero, a quien todos en la *questura* consideraban un imbécil.

Bocchese se acercó a los dos técnicos que estaban descargando los bártulos de la lancha, y aunque ambos le sacaban una cabeza y él a ellos al menos veinte años, los jóvenes esperaron sus instrucciones. La actitud de los técnicos demostraba su respeto.

Cuando tuvieron todo en tierra, Brunetti los acompañó a la puerta verde y al interior del apartamento, y se percató de que la reticencia que había tenido por la mañana a ir a la *questura* lo había seguido hasta allí. No le hacía ninguna gracia estar en aquella escena del crimen en particular y no le gustó nada estar presente mientras el equipo colocaba la cámara y tomaba fotografías del cadáver y de todo lo que lo rodeaba, desde todos los ángulos. Aún más apremiante le resultó la

necesidad de no acercarse al grotesco charco de sangre: no quería ver el cuchillo ni cómo la sangre se había derramado por el cadáver para empapar la ropa ni ponerse a calcular cuánto tiempo había permanecido con vida mientras se desangraba.

El *commissario* se refugió en el portal y dejó que los demás hicieran su trabajo mientras él trataba de no pensar en cómo debía de ser tener la certeza de que estás muriendo, de que estás tan malherido que no te vas a recuperar, y que por mucha esperanza que tengas y ayuda que recibas, vas a morir. Su único consuelo era la posibilidad de que el alcohol y el efecto de perder tanta sangre de golpe hubiesen dejado a Cavanis inconsciente —pues aquel tenía que ser Pietro Cavanis— y le hubieran aliviado el pánico.

—¿Guido?

Una voz que venía del portal lo obligó a volver a la realidad.

Se dio la vuelta y vio a Ettore Rizzardi, el forense, que había venido a atestiguar un hecho obvio, como tantas veces debía hacer. Alto y delgado, Rizzardi daba la impresión de mantener su energía bajo un férreo control.

Brunetti le estrechó la mano y lo acompañó al piso, pero no se le ocurría qué decir. Lo observó mientras echaba un vistazo a la habitación y se dio cuenta del instante exacto en el que su colega descubría el pie. Rizzardi cerró los ojos un instante, y si Brunetti no lo hubiera conocido tan bien hubiese pensado que rezaba.

Uno de los técnicos les ofreció sendos pares de guantes de látex, pero el forense traía los suyos. Abrió el paquete y se los puso. Brunetti hizo lo mismo.

El *commissario* lo siguió hasta el dormitorio de Cavanis y vio que el doctor ya se había agachado a tomarle el pulso. Miró la hora y sacó una libreta antes de dirigirse a Bocchese.

—¿Habéis acabado aquí?

—Sí.

—De acuerdo. Voy a echar un vistazo.

Se apartó del cadáver y sacó una máscara quirúrgica del bolsillo, rompió el envoltorio de papel y se la puso. Le dio otra a Brunetti, que se alegró de poder hacer lo mismo. Rizzardi sacó una vara sensible al calor, colocó la punta en la sien del cadáver e hizo una anotación en la libreta.

—¿Me ayudas, Guido?

Entre los dos le estiraron las extremidades y pusieron al cadáver de costado. El cuchillo sobresalía hacia arriba. Brunetti examinó el ángulo de la hoja.

—Lo mataron desde atrás —observó.

El forense indicó con la cabeza que estaba de acuerdo.

—El asesino es diestro.

A lo largo de los años, ambos habían aprendido la mejor manera de crear cierta distancia entre ellos y la tarea que estaban desempeñando, a verlo como una cuestión práctica no muy distinta de averiguar por qué no funcionaba la

lmparita de noche. ¿Era la bombilla? ¿El enchufe, o tal vez el fusible? Miraban las pruebas e intentaban hallar la causa.

Cuando lo movieron, los msculos del cadáver estaban flácidos y al acercarse comprobaron que el olor se había hecho más intenso.

—Un día o dos, diría yo —afirmó Rizzardi.

Apoyó la rodilla en una zona donde no había manchas de sangre y examinó con mayor atención el cuchillo y la cantidad de sangre coagulada que se había acumulado en el jersey.

—Debe de haber seccionado la yugular.

—Habrá sido rápido, ¿no? —preguntó Brunetti.

—Creo que sí —contestó el forense, y se incorporó—. Cuando pueda examinarlo a fondo, tendré más que decir.

—¿Cuándo será eso?

—Esta tarde, si puedo. —Se volvió hacia el muerto—. ¿Bebía mucho?

—Sí —respondió Brunetti—. ¿Cómo lo sabes?

No había detectado ni rastro de alcohol, tal vez disimulado por el olor del cadáver, que llevaba quién sabía cuánto tiempo en aquella habitación calurosa.

Rizzardi se dirigió al salón seguido de Brunetti. Los técnicos estaban enfrascados en sus tareas: tomar muestras, hacer fotos, meter fragmentos de cosas en bolsas de plástico. Rizzardi se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo, y el *commissario* se preguntó cuántos pares se habría llevado a casa a lo largo de los años.

—Cuando llevan bebiendo bastante tiempo —expuso el forense en respuesta a la pregunta de Brunetti—, al final todos tienen el mismo aspecto. Después de un tiempo lo sabes identificar, tanto por fuera como por dentro.

El doctor meneó la cabeza como si reaccionase a algún pensamiento.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber el *commissario*.

—Cuando sabes lo suficiente sobre el cuerpo humano, este te parece un milagro. Y cuando ves según qué cadáveres, como el de este señor, por ejemplo, que ha estado borracho durante años, tal vez toda la vida y aun así seguía vivo, acabas convenciéndote de que es un milagro.

Se despidieron con un apretón de manos y Rizzardi se marchó, pero no sin antes ir a buscar a Bocchese a la cocina para decirle adiós.

Brunetti se quedó a ver cómo trabajaban los técnicos, hasta que llegaron los del hospital con el féretro de plástico. Mientras esperaban, uno de los técnicos le registró los bolsillos al muerto y sacó la cartera, un *telefonino* y un pañuelo que necesitaba un lavado urgente. Brunetti observó mientras introducía los objetos en bolsas individuales y las cerraba. El técnico hizo una señal con la cabeza y los del hospital metieron a Cavanis en el ataúd y se lo llevaron.

El equipo forense estuvo media hora más, hasta que Bocchese avisó a Brunetti de que habían terminado y ya podía moverse con libertad por el

apartamento y tocar lo que quisiera. Se estrecharon la mano y Bocchese se marchó por las escaleras con sus colaboradores, hasta la lancha, que los estaba esperando.

El *commissario*, aún con los guantes puestos, entró de nuevo en la habitación fijándose en dónde pisaba, y abrió las puertas del armario. Dentro encontró dos chaquetas, ninguna de las cuales estaba especialmente limpia, y un abrigo gris de lana con los puños raídos. En la parte de abajo había dos pares de zapatos. En los cajones, tres jerséis y unas cuantas camisas de poliéster. La ropa interior estaba gris y verla le produjo una sensación desagradable.

Después registró el resto de la vivienda. Las únicas palabras escritas que encontró fueron los recibos de la pensión mensual: seiscientos sesenta y dos euros con ochenta y siete céntimos. ¿Cómo vivía alguien con esos ingresos? También encontró una circular de la parroquia que invitaba a los residentes a conocer al nuevo *parroco*. El frigorífico, que tenía al menos treinta años, contenía otra botella de vino de dos litros, esta vez blanco, y un paquete de queso petrificado.

En la balda que había sobre el lavamanos del baño se veía un vaso mugriento, un paquete de aspirinas y una pastilla de detergente. La bañera daba asco.

No había nada más. Por mucho que aquellas posesiones atestiguaran su presencia, Cavanis podría haberse mudado allí el mismo día o el día anterior y, sin embargo, llevaba en la vivienda el tiempo suficiente para que al tipo del bar le pareciera normal que fuera tan generoso con las llaves de su casa.

Salió, cerró la puerta con llave y bajó a la calle. Regresó al puente, cruzó el canal y fue hasta el bar.

—No me ha dicho que era policía —le recriminó el camarero cuando lo vio.

—No hacía falta. Cavanis no había hecho nada malo.

Pidió un café. El camarero se encogió de hombros como queriendo decir que no estaba enfadado, que lo decía por decir.

Le preparó el café, se lo sirvió y le acercó el cuenco de los sobrecitos de azúcar desde el otro extremo de la barra.

—¿De verdad lo han asesinado? —preguntó el camarero, incapaz de callarse.

—Eso parece.

—Pobre diablo —se lamentó con verdadera lástima, y después sorprendió a Brunetti—: Espero que al menos estuviera borracho cuando ocurrió.

—¿Y eso?

El hombre tuvo que pensar unos instantes para escoger las palabras con las que responder.

—Porque así no se asustaría tanto. Supongo. —Negó con la cabeza y repitió —: Pobre diablo.

El *commissario* notó que había alguien a su lado y al volverse vio a un hombre de pelo cobrizo, algunos años mayor que él.

—¿Es cierto que han matado a Pietro? —preguntó el tipo.

Brunetti asintió y terminó el café.

—¿Lo conocía? —preguntó.

—Bueno, según cómo se mire —respondió el hombre, y señaló un lugar en la barra enfrente de él.

El camarero cogió una botella de vino blanco y le sirvió un vasito.

El hombre lo agarró y se lo bebió como si fuera agua.

—¿Era amigo suyo? —preguntó Brunetti con inocencia fingida.

—Más o menos —respondió el otro antes de apartar el vaso a un lado.

El *commissario* le hizo un gesto al camarero y otro vaso apareció delante de él. Cuando ambos estuvieron llenos, el *commissario* lo inclinó hacia el hombre que tenía a su lado y se lo bebió de un trago. No le pareció tan bueno como el café.

—Es policía, ¿verdad?

—Sí. Esta mañana tenía que hablar con el *signor* Cavanis. Fui a su casa, como él mismo me había dicho, y lo encontré.

Brunetti negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano izquierda con la esperanza de aparentar resignación.

—¿Lo conocía? —preguntó el hombre, que había intercambiado los papeles.

—No, la verdad es que no —respondió él, tratando de parecer relajado—. Pero habíamos hablado un par de veces.

El hombre acabó el vaso de vino y lo levantó para llamar al camarero.

—Era un buen tipo, pero bebía demasiado, creo yo.

—Ah —suspiró Brunetti—. Qué lástima. —Entonces, como si el fenómeno de la bebida fuera algo nuevo para él, preguntó—: ¿Eso lo cambió? O sea, ¿se comportaba de manera diferente?

El hombre le dio las gracias al camarero con una inclinación de cabeza y dejó el vaso en la barra.

—Sí, le daba la sensación de ser importante.

Brunetti se mojó los labios con el vino, posó el vaso y se volvió hacia su compañero de barra, esperando sus palabras con atención.

—Cuanto más bebía, más importante se creía —dijo el vecino, y cogió el vaso.

—¿Como si supiera más de deportes o algo así? —preguntó el *commissario* usando como referencia algo que creía que la mayoría de los hombres comprendía.

—Sí, claro, por ejemplo eso. Si le oías hablar, parecía que era el único que hubiese visto un partido de fútbol en la vida y que supiese algo al respecto —explicó, aunque la crítica estaba matizada por el afecto—. Pero más bien me refiero a que estaba convencido de que se iba a hacer rico. Desde que yo lo conozco... —empezó a decir, pero antes de seguir hizo una corrección gramatical—. Desde que lo conocí, no paraba de montar grandes planes para

hacerse rico.

Fue a dar otro sorbo y se sorprendió de ver que el vaso estaba casi vacío.

—Supongo que pensaba que así sería más importante.

Brunetti se acabó el vino, llamó al camarero y señaló ambos vasos.

—La otra noche empezó con el tema otra vez —contó el amigo, mientras le daba las gracias al camarero con la cabeza—. Con sus planes. Decía que por fin, después de tantos años, le iba a cambiar la suerte.

Meneó la cabeza con asombro y al ver la cara de escepticismo de Brunetti se volvió hacia el camarero.

—Tú lo oíste, Ruggiero. El sábado por la noche.

—Nino, estaba borracho —aseveró él con una mezcla de paciencia y exasperación—. Ya sabes cómo era: un bocazas de noche, pero por la mañana ya no se acordaba de nada.

—Pero tú lo oíste, ¿no? —insistió el tipo llamado Nino.

—Sí, lo oí y también lo vi, y estaba como una cuba. Vino a buscar otra botella de vino, si no recuerdo mal.

—¿Este sábado? —preguntó Brunetti.

—La noche del *acqua alta*, sí —respondió el de la barra.

Nino indicó que estaba de acuerdo con un movimiento de cabeza, pero nada más.

—Llevo años escuchando la misma historia —continuó el camarero—, así que no le presté mucha atención. Al menos no desde que empezó con los grandes planes. Ya he oído suficientes cosas así en la vida, y no sólo de él.

Cogió un vaso limpio, se sirvió un vino blanco y se lo bebió de un trago.

—Decía que el tiempo que pasaba viendo la tele por fin le iba a servir de algo. Cuando le pregunté de qué hablaba, me confesó que se había acordado de algo y que con eso iba a hacer fortuna.

El otro soltó una carcajada.

—No sé ni cuántas veces habrá dicho que iba a ganar un montón de dinero con algo que sabía, algo que había recordado, que le habían dicho o que había leído o visto en la tele.

Nino siguió riendo, pero al cabo de un momento debió de recordar que Cavanis estaba muerto y se tapó la boca con la mano.

—Perdón.

Brunetti y el camarero intercambiaron miradas, pero ninguno de los dos supo qué decir. Cada uno bebió de su vino, posaron los vasos y miraron alrededor del bar, como si esperaran que algo los distrajese para que pasara el rato.

Al final, el tipo del pelo rubio dijo:

—Bueno, a pesar de que no consiguiese mucho en la vida, Pietro no tenía una pizca de malicia, y si era un borracho, tampoco era culpa suya. Su padre lo fue antes que él, y su abuelo.

Recorrió con la mirada la hilera de botellas que había frente a la pared de espejo de la barra, como si intentase calcular todo lo que se podían haber bebido las tres generaciones de Cavanis.

—Es una lástima que no haya podido cambiar su suerte.

—Al final no le mejoró, ¿verdad? —preguntó el camarero a nadie en particular.

Para interrumpir aquella espiral sensiblera, Brunetti le planteó una cuestión:

—¿Cree que de verdad fue algo que vio en la tele lo que le hizo recordar?

Este vació el vaso, lo aclaró en el agua que tenía en el fregadero y se dispuso a secarlo con el trapo. Lo sostenía con una mano y fue frotando y dándole vueltas, y cuando ya estaba seco siguió haciéndolo.

Nino sorprendió a Brunetti dirigiéndose al camarero.

—¿Se lo contamos?

—¿Lo de la memoria?

—Sí.

Lo único que Brunetti sabía era que lo que quiera que Cavanis hubiese visto en su momento, se había desvanecido en una borrachera, para no volver.

—¿Qué me quieren contar?

Los dos tipos se enfrascaron en un delicado ballet de cabezas en el que uno asentía mirando al otro mientras el otro decía que no y señalaba al primero con la barbilla.

Al final, el camarero habló.

—Díselo tú, Nino.

Le llenó el vaso para darle ánimos, y cuando Brunetti cubrió el suyo con la mano, fue a rellenar el que había usado él, sin acordarse de que acababa de lavarlo.

—El padre de Pietro también era así —empezó el que se llamaba Nino, y el comentario despistó a Brunetti por completo—. No conocí al abuelo, así que no sé si a él también le pasaba, pero Pietro y su padre tenían memoria.

Brunetti estaba a punto de afirmar que la mayoría de las personas la tenían cuando el otro prosiguió:

—Me refiero a buena memoria. Si le decías algo a Pietro, se acordaba para siempre. Por ejemplo, si conocía a alguien o veía algo. Era como una cámara. —Para ilustrar lo que quería decir, explicó—: Se acordaba de todos los movimientos de cualquier partido de fútbol que hubiese visto, en vivo o por la tele.

Cogió el vaso y se lo acercó a Brunetti sin beber de él.

—El problema era esto.

Lo alzó y agitó el vino.

—Si bebía demasiado no le funcionaba. Cuando volvía a estar sobrio, ya no se acordaba de nada.

—Eso no es verdad —interrumpió el camarero—, y lo sabes.

—Deja que acabe, Ruggiero —contestó Nino con impaciencia, y se dirigió a Brunetti—. Como decía, si las cosas ocurrían mientras estaba de borrachera, no siempre las recordaba. Pero entonces, de vez en cuando, recobraba recuerdos, se acordaba de cosas de nuevo, pero sólo cuando estaba tan borracho que ya no se acordaba de las nuevas. O sea, recuperaba lo viejo, pero lo nuevo no le cabía. Era una cosa muy rara.

Acabó el vaso de vino y lo dejó en la barra.

—Un tío muy raro.

Brunetti se dio cuenta de que empezaba a arrastrar las palabras con erre.

Nino miró la hora.

—*Gesù*. Si no vuelvo al trabajo dentro de diez minutos, mi jefe me mata.

Levantó el vaso y preguntó:

—¿Qué te debo, Ruggiero?

Brunetti le tocó el brazo para detenerlo.

—Invito yo, *signori*.

Sacó un billete de veinte euros de la cartera, lo puso en la barra y con un gesto indicó al camarero que se quedase el cambio. Miró la hora y vio que eran las cinco pasadas.

—Si no vuelvo al trabajo antes de diez minutos, mi jefe también me mata.

Brunetti era consciente de que diciendo que Patta lo iba a matar exageraba; por otro lado, si afirmaba que su despido —por motivos sin concretar— produciría cierto alivio a su superior, no faltaba a la verdad, pues así el *vicequestore* eliminaría lo que más le amargaba la existencia. De todos modos, consideró justo admitir que era probable que Patta acabase lamentando su ausencia. Como cualquier pareja que hubiese ido tirando del carro a lo largo de los años, su jefe y él habían desarrollado la manera de tratar el uno con el otro y habían ubicado la frontera exacta de lo aceptable. Todavía más importante era que hubiesen aprendido a aprovechar las habilidades y contactos del otro para sus propios fines. Tal vez no fuese la receta para el matrimonio perfecto, pero Brunetti sospechaba que muchos matrimonios felices reconocerían el patrón.

Llegó a la *questura* antes de las seis y decidió esperar la llamada de Rizzardi. Dejó la puerta del despacho abierta para que si el teniente Scarpa pasaba por ahí como hacía a menudo por las tardes, lo viese sentado a la mesa, trabajando. Leyó y firmó con sus iniciales algunos documentos, fue a mirar por la ventana, regresó a los papeles y confió una versión abreviada de su contenido a un rincón remoto de su memoria al que a veces podía acceder y otras no.

Se puso a pensar en lo que aquel tipo había comentado sobre el efecto que la bebida tenía en la memoria de Cavanis: los recuerdos iban y venían a lomos de las olas del mar del alcohol.

Algo iba a cambiar su suerte. Pues bien, no cabía duda de que así había sido, aunque no del modo que Cavanis esperaba o se podría haber imaginado. La noche del *acqua alta*, es decir, el sábado. Brunetti sólo se acordaba de que al terminar de cenar —el plato era un misterio— fue al salón y se tumbó en el sofá como si estuviera en coma. Tenía la sensación de haber estado viendo la televisión y de que Paola había cambiado a un canal que él no quería ver. Por eso se había ido a la cama.

Encendió el ordenador, y antes de prestarle la menor atención llamó a la *signorina* Elettra. Como nadie contestaba, le escribió un correo electrónico en el que le pedía que se pusiera en contacto con el canal de televisión local para pedir una lista de los programas que habían emitido el sábado por la tarde y por la noche. Y de ser posible, también debía pedirles que enviaran una copia de los

programas, algo que, según pensaba él, se podía hacer con el ordenador.

Después de eso, llamó a Griffoni al *telefonino*. Ya se había enterado de lo de Cavanis, así que pasó un rato detallándole las circunstancias de la muerte y la conversación del bar. Le explicó también que había solicitado la información a la cadena de televisión y le preguntó si estaría dispuesta a pasar unas cuantas horas del día siguiente visionando las cintas con él. Tal vez ella identificase algo que él hubiera pasado por alto.

—¿Tele local? —preguntó ella—. ¿La programación de toda la tarde y la noche?

Respiró hondo un par de veces.

—De acuerdo —accedió al final—, cuenta conmigo. Pero espero que a la primera nieta le pongáis Claudia. ¿Algo más? —añadió enseguida con voz seria.

—Sí, una cosa. Me gustaría que mañana fueses a ver a la madre de Manuela para preguntarle si sabía algo de la violación.

—Si no ha abierto el informe, no lo sabe.

Lo afirmó con tal certeza que Brunetti se sorprendió.

—Puede que se lo notificasen los médicos.

—En ese caso, te lo habría dicho.

—Puede que sí. O tal vez albergase la esperanza de no hablar de ello y fingir que no ocurrió.

El *commissario* había visto comportamientos aún más extraños cuando los padres descubrían cosas sobre sus hijos que preferían no saber.

Le concedió todo el tiempo que necesitase para pensárselo. Miró por la ventana, y después la hora. Antes de una semana, a esas alturas de la tarde ya habría anochecido y el asunto no mejoraría hasta la primavera.

—De acuerdo —accedió Griffoni, que prefirió no discutir—. Hablaré con ella. —Y adelantándose a su pregunta, añadió—: Antes de que toque ponerse a ver películas.

Brunetti le dio las gracias y colgó, y como ya llevaba un rato al teléfono, marcó el número de Rizzardi. El forense respondió con su apellido.

—Ettore, soy yo —dijo el *commissario*.

Se quedó callado, sin saber si debía preguntarle al doctor si había hecho su trabajo.

—Como te he dicho, el cuerpo es un milagro y el *signor* Cavanis es prueba de ello. Según su *carta d'identità* tenía cincuenta y cuatro años, pero a juzgar por su estado físico, aparentaba al menos quince más. Sufría cirrosis en estado avanzado, no sé cuánto más hubiera vivido. Lo que tampoco sé es cómo sobrevivió tanto tiempo. La cirrosis le había provocado varices esofágicas, así que hubo mucho más sangrado de lo habitual.

Hizo una pausa y Brunetti oyó que pasaba una página.

—El cuchillo era uno normal, de cocina —continuó el forense—. Lo tiene

Bocchese, para buscar huellas. Me ha pedido que te diga que las tendrán dentro de un par de días y que comprobará las fichas policiales para ver si aparece alguna coincidencia en el sistema. Aparte de eso, tiene que enviarlo fuera para las pruebas de ADN.

Rizzardi hizo una pausa, pero Brunetti sabía que no le convenía cuestionar el ritmo de trabajo de Bocchese.

—La persona que usó el arma era diestra —prosiguió el forense—, tenía al menos la misma estatura que la víctima y no cabe duda de que estaba de pie detrás de él. Alguien con la fuerza suficiente para atravesar el esófago con la hoja de un solo golpe. La víctima recibió una única puñalada. Debido a la cirrosis, en la zona había más vasos sanguíneos y estos estaban más dilatados, por eso la lesión tuvo peores consecuencias. Mi estimación es que murió el domingo por la tarde o por la noche.

Entonces cambió de enfoque.

—No debió de sobrevivir más que unos minutos, pero en la muestra de orina había tanto alcohol que quizá ni siquiera estuviera del todo consciente. Llevaba demasiado tiempo muerto para determinar el nivel de alcoholemia a partir de la sangre.

—Gracias, Ettore.

Eso fue lo único que se le ocurrió decir antes de colgar. Abrumado de pronto por haber pasado tantas horas del día en compañía de la muerte, salió de la *questura* y regresó a casa.

Paola le había dicho que esa tarde sus hijos no estarían, así que Brunetti se quedó en la cocina con su mujer y le relató los acontecimientos mientras ella asaba rodajas de *melanzane* en el horno y después las freía con cebolla y tomate para hacer una salsa. Al llegar, Brunetti había dicho que no tenía mucha hambre, pero mientras se tomaba una copa de *Gewürztraminer* y la miraba cocinar, recuperó el apetito y le propuso que añadiese una berenjena más.

Viendo que aún faltaba un rato para que la cena estuviera lista, Brunetti dijo que quería tumbarse en el sofá y leer un rato, convencido de que a Paola, cuya religión eran los libros, le parecería una actividad encomiable.

Fue al dormitorio a por el libro de Apolonio de Rodas que tenía abandonado en la mesita de noche. ¿Qué mejor compañero para las oscuras horas vespertinas que Jasón y los argonautas? Para él siempre habían sido como amigos del instituto: ninguno de ellos era demasiado serio ni adulto y todos buscaban aventura. Sin embargo, antes de llegar a sus correrías, Brunetti tuvo que leer las extensas genealogías de los personajes principales y secundarios, además de las de los dioses y diosas. El elenco habitual, las debilidades de siempre.

Cuando las hubo leído todas, las mujeres empezaron a despedirse de los soldados pero se detuvieron lo suficiente para lamentarse junto a la madre de Jasón. Entonces leyó: « ¡Ojalá a Frixo también, el día que pereció Hele la virgen,

lo hubiera engullido el negro oleaje!» . Dejó de leer y miró al frente. Otra joven ahogada. Paola, que se asomó a la puerta para avisarlo de que la cena estaba lista, interrumpió sus cavilaciones.

—Los griegos son muy raros —reflexionó Brunetti mientras se sentaba.

Comió unos bocados de pasta, asintió para expresar su aprobación, tragó y continuó:

—Es como leer sobre Estados Unidos en el siglo XIX: la mayoría aceptaba la esclavitud como parte de la sociedad.

—¿Cuál es la conexión entre ambas? —preguntó Paola.

Dejó el tenedor para echar un poco más de queso al plato de pasta. Era *pecorino affumicato* en lugar de parmesano y Brunetti aprobaba el cambio.

—A los griegos les parecía bien declarar una guerra tras el secuestro de una mujer, pero cuando alguien conquistaba una ciudad, ejecutaban a los hombres, convertían a las mujeres en esclavas y nadie decía nada.

—Bueno, al menos nadie del bando ganador —apuntó Paola, y añadió—: Los que escriben los poemas son los vencedores.

—Pensaba que eso era la historia.

—Sí, los vencedores escriben ambas cosas —aclaró ella, y se levantó a por más pasta para los dos.

Mientras tomaban café, Paola, con la taza en alto, le preguntó directamente:

—¿Crees que ella lo sabe?

Brunetti enarcó una ceja; quería asegurarse de que sabía a qué se refería.

—La chica. Mujer. Manuela. Que si sabe que le pasa algo.

Brunetti la conocía lo suficiente para saber cuánto se había esforzado en dar a la pregunta un tono despreocupado.

—La mayor parte del tiempo creo que no tiene ni idea.

Paola posó la tacita en el plato.

—Pero a veces...

—Pero a veces se le tensa el rostro y mira a su alrededor como si hubiera perdido algo. Después se le pasa y su expresión se queda como sin vida.

Paola recogió las tazas y las dejó junto al fregadero. Levantó la cabeza y miró hacia las montañas por la ventana; a esa hora eran invisibles, pero permaneció así un largo rato.

Más tarde, cuando Brunetti estaba leyendo en la cama, tropezó con un pasaje que leyó a su esposa en voz alta. Era sobre las aves que habían defendido la isla de Ares arrojando contra los griegos sus plumas puntiagudas y así habían herido « el hombro izquierdo del divino Oileo » , que « alcanzado, soltó el remo de las manos » .

—Qué rebuscado —observó ella.

Dejó su libro y apagó su lamparita.

Brunetti continuó leyendo hasta el final del Canto II y después apagó la luz.

Le daba la sensación de que iba a dormir mal, de que tendría sueños sobre jóvenes ahogadas. En cambio, durmió con placidez y se despertó con la brillante luz del sol, lleno de optimismo.

El *commissario* acababa de leer un correo electrónico de Bocchese cuando Griffoni llamó con los nudillos a la puerta de su despacho y entró. Miró la hora y vio que pasaban pocos minutos de las once.

—He llamado a la madre a las nueve para ver si podía pasar por su casa de camino al trabajo. Me ha dicho que Manuela y ella iban a ver a su suegra, pero que podíamos quedar por el camino.

—¿Y os habéis visto? —preguntó Brunetti.

No sabía dónde vivía Griffoni, así que no podía calcular si Santa Maria Mater Domini o algún otro lugar entre ese *campo* y el *palazzo* de la *contessa* le venían de paso.

—Cerca de Palazzo Mocenigo hay un bar, el único del que me acordaba. Nos hemos visto allí, Barbara y yo hemos tomado café, y me he ofrecido a acompañarlas un rato para que pudiéramos hablar.

Brunetti se percató de que había usado el nombre de pila, pero no dijo nada.

—A Manuela le gusta parar a ver los escaparates, así que hemos podido charlar. Le he preguntado si los médicos le habían notificado el alcance de las lesiones de Manuela.

Preocupado por que esa familiaridad con que estaba hablando de ella hubiese conducido a Griffoni a emplear cierta delicadeza femenina, Brunetti quiso una aclaración:

—¿Se lo has preguntado de forma explícita?

La *commissario* lo miró a los ojos.

—Le he preguntado si le habían dicho que era muy probable que alguien hubiera violado a Manuela antes de que cayese al agua —especificó ella—. ¿Te parece bien así de explícito?

—Sí —respondió Brunetti—. ¿Y qué ha dicho?

—Que es posible que sí, pero que con los años ha conseguido borrar los recuerdos de los días que pasó en el hospital con su hija.

—¿Tiene idea de si su suegra está al tanto?

—Yo también lo pensé —dijo Griffoni con neutralidad—. Según ella, es imposible que lo sepa.

—¿Por qué?

—Porque, de haberlo sabido, la *contessa* habría tomado cartas en el asunto.

Brunetti sabía que su compañera no había terminado, así que esperó.

—Guido, yo no tengo hijos, así que no sé cómo es tener uno en coma. Pero cuando me ha contado que se obligó a olvidarlo todo, me lo he creído. Y si me lo

preguntas, tampoco me extrañaría que se lo hubieran dicho y ella se hubiese negado a procesar lo que acababa de oír. —Tras un instante, añadió—: Eso es todo.

Hasta ese momento, a Brunetti no se le había ocurrido plantearse si era relevante que los doctores se lo hubieran notificado a la madre de Manuela o no, y si ella decidía creérselo o no.

—En ese caso, vamos a comer algo antes de ponernos a ver la tele —propuso él.

No estaba seguro de si la propuesta sorprendía o aliviaba a Griffoni, aunque ella se levantó de inmediato y fue hacia la puerta.

Mientras comían *tramezzini* en el bar del puente, Brunetti le contó lo que había dicho Rizzardi y los pocos datos que Bocchese había incluido en su correo electrónico, que era tan sólo una avanzadilla del informe final.

—Ninguna de las huellas del cuchillo se corresponde con las que tenemos en el sistema. El ángulo de entrada de la hoja indica que la puñalada la asestó una persona de altura similar a la de la víctima, que medía metro setenta y cinco. En la cocina había otros dos cuchillos más como ese. Muchos restos de ADN, pero para mirar eso hace falta más tiempo.

—¿Te acuerdas de si la llave estaba echada cuando entraste?

—Sí, el apartamento no estaba cerrado con llave, pero la cerradura tiene uno de esos bombines que se cierran al ajustar la puerta, así que tuve que usar la llave de todos modos. Eso quiere decir que quienquiera que lo matase tenía las llaves, o que le abrió Cavanis.

—¿Y los nuestros? —preguntó Griffoni.

—Vianello ha enviado a Pucetti y a Romani puerta por puerta por si alguien había visto algo, pero ya sabes cómo va la cosa.

Al ver que su compañera no hacía ningún comentario, Brunetti se recostó y alzó la mano. Primero levantó un dedo:

—O sea, o bien tenía llaves, o Cavanis le dejó entrar.

Después, el segundo:

—No había indicio alguno de que se hubiese registrado el apartamento, y yo mismo vi que tenía la cartera en el bolsillo trasero del pantalón, así que ya podemos ir olvidándonos de la posibilidad de robo.

Griffoni seguía sin decir nada, así que Brunetti llegó a la conclusión levantando un tercer dedo.

—Puede que fuese allí a hablar con él y después las cosas se salieran de madre. O que fuera con intención de matarlo, y en ese caso creo que se habría llevado un arma.

—A mí me parece que fue un impulso —apuntó la *commissario*.

—En la mesita frente al televisor había pan y queso —afirmó Brunetti—, pero no había ningún cuchillo.

—*Voilà!* —exclamó Griffoni, pero sin rastro de dicha.

—¿Aceptas que fue un hombre? —preguntó Brunetti.

—Las mujeres no utilizan cuchillos —respondió ella, que había recitado la contestación como si fuera Euclides con uno de sus axiomas.

A pesar de que concurría con su compañera, sentía curiosidad por conocer en qué se sustentaba esa creencia.

—¿Tienes pruebas de eso?

—Las cocinas —respondió lacónica.

—¿Las cocinas?

—Los cuchillos se guardan en la cocina. Los maridos pasan por allí a diario, infinidad de veces, y son muy pocos los que reciben puñaladas: es porque las mujeres no utilizan cuchillos y no apuñalan a la gente.

Brunetti contempló la posibilidad de convertir aquello en un silogismo, pero prefirió no hacerlo.

—¿Volvemos y nos ponemos con los programas?

Como no tenían ni idea de qué estaban buscando, no les quedaba más remedio que visionarlo todo con mucha atención, incluyendo la reposición de *La túnica sagrada*, un péplum religioso en el que Victor Mature y Richard Burton se enfrentaban a Calígula en un combate que estaban destinados a perder.

Brunetti recordaba haber visto la película en su viejo televisor en blanco y negro cuando era niño; su padre sentado detrás de él, riéndose y haciendo burlas sobre la historia y sobre la falsa devoción de los actores mientras su madre le pedía una y otra vez que no se mofase de su religión. La escena, la de la vida real, acabó con lloros y Brunetti no había podido ver el final.

Así que lo vio en ese momento, con cara de póquer, consternado por el sentimentalismo deleznable, las aún peores interpretaciones y la falta de coherencia histórica. Y sin poder acompañar a Griffoni en sus carcajadas por miedo a traicionar la memoria de su madre.

Cuando la última escena edulcorada acabó y a continuación emitieron el primero de una serie de anuncios, Griffoni hundió la cara en las manos y se lamentó:

—¡La primera vez que la vi pensé que era lo más maravilloso que había visto en la vida!

Brunetti se echó hacia delante y paró el vídeo. Ver la pantalla en negro le produjo cierto alivio. La *signorina* Elettra había entrado sin hacer ruido a ver la película y lo único que había delatado su presencia era una serie de risitas reprimidas. En mitad del silencio que se hizo cuando la pantalla ennegreció, dijo:

—Nunca me han pedido que autorice una paga extra por un servicio con riesgo de muerte, pero creo que hoy nos la merecemos.

Estuvieron charlando un rato y decidieron ver una hora más de programas antes de regresar a casa. Visionaron las noticias y Brunetti se fijó en el reportaje

del incendio en un apartamento en Santa Croce, que le sonaba del fin de semana. Miró a un lado y vio que Griffoni se levantaba la manga para consultar el reloj.

—Hasta el final de las noticias y después os invito a tomar algo —propuso él.

Claudia lo miró y sonrió. La *signorina* Elettra no reaccionó, pues el tedio la había convertido en una estatua de sal. A continuación hablaron de la huelga de vendedores de billetes del *vaporetto*; después, un Vittori-Ricciardi recién afeitado describió su nuevo proyecto y las noticias terminaron y ellos quedaron libres el resto del día.

Brunetti pensó extender los brazos y echarlas de allí con un «id en paz», pero resistió la tentación y se limitó a renovar el ofrecimiento de invitarlas a tomar algo.

Cuando salieron del bar ya había oscurecido y cada uno partió en una dirección distinta. Brunetti decidió ir a casa a pie, con la esperanza de que la belleza del trayecto le borrara de la memoria no sólo al muerto, sino la vida tan pobre que debió de llevar en aquel apartamento. De haber estado hablando con Paola, seguramente habría comentado algo sobre cuánto más daño hacía la televisión al cerebro que el alcohol; pero en realidad sabía que no era cierto, pues había visto a demasiados borrachos demostrando lo contrario.

Sus pasos lo llevaron hasta el Campo Santi Giovanni e Paolo, pero pasó por delante de la basílica sin detenerse para entrar. Cruzó el puente que daba a Giacinto Gallina; después otro puente, otro más y a mano izquierda encontró la parte trasera de la Chiesa dei Miracoli. Cruzó el cuarto puente para recorrer el costado del edificio y dejó que los muros de alabastro le apaciguasen el alma. Se detuvo en el diminuto *campo* y examinó la fachada. En una ocasión había oído hablar de una cantante que presumía de que las notas más altas que podía cantar eran más altas que las de cualquier otra soprano, y aquella iglesia era más perfecta que cualquier otra iglesia perfecta.

Cuando llegó a casa tenía el espíritu en paz. Paola agradeció el beso de bienvenida y sus hijos se alegraron de disponer de toda su atención durante la cena. Mientras tomaba la sopa de alubias —y sabiendo que a continuación había ni más ni menos que lasaña—, se preguntó por qué tanta gente no tenía suficiente con aquello. ¿Por qué necesitaban más?, se preguntó desde su rincón más inocente. Tan pronto como le vino la idea, su parte más madura lo instó a no hacer preguntas tan estúpidas.

Más tarde, cuando Paola volvió a la mesa y colocó la honda fuente de lasaña en la mesa, Brunetti miró a su esposa y después a sus hijos y exclamó:

—¡Qué feliz me hace esto!

Su familia, de acuerdo con él, sonrió. Pensaban que se refería a la comida, pero en aquel momento no era ni mucho menos lo que Brunetti tenía en mente.

Después de la cena, continuó el viaje con Apolonio, que por fin se acercaba a la historia de Jasón y Medea. El mito disgustaba al *commissario* desde su primera lectura. El primero en causarle un efecto tan escalofriante había sido Eurípides, cuando era poco más que un niño; lo leyó en italiano, pues aún no era capaz de

abordar el texto en griego. Recordaba el miedo que le había producido la rabia de Medea que emanaba de todas las páginas: «El odio es una copa sin fondo. Verteré de ella hasta el fin» . «Más fuerte que el amor del amante es su odio» . Su voz le había llegado al alma: sabía que cosas como aquellas eran ciertas, pese a no haberlas visto aún. Al fin y al cabo, durante su vida profesional, había escuchado esas confesiones incontables veces. En cierto modo, Medea había proclamado: « Sé el mal que estoy a punto de cometer, pero ni siquiera conocer las consecuencias aplacará mi ira» .

Ayudándose de su fuerza de voluntad, dejó el libro antes de que Jasón llegase a Colchis. Esa lectura no era para esa noche. No con el recuerdo de Manuela aún fresco en la memoria ni sabiendo que pasaría el día siguiente examinando la vida y la muerte de Pietro Cavanis.

Por la mañana, al llegar a la *questura*, Brunetti llamó a Bocchese para preguntar cuándo podría examinar el *telefonino* de Cavanis para averiguar qué números había marcado y desde cuáles había recibido llamadas. La respuesta fue que los técnicos aún no habían comprobado si había huellas dactilares, pero que tardarían apenas unas horas. A continuación, telefoneó a Griffoni para decirle que era hora de ver la tele, aunque tan sólo eran las nueve pasadas.

Estuvieron dos horas viendo los últimos programas de la televisión local, a todas luces en vano. Como para contrarrestar los empalagosos melindres de *La túnica sagrada*, la programación de la velada había cerrado con una discusión de los problemas que afectaban a Venecia. Brunetti se preguntó si los habitantes de otras urbes pasaban todo el tiempo hablando de ellas.

Entre los presentes se encontraban dos antiguos alcaldes: uno que había caído y otro al que habían empujado. Además, había un miembro de la coalición de centro-derecha, otro de la Liga Norte y, sin duda con la intención de garantizar que al menos un componente del panel no la emprendiera a insultos con los demás, también había una periodista del *Corriere del Veneto*.

El presentador pedía al político del partido de centro-derecha que empezase por hacer un resumen de los que él consideraba los principales problemas a los que se enfrentaba la ciudad, y ese fue el único momento en que habló una persona sola. Tan pronto como el político empezó su lista, lo interrumpió uno de los antiguos alcaldes, a quien a su vez interrumpió el tipo de la Liga Norte, lo que dejó al otro exalcalde sin más opción que interrumpir para darles su versión de la realidad.

Brunetti bajó el volumen hasta que los redujo a un susurro y después los dejó mudos, si bien tan animados y enemistados que podrían haber sido un cuadro de Francis Bacon. La periodista se apartó el pelo de la frente, alzó la cabeza como si fuese a parar un taxi y al final aceptó la realidad, sacó un libro del bolso y se

puso a leer.

—Muy sensata —comentó Brunetti—. ¿Crees que tiene sentido seguir viendo esto?

Era una pregunta retórica.

—No, yo diría que ni por motivos profesionales ni personales —observó Griffoni—. Si tuviera que continuar viéndolos y escuchándolos, creo que acabaría renunciando a mi derecho a votar.

El *commissario* pulsó una tecla y los participantes y el moderador desaparecieron en el ciberespacio y dejaron atrás una pantalla en negro.

Griffoni se recostó en la silla, y Brunetti se percató, como en tantas ocasiones antes, de lo largas que tenía las piernas.

—Recuerdo la primera vez que fui a una cena en Londres —explicó ella—. Todos los comensales eran ingleses, excepto yo. Después del primer plato me di cuenta de que hablaban de uno en uno. Cuando una persona acababa, otra decía otra cosa y todos esperaban a que callase antes de hacer cualquier comentario. De uno en uno.

Sonrió, y al final el recuerdo la hizo reír.

—Al principio pensé que tal vez estaban ensayando una obra de teatro, o que era algún tipo de juego inglés, pero al final entendí que siempre se comportan así.

—Y también hacen cola —apuntó Brunetti.

Dejaron pasar unos instantes en silencio reverencial y, al cabo de un momento, el *commissario* dijo:

—He estado pensando en Cavanis y en lo que necesitamos averiguar. Quiénes son sus amigos. O sus enemigos. Bocchese habrá acabado con el *telefonino* dentro de unas horas y entonces podremos saber qué números tiene guardados y a cuáles había llamado.

Ella indicó con un ligero cabeceo que estaba de acuerdo y señaló la pantalla del ordenador en el que habían visto los programas.

—Aparte de cómo Victor Mature movía las aletas nasales cuando le entregan la túnica, no he visto nada interesante y, desde luego, nada que se pueda interpretar como justificación de lo que le ha ocurrido a Cavanis.

Brunetti miró la hora y, al ver que aún no eran las doce, enarcó las cejas. Así de largo se le había hecho el programa.

—Me gustaría acercarme a hablar otra vez con el del bar —dijo Brunetti—. Pero con Vianello.

Ella no pudo disimular su reacción al oír el nombre del inspector, pero Brunetti no supo si estaba ofendida o sorprendida.

—Es esa clase de bar que... —ofreció a modo de excusa—. Si entrásemos los dos...

—En cambio, si vas con Vianello la testosterona os sirve de pegamento —lo ayudó ella.

—Exacto.

Griffoni soltó una carcajada y un resoplido que expresaba su resignación.

—Menos mal que el caballo de Manuela es una yegua, porque, si no, a lo mejor no me dejan montarla.

—¿Has ido ya? —preguntó Brunetti con sorpresa.

—No. Iré este fin de semana. No estoy de servicio, así que voy a aprovechar.

—¿Lo echas de menos?

—¿La equitación?

—Sí.

—¿Tú echarías de menos respirar?

Llamó a Vianello y quedó con él en la puerta del bar. Después llamó a Foa y le pidió que los llevase a Rio Marin. Detrás de la barra estaba el mismo camarero, que saludó al *commissario* al reconocerlo y a continuación dispensó a Vianello un mero gesto con la barbilla. Los dos pidieron vino blanco, aunque a Brunetti no le apetecía mucho. El camarero sirvió dos vinos sin ceder a su evidente curiosidad.

Brunetti sonrió y dijo:

—Tengo alguna pregunta más.

—He leído los periódicos y la gente del barrio habla del tema —comentó el hombre.

—Seguro que lo que cuentan tiene más sentido que lo que pone en los diarios —protestó Vianello.

El camarero sonrió ante el comentario.

—Ninguno nos ha pedido información y eso que somos la policía —añadió.

—Deben de haber enviado a alguien aquí —supuso Brunetti, que había visto una foto de la fachada del apartamento en la edición del día—. Eso seguro.

—Sólo vino el tipo que hizo la foto y luego se marchó. No entró a preguntar nada.

Era obvio que tal injusticia lo disgustaba.

—Bueno, nosotros sí —repuso Vianello con una sonrisa afable, y dio un trago al vino.

El camarero se acercó.

Vianello fue el primero en romper el silencio.

—¿Era un cliente habitual?

El hombre sonrió de oreja a oreja.

—Venía un par de veces al día. A por café a eso de las doce y luego se quedaba a tomar unos vinos.

—¿Como desayuno? —preguntó el inspector con complicidad y una sonrisa que el camarero le devolvió.

—Supongo que se podría llamar así. A veces volvía sobre las cuatro y tomaba

otro café y más vinos.

Vianello asintió como si fuese la manera más habitual de pasar el día y estaba seguro de que para más de un cliente del bar lo era.

—De vez en cuando venía también a las ocho o así, a tomar algo. Esperaba a sus amigos, se tomaba unos vasos de vino y luego a veces cenaba o seguía bebiendo hasta que se iba a casa.

—¿Tenía por costumbre beber con alguien en particular? —preguntó Brunetti.

El tipo de la barra se encogió de hombros y al principio no ofreció respuesta alguna, casi como si su ética profesional le impidiera hablar de los clientes. No obstante, al final dijo a regañadientes:

—Stefano dalla Lana, aunque él no bebe mucho.

No parecía una crítica, pero desde luego tampoco era un cumplido.

—Es profesor —añadió como para exonerarlo.

Mientras ni Brunetti ni el camarero prestaban atención, Vianello había sacado una libreta y un bolígrafo.

—¿Sabe dónde vive? —preguntó.

El hombre le clavó una mirada extraña, como si de pronto hubiera caído en una trampa que no había visto y de la que no supiera cómo salir.

—En San Giacomo dell’Orio, encima del antiguo Billa —dijo, y enseguida añadió—: Todavía es un supermercado, pero ahora tiene otro nombre.

Sin que se lo pidiesen, abrió un cajón y rebuscó hasta encontrar un papel doblado de esquinas sobadas y les leyó el teléfono de Dalla Lana.

—Gracias —contestó Vianello, y dejó la libreta a un lado.

La expresión del camarero se relajó un poco.

—Dice que Cavanis le comentó que había recordado algo —afirmó Brunetti, y el camarero asintió con la cabeza—. ¿Le contó algo más al respecto?

Ruggiero pensó y cogió otro vaso.

—Que le iba a cambiar la suerte —aseveró mientras lo secaba con un trapo—. Pero siempre decía lo mismo —añadió con una sonrisa agri dulce que afirmaba la vanidad de los sueños humanos.

Brunetti se acordó de las llaves del apartamento.

—¿Venía mucha gente a pedir las llaves?

El camarero se echó a reír.

—Creo que era un golpe de efecto, para que Pietro se pudiera hacer el vagabundo con la gente. Pero en el último año usted ha sido el único que ha venido a por ellas.

—¿Tenía empleo? —preguntó el *commissario*.

Era consciente de que su responsabilidad como profesional era comprobar cualquier otro posible móvil del asesinato y no centrarse en un acto heroico llevado a cabo tanto tiempo antes.

—Hace años. Fue panadero y trabajaba para el tipo aquel de Ruga degli

Orefici. Cerraron el año pasado y ahora hay un local de comida para llevar.

—¿Se jubiló o lo dejó?

—No, estaba mal del hígado. Tuvo que dejar de trabajar y cobrar la pensión antes de tiempo. Hará un par de años. Vivía de eso.

Vianello puso cara de astuto.

—¿Era un problema real o se puso de acuerdo con el médico?

—No, no, a Pietro le gustaba su trabajo y la gente de la panadería. Estaba enfermo de verdad, les pasaba a todos los hombres de su familia: todos bebedores.

De pronto pareció pensativo.

—No era mala persona. Nunca fue mal bebedor, no armaba escándalo. No era violento. No sé cuánto le pagaban al mes, pero no mucho. Aun así, era generoso con sus amigos y nunca hablaba mal de nadie.

—Diría que le caía bien —afirmó Vianello.

—Claro que me caía bien —respondió con verdadero sentimiento—. En este trabajo, cuando ya llevas un tiempo, acabas aprendiendo mucho sobre la gente. Algunos borrachos son malos, otros son buenas personas. Pietro era de los segundos, pero no podía parar. Lo hubiese ma... —empezó a decir, pero no fue capaz de acabar la frase.

Metió la mano en el fregadero, donde el agua se había enfriado, y sacó un vaso. Cogió un trapo limpio de un cajón y se puso a frotar y darle vueltas.

—¿Cómo fue? ¿Fue horrible? —le preguntó a Vianello.

Este y Brunetti intercambiaron una mirada breve, pero ninguno de los dos dijo nada, esperando a que el otro respondiese.

—Fue rápido —contestó el *commissario* al final.

Sin decir una palabra, el camarero colocó el vaso en la estantería de detrás.

Brunetti había mandado a Foa volver a la *questura* y, como San Giacomo dall'Orio no estaba muy lejos del bar, decidieron pasar por casa del tal Stefano dalla Lana. Fueron charlando por el camino y sin prestar atención al trayecto, y enseguida llegaron al gran *campo* que ahora era tan distinto de cuando ellos empezaron su carrera policial. En aquella época, los agentes lo patrullaban sólo en pareja, pues era un lugar conocido porque allí se vendían drogas y los de la basura se quejaban de continuo de la cantidad de jeringuillas usadas que encontraban en el pavimento todas las mañanas. La gentrificación no había hecho más que comenzar, pero ya se veían signos inequívocos: un bar nuevo con la terraza aún puesta y un interior elegante y de líneas puras; un buen restaurante justo al otro lado del puente, camino de Rialto; y la prueba definitiva para los vecinos de lo que estaba por venir: tres edificios envueltos en andamios.

—El otro día fui a Santa Giustina a tomar algo con un amigo —dijo Vianello sin más preámbulo—. El tipo que lleva el bar lo va a cerrar. Le han doblado el alquiler. Al que vende antigüedades le pasa lo mismo.

Caminaron durante un minuto antes de que el inspector, a medias entre la rabia y el asombro, exclamase:

—Santa Giustina, por Dios. ¿Quién vive allí?

—Supongo que extranjeros —respondió Brunetti al llegar al *campo*.

Empezaron a rodear el ábside de la iglesia y vieron a un hombre alto y de pelo cano que iba directo hacia ellos.

—¿Son ustedes de la policía? —les preguntó cuando ya estaba cerca.

Tenía la voz grave y su pronunciación del italiano era muy clara, a pesar de la sibilancia que delataba su origen veneciano.

—Sí —respondió Brunetti.

—Soy Stefano dalla Lana —afirmó, pero no les ofreció la mano—. Me ha llamado Ruggiero, del bar. Decía que querían hablar conmigo y que creía que vendrían a verme. —Antes de que uno de los dos se lo pudiera preguntar, añadió —: He pensado que sería mejor si los venía a buscar aquí: mi esposa se pone muy nerviosa, y si la policía se presentase en casa, se disgustaría mucho. Señaló uno de los bancos que había bajo unos árboles.

—Por supuesto —contestó Brunetti—. Siento lo de su esposa.

—No, no pasa nada. Es sólo que se altera más de lo que debería con las malas noticias.

Los llevó hasta el banco, se sentó en el centro y dejó espacio para ellos a los costados.

—¿Qué querían saber? —preguntó Dalla Lana.

Tenía los ojos de color marrón oscuro y a ambos lados se dibujaban líneas que dejaban constancia de años de esfuerzo.

—Nos han dicho que es amigo de Pietro Cavanis —empezó Brunetti.

Aunque debía de saber que estaban allí por ese motivo, al oír el nombre de su compañero a Dalla Lana se le tensó el rostro. Apartó la vista, hacia la iglesia, y cuando miró a Brunetti de nuevo, tenía los ojos húmedos.

—Lo conozco de toda la vida. Fuimos juntos al colegio.

Se puso a examinar las raíces del árbol. Apoyó el codo en la rodilla y la mano en la frente, para ocultarse los ojos.

Brunetti dejó que el silencio hiciese lo que quisiera y se quedase cuanto tiempo fuese necesario. Un perro pasó por delante de ellos seguido de dos niños; uno de ellos iba en patinete.

Dalla Lana levantó la cabeza.

—Disculpen. Todavía no me he hecho a la idea.

—¿De que se haya ido? —preguntó Brunetti.

—Ojalá fuera sólo eso —repuso Dalla Lana con una sonrisa triste—. Ojalá se hubiera mudado una temporada a otro lugar. Pero está muerto...

Se quedó callado y se tapó la boca con la mano. Negó con la cabeza varias veces, como si la energía de aquel gesto bastase para cambiar las cosas.

Como sabía que no era así, Brunetti esperó un momento antes de hablar.

—El señor del bar nos ha dicho que el *signor* Cavanis había estado hablando de un cambio que estaba a punto de producirse en su vida. ¿Le comentó algo a usted?

Al ver que Dalla Lana no respondía, continuó:

—Dado que era su mejor amigo, me preguntaba si se lo habría contado.

El hombre juntó las manos y se echó hacia delante para metérselas entre las rodillas; en esa postura, observó el pavimento.

—En la escuela, él y yo éramos los soñadores. Pietro quería hacer algo importante en la vida: hacerse médico y curar una enfermedad horrible, ser ingeniero e inventar algo que hiciera la vida más fácil, o meterse en política y tener un efecto en la vida de las personas.

—¿Con qué soñaba usted? —preguntó Brunetti.

Dalla Lana le lanzó una mirada breve, como si nadie se lo hubiese preguntado jamás.

—Yo quería escribir poesía.

—¿Y qué pasó?

El hombre negó con la cabeza una vez más. Intentó hablar, pero se detuvo y respiró hondo.

—Pietro se matriculó en la universidad para estudiar Ingeniería, pero ese mismo verano su padre falleció y tuvo que ponerse a trabajar.

—¿De panadero?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó sin disimular su sorpresa.

—Me lo dijo el señor del bar.

—¿Le habló del padre?

—Sólo que había muerto —contestó Brunetti, pero eso era la mitad de lo que les había contado, nada más—. Nos ha dicho que su amigo había tenido que dejar de trabajar hacía unos años.

—Por el hígado.

—Sí, eso es.

—Su padre murió de lo mismo —explicó Dalla Lana, y prosiguió—: El propietario le ofreció el puesto que dejó vacante y eso fue lo único que encontró. Su madre no había trabajado nunca y la pensión del padre era escasa.

—Vaya —se lamentó Brunetti.

—No le quedó más remedio que aceptar.

Tras una larga pausa, continuó:

—Los panaderos tienen que beber mucho, por el calor y por los horarios tan raros. Así es como empezó. Pero él no cambió, la verdad es que no. Siguió siendo un soñador hasta el final. La última vez que hablamos, estaba..., bueno, estaba soñando.

—¿A qué se refiere?

—Me llamó la semana pasada, pero no pude responder porque estaba en clase; luego se me olvidó llamarlo. El sábado por la noche lo volvió a intentar, aunque ya era tarde y estaba borracho. Si había estado bebiendo, no acostumbraba a llamarme. Sin embargo, esta vez no callaba. Decía que había encontrado la manera de devolverme el favor.

Se dio cuenta de que no le entendían y aclaró:

—Al cabo de los años, le he echado una mano siempre que he podido. Nunca mucho dinero, sólo ayudarlo con una factura o con el alquiler. —Al verles la cara, se apresuró a decir—: Eso sólo ha pasado una vez, y no fue mucho.

Bajó la mirada, como si estuviera avergonzado.

—¿Qué más le dijo? —preguntó Brunetti con amabilidad.

Con la cabeza aún gacha, Dalla Lana dio un suspiro hondo.

—No le entendí gran cosa. Hablaba de que siempre había estado en deuda conmigo.

Miró a Brunetti, después a Vianello y por último de nuevo a Brunetti.

—Yo no quería el dinero. Jamás se lo pedí ni le dije nada. Quería ayudarlo porque era mi amigo.

Ninguno de los dos agentes habló y, al cabo de un rato, Dalla Lana prosiguió con su relato.

—Decía que había visto algo con lo que iba a conseguir dinero y no sé qué más sobre la televisión, pero no tenía sentido. No le entendí. Todavía no sé a qué se refería. Decía que había hecho una cosa buena en la vida y ahora iba a hacer otra porque se había acordado de algo y todo se iba a arreglar.

Enmudeció y miró a ambos.

—¿Sabe qué había recordado?

—No.

De pronto hizo una mueca de dolor.

—Lo mandé acostarse y le pedí que me llamase al otro día. No creo que se enterase, pero colgó. Y lo siguiente que he sabido es que estaba muerto.

Antes de que Brunetti pudiera preguntar si Cavanis había llamado de nuevo, Dalla Lana prosiguió:

—Como no me llamaba, pensé que se le habría olvidado.

Por pura curiosidad y con intención de distraer a Dalla Lana del fallecimiento de su amigo, Brunetti preguntó:

—¿Y la poesía?

—No tengo talento —respondió como si le hubiera preguntado la hora y él estuviera contestando que no llevaba reloj.

Después de eso, se quedaron los tres en silencio, hasta que Vianello quiso saber un detalle:

—Si me permite la pregunta, ¿por qué siguieron siendo tan amigos todo este tiempo?

Dalla Lana se revolvió en el banco y se abrigó con las solapas de la chaqueta. Brunetti se dio cuenta de que el día acababa de perder toda la calidez de apenas hacía un rato. El hombre se puso de pie y frotó la palma de la mano contra la corteza de uno de los árboles. Después de eso, regresó hasta el banco y los miró.

—Porque era valeroso y decente, y mientras tuvo un empleo trabajó mucho, hasta que la salud lo traicionó. Y porque leía mis poemas y me decía lo buenos que eran y cuánto lo conmovían.

Le dio una patada a un paquete de cigarrillos vacío.

—¿Hay algo más que quieran saber, caballeros?

Brunetti se levantó y le estrechó la mano.

—No, gracias. Ya nos ha ayudado bastante.

Vianello se alzó y le ofreció la mano.

—Muchas gracias. Lo siento por su amigo.

Dalla Lana se despidió y dio media vuelta para volver adonde había estado el Billa, antes de que la gentrificación descubriera Campo San Giacomo dall'Orto.

De camino al *vaporetto* hicieron una parada y comieron unos *tramezzini*, pero estaban tan llenos de mayonesa que dejaron a Brunetti lleno pero insatisfecho. Cuando ya iban hacia la parada de Riva di Biasio, sacó el *telefonino* y llamó a la *signorina* Elettra. Se había cansado de seguir la vía oficial, así que le dictó el número de móvil de Cavanis y le preguntó si tenía manera de obtener una lista de los números a los que había llamado a partir del lunes antes de su fallecimiento.

—Que si tengo «manera de obtener» ... —repitió ella—. Qué elegante, *commissario*. Sí, estoy segura de que podemos conseguirlos de un modo u otro. —Hizo una pausa, y preguntó—: ¿Le corre prisa?

—¿Prisa en plan: tiempo para esperar a que un juez lo autorice?

—Sí.

—No.

—Ah.

Ella arrastró la vocal y a Brunetti no le cupo duda de que estaba sopesando distintos métodos.

—¿Vuelve a la *questura*?

—Sí, estamos de camino.

—Los tendré cuando lleguen.

Vianello y él caminaban al mismo paso y, mientras andaba, Brunetti repitió para sus adentros: «No lo quiero saber, no lo quiero saber», pisando más fuerte con el pie que coincidía con la última sílaba.

—Tendrá los números preparados cuando lleguemos —informó a Vianello.

Este miró a su compañero y sonrió.

—Cuando nos despidan a todos, no sé si tendremos derecho a pensión.

Llegaron media hora después y fueron directos al despacho de la *signorina* Elettra, que los recibió con evidente placer y entregó a Brunetti una hoja de papel. Él la tomó, pero se guardó los comentarios: la lista constaba tan sólo de tres llamadas. El lunes y el sábado Cavanis había marcado el número que pertenecía a Stefano dalla Lana: a la primera llamada este no había contestado y la siguiente, la que hizo el sábado a las 23.11 h, duró ocho minutos. La última llamada había tenido lugar a las 23.22 h, y era un número equivocado: había llamado a las oficinas de la Comisión de Bellas Artes. Había tardado seis

segundos en colgar.

—Demasiado borracho para marcar bien —dedujo Vianello.

—Es raro que no volviese a intentarlo con el número correcto —comentó Brunetti.

—Los alcohólicos son muy raros —observó Vianello.

—El día que murió no trató de hablar con nadie —dijo Brunetti, y levantó la hoja para que lo viesen todos.

Sin embargo, menos de veinticuatro horas después, Cavanis yacía muerto en el suelo de su apartamento. Brunetti apenas tenía fe en las coincidencias, sobre todo cuando concernían a un hombre que afirmaba que su suerte iba a cambiar e iba a ganar mucho dinero. Pero si lo que le había dicho a Dalla Lana era cierto, esa noche Cavanis no había abordado su objetivo, al menos no desde su *telefonino*. Y, sin embargo, un rato después lo habían asesinado.

—¿Hay alguna cabina de teléfonos cerca de su casa? —preguntó para sorpresa de la *signorina* Elettra.

Ella y Vianello permanecieron en silencio y el *commissario* observó sus caras mientras intentaban visualizar las *calli* y los *campi* de aquella zona de Santa Croce.

—Han desaparecido casi todas, ¿verdad? —afirmó el inspector un momento después.

La *signorina* Elettra levantó la mano como si quisiera llamar la atención a un camarero.

—Telecom debe de tener un plano de las cabinas que quedan —aventuró, y miró el ordenador como si fuera el taxi que acababa de parar y estuviera ansiosa por cogerlo.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Brunetti.

—Si encuentro un plano, enviaré a un agente de uniforme a apuntar los números de serie de los teléfonos. Teniendo esa información, no debería costarnos mucho averiguar qué números se han marcado desde cada cabina.

—Ah —susurró Brunetti como maravillado ante alguna fórmula mágica arcaica—, «averiguar».

Pensó de nuevo en la llamada que tal vez Cavanis no quisiera hacer desde su *telefonino*, pero era imposible meterse en la mente de un alcohólico. Puede que el hecho de no conseguir conectar con el número que necesitaba lo hubiera devuelto a un estado de sobriedad momentáneo. O que se diese cuenta por la mañana de que no debía usar un teléfono particular para la llamada que quería hacer.

—La dejamos tranquila para que consiga el plano —se despidió Brunetti, a quien se le había ocurrido otra posibilidad.

No obstante, antes de que se marchasen, la *signorina* Elettra dijo una cosa

más:

—En el informe que me dejó he encontrado el número del médico de familia de Manuela, pero se jubiló poco después del incidente y murió hace unos cinco años.

Otra pista que no llevaba a ninguna parte. Brunetti le dio las gracias y se marcharon. Fuera del despacho, cada uno se fue por su lado: el *commissario* a hablar con Bocchese y el inspector a la oficina de los agentes.

Cuando Brunetti llegó al laboratorio donde trabajaba Bocchese, llamó a la puerta, pero no se molestó en esperar y entró. El técnico levantó la mirada y después siguió trabajando con el *telefonino* que parecía estar recomponiendo.

—¿Es el de Cavanis? —preguntó Brunetti sin morderse la lengua.

—No —respondió Bocchese—. Ahora te doy el suyo.

Con cierta satisfacción, Brunetti le anunció:

—Ya tenemos los números a los que llamó.

El técnico asintió con aprobación.

—Ya está.

Luego cogió un destornillador pequeño y metió la punta en las tripas del teléfono, que estaban al descubierto. Lo giró, lo sacó, volvió a meterlo y dio otro giro. El teléfono sonó con un tono normal, igual que el de la mayoría de los fijos. El técnico pulsó una tecla y silenció el ruido.

—¿Qué haces?

—Arreglar el tono de llamada —explicó Bocchese.

—¿No hay una forma más fácil? —preguntó Brunetti, el tecnoneandertal.

—Sí, pero se me ha caído y no funcionaba. Así que lo único que se podía hacer para arreglarlo era restablecer los contactos.

—Vaya —se lamentó Brunetti, como si comprendiese.

Contó hasta seis antes de preguntar:

—¿Has terminado con lo del apartamento de Cavanis?

—Hará una hora —respondió Bocchese, y marcó un número con el teclado de su teléfono.

Un instante después sonó el móvil de Brunetti. Metió la mano en el bolsillo para contestar, pero al verle la cara a su compañero la sacó.

—Qué gracioso —se quejó con gesto avinagrado. No quería que Bocchese supiera que le había hecho gracia—. ¿Puedo echar un vistazo?

El técnico señaló con la barbilla una mesa que había al fondo del laboratorio con muchos artículos de pequeño tamaño.

—Tú mismo.

Le puso la cubierta trasera al *telefonino* y empezó a insertar los diminutos tornillos que sujetaban la parte delantera.

Brunetti se acercó a la mesa y la rodeó mirando los objetos expuestos en la superficie. Algunos ya los conocía. Había un cepillo de dientes cuyas cerdas

apuntaban en todas direcciones, como torturadas por el mal uso, y un tubo de dentífrico que Cavanis había apretado tanto que no le habría sorprendido oírlo llorar. El escaso contenido del armarito del baño estaba colocado en una triste hilera. Reconoció la pastilla de detergente. Un poco más allá había una peladura de naranja y un recipiente de plástico que en su momento había contenido comida que, a su vez, tenía una cantidad exagerada de salsa de tomate. A un costado había una lata de atún vacía y dos botellas de dos litros de vino vacías también.

Además había cuatro pedazos de papel alisados y dos tarjetas telefónicas de plástico, ambas se veían bastante viejas y, sin duda, se había deshecho de ellas porque había gastado los minutos.

—¿Se puede tocar? —preguntó en voz alta desde el otro lado del laboratorio.

Bocchese estaba al teléfono, pero asintió con la cabeza, le hizo una señal con la mano y se concentró en la conversación.

Brunetti sacó la libreta y la puso sobre la mesa, junto a las tarjetas. Con mucho cuidado, copió el larguísimo número de serie de ambas. Gran Hermano no sólo nos vigilaba, también era capaz de rastrear cualquier llamada que se realizase usando aquellas tarjetas.

Entonces se fijó en los papeles. Uno era la circular que anunciaba el nombramiento del nuevo pastor de la parroquia de San Zan Degolà. Otro era un pañuelo arrugado que los técnicos habían preferido no abrir y, por último, dos recibos de la compra.

Brunetti les dio la vuelta y en la parte trasera del segundo ticket vio el conocido cincuenta y dos que indicaba un número local, y cinco cifras más. Sacó el móvil y las marcó.

—*Soprintendenza di Belle Arti* —respondió una mujer después de seis tonos.

El *commissario* cortó la llamada sin molestarse en decir nada. Así que Cavanis había marcado el número que había escrito, pero ¿por qué las oficinas de Bellas Artes? Imposible saberlo. Sólo un necio —o un borracho— llamaría a unas oficinas del Ayuntamiento a las once de la noche. O incluso a las once de la mañana, añadió su parte más cínica. Le dio las gracias a Bocchese y dijo que ya volvería a visitarlo si alguna vez se le estropeaba el móvil.

—La mayoría de la gente los tira a la basura —respondió el técnico con evidente desaprobación.

Brunetti cabeceó. Subió al despacho de la *signorina* Elettra. Como no estaba, copió los números de serie de las tarjetas con mucho cuidado en una hoja de papel y le dejó una nota para pedirle que localizase los números a los que había llamado con ellas. Cuando llegó a su despacho, sacó el móvil y marcó el número de Dalla Lana que le había dado Vianello. Como sabía que era profesor, estaba dispuesto a dejar un mensaje, pero este respondió diciendo su nombre.

—*Signor* Dalla Lana, soy el *commissario* Brunetti. Se me ha olvidado

preguntarle una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó con tono cansado y paciente.

—¿Su amigo le comentó algo sobre la *Soprintendenza di Belle Arti*?

—No entiendo la pregunta, *commissario* —confesó Dalla Lana, que parecía confuso—. ¿Qué relación podía tener Pietro con ellos?

—Tenía el número de teléfono apuntado en casa y llamó allí después de hablar con usted la otra noche.

—¿El sábado?

—Sí.

—Pero ¿qué quería de ellos? —preguntó Dalla Lana—. Y, además, a esa hora.

—No tengo ni idea —admitió Brunetti—. ¿Está seguro de que no se los mencionó?

—Sí, nunca los nombró.

Al cabo de un momento, Dalla Lana añadió:

—*Commissario*, cuando hablé con él estaba muy borracho, no estaba siendo coherente. —Estaba afirmando un simple hecho sin pretender sacar conclusión alguna.

—¿Sabe quiénes son sus otros amigos? —preguntó Brunetti, y enseguida añadió—: Debería habérselo preguntado antes.

—Están los que van al bar —respondió Dalla Lana después de una pausa—, pero no estoy seguro de que fuesen amigos. Creo que Pietro no quedaba con ellos en ningún otro lugar y nunca me presentó a ningún otro amigo. No sé si tenía alguno más.

¿Qué hacía Cavanis todo el día?, se preguntó Brunetti. Iba al bar varias veces, veía la televisión y bebía. ¿Era eso lo que le quedaba tras la jubilación? Tuvo que recordarse a sí mismo que seiscientos euros al mes no daban para mucho más. Aun así...

—¿Alguna vez mencionó un incidente en Campo San Boldo en el que le salvó la vida a una chica? —inquirió Brunetti.

—Sí, me lo contó cuando pasó, aunque decía que no era importante. Que se había zambullido y la había sacado sin pensar. —Hubo un largo silencio—. De hecho, se reía: decía que estaba tan borracho cuando sucedió que tuvo suerte de no ahogarse.

—¿No recordaba nada más?

—Que yo sepa, no. En cualquier caso, eso es todo lo que me contó.

—Gracias, *signor* Dalla Lana.

Después, con la esperanza de que oír un comentario agradable sobre su amigo lo consolaría, añadió:

—Fue un acto de valentía.

—Sí —respondió el hombre, y colgó.

Si lo único que Cavanis le había contado a su mejor amigo sobre el incidente de San Boldo era eso, no había más que indagar. Si no fuese, claro, porque Cavanis también había dicho que había recordado algo que le supondría muchísimo dinero y poco después lo habían encontrado tendido en el suelo de su apartamento con un cuchillo clavado en el cuello.

Brunetti se puso a reflexionar sobre el concepto de Dante de que la herejía era una forma de terquedad intelectual: la negativa a abandonar una idea equivocada. En el caso de Dante, ese camino conducía a la condena eterna; pero en el suyo, observó Brunetti, la tozudez intelectual podría llevarlo hasta lo más profundo de la selva oscura del error. Rescatar a parte de Manuela del agua no era lo único que Cavanis había hecho en la vida y no tenía por qué ser la causa de su muerte. Los borrachos son imprudentes, descuidados, impetuosos. Se salen de la carretera y se estrellan contra un muro, se meten en peleas que saben que no podrán ganar y dicen cosas que no se pueden perdonar ni olvidar. Amenazan y alardean, y muchas veces llevan a los demás al borde del precipicio. No había nada que vinculase su asesinato con el incidente que sufrió Manuela Lando-Continui. Nada relacionaba esa muerte con ninguna otra cosa más allá de las sospechas de Brunetti. Aquello era la vida real: aleatoria, complicada y fuera de control.

Le sonó el teléfono y contestó diciendo su nombre.

—Venga ahora mismo —ordenó la voz inconfundible de su superior.

—*Sì, dottore* —respondió Brunetti, y se levantó.

La *signorina* Elettra no había llegado a su despacho, así que Brunetti entró en la guarida del lobo sin advertencia previa ni modo de preparar sus excusas y prevaricaciones. Incluso antes de alcanzar el centro de la sala, Patta le preguntó con tono exigente:

—¿La ha obligado usted?

¿A la esposa de Patta? ¿A la *signorina* Elettra? ¿A la *contessa* Lando-Continui?

Brunetti se mostró impasible.

—Siento decir que no sé de qué me habla, *vicequestore*.

Por una vez, le estaba diciendo a Patta la simple verdad.

—Hablo de este correo electrónico —aclaró Patta, y dejó caer la mano con fuerza sobre las hojas de papel que tenía en medio de la mesa—. Es de la ayudante del ministro del Interior, por Dios bendito. ¿Se da cuenta de que esto podría estropearle la carrera?

—Disculpe que lo repita, *vicequestore*, pero no sé nada de ningún mensaje que le hayan enviado a usted.

Miró a Patta a los ojos mientras lo decía, por si la táctica que usaba cuando mentía a su superior funcionaba también cuando decía la verdad.

—No me mienta, Brunetti —advirtió Patta.

—No le estoy mintiendo, *dottore* —respondió—. No sé nada —insistió, y se atrevió a señalar los papeles que su jefe tenía delante.

—Léalos antes de afirmar según qué cosas, Brunetti —amenazó Patta con ira en la voz.

Volvió a dar una palmada fuerte sobre la mesa y los empujó hacia el *commissario*.

En cuanto Patta apartó la mano de las hojas, Brunetti las cogió y las sostuvo a la distancia correcta. La página de la cubierta tenía el membrete del Ministerio de Interior. Brunetti metió la mano en el bolsillo de dentro de la chaqueta y sacó las gafas. Las desplegó con un gesto de muñeca y se las puso. De pronto pudo leer la dirección con nitidez, igual que el resto del texto.

Estimado *dottore* Patta:

Por la presente le comunico que el Ministerio ha recibido notificación de las siguientes irregularidades de carácter grave, y en consecuencia nos hallamos a punto de iniciar una investigación en torno a una serie de actividades que están teniendo lugar en la *questura di Venezia*. Dichas irregularidades incluyen, pero no se limitan a:

1. La investigación no autorizada de cuentas bancarias de personas físicas y ciertas organizaciones públicas y privadas.
2. Búsquedas no autorizadas de documentos y registros públicos.
3. Adquisición y estudio de documentación estatal o información clasificada por parte de personas no autorizadas o empleados civiles.
4. Comportamiento similar respecto del historial médico privado de ciertos individuos.
5. La voluntad persistente y deliberada de ocultar dichos actos.

El Ministerio espera recibir un informe completo y detallado sobre cualquier hecho relacionado con dichas irregularidades antes del día catorce (14) del presente mes, además de una lista de las personas responsables de estas violaciones del protocolo, así como una explicación precisa de la naturaleza exacta de su implicación en cada una de las faltas.

Adjunta encontrará una lista de los números de los artículos violados mediante estos actos y las fechas en que fueron aprobadas dichas leyes.

El correo electrónico iba firmado, sin despedida alguna, por una tal Eugenia Viscardi, cuyo cargo era «ayudante del ministro» y cuya firma ilegible aparecía encima del nombre.

Brunetti acabó de leer el mensaje, pero apenas echó una breve ojeada a la

segunda página, que contenía los números de los artículos contravenidos y la fecha de su aprobación. Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo. Con un gesto que mostraba lo mucho que le costaba disimular su desdén, dejó caer las hojas sobre la mesa de Patta.

—¿Se lo ha creído, *dottore*? —preguntó haciendo que su asombro resultase audible—. ¿Se cree eso? —insistió, y señaló con desprecio los papeles que descansaban sobre la mesa de su superior.

—¡Pues claro que me lo creo! —exclamó Patta casi a voz en grito—. Me lo he creído y me lo creo. Es del Ministerio de Interior, por Dios santo.

—¿Está seguro? —preguntó Brunetti con ligereza, pues había decidido que aquella escena funcionaba mejor como farsa que como tragedia—. ¿Por qué no lo duda?

Patta alcanzó los papeles y se los acercó. Los levantó, miró la dirección de correo electrónico del remitente y señaló con insistencia el membrete con el dedo. No cabía duda: decía « Ministerio de Interior » .

—Supongo que eso es un punto a favor de quien lo haya enviado —comentó Brunetti.

¿Cómo debía actuar? ¿Como en una escena de Oscar Wilde o en una de Pirandello?

—Si me lo permite —dijo con tono firme—, ¿puedo sugerirle que hagamos algo muy sencillo para ahorrar tiempo y evitar una situación embarazosa?

—¿El qué? —preguntó Patta, a quien había sorprendido con la guardia bajada.

—Comprobar si en el Ministerio del Interior trabaja una tal Eugenia Viscardi.

—No sea idiota, Brunetti. Claro que hay una señora que se llama así.

Para enfatizar su afirmación, Patta volvió a golpear la hoja, esta vez con los nudillos.

—Es la que ha firmado esta carta.

—Alguien la ha firmado, *dottore*, eso no me atrevería a discutirlo. Pero que esa persona sea Eugenia Viscardi y que haya una señora que se llame así y trabaje para el ministro del Interior, son dos asuntos muy distintos.

—Imposible —insistió Patta más alto de lo necesario.

—¿Lo averiguamos? —propuso Brunetti.

—¿Cómo?

—Pidiéndole a la persona que creo que usted está haciendo responsable de estos excesos que compruebe si la mujer trabaja allí o no.

—¿A la *signorina* Elettra? —preguntó Patta con voz más suave.

—Sí. Para ella es tan fácil como... —Brunetti no consiguió ningún símil que le sirviera y no tuvo más remedio que cambiar la frase a—: Para ella es una tarea fácil.

Con cierta reticencia a ser testigo de las dudas de Patta, Brunetti miró por la ventana y se percató de que la parra que salía por encima del muro que rodeaba

el jardín del otro lado del canal había empezado a perder hojas.

—¿Por qué no se lo cree? —preguntó Patta con un tono que, viniendo de él, pasaba por razonable.

—En primer lugar, las acusaciones son muy vagas —respondió Brunetti—. En segundo lugar, no se refieren a nadie en concreto. Se trata de una acusación general contra toda la *questura*. Y, además, ¿de qué sirve una firma escaneada y enviada por correo electrónico? ¿Cuál es su valor legal? ¿Qué credibilidad tiene?

Patta se acercó el mensaje y lo releyó. Suspiró y lo leyó de nuevo, resiguiendo con el dedo las líneas de las cinco acusaciones.

Miró a Brunetti.

—Siéntese, *commissario*.

Cuando se hubo sentado, Patta dijo:

—La primera vez que lo he leído ya me parecía que había algo raro. Cierta... falta de claridad, sobre todo en cuanto a las acusaciones. Y, por supuesto, la firma sospechosa.

Brunetti no pasó por alto el cambio de actitud. La *signora* Viscardi, ayudante del ministro del Interior y cuya firma había pasado a ser sospechosa, ya no era la que hacía las acusaciones; ya no hacía falta atribuírselas a nadie en concreto. Ni siquiera las marchas de un Maserati se cambiaban con tanta facilidad.

Se sentó y miró a su superior guardando un silencio reverencial mientras se preguntaba cuánto tiempo haría falta para completar el cambio de dirección y que el *vicequestore* revelase la mosca que tenía detrás de la oreja desde el principio.

—Tenía la mosca detrás de la oreja desde el principio —afirmó Patta—. Me alegro de que comparta mis sospechas.

Sonrió a Brunetti como si fuera un estimado colega. Se recostó en la silla y cruzó los brazos.

—¿Tiene alguna sugerencia?

—Algo así nos deja tan sólo una opción, ¿no le parece, *signore*?

Patta asintió con aire sabio, pero no dijo nada.

—Me refiero a una vez la *signorina* Elettra haya comprobado si la tal Viscardi existe, claro —aclaró Brunetti, e hizo un gesto para referirse a los papeles que descansaban entre ambos, como si la propia *signora* Viscardi estuviera allí tendida, en persona, expuesta a su ojo crítico—. En caso negativo, ustedes dos pueden decidir la mejor manera de responder a este ataque.

Habló con cuidado de emplear el plural y mantenerse al margen de cualquier decisión al respecto.

—Exacto —confirmó Patta.

El *vicequestore* cogió el teléfono, marcó un número y ambos oyeron el tono que sonaba en el despacho contiguo. Uno, dos y:

—*Signorina*, ¿le importaría entrar un momento a mi despacho?

La *signorina* Elettra, que reaccionó al correo electrónico con aún mayor escepticismo que Brunetti y cuyos comentarios fueron más mordaces, consiguió que los miedos del *vicequestore* se desvaneciesen en un abrir y cerrar de ojos. Cuando un Patta escandalizado exigió saber quién podía haber hecho algo del calibre de enviarle una amenaza falsa, ella no pudo ofrecer ninguna sugerencia. No obstante, le informó de que quizá pudiera averiguar la verdadera fuente en cuestión de unos días. Patta quedó satisfecho con su respuesta, igual que siempre que alguien se ofrecía a hacer algo por él.

Brunetti y la secretaria salieron juntos del despacho de su superior, animados por los comentarios agradables que les había dispensado al despedirse de ellos. En cuanto cerraron la puerta, la *signorina* Elettra le dijo que su amigo Giorgio estaba incomunicado unos días y que aún pasarían varios más antes de que pudiera averiguar los números de las llamadas que se habían hecho con las tarjetas telefónicas. Antes de tener la ocasión de preguntarle por qué motivo no usaba la vía oficial por una vez para obtener esa información, ella le explicó que los procedimientos habituales les llevarían un mínimo de diez días.

Así pues, la investigación en torno a la muerte de Cavanis perdió ímpetu: las huellas dactilares y las muestras de ADN que habían recogido del arma del crimen no aparecían en el sistema; ninguno de los residentes del vecindario recordaba haber visto nada fuera de lo habitual cerca de casa de Cavanis el día de su asesinato; los pocos que lo conocían habían oído rumores, extendidos por el camarero, sobre un posible cambio de suerte.

Durante ese periodo, un joven turista falleció al caer desde la *altana* del apartamento que había alquilado con su novia. Poco antes, su novia y él habían participado en una discusión que había tenido lugar en un restaurante. La policía no empleó demasiados recursos en el asunto hasta que se determinó que la discusión era entre ellos dos y un joven italiano que había sido demasiado atrevido con la joven; además, en el momento de la caída, la novia estaba en una cafetería, al otro lado de la calle. Según habían averiguado, su estancia en el apartamento no se había notificado a la oficina correspondiente del Ayuntamiento y ese incumplimiento de la normativa resultó en una investigación de los propietarios de la vivienda: un conocido farmacéutico y su esposa, que

trabajaba en la Oficina del Catastro.

La policía no tardó en descubrir que tenían un total de seis pisos que alquilaban a turistas y que no declaraban los ingresos. También eran propietarios de un hotel *boutique* de veintitrés habitaciones que se las había arreglado para prosperar en un edificio invisible para los funcionarios del Catastro y para la Guardia di Finanza, a pesar de que estaba conectado a la red de electricidad, gas, agua y teléfono, tenía recogida de basuras y empleaba a once personas, todas dadas de alta en la seguridad social y al día con los impuestos.

La Guardia di Finanza enseguida liberó a la policía de la necesidad de preocuparse del farmacéutico y de la funcionaria. Si bien la prensa se estaba cansando de la pareja, ninguno de los periódicos intentó que el ojo público se fijase en el asesinato de Rio Marin, así que el lugar de Pietro Cavanis en las páginas lo ocuparon usureros, un camión con setecientos kilos de cocaína llegado en el ferri de Patras y una banda criminal moldava que operaba en el Véneto.

Brunetti sentía la obligación de explicarle a la *contessa* que habían avanzado muy poco en la investigación de lo que le había ocurrido a su nieta y resolvió hacerlo en persona. Al llegar a su casa una tarde a última hora, le sorprendió hallar a Griffoni y Manuela allí, y más aún saber que de vez en cuando Claudia llevaba a Manuela a visitar a su abuela y se quedaba a tomar el té con ellas para después acompañar a la joven a casa.

Al día siguiente, Brunetti se encontró con la *commissario* en el vestíbulo, y mientras subían a sus respectivos despachos le preguntó sobre el tema. Ella le explicó que, dado que el caballo que había empezado a montar en Preganziol aún pertenecía a la *contessa*, lo mínimo que podía hacer para agradecerse era acompañar a Manuela a visitar a su abuela una vez a la semana.

—¿De qué hablas con Manuela? —preguntó Brunetti.

—Pues sobre la gente que vemos por la calle, sobre los escaparates de las tiendas o los perros que pasan y sobre lo mucho que le gusta tomar el té con la *contessa*.

—¿Todas las semanas?

—Más o menos —respondió Griffoni—. Manuela se pone contenta.

—¿De verte?

—De salir a la calle y estar con gente, ver algo de vida. La madre no se lleva bien con su exsuegra y no le gusta ir hasta allí. Conmigo, Manuela puede ver a su abuela y esta se alegra mucho de sus visitas —explicó Griffoni, sin haber respondido a la pregunta del *commissario*.

—¿Y lo del caballo? —preguntó él.

Se había parado al llegar al segundo piso.

—De vez en cuando voy a dar un paseo con ella. *Petunia* es un amor.

—¿No te sabe a poco? —preguntó Brunetti sin saber bien qué quería decir.

Estaba pensando en la medalla de plata y en la clase de caballo con el que debió de ir a las olimpiadas.

—En este momento de nuestra vida, me parece suficiente. Las dos hemos tenido oportunidad de bajar el ritmo y relajarnos —aclaró Griffoni.

El *commissario* se dio cuenta de que apenas sabía nada de su vida fuera de la *questura*.

—¿Montas en los campos de la escuela?

—Las primeras veces, Enrichetta me lo pidió y le hice caso. Pero enseguida nos aburrimos las dos y ella se dio cuenta. Así que me dio permiso para salir por los caminos del bosque —dijo con una sonrisa—. Mucho mejor.

—No recuerdo que hubiera un bosque.

—Bueno, hay una plantación donde cultivan árboles que se usan para madera y entre ellos hay caminos —explicó mientras dibujaba los árboles y los senderos con las manos—. Además, tampoco hacemos nada especial, sólo trotar un poco y conocernos.

—¿Como en un matrimonio?

—Sí, algo parecido.

Griffoni se echó a reír, pero antes de poder seguir con la conversación, el teniente Scarpa apareció y se detuvo arriba de todo de la escalera. Brunetti se apartó para que no tuviera que pasar entre ambos.

—Buenas tardes, *commissari*.

Alzó la mano y sonrió a Brunetti de forma muy poco habitual.

—Teniente —saludaron ambos al unísono.

Permanecieron en silencio hasta que el sonido de sus pasos desapareció escaleras abajo.

—¡A trabajar! —exclamó Griffoni, y se dirigió a su despacho.

Brunetti continuó hacia el suyo.

Esa misma noche la temperatura se desplomó y empezó a llover: a cántaros, a mares, en cascada. A la mañana siguiente, antes de salir de casa, la gente esperó a estar segura de que las calles habían repelido la fina capa de hielo que la lluvia había dejado a su paso. El aire estaba limpio y, por primera vez en meses, Brunetti pudo ver los Dolomitas desde la ventana de la cocina.

Se puso el calzado con las suelas más gruesas, más adecuado para la montaña que para la ciudad, y caminó hasta la esquina, donde decidió coger el *vaporetto*, consciente de que jamás antes la posibilidad de resbalar en la calle había influenciado sus decisiones.

Al llegar a la *questura*, el agente de la entrada lo avisó de que la *signorina* Elettra quería que subiese a su despacho. No, respondió a la pregunta del *commissario*, el *vicequestore* no había llegado todavía.

Era evidente nada más entrar en el despacho que tenía algo desagradable que contarle. Se saludaron y Brunetti se apartó para apoyarse en el alféizar, aunque ese día el sol no le calentaba la espalda. Como era martes, la *signorina* Elettra había pasado por el mercado de las flores y la estancia estaba radiante gracias a los tulipanes: tres; no, cuatro jarrones repartidos por el despacho y, sin duda, alguno más en el del *dottor* Patta.

A modo de reverencia al otoño, la *signorina* Elettra llevaba un vestido de lana de color naranja oscuro y un fular de color rojo crisantemo enrollado alrededor del cuello. Su cabellera, que de normal era de un castaño brillante, ese día parecía tener más reflejos rojizos que de costumbre.

—Esto no le va a gustar.

Brunetti no se sorprendió.

—¿El qué?

—Son dos cosas, *commissario*. Ha pasado una semana y Giorgio aún no se ha puesto en contacto conmigo. Es el único a quien puedo pedir que averigüe qué llamadas se han hecho con las tarjetas. —Entonces se adelantó a la siguiente pregunta—: Sí, he hecho una solicitud oficial, pero tardarán al menos una semana más en responder.

Brunetti tenía la impresión de que esa noticia era la menos mala de las dos.

—Esperemos que Giorgio pueda obtener la información antes.

Sonrió para mostrar que no estaba enfadado ni impaciente.

Ella pronunció un « Ehm » muy poco característico antes de seguir.

—El *dottor* Gottardi ha revisado toda la documentación del caso de Manuela y, según él, no hay nada que averiguar.

Levantó ambas manos en un gesto de derrota.

—¿Y?

Brunetti no estaba dispuesto a permitirse el lujo de comentar que el *dottor* Gottardi no estaba demostrando ser un juez muy dócil.

—Ha leído su informe sobre el posible vínculo con el asesinato de Cavanis y no ve motivo para creer que esa relación exista. El caso no lo lleva él, pero dice que no han avanzado mucho.

—¿Y entonces? —preguntó con deferencia.

De momento, la *signorina* Elettra no había dicho nada que lo disgustase de manera especial, así que no le cabía duda de que la sorpresa debía de estar en lo que quiera que el juez hubiera ordenado con relación a él.

—Ha propuesto que le pongan a usted a cargo de todo lo que ha salido a la luz después de que aquel chico cayese de la *altana*.

—¿Disculpe? Pensaba que se estaba encargando la Guardia di Finanza.

—Sí, ellos se ocupan del caso. Pero el juez opina que debería haber una investigación al margen, sobre los hoteles y los hostales.

Mientras le decía eso, la secretaria miraba el teclado del ordenador.

De pronto, el *commissario* se acordó de una ilustración de un libro que solía leer a sus hijos cuando eran pequeños: un gato encaramado a una rama que desaparecía poco a poco sin dejar atrás más que una sonrisa amenazadora. Eso le hizo pensar en la sonrisa casi cordial que Scarpa le había brindado cuando se habían cruzado en la escalera.

—Es Scarpa, ¿verdad?

Ella miró la pantalla del ordenador e indicó que sí con la cabeza.

—Yo diría que sí. Es lo más probable.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó Brunetti, convencido de que ella lo sabría.

—¿Conoce al *dottor* Gottardi?

Brunetti había hablado con el juez, que llevaba en Venecia apenas unos meses, pero no había trabajado con él en ningún caso antes del de Manuela.

—Es de Trento, ¿verdad? —preguntó Brunetti.

—Sí.

—¿Y...?

—Y su familia está metida en política, a nivel local.

¿Por qué le estaba dando esa información? ¿A quién le importaba la familia de un juez cuando lo único relevante era que fuese lo suficientemente necio como para creer cualquier cosa que dijera Scarpa?

—Su padre fue alcalde de su ciudad durante treinta años. Ahora lo es su hermano mayor.

—¿Cómo se ha enterado de todo esto? —exigió saber Brunetti con menos modales de los que debería haber mostrado.

—Me lo ha dicho mi mejor amigo —explicó, y dio unos golpecitos sobre la pantalla del ordenador.

Eso calmó a Brunetti.

—¿Qué más le ha dicho su amigo?

—Toda la familia es independentista. Quieren volver a formar parte de Austria.

—¿Y de qué modo afecta esto al *dottor* Gottardi?

La *signorina* Elettra se quitó una mota invisible de la falda antes de contestar:

—Digamos que están a la derecha de la Liga Norte, sobre todo en materia de inmigración. Gottardi ha escogido ser la oveja negra de la familia: todos somos iguales, así que tanto los inmigrantes como los del sur merecen ser tratados con respeto.

A Brunetti se le escapó un gemido mientras seguía esa idea hasta su conclusión lógica.

—O sea, que tiene que hacer lo posible por demostrar que los respeta. Y eso implica sentirse obligado a prestar atención a Scarpa, porque es siciliano.

—Bueno, lo está exagerando un poco —afirmó la *signorina* Elettra.

—Pero no deja de ser verdad —insistió Brunetti.

Se puso a buscar una solución, no sólo porque opinaba que cualquier unidad uniformada podía hacerse cargo de la investigación de los hoteles —no le cabía duda de que Pucetti era ideal para la tarea—, sino porque se negaba a ser una marioneta de Scarpa.

Miró a la *signorina* Elettra, le preguntó si tenía alguna sugerencia y su expresión confirmó que la tenía.

Un recuerdo le ofreció la inspiración que necesitaba.

—¿El falso correo electrónico del Ministerio de Interior?

Ella sonrió y asintió.

—¿Puede probar que fue Scarpa?

—No tengo pruebas que sirviesen en un juicio, pero el remitente del mensaje de la *signora* Viscardi no estaba bien camuflado —dijo con desprecio infinito—. En ese caso es fácil ver que el mensaje viene del teniente.

Un jugador de ajedrez hubiera analizado la situación en función de los peones y las torres que se movían por el tablero y las ventajas que ofrecían aquí y allá. Pero ahora le tocaba mover ficha a Brunetti y, en lugar de flirtear con la idea de avanzar dos hacia delante y una a la derecha para eliminar al otro caballo, quería darle a Scarpa con un palo en la cabeza.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó Brunetti.

Ella sonrió por el plural y ladeó la cabeza un poco.

—Me temo que Scarpa me ha dejado sin opciones —respondió la *signorina* Elettra.

Hablaba como una maestra de guardería a la que se le había acabado la paciencia. El momento de obrar con cortesía ya había pasado.

—Creo que lo voy a amenazar.

—¿Cómo?

—Le diré que voy a enviar el correo electrónico a la verdadera ayudante del ministro, que es amiga mía, para que el ministro lo lea.

—¿De verdad es su amiga? —preguntó Brunetti.

Estaba maravillado por lo extensa que era su red de amistades.

—¡Claro que no! —Al cabo de un momento añadió—: Pero al menos existe, no como Eugenia Viscardi.

—¿Qué le dirá?

—Que estoy en proceso de averiguar la fuente original del mensaje.

Su sonrisa era tan amplia como fría. Pero entonces su expresión se serenó.

—No me puedo creer que haya sido tan descuidado.

¿Era decepción eso que le detectaba en la voz?

—La ha subestimado —afirmó Brunetti a modo de cumplido.

—Así es —convino ella—, qué insulto.

El *commissario* renunció a andarse con rodeos.

—¿Qué le obligará a hacer?

—Decirle al *dottor* Gottardi que ha reflexionado sobre el tema, que se ha dado cuenta de que se ha precipitado y que tal vez lo más sensato sería continuar investigando qué pudo pasarle a Manuela.

—¿Por qué motivo?

—Para evitar la acusación de que, al desestimar cualquier acto de mala fe, el *dottor* Gottardi podría estar discriminando a una persona con minusvalía.

Al *commissario* le iba la cabeza a cien por hora.

—Aun así —continuó ella—, sospecho que el *dottor* Gottardi diría de ella que tiene «distintas capacidades».

—¿Cree que funcionará? —preguntó Brunetti, sintiendo aún más estima por sus múltiples habilidades.

—Hasta cierto punto —respondió ella—. Supongo que a partir de ahora será más cauto, pero no creo que a la larga eso le sirva de mucho. El teniente no es tonto, pero creo que va siendo hora de que se entere de que algunos lo aventajamos.

—Diría que está muy segura de eso.

—Bueno, es un abusón. Y como a la mayoría de los abusones le falta instinto asesino. En cuanto topa con alguien que no le tiene miedo, se echa atrás. —Entonces, con convicción absoluta, afirmó—: Hará lo que yo le diga.

—¿Y si no?

—Acabaré con él.

La *signorina* Elettra se salió con la suya. El teniente Scarpa aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para explicar sus nuevas reticencias al *dottor* Gottardi y, a su vez, el juez propuso a Brunetti que retomase la investigación sobre la pobre chica con la minusvalía y sobre el asesinato del hombre que la había salvado. La de los hoteles y los hostales se la asignaron a otro *commissario*. Por suerte, no a Claudia Griffoni, de quien pensaron que no conocería lo suficiente la extensa red enmarañada de obligaciones y vínculos que existían entre los que solicitaban y los que concedían los permisos pertinentes a aquel negocio en expansión.

No obstante, cuando Brunetti asumió de nuevo las riendas del caso, apenas consiguió avanzar. Resultó que Cavanis tenía muy pocos amigos. Apenas usaba el *telefonino*, y cuando lo hacía era con un círculo muy reducido. Aparte de las llamadas que había hecho justo antes de su muerte, a lo largo de los días anteriores había hablado con una tía que tenía en Torino, con Stefano dalla Lana y también había marcado el número que ofrece el pronóstico meteorológico y la altura del *acqua alta*, y el del cine Giorgione. En los cuatro meses anteriores a su fallecimiento, sólo había recibido llamadas de su tía y de Dalla Lana.

Brunetti casi se alegró cuando, en Lista di Spagna, cerca de la estación de trenes, descubrieron un burdel cuyos jefes y trabajadoras eran de China y otro juez le pidió que echase un vistazo. Era una tarea trivial, pero las entrevistas y los arrestos consiguientes, que supusieron más interrogatorios y aún más arrestos, fueron acercándolo cada vez más a la cúpula de las redes de prostitución de la provincia.

A medida que la investigación evolucionaba e iba ocupando cada vez una parte mayor de su tiempo, el *commissario* dejó de pensar tanto en el muerto y en el horror que le había producido ver aquel cuchillo.

La segunda semana de noviembre, el día de la fiesta de San Martino, Brunetti salió pronto de la *questura*, pues tenía intención de ver a los niños atizando las ollas y las sartenes y pidiendo monedas a los transeúntes. Él había hecho lo mismo de pequeño, a pesar de que nunca había comprendido el origen de la tradición. Le daba igual y, del mismo modo que antes se alegraba de recibir el dinero, ahora le gustaba darlo.

Se cruzó con tres o cuatro grupos y a cada uno repartió unos cuantos euros y los deleitó con su generosidad. Al girar hacia Ruga Rialto, le sorprendió ver a Griffoni y a Manuela andando hacia él. En un primer momento las había confundido con una madre y su hija que caminaban del brazo, con las cabezas juntas, charlando y riendo. Griffoni sonrió al verlo y Manuela le tendió la mano con cortesía, como si no lo hubiera visto nunca.

—Venimos de visitar a la *contessa* —explicó Claudia. Entonces se volvió hacia la otra mujer—. Manuela, ¿cuánto valían los zapatos grises de ese escaparate? Ve a mirarlo.

El escaparate estaba al otro lado de la calle, así que Manuela tuvo que alejarse un poco de ellos para echar un vistazo. En su ausencia, Griffoni dijo:

—Supongo que no debería contártelo, pero la *contessa* no deja de preguntar si hemos averiguado algo.

Hablaba en un tono del todo natural, sin asomo de reproche.

—¿Cómo está? —preguntó Brunetti.

—Vieja y débil —respondió la *commissario*.

—¿Cuán a menudo la ves?

—No tanto como ella querría —afirmó Griffoni.

Los interrumpió un grupo de cinco niños, que los rodearon y se pusieron a golpear las ollas con cucharas de madera, cantando la misma canción sobre San Martino que Brunetti había gritado en su época. Les dio dos euros y se marcharon a formar un corro alrededor de una pareja de ancianos que parecían recibir el ruido con la misma alegría que Brunetti.

Se dirigió a su compañera:

—¿Y la...?

Antes de referirse a ella como «la niña», Brunetti se corrigió y lo cambió a «Manuela», pero ya había metido la pata y se sentía avergonzado.

—Le encanta salir a pasear y ver cosas —explicó Griffoni justo antes de que Manuela regresara.

—No he visto la etiqueta —dijo mientras los miraba a ambos—. ¿Pasa algo si no la veo? —preguntó.

La vulnerabilidad que se adivinaba en su voz hizo que Brunetti se estremeciese.

—Claro que no, *tesoro*.

Claudia la cogió del brazo.

—Si han sido tan tontos de no poner el precio, no nos interesa. Ya está.

Manuela sonrió y meneó la cabeza.

—No son para nosotras, ¿a que no?

—No —confirmó Griffoni, y le dio unas palmaditas en el brazo.

Entonces, con la voz de adulta que usaba para enseñar modales, sugirió:

—Di adiós al *dottor* Brunetti, Manuela.

Después de que la joven obedeciese, la *commissario* comentó:

—A lo mejor lo volvemos a ver en casa de tu abuela —dijo con cuidado de dirigirse a ella en lugar de a Brunetti.

—Me encantaría —respondió esta con educación, muestra de los buenos modales que había aprendido.

Griffoni se despidió con cortesía y emprendieron el camino hacia casa de Manuela.

Tal vez fruto del sentimiento de culpa, al día siguiente Brunetti llamó a la *contessa*. Ella le hizo saber que se alegraba de oírlo y que, si el *commissario* tenía tiempo, le agradecería que fuese a su casa a hablar con ella. Le propuso que fuese con Claudia y Manuela a comer al *palazzo* el miércoles siguiente, si no le resultaba un inconveniente acudir durante el horario laboral.

Habiendo comprobado lo bien que se le daba a Claudia tratar con Manuela, a Brunetti no le quedaba el menor resquicio de duda de que encontraría la forma de dejarlo a solas con la *contessa*, así que aceptó la invitación.

Cuando llamó a Griffoni, ella le propuso que quedaran en Campo San Giacomo dall'Orto a la una, para que pudiera llevar a Manuela por un trayecto distinto.

—No le gustan los cambios, ni siquiera cosas tan sencillas como ir por una calle en lugar de otra —explicó Griffoni—, pero si le digo que tenemos que recogerte allí, accederá.

Brunetti reprimió un comentario sobre lo importante que aún parecía la adecuada formación de las jovencitas, pero Griffoni debió de interpretar su silencio de otro modo.

—No aprenderá a multiplicar y dividir, pero ha aprendido a tener en cuenta las cosas que convienen a los demás.

—Nos vemos allí a la una —dijo Brunetti, y colgó.

Como le había prometido a Paola que irían a Rialto antes de comer, el miércoles Brunetti salió de la *questura* un buen rato antes de mediodía y quedó allí con ella. A media mañana habían aparecido nubarrones grises al norte de la ciudad, y mientras Paola y Brunetti aún estaban en Rialto tratando de decidir qué cenar ese día, el tiempo empeoró. Cristina, la pescadera, les sugirió un *rombo*, pero a Paola no le gustaba el aspecto que tenía y preguntó por el *branzino*, una variedad que contó con la entusiasta aprobación de la vendedora.

—Podría hacerla con alcachofas —propuso Paola, aunque no parecía tenerlo del todo claro—. Y con arroz venere con guisantes.

—Los de primavera de Findus salen muy bien —fue la contestación profética de Cristina mientras seleccionaba una lubina grande y se la daba a su ayudante

para que la limpiase.

Después de que hubiesen terminado la compra y tomado algo en Do Mori, empezaron a caer las primeras gotas.

—¿Aún tienes intención de ir a visitarla? —preguntó Paola cuando salieron a la calle, bajo la lluvia.

—Sí.

—¿A pesar de la que está cayendo?

Se envolvió la cabeza con el fular y sacó un paraguas plegable de la bolsa de la compra.

—Sí, se lo prometí.

—Muy bien. Toma —dijo Paola, y le pasó el paraguas—. Te hará falta.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Correr.

Y eso hizo. Antes de que él pudiera reaccionar, ya estaba fuera de su alcance.

Las calles estaban medio desiertas, así que no tuvo que sufrir los habituales empujones ni las peleas de paraguas que se producían en las estrechas *calli*. Los venecianos habían tenido siglos para desarrollar la técnica de inclinar el paraguas hacia un lado de la calle y pasar junto a la pared cuando se cruzaban con otra persona, mientras que los turistas tenían dos estrategias: o bien arremetían contra cualquier obstáculo humano, o se detenían y se refugiaban con la espalda pegada al edificio más cercano y la cabeza cubierta con el paraguas abierto, de modo que forzaban a los demás a pasar por el centro de la calzada.

Brunetti ni siquiera se había planteado la posibilidad de cancelar la cita con la *contessa*. No quería tener esa conversación con ella, pero ese no era motivo para no ir. Al entrar en el *campo*, vio a Manuela y a Claudia resguardándose de la lluvia en la relativa protección que ofrecía el toldo de un bar. La *commissario* llevaba puesto algo que parecía un gorro de pescador de color azul oscuro y ala ancha, perfecto para protegerle la cabeza del agua; el resto de ella iba envuelto en un enorme chubasquero que le llegaba por debajo de las rodillas.

Se metió bajo el toldo, extendió la mano hacia Manuela y saludó a las dos.

—Hola, hace un día maravilloso.

El comentario casi hizo a Manuela llorar de la risa.

—¡Pero si está lloviendo! —consiguió decir, y soltó otra carcajada.

Cuando paró, se dirigió a Griffoni:

—Tu amigo es muy gracioso, ¿a que sí?

—Es verdad —afirmó Claudia, y dio unas palmaditas en el brazo de Brunetti—.

—Venga, vamos —propuso justo cuando una ráfaga de viento agitaba el toldo—, que tu abuela nos está esperando.

—Cuando lleguemos, ¿empezará el día maravilloso?

Griffoni dio un par de pisotones en el suelo. Llevaba unas botas de agua de

caña corta.

—En cuanto cerremos la puerta.

Dicho eso, emprendieron el camino con Brunetti a la cabeza, porque él conocía el trayecto. Giró a la derecha sin tener que pensarlo, cruzó un puente, esquivó a unos cuantos turistas y se volvió para asegurarse de que las dos mujeres no se quedaban atrás. Al frente tenían una larga calle vacía y fue acelerando a medida que la lluvia se iba haciendo más intensa. Otro puente, otro tramo corto, un giro rápido a la derecha y después a la izquierda y un puente más. Sostenía el mango del paraguas casi en vertical y apoyado en el hombro para protegerse la espalda de la lluvia, y de vez en cuando oía risas que venían de atrás.

Dos hombres con chubasquero se acercaban en sentido contrario. Tenían los paraguas bajados para resguardarse del fuerte viento que les venía de cara, así que lo único que les veía era las piernas y el grueso calzado. Tenían las perneras caladas, igual que él en la parte trasera, por debajo del impermeable.

Brunetti inclinó el paraguas a un lado y enseguida los pasó de largo, pero de pronto una ráfaga con muy malas intenciones le dio en la cara, se la empapó y a punto estuvo de arrancarle el paraguas de las manos. A su espalda oyó el chasquido violento de otro paraguas que el viento había partido. Después de un ruido, notó que algo se deslizaba hasta su pie izquierdo. Dio media vuelta y vio que otra ráfaga había arrastrado el paraguas destripado hasta él. Uno de los dos tipos se acercó a recogerlo, pero al ver que se había roto, lo apartó a un lado de una patada. El otro vio que el suyo estaba a los pies del *commissario* y lo dejó ahí. Ambos se dieron la vuelta y continuaron su camino.

Brunetti quitó el paraguas de en medio con el pie, y cuando iba a echar a andar de nuevo, oyó un grito penetrante, como de un animal en una trampa. Manuela y Griffoni iban por detrás de él. Soltó el paraguas de inmediato, dio media vuelta y fue hacia ellas. Vio a Manuela de espaldas contra el escaparate de una tienda, con las manos delante de la cara, aterrorizada.

—¡No! —chillaba.

La palabra se había convertido en una sirena.

—¡No!

Intentaba apartarse, pero sólo era capaz de subirse al estrecho escalón que había debajo del escaparate de la tienda de comestibles e intentar pegarse más al cristal.

Y otra vez:

—¡No!

Como la sirena del *acqua alta*, la palabra fue subiendo de intensidad a cada segundo. Griffoni estaba a su lado sujetándole los brazos, que tenía alzados. Giró la cabeza un instante y vio a los dos hombres, inmóviles, con el pelo empapado y el rostro mojado y cualquier otra expresión borrada por la sorpresa.

—¡Déjame! No hagas eso. Por favor.

De nuevo, la voz de Manuela iba haciéndose más aguda con cada chillido. Brunetti se apresuró a rodear a los tipos, levantó las manos a la altura del pecho, les dio unas palmaditas y tiró de ellos para apartarlos de las mujeres.

—Caballeros, por favor, no se queden ahí —les pidió.

Cuando les vio la cara, reconoció a uno de los dos: Sandro Vittori-Ricciardi, plantado allí mirando a Manuela como si estuviera viendo un cuadro de su propia crucifixión. El segundo parecía confuso y afligido, incapaz de comprender lo que ocurría. Sin embargo, Vittori-Ricciardi no alcanzaba a controlar el miedo que expresaba su rostro mientras Manuela, que se había quedado sin palabras y volvía a sonar como un animal, continuaba chillando.

Brunetti se colocó entre los dos tipos y cogió a cada uno de un brazo. Les hizo dar la vuelta y echó a caminar con ellos en dirección contraria a la *commissario* y la joven. La lluvia continuaba cayendo a mares, pero para entonces los tres hombres estaban tan empapados que ya casi ni la notaban.

—*Signore*, soy agente de policía —informó Brunetti al hombre que no conocía—. Me gustaría ver su documentación.

Sacó su cartera y les enseñó la placa, pero no hubiera hecho falta: el tipo ya estaba buscando la suya.

—Un momento —protestó Vittori-Ricciardi—, no hemos hecho nada. No tenemos por qué identificarnos. Si quiere hacer algo útil, ocúpese de esa loca antes de que ataque a alguien.

Se dio media vuelta y echó a andar.

—Espera, Sandro —pidió su amigo—. No hace falta dar problemas.

Dicho eso, le entregó la *carta d'identità* a Brunetti, que sacó la libreta y el bolígrafo, se encorvó sobre la página para que no le lloviese encima y anotó el nombre. Gianluca Bembo. Nacido en Venecia y residente en la ciudad.

—*Grazie, signor Bembo*. —Le devolvió los papeles—. No necesito nada más.

A su espalda, aún oía los lloros desesperados de Manuela, así que fue hacia ellas y los dos hombres se alejaron.

Cuando llegó donde estaban, encontró a la joven abrazada a Griffoni mientras esta le daba besos en la cabeza.

—No pasa nada, Manuela. Ahora iremos a casa de tu abuela y tomaremos algo calentito.

Al ver que la joven, que había parado de llorar, no se movía, la *commissario* le sacudió el brazo con cariño.

—Venga, que está muy cerca. Enseguida llegamos.

Manuela musitó algo, pero tenía la cara pegada al hombro de Griffoni y ninguno de los dos comprendió lo que decía.

—No te entiendo, *tesoro*. —Claudia se apartó un poco para darle espacio sin dejar de abrazarla—. ¿Qué decías?

—Es un hombre malo. Me hizo daño.

Griffoni lanzó una mirada breve a Brunetti, pero él no estaba pendiente de su compañera. En lugar de ver al Sandro Vittori-Ricciardi rechoncho, de pronto se había acordado de la versión más joven y esbelta que había visto en una foto en casa de Enrichetta degli Specchi: el joven afeitado de pelo largo que le recordaba a alguien.

—¿Tienes una bolsa de plástico? —preguntó a Griffoni.

Ella quiso protestar, pero se lo pensó de nuevo y abrió el bolso y sacó una de las conocidas bolsas amarillas de Mascari.

Sin molestarse en darle las gracias, Brunetti retrocedió, y con su pañuelo de tela, que aún estaba seco, recogió el paraguas roto que Vittori-Ricciardi había dejado abandonado. Con mucho cuidado, envolvió el mango en el pañuelo, lo metió en la bolsa con la parte de la tela hacia arriba y la cerró para evitar que entrase más agua. Entonces regresó adonde estaba su compañera, que hablaba con una Manuela más tranquila.

—Ahora vamos a ir a visitar a tu abuela —la oyó decir.

—¿Y el hombre malo? —preguntó Manuela.

Griffoni miró a Brunetti y este dijo:

—No te preocupes, Manuela. Nunca más te hará nada.

Al llegar a casa de la *contessa*, la doncella les cogió los abrigos, desapareció con ellos y regresó para conducirlos hasta el cálido salón donde la señora se espantó al verlos empapados. Los tres habían dejado huellas de agua en el suelo. Cuando su nieta quiso hablar, alzó las manos y dio instrucciones a las dos mujeres para que fuesen a buscar a Gala de inmediato para que les diese ropa seca y unas zapatillas bien calentitas. Insistió en que Brunetti se quitara la chaqueta, que tenía los hombros calados, y le sugirió que la colgara en el respaldo de una silla. El *commissario* dejó la bolsa con el paraguas debajo de una de ellas y colocó la chaqueta tal como su anfitriona le había pedido. La *contessa* se acercó y movió la silla para acercarla al radiador.

Antes de permitirle que le hiciera cualquier pregunta, Brunetti avisó a la *contessa* de que debía hacer una llamada y ella, sorprendida por su brusquedad, señaló una puerta que daba a una habitación más pequeña. Brunetti entró y se encerró dentro. Sacó el *telefonino* del bolsillo trasero del pantalón, llamó a Bocchese, le informó de dónde estaba y pidió que enviase a alguien en una lancha a recoger una prueba del caso del asesinato de Cavanis.

—El arma del crimen no es, eso seguro —observó el técnico con tono seco.

—No, pero podría tener las mismas huellas —respondió Brunetti—, y el mismo ADN.

—Vaya, vaya —repuso Bocchese con evidente admiración—. ¿Y dónde la has encontrado?

—Tirada en un charco en calle del Tintor.

—¡Claro que sí! —exclamó el otro—. Mira que somos tontos, ¿cómo no se nos había ocurrido pasar por allí a buscarla?

—Es el mango de un paraguas que había caído al suelo —aclaró Brunetti—, pero lo he cogido con un pañuelo sin usar y lo he metido en una bolsa de plástico.

—Guido, cuando Patta consiga despedirte, puedes venir a trabajar en el laboratorio conmigo.

—Gracias —contestó el *commissario*—. ¿Cuánto tardaréis?

—Las huellas las tendrás mañana, eso es fácil. Pero el ADN tardará unos días. Ya lo sabes.

—Creo que con las huellas bastará.

—Sé cómo son los abogados —apuntó Bocchese—, y el suyo dirá que la lluvia las alteró.

—¿Eso es posible?

El técnico se echó a reír.

—Si me llaman como perito judicial, me los como vivos.

—Bueno, tú envía la lancha, ¿vale?

—En cuanto cuelgues.

Y Brunetti colgó. Cuando salió a la otra habitación, la *contessa* estaba sentada en una de las sillas incómodas, con la cabeza apoyada en el respaldo. Lo miró sin decir nada, y en la penumbra él se dio cuenta de que el cansancio la tenía consumida.

—Vendrá alguien a recoger eso —dijo, y señaló el paraguas destrozado que había en la bolsa amarilla.

—Si se lo lleva a Gala, ella se ocupará de entregarlo.

Brunetti tomó la bolsa, salió al pasillo y encontró a la empleada, menuda y de rostro amable. Cuando ella fue a cogerle el paquete, él le explicó que eran unas pruebas policiales y que sólo debía tocarlas el hombre que acudiese a por ellas.

La mujer miró a Brunetti extrañada, por no hablar de la bolsa, y le propuso que la dejase en el suelo él mismo, junto a la puerta. Dijo que se la enseñaría a quien llegase a por ella y que no se preocupara. Después, de una mesita que tenía al lado, cogió un jersey grueso y se lo entregó por si quería ponérselo sobre los hombros. Y Brunetti quería.

El *commissario* regresó al salón, donde encontró a Claudia y a Manuela sentadas a la mesa redonda, cada una con un enorme jersey de lana en lugar de lo que llevaban al llegar. Griffoni le lanzó una mirada breve. Manuela estaba sentada en silencio, con la mirada fija en las manos, que tenía apretadas en el regazo. No estaba prestando atención a las personas que la rodeaban ni a lo que había sobre la mesa.

En esa ocasión, se trataba de montañas de sándwiches sin corteza, bizcocho de frutas confitadas, galletas, petisús de crema y una tarta entera de nata cubierta de fresas.

La *contessa* estaba junto al pastel, así que Brunetti se sentó a su lado, en el asiento que quedaba libre. Al ver que delante tenía un vaso corto y que no muy lejos había una botella sin abrir del *whisky* que aún recordaba, sintió alivio.

Griffoni sirvió té para la *contessa* y para ella, después miró a Brunetti y, en respuesta a su gesto afirmativo, también le sirvió una taza. Algo caliente, algo caliente.

El *commissario* se volvió hacia la señora y allí, sentada a su lado, le pareció mucho más pequeña. Aunque apenas hubiese pasado un mes y unos días y tuviera el rostro igual, parecía haber menguado.

—¿Qué le apetece, *contessa*? —preguntó, y señaló la comida que tenían delante.

Antes de contestar, la anciana miró a la izquierda, donde estaba Griffoni hablando con Manuela sin que esta diese señales de estar oyéndola siquiera.

—Me apetece la verdad —respondió en voz baja.

—Será mejor que primero comamos y bebamos algo —repuso él.

La *contessa* alcanzó la botella, rompió el timbre fiscal y desenroscó el tapón.

Comieron en silencio, aunque de vez en cuando Claudia comentaba algo sobre la comida y animaba a Manuela a probar la tarta de nata. Cuando hubieron terminado, Griffoni se levantó y estiró el brazo para coger a Manuela de la mano.

—Venga, *stella*, vamos a decirle a Gala lo bueno que estaba todo. Seguro que se pone contenta.

La idea le gustó y se levantó sin haberse acabado la Coca-Cola ni el pastel.

En cuanto cerraron la puerta, Brunetti empezó a hablar:

—Manuela se ha encontrado con un hombre por el camino y ha perdido el control. Estaba aterrorizada.

—¿Qué? —exclamó la *contessa* con un filo en la voz.

—Le ha gritado que no le haga daño y se ha apartado de él.

Antes de que la señora pudiera interrogarlo al respecto, él se le adelantó.

—Es alguien que usted conoce.

—¿Quién?

—Alessandro Vittori-Ricciardi.

La anciana posó la taza con tal ímpetu que una ola de té rebasó el borde e inundó el platito.

—Es imposible. Manuela no lo ha visto nunca.

—Pues le ha provocado pánico —insistió Brunetti, sin hacer caso del último comentario, y preguntó—: ¿Cómo empezó a trabajar para usted?

—Me lo recomendó un amigo común.

—¿Quién?

—Roberto Severino.

Brunetti lo conocía: un arquitecto. Un hombre honesto.

—Alessandro ha hecho un trabajo excelente —explicó ella—. Tiene estilo e imaginación.

«Y algo de lo que preocuparse», pensó el *commissario*.

La *contessa* esperó que él continuara, pero al ver que no lo hacía preguntó con impaciencia:

—¿Cómo puede tenerle miedo a alguien que no conoce?

—¿Le entregó Vittori un currículo cuando solicitó trabajar con usted?

—Por supuesto.

—¿Mencionaba algo sobre montar a caballo?

—¿Montar a caballo?

—Sí.

—No creo. Supongo que me acordaría de ese detalle.

—¿Lo tiene aún?

—En alguna parte debe de estar. En las oficinas de la fundación. ¿Por qué me pregunta eso? —quiso saber un instante después.

—Resulta que un hombre de gran semejanza física aparece en una fotografía que hay en la escuela de equitación donde está el caballo de Manuela.

—¿Y quién la ha visto? —preguntó ella sin molestarse en disimular su escepticismo.

—Yo mismo. Fui a los establos con Claudia.

—¿Está seguro de que era él?

—Todavía no he tenido ocasión de hablar con la dueña de la escuela.

La *contessa* no dijo ni palabra.

—¿Me puede decir si lo conoce bien?

Al ver que no ofrecía respuesta, reformuló la pregunta:

—¿Lo ve muy a menudo?

Estaba pensando en las confianzas que Vittori-Ricciardi se tomaba con la *contessa*.

—Tres o cuatro veces al año.

—¿Sólo?

—¿Debería verlo más?

—Tal como se dirigió a usted durante la cena, pensé que se veían con regularidad.

—No eran más que halagos. Ocurre muy a menudo —aclaró como si estuviera dando el parte del tiempo—. Estamos en proceso de decidir a quién adjudicar el contrato para la restauración de ocho apartamentos.

Dejó de hablar al ver que Claudia y Manuela entraban en el salón.

—*Nonna* —dijo su nieta—, Gala me ha dicho que la receta de la tarta de las fresas es tuya.

La ansiedad de hacía un rato había remitido mientras estaban en la cocina, o Manuela se había olvidado de ella.

La *contessa* sonrió y le ofreció la mano a la joven, que se acercó obediente y se la tomó.

—Está exagerando, *cara*. Una amiga nos la puso de postre y le pedí que me escribiera la receta porque sabía que te gustaría. Me alegro de que sea así.

Manuela no reaccionó, así que la *contessa* probó con una pregunta directa:

—¿Te ha gustado?

—Sí, *nonna*, estaba muy buena. A Claudia también le ha gustado —añadió, y miró a su amiga—. ¿A que sí, Claudia?

—Estaba buenísima.

—Pero no has querido repetir —se lamentó la joven, que parecía confundida.

—Esta noche me han invitado a cenar; tengo que guardar un poco de sitio —explicó Griffoni.

Manuela parecía satisfecha con la respuesta, así que la *commissario* miró la hora y anunció:

—Venga, que ya ha parado de llover y es hora de irse a casa.

Brunetti se levantó a pesar de que todavía tenía el vaso de *whisky* medio lleno, dejó el jersey doblado sobre el reposabrazos de la silla y se puso la chaqueta. Como si la hubieran llamado por telepatía, Gala apareció a la puerta con los abrigos húmedos bajo el brazo. Se dieron besos y se estrecharon la mano, y en un abrir y cerrar de ojos estaban caminando hacia Campo Santa Maria Mater Domini. La lluvia había amainado, pero daba la sensación de que el día había refrescado. No obstante, eso podía ser a causa de la ropa húmeda.

Manuela se soltó del brazo de Griffoni y fue recorriendo las *calli* de un lado a otro, mirando los escaparates y esquivando charcos unos pasos por delante de los *commissari*.

—¿Ha dicho algo sobre lo ocurrido? —preguntó Brunetti en voz baja.

Griffoni negó con la cabeza.

—Cuando hemos llegado a casa de su abuela ya estaba más tranquila. Estaba contenta con la comida, ya la has visto, y en la cocina, con Gala, estaba tan normal.

Manuela regresó, la cogió del brazo, caminó con ella unos pasos y después se soltó de nuevo y se adelantó.

—¿Crees que es el tipo que la atacó? —preguntó Griffoni.

Brunetti enarcó las cejas y la expresión resultante podría haber significado cualquier cosa.

—Creo que trabajaba en los establos, puede que cuando ella iba a montar allí. En la pared del despacho hay una foto de un hombre que se le parece mucho. Cuando lo conocí tenía barba, así que al ver la foto no caí en que era él. Pero ahora que se ha afeitado, estoy seguro de que sí.

Brunetti aminó el paso y se volvió hacia ella.

—Tú también lo has visto.

Griffoni se detuvo.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Salía en uno de los programas que visionamos, hablando de un proyecto en el que está trabajando: algo sobre placas de edificios, algo histórico.

Al ver que comprendía, añadió:

—A Cavanis sólo le funcionaba un canal y apareció en ese.

Antes de que pudiera seguir, Griffoni lo interrumpió:

—Esos son los de Bellas Artes. Ellos se ocupan de esas cosas.

—Bellas Artes —susurró Brunetti, pensando en el número de teléfono que Cavanis tenía anotado en un pedazo de papel en su apartamento y del que ya había hablado a su compañera.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella con una voz que apenas logró controlar.

—Alessandro Vittori-Ricciardi.

Ella indicó con la cabeza que no le sonaba. Ambos se quedaron en silencio, tratando de encajar las piezas. Manuela regresó, y al verlos inmóviles como estatuas pensó que era un juego. Se llevó una mano a la cadera y levantó la otra. Permaneció un momento en esa posición, hasta que se cansó y fue a mirar otro escaparate.

—Cavanis lo reconoció —dedujo Brunetti.

Hablaba poco a poco. Sus ideas iban a una velocidad mucho mayor.

—Y trató de llamar a la oficina porque estaba borracho y no sabía qué hora era —añadió Griffoni, el Christe de su Kyrie.

—Y al final consiguió hablar con él —dijo Brunetti como colofón de la letanía.

De pronto, la voz de Claudia se tornó triste.

—Guido, todo esto es circunstancial. Cualquier buen abogado nos sacaría del tribunal a patadas en menos de un cuarto de hora.

—Lo que he recogido era su paraguas —reveló Brunetti—. Lo tiene Bocchese.

Ella no respondió. Manuela volvió corriendo para preguntar si estaban cerca de casa y se alegró cuando le contestaron que sí. Se alejó de nuevo y Griffoni preguntó:

—¿Qué vas a hacer hasta que acabe con él y averigües si las huellas coinciden?

Brunetti sacó el móvil.

—Voy a llamar a Enrichetta degli Specchi para ver si tiene una lista de las personas que trabajaban en los establos hace quince años.

En efecto, Sandro Vittori, que aún no se había convertido en Vittori-Ricciardi, había trabajado en la escuela de equitación durante la época en que Manuela tenía su montura allí. Limpiaba los establos y sujetaba las riendas de los caballos mientras los alumnos más jóvenes daban vueltas por la pista. Enrichetta degli Specchi encontró la solicitud de empleo y las nóminas de los seis meses que estuvo allí. Después llamó a Brunetti para decirle que también había desenterrado la copia de una carta que su difunto marido había enviado a Vittori para despedirlo y prohibirle que regresara a los establos. Obedeciendo a la petición del *commissario*, prometió enviarla por fax a la *questura*, pero le leyó algunas frases por teléfono: « No consentiré que una de mis alumnas reciba un trato tan poco respetuoso... », « ... jóvenes que me han sido confiadas... », « actos intolerables... ».

Al terminar de leer, dijo:

—Mi marido era una persona muy... reservada. Es decir, que se le daba muy bien guardar secretos. Si sabía a qué chica estaba molestando este tipo, no se lo debió de decir a nadie.

—Gracias, *signora* —respondió Brunetti, y le pidió de nuevo que enviara la carta por fax.

Cuando llegaron a la *questura*, el fax ya estaba esperando. El documento estaba fechado dos semanas antes de que Manuela cayera al canal, una descripción de los hechos que él ya se había cansado de utilizar. Aunque las frases que la *signora* le había leído eran impactantes, no dejaban claro cuál era la naturaleza de los actos de Vittori. « Trato poco respetuoso » y « actos intolerables » podían significar casi cualquier cosa, desde insinuaciones a una violación.

El juez Gottardi, cuando Brunetti insistió en hablar con él, se mostró escéptico y al mismo tiempo interesado en el pánico que Manuela había exhibido al ver a Vittori por la calle, pero insistió en que no había nada que hacer a menos que las huellas dactilares o el ADN coincidieran.

El *commissario* empleó las tácticas que había aprendido de la *signorina* Elettra —competencias del todo legales— y comprobó si había algún Vittori o Vittori-Ricciardi con antecedentes penales. Sin embargo, ninguno de los dos apellidos

aparecía en las listas de criminales convictos de ninguna ciudad o provincia ni en las de todo el país. En respuesta a una pregunta directa del juez Gottardi.

—Le estamos dando tiempo a Vittori para pensar excusas, para construir una coartada si es que la necesita —advirtió Brunetti al juez en un último intento de convencerlo de pasar a la acción.

—También nos permite a nosotros conseguir pruebas físicas —repuso Gottardi, y así acabó la conversación.

Después, el *commissario* se quedó lo justo para llamar a Griffoni e informarla de la decisión del juez y después se fue a casa, abatido y con la ropa aún húmeda.

Al día siguiente, con intención de mantenerse ocupado mientras esperaba recibir alguna noticia por parte de Bocchese, decidió entretenerse con el caso de las prostitutas chinas; sólo que estas parecían haber desaparecido como si una fuerza de la naturaleza las hubiera borrado de la faz del Véneto. Al parecer, ninguna de las mujeres llevaba identificación en el momento de su arresto, así que las habían soltado con la advertencia de que debían regresar al día siguiente con la documentación. No obstante, ninguna había cumplido con su obligación, y cuando la policía decidió comprobar sus direcciones, una de las cuales resultó ser una frutería y otra un estanco, nadie sabía de qué hablaban los agentes.

Los propietarios italianos de los apartamentos donde las mujeres estaban instaladas se escandalizaron, con razón, al enterarse de que el caballero chino que había alquilado las viviendas había proporcionado información falsa y no se le podía localizar. Para entonces, todas las mujeres y el tipo que había firmado los contratos de arrendamiento habían desaparecido.

Mientras Brunetti rumiaba todo eso, lo interrumpió una llamada de Bocchese, que anunció sin previa introducción:

—La lluvia lo ha estropeado todo: es decir, las huellas dactilares y los restos de ADN. En el paraguas hay rastros de al menos tres personas. Podría intentar convencer al juez de que las huellas coinciden con las del cuchillo, pero un buen abogado de la defensa me dejaría en ridículo.

—Gracias —respondió Brunetti, que no sabía qué más decir.

Más ambigüedades. Más pruebas que no llevaban a ninguna parte.

Mientras leía la documentación había perdido la noción del tiempo y de pronto se fijó en que la luz había empezado a atenuarse. De todos modos, todavía era demasiado pronto para plantearse volver a casa.

Quizá una conversación con el *signor* Vittori del apellido añadido resolviese la ambigüedad de algunos de los datos de que disponían. Sacó el listín telefónico del último cajón y se dio cuenta de que un acto tan común como consultar sus páginas se había convertido en un ritual arcaico.

Buscó las uves y acto seguido y sin esfuerzo alguno encontró un Alessandro Vittori-Ricciardi —no podía haber dos en la ciudad— cuyo domicilio estaba en

San Marco. Marcó el número y oyó una voz grabada que le pedía que dejara un mensaje o llamase a otro número que proporcionaba a continuación.

Lo marcó y la respuesta fue:

—Vittori-Ricciardi.

—Ah, *signore* —dijo Brunetti con toda su amabilidad—. Soy el *commissario* Guido Brunetti. Nos vimos ayer.

—¿Disculpe?

—Nos encontramos bajo la lluvia, en calle del Tintor. Usted iba con su amigo, el *signor* Bembo. ¿Se acuerda?

—Ah, sí, claro —respondió con un tono mucho más cordial—. ¿Puedo ayudarlo en algo, *commissario*?

—Sí, le agradecería que buscara un ratito para hablar conmigo —pidió Brunetti imitando su cortesía—. Me gustaría aclarar algunas cosas.

—Siento decir que no le entiendo —admitió Vittori-Ricciardi.

Brunetti pisó el acelerador como si el otro hombre no hubiera dicho nada.

—Se trata sólo de una formalidad, *signore*, pero me gustaría charlar sobre la reacción que tuvo esa mujer al verlo.

—Usted ya sabe que le pasa algo —protestó Vittori-Ricciardi con energía—. No puede tratar con seriedad nada de lo que ella diga.

—¿Quiere decir que la conoce? —preguntó Brunetti sin suspicacia.

Vittori-Ricciardi tardó unos segundos en responder, pero cuando lo hizo, lo hizo con fuerza.

—Claro que sí. Es la nieta de la señora que me da trabajo.

—Ah —suspiró Brunetti, como si el dato se le hubiese olvidado—, es cierto.

Esperó a ver si su interlocutor decía algo más.

—A lo que me refiero es que he oído hablar de ella —corrigió Vittori-Ricciardi.

—¿Y la reconoció? —preguntó Brunetti con inocencia.

A continuación hubo una pausa más larga que la anterior.

—Me habían indicado quién era en otras ocasiones.

—De acuerdo —respondió Brunetti con calma—. ¿Le importaría venir a hablar conmigo, *signor* Vittori?

—¿Adónde?

—A la *questura*. Donde yo trabajo —explicó el *commissario* con amabilidad.

—¿Cuándo?

—Podría ser mañana por la mañana —sugirió Brunetti, a fable.

—¿A qué hora?

—A la que le sea más conveniente.

—Ejem...

Brunetti se dio cuenta de que trataba con un hombre que, por muy inteligente que fuese, no era muy valiente: podría haberse negado a quedar con él, pero no

lo había hecho.

—¿A las once? —propuso Vittori-Ricciardi al final.

—Perfecto. Le espero a esa hora —respondió con su tono más cordial, y colgó.

Acto seguido llamó a Griffoni, pues creía que ella debía estar presente durante la entrevista.

—Vittori-Ricciardi viene mañana a las once —dijo a modo de saludo—. Me gustaría que estuvieras aquí cuando hable con él.

—¿En calidad de qué? —preguntó ella.

Brunetti no tuvo más remedio que echarse a reír.

—De mujer atractiva a la que intentará impresionar con su encanto y su gracia.

—¿Una que no es rival de su inteligencia y sólo tendrá ojos para él y pensará que todo lo que dice es maravilloso?

—Exacto.

—¿Una que con tanto interés conseguirá que no preste atención a lo que él mismo diga mientras lo interrogues porque estará pendiente de impresionarla?

—Eso es.

—¿Debería esa mujer vestirse de algún modo en particular?

—Eso te lo dejo a ti, Claudia —respondió Brunetti, y se despidió hasta la mañana siguiente.

Poco después de las diez de la mañana, Brunetti fue al despacho de Griffoni y al verla no pudo reprimir una sonrisa. Su pelo era un cúmulo de rizos dorados, sujetos por una cinta negra tan indisciplinada que permitía que tres o cuatro mechones escapasen de su control. Llevaba un jersey ceñido de color beis que alentaba al ojo del entendido a adivinar el encaje del sostén. La falda, de lana y de color marrón oscuro y de la medida exacta, le llegaba justo por encima de las rodillas y permitía mostrar los encantos de sus pantorrillas perfectas.

El maquillaje era comedido: pintalabios de color rosa pálido y un toque de perfilador de ojos. Su aspecto no desmentía que fuera una agente de policía seria, pero sugería de forma muy eficaz la posibilidad de algo más.

—*Complimenti* —la felicitó Brunetti, que no ocultaba su admiración.

—Gracias, *commissario* —respondió ella con un parpadeo coqueto—. Para las mujeres es muy importante saber que contamos con la aprobación masculina.

—Bueno, con eso ya vale, Claudia.

Brunetti se sentó en la sencilla silla de madera que los invitados ocupaban en aquel despacho diminuto.

—Reconoció a Manuela —anunció—, y me advirtió que no creyese nada de lo que ella dijera, porque le pasaba algo.

Al oír eso, el rostro de Griffoni quedó vacío de expresión.

—¿Dijo algo más? —preguntó.

—No, la verdad es que no. Que no la conocía, que sólo se la habían señalado. Después le pedí que viniera a hablar conmigo y accedió.

—¿Tan idiota es? —preguntó Griffoni.

—Si aparece sin abogado, la respuesta es sí.

—¿Por qué viene?

—Creo que no se le habrá ocurrido que tal vez lo hayamos conectado con el caso de Cavanis —explicó Brunetti.

Griffoni pensó un momento.

—Seguro que tienes razón. Nos lo encontramos por casualidad y es normal que te intereses por una reacción tan fuerte, sea de quien sea. Pero no hay motivos obvios para relacionarlo con Cavanis.

El *commissario* intentó ponerse en la piel del joven, arrogante y seguro de sí mismo.

—Qué listo: debe de saber que ella no puede testificar.

—¿Por cómo está? —preguntó Claudia.

—Sí, por eso —afirmó Brunetti—. Pero también porque nadie con un mínimo de decencia se lo pediría.

Esa vez Griffoni indicó con un movimiento de la cabeza que estaba de acuerdo. Miró la pared por encima de Brunetti con tanta atención que él no se atrevió a interrumpirla.

—Nada de esto tiene sentido —dijo ella al final—, a menos que la violase, ¿verdad?

—Eso es. Si Cavanis recordó lo que vio y además se lo contó a Vittori, entonces a este no le quedaría más remedio que cometer otro crimen para ocultar el anterior.

Brunetti se estremeció al oírse a sí mismo decir eso, hasta que se acordó de la representación de *Macbeth* que vio con Paola en Londres. Él también se había convencido a sí mismo de que no tenía otra opción.

Griffoni miró la hora y preguntó:

—¿Crees que es mejor que me retrase unos minutos? Eso me permitiría mostrar sorpresa y estar encantada al mismo tiempo, ¿no te parece?

—Me parece que estás muy familiarizada con estas situaciones.

—En Nápoles nos aferramos a las costumbres, Guido. Allí estas ideas siguen presentes.

El *commissario* se levantó de la silla y la rodeó para llegar a la puerta.

—Voy a pedir a los de abajo que te avisen cuando llegue.

—Contaré los minutos.

Brunetti había decidido decorar la escena con objetos de *attrezzo* y por eso había ido al despacho de la *signorina* Elettra para pedirle toda la documentación que tenía pendiente de leer. Se la llevó al suyo y colocó tres o cuatro carpetas a mano derecha y el resto en una pila delante de su silla. Después abrió la primera, que hablaba sobre la nueva normativa para el uso de vehículos oficiales en viajes de trabajo y que tenía cinco páginas de extensión. Lo cerró y lo apartó mientras se preguntaba por qué le habrían enviado algo así a la policía de Venecia.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos. Abrió la siguiente carpeta, dijo «*Avanti*» y empezó a leer. Contó tres segundos largos y al levantar la mirada vio a Vittori a la entrada al despacho. Estaba solo: había acudido sin un abogado y Brunetti no daba crédito. Aun así, le sonrió.

—¡*Signor* Vittori! —lo saludó, usando sólo un apellido—. Gracias por venir.

Se puso en pie, pero permaneció detrás de la mesa, como manifestación consciente de la supremacía territorial que se cuidaba de emplear con visitantes

susceptibles de interpretar el gesto de ese modo, aunque ellos mismos no se diesen cuenta de que lo hacían.

—Por favor —dijo, y le señaló las sillas que había ante su mesa.

Vittori, que llevaba un traje de color gris oscuro con una corbata a rayas rojas y amarillas, mantuvo la barbilla alta y la mirada en el *commissario*, pero parecía reticente a mover los pies y tardó unos segundos en cruzar la estancia. La barba le había camuflado un rostro rechoncho y la papada, y ahora que ya no la llevaba, observó Brunetti, no sólo parecía más joven, sino más corpulento. Por lo contrario, los labios parecían más finos que antes.

Vittori le tendió la mano desde el otro lado de la mesa y Brunetti se la estrechó sin dilación. Su apretón era fuerte, pero al mismo tiempo vacilante, como si quisiera comprobar si Brunetti pretendía ganar, aunque no tuviera claro el qué. El *commissario* respondió con un apretón firme que soltó enseguida.

El joven se sentó y se acomodó la pernera para no dejar marcas en las rodillas. Brunetti echó un vistazo rápido a las solapas y los hombros y resolvió que el traje merecía esas precauciones.

Esperó un momento, pero Vittori permaneció en silencio, cosa que seguramente hacía de forma deliberada. Parecía atento e interesado, pero también algo confuso, tal vez con intención de mostrarse perplejo por que la policía quisiera una reunión nada menos que con él.

—La *contessa* me ha hablado de usted —empezó a decir Brunetti, y le ofreció una sonrisa afable con la que consiguió insinuar que eran amigos íntimos —. Está muy contenta con su trabajo, dice que tiene usted un don.

Vittori se miró los zapatos para afectar modestia.

—Es un comentario muy amable por su parte —admitió.

—¿Qué diseña para ella? —preguntó el *commissario* con verdadero interés.

—Los apartamentos que después se alquilan a parejas jóvenes. Las plantas de los *palazzi* se dividen en viviendas más pequeñas, y tratamos que los tamaños, el diseño y los acabados sean muy similares.

—¿A qué se debe?

—Es para que nadie se sienta engañado si ve el apartamento de los vecinos. Entre ellos no hay diferencias notables.

—Si me lo permite, tengo curiosidad por un tema —dijo Brunetti, sabiendo lo importante que era establecer el patrón de preguntas y respuestas desde el principio—. ¿Cuánto paga la gente por el alquiler y de qué tamaño son los apartamentos?

—Todos tienen entre cien y ciento diez metros cuadrados —respondió Vittori —: dos dormitorios y dos baños. Y el alquiler es de unos quinientos euros al mes.

—Pero es muy poco —repuso Brunetti, que no necesitó fingir sorpresa.

—De eso se trata —explicó Vittori con una sonrisa de orgullo—, de que los jóvenes puedan permanecer en su ciudad.

—¡Bravo por Demetrian! —exclamó Brunetti.

Había usado el nombre de pila con naturalidad, como si estuviera acostumbrado a hacerlo.

—Sabía que eran alquileres bajos, pero no me había dicho cuánto.

Hasta cierto punto, no estaba mintiendo.

—Es un proyecto muy valioso —añadió con admiración.

—Es una pena que no haya más gente en la ciudad que haga lo mismo —se lamentó Vittori.

—Estoy de acuerdo. Creo que...

Lo interrumpió alguien llamando a la puerta de su despacho.

—*Avanti* —dijo.

Se abrió la puerta y entró Griffoni, que, según vio Brunetti con aprobación, había tenido tiempo de pintarse los labios de nuevo.

Vittori se levantó y se volvió hacia ella.

—*Signor Vittori*, le presento a mi colega, la *commissario* Griffoni.

Claudia se le acercó con el brazo extendido. Vittori le tomó la mano y bajó la cabeza para besar al aire justo por encima, mientras Griffoni lanzaba una sonrisa de oreja a oreja a Brunetti. Era evidente que el joven no había reconocido a la mujer empapada y con gorro que había visto en la calle.

—Siéntate, Claudia, por favor —invitó Brunetti.

Vittori se colocó detrás de la otra silla y la retiró unos milímetros. Griffoni se recogió la falda y se sentó con las rodillas y los pies juntos en una pose muy recatada.

—El *signor* Vittori me estaba hablando de su trabajo.

—Es usted arquitecto, ¿verdad, *signore*?

—Bueno —respondió él con modestia—, tengo una licenciatura en Arquitectura, pero debo confesar que prefiero hacer interiores, aprovechar los distintos elementos que proporcionan el espacio y la luz para crear un lugar en el que la gente se sienta cómoda, como en casa, sin dejar de apreciar la belleza que los rodea.

—Ustedes los venecianos tienen la ventaja de vivir rodeados de belleza por todas partes —dijo Claudia con una sonrisa de admiración.

Vittori le devolvió la sonrisa y Brunetti se preguntó qué clase de idiota era. «Está delante de dos *commissari di polizia* y se cree Casanova: si encandila a Claudia, ella lo protegerá de mí. Pues bien, vamos a ver qué tal va la cosa».

—De eso no cabe duda —interrumpió Brunetti de pronto—. Pero le he pedido que venga, *signor* Vittori, para hablar del encuentro en la calle con Manuela Lando—Continúe en el que también participamos la *commissario* y yo.

—Vaya, ¿era usted? —preguntó Vittori a Griffoni—. Los gritos de esa mujer me distrajeran —se justificó, y enseguida añadió—: De no ser así, me habría

fijado en usted.

Griffoni le brindó otra sonrisa y, con evidentes reticencias, prestó toda su atención a Brunetti.

—*Commissario*, ¿cree que deberíamos seguir el protocolo y grabar la conversación? —preguntó.

Había tenido la precaución de dirigirse a él usando su cargo a pesar de que él la había llamado por el nombre, para dar a entender que en aquel despacho mandaban los hombres sin que quedase duda al respecto.

Sonriendo en dirección a Vittori, Brunetti dijo:

—Sólo si el *signor* Vittori no tiene objeción.

En mitad del silencio que se hizo, Vittori miró a Brunetti y después a Griffoni, que le ofrecía una sonrisa alentadora.

—No, claro que no.

Brunetti pulsó el botón de la mesa que activaba la grabadora, recitó la fecha, la hora y la ubicación, y añadió: «Conversación entre Alessandro Vittori, el *commissario* Guido Brunetti y la *commissario* Claudia Griffoni».

Apartó a un lado el montón de documentos que tenía delante, acercó la silla a la mesa y prestó toda su atención a Vittori.

—*Signor* Vittori, ayer por la tarde, en calle del Tintor, la *commissario* Griffoni y yo fuimos testigos de un acalorado encuentro entre usted y la *signorina* Manuela Lando-Continui. ¿Le importaría contarnos qué sucedió?

—¿Por qué cree que fue un encuentro, *commissario*? —preguntó Vittori con curiosidad natural—. Yo iba por la calle con un amigo y de pronto esa mujer se puso a... Creo que tendrá que atestiguar que, cuando empezó, yo estaba a cierta distancia de ella. Se puso a chillar, no sé si a mi amigo o a mí. Era imposible saberlo.

El desconcierto de Vittori parecía del todo real.

—Al fin y al cabo, íbamos codo con codo.

—Diría que lo estaba señalando a usted —opinó Brunetti—. Y que no le quitaba ojo de encima.

—Lo dice con mucha seguridad —repuso Vittori con tono condescendiente—. Llovía a cántaros, y a pesar de que tanto mi amigo como yo llevábamos impermeables, estábamos calados hasta los huesos, así que creo que ni siquiera nuestras madres hubieran podido distinguarnos el uno del otro.

Griffoni sonrió y después disimuló y miró a Brunetti, que afirmó:

—Desde donde yo estaba, se veía que lo señalaba a usted, *signor* Vittori. Y usted ha dicho que la conoce.

Vittori alzó una mano en un gesto monitorio.

—*Commissario*, no quiera hacerme decir cosas que no he dicho. He admitido que sé quién es, no que la conozca. Me he cruzado con ella por la calle alguna

vez, pero no me la han presentado.

Miró a Griffoni como para que confirmase que lo que decía era cierto.

Ella asintió y repitió el gesto de Vittori con la palma hacia Brunetti, aunque enseguida la retiró y se tapó la boca. Tosió un poco, después con algo más de fuerza, y al final se encorvó y fue presa de un violento ataque de tos que casi le impedía respirar. Vittori se volvió hacia ella y le tocó el brazo, pero ella siguió tosiendo y temblando como una hoja. Se quitó la mano de la boca para respirar mejor, pero al instante se la volvió a tapar sin poder dejar de toser.

Vittori, que no sabía qué hacer, se comportó como un caballero y le dio el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la pechera. Ella lo usó para taparse la boca y continuó tosiendo, pero consiguió indicarle con un ligero cabeceo que estaba bien. Poco a poco paró de toser y se recostó en la silla respirando con dificultad.

—¿Está bien, *signora*? —preguntó Vittori acercándose a ella.

Claudia asintió.

—Gracias. Si —respondió con voz áspera y estrangulada.

Brunetti vio que aún tenía la cara roja y estaba ronca.

Sin saber bien qué hacer, el *commissario* se limitó a esperar a que respirase con normalidad y entonces preguntó:

—¿Quieres un vaso de agua?

Con un gesto de la mano indicó que no y sonrió a Vittori, como si el ofrecimiento hubiera sido suyo.

—En ese caso, supongamos que las palabras de la joven iban dirigidas a usted, *signor* Vittori —recapituló Brunetti—. Insistía en que, de algún modo, usted le había hecho daño —expuso, y antes de que Vittori pudiera corregir la afirmación, la modificó—: Perdón, que uno de ustedes le había hecho daño. ¿Sabe por qué decía eso?

—Quizá le di con el paraguas —respondió Vittori, y se volvió hacia Griffoni para compartir con ella el comentario jocoso.

Brunetti alcanzó a ver un relámpago de rabia en la mirada de su compañera, pero era posible que Vittori viese tan sólo el relámpago y lo interpretase según le conviniera. Continuó sonriendo incluso cuando miró a Brunetti.

«De momento será mejor pasar por alto el comentario del paraguas», pensó el *commissario*.

—*Signor* Vittori —continuó—, ¿está seguro de que no la había visto antes y de que no había trabajado con ella o algo parecido? Cualquier cosa que le permitiera reconocerlo, por muy excesivo que fuese el comportamiento de la joven.

—¿Cómo podría alguien como ella trabajar? —respondió Vittori sin pensar y, al parecer, contento de hallar algo que criticar en las preguntas de Brunetti—. Lleva así mucho tiempo.

Brunetti forzó una sonrisa de confusión.

—¿«Alguien como ella», *signor* Vittori?

—Una retrasada, si me permite que use esa palabra tan anticuada —contestó Vittori con remilgos y, al cabo de un momento, incapaz de disimular la malicia, añadió—: Una niña de siete años.

—Gracias, *signor* Vittori. Tendré que preguntarle a su abuela si alguna vez ha hecho algo así antes —dijo Brunetti.

Le llamaba la atención que Vittori conociera la historia de Manuela lo suficiente como para calcular su edad mental.

—Me sorprende que no se haya tomado la molestia de hacerlo antes de pedirme que viniera —protestó Vittori con la irritación justificada de los perseguidos.

Se volvió hacia Griffoni.

—Pero al menos he tenido la oportunidad de conocer a su compañera.

«Dios mío —pensó Brunetti—, ¿los hombres adultos siguen comportándose así?» .

—Si no la conoce, ¿cómo sabe tanto sobre su minusvalía? —preguntó Griffoni, que había dejado que su acento napolitano aflorase.

Vittori no se hubiera sobresaltado más ni aunque un cachorro le hubiese mordido la mano con la que lo acariciaba. De hecho, al oír la pregunta se echó atrás en un intento de distanciarse de aquel comportamiento tan poco femenino.

—Todo el mundo lo sabe. Es decir, todos los venecianos.

El comentario parecía tener un «chúpate esa, sureña» implícito.

—¿Qué es lo que saben, *signor* Vittori? —inquirió Brunetti.

—Que se cayó a un canal. Que estaba borracha o drogada o que intentó suicidarse, y estuvo bajo el agua tanto tiempo que sufrió lesiones cerebrales.

—Y ahora es una niña de siete años, ¿no? —preguntó Griffoni sin saña—. Al parecer, sabe usted mucho sobre una persona que no conoce, *signore*.

—Toda la ciudad lo sabe —repitió—, como ya le he dicho —añadió con una sonrisa, muy pagado de sí mismo.

Después de cavilar unos instantes, continuó:

—Además, no hay más que verla para saber que le pasa algo.

—Es usted muy observador —repuso ella, y sonrió.

Por un momento, Brunetti vio cómo el instinto y la costumbre se hacían con el control de Vittori y él sonreía. Sin embargo, la sonrisa se tornó nerviosa y forzada.

—Basta con verle la cara y esa mirada ausente.

Brunetti se sorprendió de que la frase no provocase escalofríos a su compañera.

La *commissario* sonrió y alzó la barbilla, como si estuviera a punto de dar lugar a una especulación filosófica, y entonces hizo justo eso.

—Me pregunto qué clase de mujer sería si no hubiera acabado en el agua. Si tuviera treinta años en lugar de siete.

Bajó la mirada y después contempló a Vittori.

—¿No se lo ha preguntado nunca, *signor Vittori*?

Este se quedó inmóvil, su rostro una máscara de incompreensión. Brunetti se dio cuenta de que el arquitecto no se lo había planteado jamás y sintió un estremecimiento. Para él habían pasado quince años, y mientras Manuela estaba atrapada en el ámbar de la inmutabilidad, él no se había parado a pensar en ello ni una sola vez.

El silencio se dilató. Brunetti notó que sus sentimientos e ideas respecto de aquel hombre se endurecían. Miró a Griffoni y le leyó una fría determinación en los ojos. Vittori tenía la boca entreabierta, como si buscara un nuevo modo de respirar.

—¿Por qué debería darle vueltas a eso? —preguntó por fin.

Violación, intento de asesinato y asesinato: Brunetti reflexionó sobre esa curva ascendente de crímenes. Pero lo que lo consternaba era que Vittori hablaba en serio: ¿por qué debía molestarle en pensar en lo que le habían hecho a Manuela?

El *commissario* lo miró y dijo:

—He vivido aquí toda la vida y no la había visto jamás.

Hizo una pausa, como si estuviera considerando una posibilidad, y a continuación forzó una sonrisa y continuó:

—Por supuesto, podría ser porque vivimos en zonas distintas de la ciudad.

Vittori se irguió en la silla, miró a Griffoni como si fuera alguien que se le había sentado al lado en el *vaporetto* cuando el barco estaba vacío y dijo:

—No suelo tener motivos para ir a Santa Croce.

A fuerza de voluntad, Brunetti evitó mirar a su compañera. No sabía si estaba a punto de abalanzarse sobre Vittori por admitir que sabía dónde vivía alguien que, según él, no conocía, o si pensaba esperar hasta más tarde.

—Lo que me preocupa —empezó a decir Brunetti, de hombre a hombre— es que ella presente algún tipo de queja oficial contra usted. Que le diga algo a su madre o a su abuela y que cualquiera de las dos nos pregunte qué sabemos del asunto. En ese caso, no me quedaría más remedio que repetir lo que vi y lo que le oí decir.

Vittori alzó las manos para demostrar su exasperación.

—¿Cómo es posible, si es medio tonta? ¿Quién la iba a creer?

Brunetti desestimó esa posibilidad.

—Estoy pensando en el efecto que eso tendría en su reputación. Como dice, usted trabaja para su abuela. No tengo manera de saber cómo reaccionaría ella.

—Pero no la creería, ¿verdad? —preguntó un Vittori escandalizado.

—Manuela es su nieta —respondió Brunetti, con lo que pretendía insinuar que no había modo de calcular hasta dónde podía verse arrastrada una persona cuando la familia entraba en juego. Además, las mujeres eran de un sentimentalismo desesperante, ¿no?

—Más motivo para que la abuela no la creyese —arguyó Vittori—. La *contessa*, que lleva tantos años con ella, sabe lo que es su nieta.

Vittori calló un momento y después prosiguió con rabia.

—No se trata sólo de mi reputación, también se está cuestionando mi honor.

Tomó aire dos veces y soltó:

—La mera idea de que yo la asaltaría... ¡es ridícula!

«No mires a Claudia. No mires a Claudia. No mires a Claudia», se repitió Brunetti mientras se obligaba a no apartar la mirada de Vittori.

El hombre se había hecho con el papel, y exigió:

—¿Cómo se atreve a acusarme de semejante cosa? ¿Cómo se atreve?

Brunetti se dio tiempo para que la razón, dulce musa, acudiese en su ayuda.

—La cuestión, por difícil que resulte, es que hoy en día todo el mundo tiende a creer a la mujer.

—Pero es que ella no lo es. Es una cría —repuso Vittori sin molestarse en ocultar su indignación—. Nadie la creerá.

Brunetti estaba a punto de contestar cuando de pronto le sonó el teléfono. Vio que era el número de la *signorina* Elettra, así que contestó con un simple «*Sì?*».

—Acaba de llamarme Giorgio. La última llamada con las tarjetas que sacamos de la basura de Cavanis se hizo el día que lo asesinaron, por la mañana. Al número particular del hombre que está ahora con usted. A las ocho y cuarenta y tres. Duró seis minutos. Desde una cabina a dos puentes de distancia de la casa de Cavanis.

Y después de eso, la *signorina* Elettra colgó.

Brunetti entrelazó los dedos sobre la mesa, tal como recordaba que hacía durante la evaluación anual de su trabajo el primer *questore* con el que había trabajado. Se permitió echar una mirada breve a Griffoni, que tenía las manos juntas en el regazo. Le vio un bulto debajo de la manga del jersey, justo en el puño: el pañuelo de Vittori, supuso. Allí habría rastros que la lluvia no había estropeado.

—*Signor Vittori* —empezó a decir con tono serio y no demasiado afable—, me gustaría dejar a un lado la vaga acusación que se le hizo ayer en la calle para centrarnos en otros acontecimientos del pasado.

—Espero que no sea cuando cayó al agua —dijo Vittori.

Intentaba parecer irónico, pero apenas llegó a beligerante.

—No, hablo de algo mucho más reciente —contestó el *commissario* con naturalidad—. Me refiero a la mañana en la que recibió una llamada de Pietro Cavanis.

Miró a Vittori, cuyo rostro había quedado vacío de expresión.

—¿Podría decirme si se acuerda de eso, *signor Vittori*?

El arquitecto intentó no mostrar interés por la pregunta, pero no se le daba bien. Echó la cabeza atrás unos milímetros y contrajo la boca en un gesto que en otras circunstancias hubiese mostrado despecho o irritación. De no haberse afeitado la barba, ninguno de los dos *commissari* hubiera visto el mohín.

Brunetti, imitando a su *questore*, bajó la cabeza y se miró las manos durante un momento. Cuando alzó la mirada de nuevo, vio que Vittori se observaba las suyas, que tenía entrelazadas en el regazo. Brunetti miró a Griffoni, que inclinó la cabeza con expresión pétrea para decirle que él estaba al mando y ella seguiría sus indicaciones.

—Eso fue un jueves, ¿verdad? —preguntó Vittori con voz tranquila y la cabeza gacha.

—No, fue un domingo —respondió Brunetti, y le proporcionó la fecha exacta.

—Domingo... Diría que estaba en casa.

—¿No se acuerda?

Tras una pausa para reflexionar, Vittori contestó:

—Creo que ese día no salí de casa.

Brunetti no le llamó la atención sobre el hecho de que no se había molestado

en preguntar quién era Pietro Cavanis.

—Tengo mucho trabajo y a menudo me lo llevo a casa —explicó Vittori. Entonces, hablando de un burócrata con sobrecarga de trabajo a otro, añadió—: Ya sabe cómo son las cosas.

Sin hacer caso del comentario, Brunetti preguntó:

—¿Recuerda haber hablado con el *signor* Cavanis?

Vittori lo miró como si el *commissario* hubiera conseguido entrar dentro de su cabeza.

—Es posible, pero no tengo un recuerdo claro —respondió, sin disimular lo que estaba tratando de hacer pasar por una ligera indignación.

—Hablamos de una llamada que duró seis minutos —afirmó Brunetti para refrescarle la memoria.

Vittori se observó las manos de nuevo en busca de una respuesta plausible y Brunetti aprovechó para mirar a su compañera. Le hacía tan poco caso al interrogado que podría haber un muro entre ella y el arquitecto.

—Es posible —respondió Vittori al final—. La gente se toma la libertad de llamarme muy temprano.

—¿Cuándo? —inquirió Brunetti.

—Ah —exclamó Vittori—, ¿no lo ha dicho usted?

—No, pero si con eso le ayudo a recordar, la llamada es de las ocho y cuarenta y tres de la mañana. Bastante pronto, sin duda.

—Sí, sí —contestó Vittori arrastrando la palabra—. Es pronto.

No apartaba la vista de Brunetti, como si tuviera miedo de lo que le pudiera ocurrir si miraba a Griffoni.

Al *commissario* le vino a la mente una serie de televisión que había visto hacía una eternidad, puede que treinta años antes. Se llamaba *V* y los protagonistas eran reptiles de tamaño humano disfrazados de personas. Cuando los mataban, se les caía el caparazón de persona y el gigantesco reptil del interior quedaba al descubierto justo antes de morir. Vittori estaba perdiendo su armadura de arrogancia y, desde el punto de vista de Brunetti, parecía estar menguando, como si se marchitase.

Vittori respiró hondo, empezó a decir algo y entonces se detuvo para tomar otra bocanada de aire. Permaneció en silencio un buen rato, prestando toda su atención a sus manos, que se aferraban la una a la otra con los dedos entrelazados.

Cuando dio por sentado que Vittori no iba a decir nada, Brunetti cambió de tema.

—*Signor* Vittori, sabemos que trabajó en los establos y que el *signor* Degli Specchi le escribió una carta.

Vittori, que ya no se movía, se quedó aún más paralizado. Brunetti creyó oír un ruido suave, como el que hace un hombre al coger algo pesado.

—Estoy seguro de que la gente que trabajaba allí en esa misma época —prosiguió con calma— se acordará de usted y de... cualquier peculiaridad en su comportamiento.

Se fijó en cómo las palabras percutían en Vittori.

El arquitecto continuó en comunión con sus manos un rato más y al final miró a Brunetti.

—Alguien me vio en televisión —explicó—. Y me llamó para contarme una historia de locos. Decía que tenía que darle dinero; de lo contrario, los llamaría y se lo diría todo.

—¿A la policía? —preguntó Brunetti.

Observó a Vittori mientras este hablaba, asombrado de hasta qué punto el miedo podía cambiarle el rostro a una persona: le exageraba los huesos y le hacía los ojos más pequeños.

—¿Para contarnos el qué? —lo instigó.

Le daba la sensación de que el arquitecto estaba decidiendo de qué manera contar la historia.

—Me dijo que si no le daba dinero —explicó al final—, los llamaría y les diría que me vio tirar a Manuela al canal.

Esperaba la respuesta de Brunetti, y añadió:

—Que mancillaría mi honor.

Brunetti oyó a Griffoni tomar aire como si hubiera tocado algo asqueroso en un lugar oscuro.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó.

El rostro de Vittori se tiñó de indignación.

—¿Qué iba a hacer? Era un loco acusándome de algo falso. No sabía quién era. Eran las amenazas de un demente.

Brunetti lo contempló engrasando los engranajes de su historia.

—Le colgué.

El *commissario* lo miró. Una vez más, se observaba las manos. Entonces Brunetti miró a Griffoni, que indicó que no con la cabeza.

—¿Y después de eso?

—Después de eso nada. No volvió a llamarme.

—¿No intentó averiguar de dónde venía la llamada? ¿No comprobó el número?

—No. Estaba muerto de miedo. Una acusación como esa podría tirar por tierra mi reputación, mi carrera. Me arrastrarían a juicio para que esa mujer me chillase acusaciones de loca. Estaría indefenso, todo el mundo la creería a ella.

A Brunetti le pareció sensato no recordarle que Manuela no lo había acusado de nada: sólo había gritado. Se limitó a hacerle una pregunta inocua:

—¿Deberían creer lo que ella dijese?

—Claro que no —repuso Vittori, y abrió las manos en el aire—. Siempre me

seguía a todas partes y me tocaba cuando la ayudaba a subirse al caballo. Era como una de esas yeguas en celo, siempre suplicando.

Brunetti echó un vistazo rápido a Griffoni, que se había aferrado a los lados de la silla, como si ese fuera el único modo de evitar abalanzarse sobre el arquitecto.

Hablando como si fuera un amigo suyo sorprendido al ver que había pasado de largo su propia calle, Brunetti preguntó:

—Pero ¿de qué tenía miedo?

—La acusación falsa de una mujer que era menor en el momento de... — Cogió aire y soltó las palabras con desprecio—. Del supuesto ataque. Incluso algo así podía causarme problemas.

—Pero no habría ocasión de escucharla —expuso Brunetti con cuidado de no mirar a su compañera.

—¿Cómo que no? —insistió Vittori con mal genio—. Siempre creen a la mujer.

—Pero no hay nada que ella ni nosotros pudiéramos hacer al respecto — insistió Brunetti al ver que Vittori no comprendía—. Me refiero a la prescripción. Pasados diez años, no se puede acusar a nadie de nada. Incluso si usted lo hubiera hecho, ahora no se le puede llevar a juicio. Ya está. No hay problema.

Vittori se quedó helado. Bajo la atenta mirada de Brunetti, intentó abrir la boca, pero no lo consiguió. Salió de su trance, se humedeció los labios y pudo por fin separarlos, aunque no pronunció nada más allá de un « ajá » estrangulado. Se había quedado pálido, y durante un instante el *commissario* pensó que se iba a desmayar. El tiempo se había detenido en el despacho mientras Vittori trataba de volver a la vida.

Brunetti había leído que, muchas personas, al enfrentarse al fin de la existencia, ven pasar los acontecimientos de su vida. En el caso de Vittori, sólo contaban las últimas semanas; Brunetti estaba convencido de eso.

La voz que finalmente salió del interior del arquitecto era la de un anciano.

—No puede ser cierto. —Si los desiertos hablasen, sonarían así—. No puede ser.

—Debe de estar contento, *signor* Vittori —dijo la *commissario*—. Nada de lo que ella diga ahora puede afectar a su honor. Tal como le ha dicho mi colega, no importa lo que usted le haya hecho o no. Se acabó. No hay problema.

De haber estado de pie, Vittori se habría tambaleado. Pero, sentado como estaba, imitó la postura de Griffoni y se aferró al asiento. Respiró hondo una vez y después otra, y soltó un suspiro enorme, como si acabase de protagonizar una valiente gesta.

Brunetti tenía la tentación de alargar la situación y darle la oportunidad de decir algo más, pero nunca había sido partidario de la tortura, ni siquiera cuando se trataba de alguien como el tipo que tenía delante, así que optó por decir:

—No obstante, el asesinato de Pietro Cavanis aún no ha prescrito, *signor*

Vittori, y por tanto ahora le acuso de haberlo cometido y procedo a arrestarlo.

Llegado ese punto de la entrevista con el *signor* Vittori y según testificó Brunetti en el juicio por el asesinato de Pietro Cavanis, la *commissario* Claudia Griffoni se levantó y salió del despacho.

Durante ese mismo juicio, Alessandro Vittori testificó que Manuela Lando-Continui le había suplicado que se acostase con ella, pero que él se había negado porque era menor de edad y no quería poner en peligro su empleo. Sin embargo, dos clientes de los establos que tenían los caballos allí en la misma época en que el *signor* Vittori trabajaba en la escuela de equitación, testificaron que la atención que prestaba a la joven era de naturaleza casi violenta y que eso perturbaba e indignaba a la *signorina* Lando-Continui.

Ante las repetidas protestas del *signor* Vittori sobre su inocencia respecto al delito de asesinato, el abogado de la acusación aportó pruebas que indicaban lo contrario. La muestra de ADN que habían obtenido del pañuelo coincidía con el ADN presente en el cuchillo con el que se asesinó a Pietro Cavanis. Además, la mañana del asesinato —y poco después de recibir una llamada hecha con la tarjeta telefónica que encontraron en posesión de Pietro Cavanis—, el *signor* Vittori había buscado en internet los artículos de prensa que hablaban del rescate de Manuela Lando-Continui de las aguas de Rio San Boldo. Uno de ellos proporcionaba el nombre del *signor* Cavanis, el único Pietro con ese apellido que aparecía en el listín telefónico y seguía residiendo en la dirección de Santa Croce que se mencionaba en el artículo.

Por desgracia para él, Vittori no había usado internet para comprobar la prescripción del delito de violación, que había quedado invalidado mucho antes de que lo llamase el *signor* Cavanis. De haberlo hecho, tal vez no hubiera acabado cometiendo un asesinato, delito por el que fue declarado culpable en el primer juicio, aunque la sentencia fue apelada.

Aunque Brunetti sabía adónde se dirigían, no tenía ni idea de que ya habían llegado, pues Griffoni había tenido la precaución de salir de la autovía mucho antes de Preganziol y aproximarse a través de una red de carreteras secundarias al noroeste de la población, justo al otro lado de adonde se llega desde Venecia. Claudia, que conducía el coche de una amiga, evitó que los vieran desde la casa y se acercó desde el otro lado de la propiedad; el edificio principal quedaba oculto tras los árboles.

Detuvo el vehículo a unos cien metros de la valla, apagó el motor y las tres personas del interior esperaron mientras escuchaban los chasquidos del motor al enfriarse y de la carrocería al contraerse. Era primavera y las hojas volvían a nacer, pero el aire aún era fresco a pesar de que las nubes ya correteaban hacia el norte.

Brunetti fue el primero en bajar. Buscó al perro con la mirada, pero no había ni rastro de *Hector*: seguramente tenía una guardia de sueño que duraría todo el día. Sin pensarlo siquiera, cerró la puerta del coche con cuidado de no hacer ruido.

En el interior, Griffoni se había inclinado sobre el asiento del copiloto para ayudar a Manuela a soltar el cinturón de seguridad. Después de eso, la joven no tuvo problemas para abrir la puerta y salir.

—¡Qué bonito! —exclamó mientras miraba al follaje verde que los rodeaba—. Todo es nuevo.

Griffoni dejó de contemplar los campos y entrelazó su brazo con el de Manuela.

—Sí, la primavera es preciosa, ¿no te parece? —canturreó con la voz alegre que Brunetti le había oído utilizar cuando se dirigía a la joven.

Era un tono animado y optimista que sugería infinidad de oportunidades, el mismo con que él solía hablar a sus hijos, y que ya no empleaba con nadie.

—La primavera siempre me hace pensar que la vida nos da otra oportunidad —confesó a Brunetti con su voz normal.

Manuela dio media vuelta y la miró.

—No entiendo.

—No importa, *tesoro*. Cuando llega la primavera todo se pone verde y

podemos escuchar el canto de los pájaros. ¡Estamos en el campo!

Abrió los brazos y dio una vuelta, y Manuela la imitó. Giró y giró, hasta que Claudia tuvo que cogerla del brazo para detenerla y la abrazó hasta que se le pasó la excitación.

Griffoni se volvió hacia Brunetti y preguntó:

—¿Damos un paseo?

—Sí—respondió él—. ¿Hacia dónde?

—Vamos a seguir esta valla, a ver adónde nos lleva —propuso ella, como si nada—. ¿Te parece bien, Manuela?

No quería hacerla escoger entre alternativas más complicadas.

—Sí, sí—contestó ella, y se agarró al brazo de la *commissario*.

Con la valla a mano izquierda, echaron a caminar. Aquí y allá había travesaños que habían caído y otros que alguien había vuelto a colocar, sujetos con alambre retorcido. Uno de los postes estaba cubierto por completo del intenso color verde de las hojas de una clemátide, si bien era demasiado pronto para que hubiesen salido los capullos.

Manuela se detuvo de golpe y Griffoni chocó con ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—He oído un ruido —contestó la joven.

Claudia se quedó inmóvil, sin mover ni un dedo, igual que Brunetti. Tardaron unos instantes en acostumbrarse al silencio, pero cuando lo consiguieron el *commissario* oyó el ruido. Venía de entre los árboles que tenían a la derecha. Ahí estaba de nuevo: agudo, grave; agudo, grave.

—¿Es eso? —preguntó Griffoni.

Manuela asintió con la cabeza.

Griffoni la soltó, rebuscó en los bolsillos de los vaqueros y sacó un billete de cinco euros. Brunetti estaba ocupado registrando los suyos.

—¿Qué hacéis? —preguntó Manuela.

Quizá porque iba acompañada de Claudia, parecía curiosa en lugar de atemorizada.

—¿Llevas dinero en los bolsillos?

—No lo sé —contestó la joven, y metió las manos en los de la chaqueta.

Sacó la derecha con unas cuantas monedas.

—Tengo esto —dijo, y se lo mostró a Griffoni.

Esta se inclinó y con el índice separó las monedas en la palma de la joven.

—Seis euros con veintisiete.

—Muy bien —comentó Brunetti, y les enseñó su puñado de cambio—. Yo tengo cuatro euros con doce céntimos.

El rostro de Manuela expresaba confusión.

—No entiendo. No lo entiendo. Explicámelos, ¡venga!

—Es un cuco —aclaró Griffoni con su voz tranquilizadora—. La primera vez

que oyes un cuco en primavera, tienes que mirar cuánto dinero llevas en los bolsillos. Y cuanto más tengas, más tendrás a lo largo del año.

Manuela se miró la mano.

—¿Yo tengo mucho?

—Sí, más que yo y que el *signor* Brunetti.

—¿Eso es bueno?

—Claro —respondió Griffoni.

Le cerró la mano y le mandó guardar el dinero en el bolsillo para no perderlo.

—¿Qué puedo hacer con él? —insistió Manuela.

—Pues, si quieres, te puedes comprar un helado.

Manuela lo pensó.

—¿Hay suficiente para comprar también uno para ti y otro para el *signor* Brunetti?

Griffoni se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—Claro que sí, *stella* —respondió con voz temblorosa.

—Podemos parar en el camino de vuelta —interrumpió Brunetti.

Manuela asintió encantada y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—A seguir la valla un poquito más.

El cuco contestó, igual que hicieron otros pájaros. Así que continuaron caminando junto a la valla. En el lugar donde esta torcía hacia la izquierda, Claudia se detuvo y se subió al primer travesaño para echar un vistazo hacia el interior.

Se puso los dedos debajo de la lengua y soltó un silbido penetrante: una vez y después otra. Manuela se echó a reír, pero Brunetti miró a Griffoni y enseguida se fijó en algo que se movía al otro extremo del campo.

Algo grande avanzaba hacia ellos. De pronto aminoró el paso y Claudia silbó de nuevo. El movimiento tomó ímpetu.

Era un caballo que se catapultaba hacia ellos. Brunetti conocía las velocidades a las que se movía un caballo —paso, trote, medio galope y galope—, pero aquello era otra cosa: aquel iba a reacción.

Mientras él miraba, el caballo galopaba como un rayo hacia ellos y saltaba obstáculos que los humanos no veían desde su punto de vista. Iba directo, sin pausa.

Cuando estaba a unos quince metros, el animal frenó, y luego un poco más hasta que se detuvo a un metro de ellos y se irguió sobre las patas traseras. Con las delanteras aún en el aire y como si estuviera en una película del Oeste, echó la cabeza atrás, soltó un relincho agudo, dejó caer las patas con un ruido sordo y se acercó a la valla cabeceando con frenesí.

Manuela, que al principio había tenido miedo, se había quedado sin habla y

ahora estaba atónita. Brunetti se volvió hacia ella y la observó: por primera vez tenía el rostro limpio de la incertidumbre que tantas veces lo nublaba.

Como impelida por una fuerza superior, Manuela se subió al primer travesaño de la valla y después al segundo. Se echó hacia delante con los brazos abiertos.

—*Petunia* —dijo, y se abrazó al cuello de la yegua—. *Petunia*.



DONNA LEON (Montclair, Nueva Jersey, EE. UU., 1942). Profesora y escritora, viajó en su juventud a Italia, donde estudió en las ciudades de Perugia y Siena. Tras trabajar como guía turístico en Roma, se radicó en Londres donde ejerció como redactora de textos publicitarios, tuvo posteriormente diferentes trabajos como profesora en escuelas de Europa y Asia.

Su espíritu viajero e inquieto no sólo ha marcado su vida: admiradora de Henry James, Jane Austen, Dickens, Shakespeare, es conocida por sus novelas protagonizadas por el comisario veneciano Guido Brunetti, personaje central de toda su obra y que creó a principios de los 90.

Sus libros, traducidos a veintitrés idiomas son un fenómeno de crítica y ventas en Europa y Estados Unidos. Desde 1981 reside en Venecia. A pesar del éxito que tiene su comisario Brunetti en toda Europa, en Venecia es casi una desconocida. No quiere que sus obras se traduzcan al italiano y prefiere que en su barrio veneciano la sigan tratando como a una vecina más.